

FLORECER

PRIMERO



SILVIA CRUZ

Florecer

Primero

1

Sally

A veces, uno recuerda el pasado de una forma muy distinta a la realidad. Todavía me cuesta diferenciar la realidad de la ficción cuando echo la vista atrás.

Por ejemplo, recuerdo cuando mi hermano David, cuatro años mayor que yo, jugaba a marearme y a despistarme cuando yo tenía seis o siete años. Le encantaba taparme los oídos, gritar a pleno pulmón las canciones que yo más odiaba y darme vueltas por el jardín de casa con los ojos vendados para desorientarme. Nunca entendí por qué disfrutaba tanto haciéndome rabiar.

También recuerdo cuando comenzó su afición por robarme de las manos cualquier cosa que tuviera entre ellas, siempre que supiera que eran importantes para mí, y salir corriendo como alma que lleva el diablo de casa. Sólo para provocarme y que yo también saliera corriendo tras de él. Le encantaba oírme gritar. Gritarle los peores insultos, blasfemar sobre su nombre. Llegué a odiarlo en ocasiones. Aunque nunca más de diez minutos. David era mi salvador en otros muchos terrenos y, aunque se excedía en su rol como protector de su hermanita pequeña fuera de casa, siempre fue de gran ayuda que mi hermano mayor fuera el macarra más temido y respetado del colegio primero y después del instituto de San Andrés, California.

Entre mis recuerdos también está la torpeza tediosa de mi madre, incapaz de pasar más de dos semanas seguidas sin caerse y hacerse una nueva herida. Quizá por ello, siempre fui una chica muy deportista; porque no quería ser como ella para nada.

Desde que cumplí diez años, los patines se convirtieron en mis eternos compañeros allá donde fuera.

Mi infancia en San Andrés fue idílica, a pesar de mi hermano David, que era lo único negativo, pero sólo cuando estaba de mal humor. Porque David no es tan malo como la gente cree, al menos, no conmigo. A mí me adora más que a nada en este mundo y haría lo que fuera por su hermanita pequeña Sally. Sólo nos tenemos el uno al otro, y sé que siempre será así.

Pero David ha cambiado mucho en los últimos años y parece que soy la única que a estas alturas lo sigue defendiendo. Especialmente la actitud de David se recrudeció hacia nuestros padres.

Nuestros padres, el idílico matrimonio Morrison, son de las personas más queridas y admiradas de San Andrés. Mi padre, Jonas Morrison, es el dueño de un concesionario de coches bastante afamado, y mi madre, Sandra Morrison, es... bueno ella ahora es ama de casa, aunque muchos del pueblo me cuentan que antes solía amenizar la velada en algunos bares de la zona cantando Country. Dicen que su voz era especial. Dicen que era como el canto de una sirena. Dicen que enamoró a muchos, mi padre entre esos muchos, pero dejó de cantar poco después de empezar a salir con él. Ahora no canta nunca, sólo canturrea en casa cuando piensa que está sola, sin embargo, sigue siendo la mujer más guapa del mundo. Su larga melena color de la miel siempre está perfecta y sus grandes ojos oscuros solían dejarme alucinada cuando era niña. Ahora no brillan como antes, y en el fondo sé el porqué, pero llevo muchos años viviendo de espaldas a esa realidad gracias a David.

Cuando mi hermano cumplió los catorce y yo contaba con diez, protagonizó su primer episodio realmente aterrador en casa. Fue el día de su cumpleaños. Mi madre había preparado una enorme tarta de chocolate y había invitado a los amigos de mi hermano a casa, para celebrarlo. Vinieron muchos niños y David estaba realmente emocionado, pues mi padre nunca quiso que la gente “extraña” entrase en nuestra casa. A mi madre le costó un mundo convencerlo, pero lo consiguió, aunque su cara no reflejaba sabor a victoria en absoluto. La primera hora de celebración fue uno de los momentos más mágicos que recuerdo de mi infancia. Nunca había visto a David tan entusiasmado ni tanta gente en mi casa. Pero todo se torció cuando Michael Turner, el papá del mejor amigo de David, llamado Paul, elogió los aperitivos que había preparado mi mamá con demasiado fervor, a ojos de mi padre. Mi progenitor enfureció y montó una escenita digna de Pressing Catch. Mi madre le gritó que parara cuando la mano de mi padre cubría el cuello del señor Turner y David estalló cuando la mano de mi padre chocó con la cara de mi madre que cayó estrepitosamente al suelo.

No recuerdo con nitidez qué sucedió después. Sólo recuerdo un cuchillo en la mano de David, su rostro desencajado gritando a mi padre que lo odiaba y después las manos de mi hermano de nuevo en mis oídos, cantando a pleno pulmón las canciones que yo más odiaba y dándome vueltas por nuestro jardín.

—Quédate aquí, Sally. —Me dijo mi hermano con los ojos llenos de las

lágrimas que no quería dejar salir. Miré a mi alrededor mientras seguía siendo presa de un llanto amargo. Me había metido en la cabaña que teníamos para guardar trastos, en el jardín. —Dime que te vas a quedar aquí hasta que yo te lo diga. —Me ordenó David. Asentí asustada. —Bien, tranquila, todo se arreglará. —Mi hermano besó mi frente y me dejó allí, aterrada.

Pasé casi toda la noche allí y creo que me desmayé de tanto llorar. Desde mi casa, gritos y golpes sonaban una y otra vez. Pero yo no quería saber qué estaba pasando. Me tapé los oídos y canté a pleno pulmón las canciones que odiaba oír de la boca de mi hermano y apreté mis ojos con todas mis fuerzas. Esa fue la primera vez que comprendí que David era como era por una poderosa razón. También comprendí que todo su afán conmigo fue que yo no fuera como él. Quería que yo no viviera la realidad que él sí que tenía que padecer bajo mi mismo techo, casi a diario.

¿Cuánto tiempo estuve ciega?

¿Podía culpar a David por ser cómo era?

No.

¿Alguien podía?

Lo dudo.

Uno sólo puede juzgar lo que es capaz de comprender. Todos tenemos cosas buenas y cosas malas. David no es malo. Él sólo está enfadado. Tiene muchos motivos para estarlo. Pero yo no. Yo no he sido consciente de lo que se cocinaba en casa. He sido feliz. Siempre feliz. Gracias a él.

Después de aquél episodio, los niños comenzaron a mirarnos mal a mi hermano y a mí en el colegio, como si tuviéramos una maldición o algo por el estilo. Mi círculo de amigos disminuyó, aunque mis mejores amigos, Taylor y Kristen, seguían siéndome fiel a pesar de las habladurías. David se volvió más difícil, aunque, al contrario que a mí, eso parecía ayudarlo a tener más y más amigos. No obstante, sus amistades eran las más peligrosas.

Hasta mi padre parecía temerlo. Lo cual era en cierto modo positivo, porque mi padre no se atrevió nunca más a montarle un numerito a mi madre mientras mi hermano estuviera en casa. David lo provocaba constantemente y lo desafiaba hasta límites insospechables. Yo trataba de calmarlo, pero era imposible. Era un caballo desbocado, un animal herido, un pájaro sin norte. Mi madre lloraba día y noche. Mi padre lo odiaba. Fueron años difíciles. Hasta que... se fue.

Faltaba sólo una semana para que cumpliera la mayoría de edad cuando, al llegar del instituto, encontré una carta sobre mi cama. Lentamente, me acerqué

al trozo de papel y con un pulso tembloroso lo leí meticulosamente.

Sabía que era de David, su letra era muy reconocible.

Sally,

Oye, no te enfades conmigo, ¿eh? No voy a volver a esta mierda de casa, pero voy a estar cerca de ti, siempre. Voy a buscar algo mejor para los dos, ¿vale? Para que, cuando cumplas la mayoría de edad, puedas venirte conmigo y dejar esta puta mierda. Estudia, joder, tienes que estudiar. Tienes que tener un jodido futuro y salir de ese puto pueblo. Te quiero, enana. Volveré.

David

Intenté no llorar en vano. Las lágrimas recorrieron mi rostro involuntariamente. Tenía sólo catorce años para tener que enfrentarme a mi primer abandono. Pensé que, si se lo decía a mi madre inmediatamente, a lo mejor podían encontrarlo. No le había dado mucho tiempo a ir lejos de allí y yo no podía ni quería vivir sin David.

Sin embargo, hice todo lo contrario. Le di su oportunidad. Cogí mis patines y la carta de mi hermano y patiné y patiné mientras las lágrimas resbalaban por mis mejillas, tratando de alejarme lo máximo posible y busqué un lugar en el que estar a solas para gritar y llorar sin espectadores.

Cuando mi madre me llamó al móvil, le dije que David estaba conmigo. Le dije que íbamos a cenar en nuestra hamburguesería favorita y que volveríamos tarde a casa. Quería darle tiempo para poder irse lejos, muy lejos de su dolor. Con la esperanza de que su partida sanara sus alas heridas de una vez, aunque dañara las mías para siempre.

Recuerdo volver a casa desolada, con los patines en la mano y descalza. Mi madre comprendió enseguida lo que sucedía al verme y su expresión de horror al comprenderlo es otra de las cosas que jamás olvidaré tampoco. Mi padre me gritaba primero a mí, después a mi madre, loco por saber dónde demonios estaba su primogénito. Ese día supe que David era importante para todos, hasta para mi padre. Aunque nadie, nunca, se lo hiciese ver. Sólo yo.

Las luces de los coches de policía esa noche me acompañaron en la soledad de mi habitación y lloré hasta que el sueño me venció.

Tras la marcha de David, mi hogar cambió para siempre. Mi madre lloraba a diario. Mi padre gritaba más que nunca, o puede que ahora no tuviera las manos de David y sus apestosas canciones para mitigar los llantos y los gritos.

Las heridas de mi madre ya no parecían fruto de su torpeza, más bien de su verdugo. Dejé de relacionarme con mis amigos. Dejé de escuchar música que hablara de amor. El amorapestaba. También dejé de hablar con mis padres. Los odiaba.

Lo único que hacía era patinar y patinar hasta las afueras del pueblo, mientras escuchaba los grupos de heavy metal que mi hermano solía adorar, aunque yo los detestaba. Y pasaba las horas en el prado de las afueras de la ciudad que encontré la primera noche que David desapareció. Ese lugar parecía vincularme con mi hermano de alguna manera. La horrenda música que él oía también.

Un año después, un día cualquiera en el instituto, Paul Turner, el viejo amigo íntimo de David, se me acercó. Él ya tenía diecinueve años, como mi hermano, yo sólo quince. Paul había repetido curso varias veces y, desde que David se fue para no volver, parecía haber ocupado su lugar como el chico más temido de San Andrés.

—Hola, Sally. —Me dijo con pose chulesca mientras yo abría mi taquilla para sacar mis libros. Lo miré y le sonreí. No sabía qué decir. Aún me daba vergüenza mirarle a la cara después de las atrocidades que mi padre le dijo al suyo, cinco años atrás. —Oye, ¿desde cuándo te has convertido en la chica más guapa de este lugar? —Me preguntó apoyando su mano en mi taquilla. Casi me atraganto con mi propia saliva.

—¿Cómo? —No supe qué otra cosa decir. Me puse roja como un tomate.

En ese momento vi pasar a mi amigo Taylor y a Kristen, que me miraron como si me hubiera salido otra cabeza. Llevaba un año sin hablar con ellos y me sentía culpable, pero no sabía qué decirles a ellos tampoco. Sólo estaba esperando a que David volviera a por mí y me llevara con él a cualquier lugar. Por eso no quise seguir siendo su amiga. No quería hacerles pasar el dolor de la pérdida que yo había sentido con mi hermano.

—Dime, ¿tienes novio? —Aquella pregunta me hizo volver a mirar a Paul de nuevo. Más que extrañada.

—¿Novio? Tengo quince años, Paul.

—Lo sé. Pero estás muy buena. —No lo podía creer. Era la primera interacción más o menos profunda que tenía con una persona en un año y me volvía a quedar sin palabras. Sacudí la cabeza y me di la vuelta, pensando que esa contestación bastaría.

No sirvió. Paul me persiguió por el instituto durante meses, a pesar de que yo apenas contestaba con monosílabos. Pero su aproximamiento sirvió para

que Kristen y Taylor volvieran a hablar conmigo. Tuvimos una pequeña discusión acerca de por qué yo sí que le dirigía la palabra a ese estúpido de Paul Turner y a ellos no.

Fue el momento más liberador que había experimentado en mi vida cuando les expliqué todos mis porqués, y todo lo que llevaba macerando en mi cerebro desde que David se fue. Mis amigos me comprendieron más fácilmente de lo que yo merecí y volvimos a ser como siempre.

Otros dos meses después, accedí a darle a Paul una cita. Pero sólo lo hice para enfadar a mi padre. Ahora lo sé. Sabía lo que mi padre odiaba a los Turner y yo lo odiaba a él porque lo culpaba por haber perdido a mi hermano, entre otros muchos motivos.

Paul me recogió en casa. Mi padre me gritó cosas horribles y peores cosas le grité yo a él. Incluso me levantó la mano para abofetearme frente a Paul, que lo miraba desafiante desde el umbral de la puerta de nuestra casa.

—¡Vamos, pégame! ¡Dame una puta excusa para que llame a la policía! ¡Porque yo no soy mi madre y te juro que lo haré! —Le grité. Mi padre me miró con odio, como solía mirar a David, bajó su mano y cerró la puerta de mi casa con un atronador portazo, dejándome en la calle con Paul.

Fuimos a cenar y después al cine. No fue nada cómodo. Sólo pensé en lo que me encontraría en casa cuando volviera. Tenía miedo. Pero más poderoso que el miedo fue la adrenalina de haberle gritado a mi padre así. Paul, por otro lado, era un incordio. Estuvo toda la película tratando de meterme mano y yo me fui en mitad de la película, cansada de decirle que me dejase en paz.

Mi padre no me dijo nada al volver, supongo que porque llegué antes de tiempo y sola. Pero su mirada de asco fue una constante durante meses.

La segunda cita que le concedí a Paul fueron varios meses después y tras mucho insistir. Y esa segunda vez pasó algo que no me podía creer. Cuando estábamos discutiendo en mitad de un descampado al que me había llevado para meterme mano, otra vez, y después de haber discutido con él a voz en grito por insultar a mi querido amigo Taylor por su orientación sexual, le di una bofetada con toda mi rabia. Paul respondió a mi ataque atrapándome en sus brazos, forzándome a besarlo. Sentí sus asquerosas manos por mis muslos cuando una voz familiar comenzó a gritar a lo lejos.

¡David!

Era mi hermano. Había vuelto. Pero sólo para darle una paliza de campeonato a Paul y para advertirle que lo estaba vigilando. Me abracé a él con tanta fuerza que casi lo estrangulo. Aunque la alegría duró poco. David no

volvía para quedarse.

—Estoy contigo, Sally. Aunque no me veas. No te he dejado sola. Pero no puedo volver.

—¡Por qué! ¡Pues llévame contigo! —Grité.

—Tenemos que esperar a que seas mayor. Me meterían preso si te llevo ahora. —Asentí con lágrimas en los ojos que él trataba de borrar. Estaba tan guapo... con su melena oscura enmarañada, sus ojos azules no parecían tan fríos cuando me miraban después de un año y medio sin vernos. —Cuida a mamá, ¿vale? Y recuerda que volveré.

Dijo, me metió en su precioso coche descapotable y me dejó cerca de casa. No pregunté nada sobre cómo había conseguido aquel coche, ni su ropa nueva tan cara y moderna. Sólo lo miré durante el corto trayecto para guardar su imagen en mi cerebro hasta... ¿quién sabía cuánto tiempo más?

—No le digas nada a mamá y papá de que he estado aquí, por favor.

—¿Cuándo volveré a verte, David?

—Pronto. —Fue su última promesa antes de besar mi frente y obligarme a salir de su precioso coche.

2

Sally

El año y medio después de ver a mi hermano por última vez pasó mejor y más rápido. David siempre aparecía cuando, no sé cómo, se enteraba de que yo estaba saliendo con algún chico. Nunca pude llegar más allá de la tercera cita con ninguno. David me los alejó a todos. Al principio me hacía gracia. Su afán sobreprotector conmigo seguía intacto. Pero con Andrew me molestó de verdad. Andrew me gustaba bastante y, por culpa del fantasma de mi hermano, seguía virgen con casi dieciocho.

Nadie sabía nada de él, dónde estaba o cuándo aparecería, pero entre los chicos de San Andrés, corrió el rumor de que quien se acercara a mí estaba condenado.

Sé que Andrew estaba bastante pillado por mí e incluso trató de hacer entrar en razón a mi hermano una vez que nos pilló enrollándonos en el jardín de su casa, cuando Andrew dio una fiesta sorpresa como excusa para que yo fuera y verme.

Andrew le prometió a David que no me tocaría si a cambio él le permitía seguir viéndome. David aceptó el trato, pero yo le grité los peores insultos a mi hermano porque yo no quería ese trato. Me había hecho ilusiones con perder la virginidad con Andrew. El chico me gustaba y era encantador conmigo. Era un rubio de ojos azules, deportista y alegre. Era lo mejor que se acercaría a mí, dada mi maldición familiar. Y parecía no importarle en absoluto mi siniestra realidad ni el pseudo criminal de mi hermano fantasma, que sólo aparecía por San Andrés cuando algún chivato que tenía a mi alrededor le decía que yo me estaba viendo con algún chico. Se daba de hostias con el que se osara a acercármese y desaparecía después.

Pero, en aquella ocasión, mi despedida con mi hermano no fue tan cálida. Le grité un montón de insultos y de mierda y me fui a casa ignorando sus gritos desesperados llamándome. Me dolió en el alma hacerle eso a él, a mi protector. Pero también le culpaba a él de parte de mi desdicha. David me abandonó y me dejó con ese matrimonio de locos. Me tuve que enfrentar yo sola a los llantos de mi madre, a sus gritos de socorro, a los insultos de mi

padre... y él, David, estaba viviendo la vida padre en algún lugar perdido de Estados Unidos... sin mí.

Dejé de ver a Andrew, no porque no quisiera seguir con él. De hecho, Andrew insistió en seguir persiguiéndome. Pero yo no quería ver a David. Estaba muy enfadada con él. Estaba muy muy cabreada. Tenía casi dieciocho años y ya no era una niña. Ya no me conocía en absoluto y no era nadie para venir, después de cuatro años en los que apenas habíamos intercambiado palabras en ocho o nueve ocasiones solamente, y decirme qué era lo que me convenía y lo que no.

Una semana antes de mi cumpleaños, después de que mi madre decidiera de repente que tenía voz y voto y podía decidir si salía o no de casa con quien quisiera y cuando quisiera, decidí que iba a tomar la decisión más importante de mi vida: escaparme.

Las cosas en casa se habían puesto realmente feas. Creo que el detonante del cambio de actitud de mi madre fue mi inminente mayoría de edad para emanciparme. Creo que, hasta entonces, había aguantado las estupideces de mi padre sólo por nosotros, o más bien por mí.

Me alegré de su cambio de actitud. Me hizo creer que estaría bien sin mí. Que si yo me iba de allí, ella también podría hacerlo después. Pues ya no tendría nada que se lo impidiera.

Tenía todo planeado para escaparme con Andrew y ya me había despedido de Taylor y Kristen el día anterior. Ellos tres eran los únicos que sabían mis planes.

Pero todo se torció.

Tenía mi maleta en la mano. Abrí la puerta de mi cuarto para salir sigilosamente. Mis padres estaban enzarzados en una terrible bronca que los tenía entretenidos. Bajé los escalones despacio, tratando de hacer el menor ruido. Andrew me estaba esperando a dos manzanas de mi casa, tan ilusionado como lo estaba yo por fugarnos juntos. Pero, de repente, un estruendo captó mi atención.

Provenía de la cocina. Aguardé en silencio desde la parte baja de las escaleras, esperando oír la voz de mi madre que me confirmara que estaba bien, pero no la oí. El corazón me dio un vuelco y supe que algo iba mal.

No pude irme sin más. Mis pies se acercaron sin pensar hasta la cocina y se quedaron pegados en el suelo al llegar al umbral de la puerta. Había un reguero de sangre en el suelo y se escuchaba el llanto desconsolado de mi padre. De él sólo veía sus pies, estaba arrodillado en el suelo.

—¿Mamá? —Pregunté con voz temblorosa.

—¡No entres! —Gritó mi padre. Pero no le obedecí. Mis pies comenzaron a andar por su cuenta de nuevo. Sabía lo que me iba a encontrar, pero tenía que verlo con mis propios ojos. —Sally, ¡no! —Mi padre se levantó y me miró con sus ojos llenos de lágrimas y su ropa llena de sangre. Tenía un mazo de madera en la mano. Cuando mis ojos se toparon con él lo tiró al suelo como acto reflejo. Mi respiración se hizo ruidosa y mis piernas comenzaron a temblar con furia.

—¿Qué le has hecho? —Susurré. Él sacudió la cabeza y lloró como nunca lo había visto llorar. Lloró como el cobarde que era. —¿Qué cojones le has hecho! —Grité hasta romperme la voz.

Corrí hacia el charco de sangre, rogando al cielo para que no fuese demasiado tarde, pero mi padre me interceptó antes de hacerlo. Demasiado tarde para evitar que viera la desastrosa escena. La vi. Vi a mi madre en el suelo, con un enorme golpe en la cabeza, los ojos abiertos, sin vida. Y el rojo, rojo por todos lados. Rojo sangre.

El dolor emanó en forma de gritos hasta casi asfixiarme. Mi padre lloraba desconsolado apretándose contra sí mismo, repitiéndome sin cesar que no quería hacerlo. Que la amaba. Que ella era su vida. Que no podía vivir sin ella.

Pataleé, le arañé y le ordené sin cesar que me soltara. Quería ir hasta ella. Al final lo hizo y me tiré al suelo, al regazo de mi mamá. Lloré mientras la sostuve en mis brazos hasta que otro estruendo proveniente de la cabaña del jardín me hizo saber que desde ese instante me había convertido en huérfana. Mi padre se había pegado un tiro. Eso lo supe después.

Mi primer instinto fue llamar a David. Aunque no pude pronunciar palabra y no tenía un número de contacto al que marcar.

No recuerdo nada más de manera nítida. Sé que alguien llamó a la policía. Sé que Andrew estuvo por los alrededores gritando mi nombre, porque el cordón policial no le dejaba entrar. O, al menos, en mi estado de casi shock, creí oír su voz.

Cuando volví en mí y abrí los ojos me sentí confusa al ver tanto blanco a mi alrededor. Estaba en una camilla de un hospital y todo el peso de mis recuerdos cayó sobre mí como una cascada de agua congelada. Grité súbitamente al recordar el cuerpo sin vida de mi madre en el suelo de la cocina.

—¡Nooooo! ¡Mamá! ¡Nooooo! —Un llanto amargo me sacudió desde el

interior.

—Shhh, Sally, tranquila. Estoy aquí. Ya está, ya está. —¿Qué? ¿David? Mi hermano estaba a mi lado y acudió a abrazarme rápidamente. —Shhh, tranquila. Saldremos de ésta.

Sentí su abrazo como el mayor de los alivios del mundo y quise quedarme ahí, atrapada entre sus brazos. David era lo único que quedaba vivo del “feliz” hogar en el que me crie. Y de hecho fue feliz para mí mientras él estuvo en él.

Por eso puede que me calmase tan pronto cuando mi hermano me prometió llevarme a vivir con él. Aunque, si algo recordaré para el resto de mi vida, es el rostro duro y severo que apareció tras la puerta de mi habitación con un café en las manos mientras seguía abrazada a mi hermano. Jamás olvidaré la mirada de incomodidad del amigo de David al verme.

—Sally, mira, te presento a Nick, mi compañero de piso. Viviremos con él en Dallas. Te llevaré conmigo, pequeña y estarás bien.

3

Sally

Aquí estoy, en la parte trasera del flamante Cadillac azul nuevo de mi hermano, con su querido amigo Nick que siempre luce cara de entierro sentado en el asiento del copiloto, mi hermano y su chaqueta de cuero negra resplandeciente al volante, en dirección a Dallas.

Hemos pasado tres días en casa de mis padres, mientras David se hacía cargo del papeleo y del costoso entierro de mis padres. Aún no sé de dónde ha sacado el dinero para ello, pero no me apetece hablar de ello ahora mismo. Tampoco le discutí cuando insistió en enterrarlos a ambos lo más separados posible el uno del otro. Ni he añadido comentario alguno cuando David ha explicado una y otra vez a todo el que preguntaba que nuestros padres murieron por un accidente, un escape de gas en la cocina. Simplemente he pasado estos tres días encerrada en la que siempre ha sido mi habitación. Pensando en mi niñez; la gran mentira de mi vida.

Echo de menos a mi madre, aunque ya sólo era el cascarón vacío de la preciosa mujer llena de vida que un día enamoró a un hombre incapaz de amar, como mi padre. Ni siquiera nos quiso como es debido a David y a mí. De lo contrario, no nos habría hecho esto.

El primer día que entré a casa, tras la tragedia, todo me parecía que estaba igual que siempre. Incluso creí escuchar los pasos arrastrados de mi madre por la cocina. Hasta me pareció oler su perfume y ver su sombra deambular por las estancias. David volvió a adoptar el papel de hermano mayor sobreprotector, obligándome a meterme en la ducha y después en la cama. Incluso me trajo la comida y la cena a la cama, y me frotó el lomo durante minutos, como si yo fuese un perro o algo así. Se hizo cargo de todo, hasta de mis maletas.

Me sentí... rara. La ausencia eterna pesaba entre esas paredes. Sentí una rara sensación de libertad. Ya no tendría que fingir más que nada pasaba. Ya no tendría que creerme las mentiras de mi madre de que se había vuelto a herir por culpa de alguna patosa caída. No tenía que soportar la mirada de desprecio de mi padre, que odiaba su vida y todo lo que tuviera que ver con

ella, como yo. No tenía que protagonizar una incierta huida. Pero... la culpabilidad me reconcomía por dentro. Culpabilidad por sentirme liberada tras la muerte de mis padres. Por recuperar a David en mi vida. Por querer algo mejor para mí que ser la prueba viviente de un matrimonio de mierda. Quería ser algo más que la estirpe del odio, el miedo, la esclavitud y el asco.

Mi sensación de rareza también puede que se debiera a ese extraño ser: Nick. El amigo de mi hermano no había cruzado palabra conmigo y sus ojos evitaban encontrarse conmigo. Parecía que le incomodaba mi presencia, sin embargo, había hecho ese viaje por mi hermano y para rescatar a su hermanita pequeña de las garras de la monstruosidad que había tenido que vivir. Iba a llevarme a vivir con él y con mi hermano, sin conocerme, y no parecía tener la mínima intención de hacerlo. Nick es un tío raro. Guapo, muy guapo, pero más raro que guapo. Su pelo oscuro siempre parece alborotado y sus ojos claros son de un color que todavía no he sido capaz de discernir. No sonrío y apenas habla. Ocupó la habitación contigua a la mía, la que fue de mi hermano David, pero no salió apenas de allí.

Creo que lo vi asomarse a mi puerta la segunda noche que pasamos en mi hogar, cuando el llanto al fin acudió a mí y pasé casi la totalidad de la noche llorando amargamente. Pero no dijo ni mu. Lo sorprendí mirándome intensamente desde el quicio de la puerta de mi habitación, y cuando mis ojos se encontraron con los suyos, se dio media vuelta y se encerró en el cuarto de David de nuevo.

Ahora, en el coche de David, camino a Dallas, tampoco me dirige la palabra y creo que hasta le molesta mi compañía. Lo observo hablar con mi hermano de algo acerca una fiesta. Parece que con mi hermano sí que habla y... tengo que admitir que tiene una voz preciosa y profunda. También un perfil espectacular y unos labios gruesos perfectos. Pero parece un completo gilipollas. Lo que no me puedo creer es que David tenga ganas de fiesta después de haber enterrado a nuestros padres hace apenas unas horas.

Miro por la ventana del vehículo para evitar escuchar esa estúpida conversación o les gritaré a ambos lo insensibles y egoístas que son. En cambio, rememoro el funeral de mi madre, porque ni David ni yo hemos querido asistir al entierro de nuestro padre. El de mi madre ha sido una ceremonia corta, silenciosa y jodidamente tortuosa. Taylor y Kristen han estado a mi lado, aunque, para mi pesar, Andrew ha permanecido en un lastimoso segundo plano. ¿Y ese era el hombre con el que pensaba huir yo? Habría hecho sufrir tanto a mamá por ese cretino... No obstante, yo sé que

seguramente ha sido David quien le exigió que mantuviera las distancias conmigo. Pero si hubiera estado yo en su lugar, no lo habría dejado solo por nada del mundo. Hasta el cretino de Nick se acercó a mí, me dijo que sentía mucho mi pérdida y hasta me dejó un frío y seco beso en la frente. Debo admitir que ese gesto me sorprendió. Aunque no lo conozco de nada, tengo la sensación que lo que conozco de él es todo lo que hay que conocer, o... algo así. No sé. Estoy muy confundida.

Andrew se acercó al final cuando yo ya estaba subida en el coche de mi hermano y, mirándolo a él y no a mí, me dijo que me deseaba lo mejor. ¡Capullo! Giré mi cabeza para no mirarlo y asentí. No sé qué se cree de mí, pero desde luego que estaré bien. Estaré mejor que nunca.

Voy a salir por fin de la mierda de San Andrés. Y voy a una ciudad grande. Voy a vivir sin gritos, ni palizas, ni mentiras. Voy a terminar el maldito instituto e iré a la universidad. Y, sobre todo, no voy a tener que verle a cara a todos esos imbéciles que algún día dijeron sentir algo por mí. ¡Ya no soy la cría que se creía toda esa sarta de mentiras! Yo no soy como mi madre.

—¿Sabes Sally? —Mi hermano me pregunta de repente interrumpiendo mis pensamientos. No sé a qué se refiere, no le he prestado la más mínima atención a lo que esos dos hablaban. —¿Qué te parece?

—Lo siento, no sé de qué me hablas. No os he prestado atención.

—Te decía que el instituto al que he conseguido que te acepten está a sólo un kilómetro de distancia de nuestro apartamento y Alice, la hermana pequeña de Nick, también va allí. —Oh, genial... ¿tendrá la misma cara de rancia que su hermanito mayor? —Díselo, Nick. —Mi hermano anima a su amiguito a entablar conversación conmigo.

—¿Para qué? Ya se lo has dicho tú. —Dice con su simpatía inherente y yo resoplo. —Tampoco es que necesitemos que sean amigas y tener la casa llena de adolescentes con las hormonas alborotadas todo el día. —¿Cómo puede ser tan capullo? —Con tener que aguantar a tu hermanita pequeña viendo el Disney Chanel todo el día y escuchando a Justin Bieber es suficiente tortura.

—¡Eres un gilipollas! —Le grito con ganas. Y de repente, toda mi tristeza y amargura por la pérdida de mis padres y de mi hogar se esfuma, dando paso a una furia y una ira irrefrenable hacia este petulante sujeto. Nick se gira y me fulmina con la mirada, desafiándome a que lo insulte de nuevo. Estoy segura que se cree lo suficientemente malote para pensar que nadie en su sano juicio tendría agallas de repetirlo. Especialmente, viendo cómo se tensan los músculos de su mandíbula y cómo se oscurecen sus hermosos ojos de un color

indescriptible. Espera... ¿he dicho hermosos? —¡Eso eres! ¡Un gilipollas, un capullo y un arrogante estúpido que...

De repente, Nick se quita el cinturón de seguridad, dispuesto a tirarse a la parte trasera del coche, justo encima de mí, y noquearme. Estoy completamente paralizada por el miedo. Pero soy la hermana menor del mayor macarra de San Andrés, así que estoy acostumbrada a tragarme el miedo con David. Y, por supuesto, Nick el chungo, no será una excepción.

—¿Qué me has llamado, niñata? —Grita mientras se está girando hacia mí. Pero David le impide llegar hasta mí, paralizando su intento de aproximamiento con una de sus manos, mientras la otra sigue fija en el volante.

—¡Eh! ¡Haya paz! —Nick expulsa fuego por las fosas nasales. Mira a mi hermano y después a mí, evaluando si calmarse o no.

—No vuelvas a dirigirte a mí así. —Me amenaza con el dedo.

—Lo mismo digo. —Le desafío de vuelta. Nick emite un gruñido que, lejos de amedrentarme, me resulta encantador, y estoy deseando oírlo de nuevo. Sin querer sonrío ante la idea.

—¿Te estás riendo de mí? —Sacudo la cabeza sin poder casi aguantar la risa. Nick vuelve a resoplar. Esto es más divertido de lo que me gustaría admitir.

Pasamos algo más de una hora en silencio en el coche de mi hermano. No sé en qué lugar del universo está mi mente ahora mismo. Mi vida ha cambiado tanto en tan poco tiempo y, aunque pensaba que estaba mentalizada para ello, mis planes de huida de San Andrés eran bastante diferentes de lo que finalmente me depara el futuro.

Tenía la intención de huir con Andrew, el único chico que me ha gustado lo suficiente como para empezar una relación de verdad, y la única persona de la que no desconfiaba. Andrew ha sido más que paciente conmigo. Todos los chicos de San Andrés que han intentado acercárame, al final han salido despavoridos cuando la sombra de mi hermanito se cernía sobre ellos. David no ha dejado de hacer apariciones estelares desde que algún chivato comenzó a darle informaciones acerca de que su hermanita, ya no tan pequeña, comenzaba a experimentar con el sexo contrario. Las pocas ocasiones en las que he visto a mi hermano en este tiempo ha sido única y exclusivamente para sabotear mis intentos de citas. Ni siquiera ha ido a visitar a nuestros padres, y no ha hecho ni el mínimo esfuerzo por explicarme qué ha sido de su vida en todo este tiempo. Aparecía el tiempo justo y necesario para ahuyentar a los chicos que se me acercaban y volvía a desaparecer. Sin una dirección, sin un

número de teléfono. ¿Quién iba a pensar que se escondía en Dallas? ¿A conducido durante más de cuatro horas cada vez que ha venido sólo por espantarme a los chicos? Es una completa locura...

No sé cómo sentirme con respecto a Andrew. Creí que lo nuestro era especial. Íbamos a huir juntos. A vivir juntos. Tenía planeado entregarle mi primera experiencia sexual, porque, bueno, se lo merecía más que nadie. Pero ahora, tengo la sensación que se ha rendido, como todos, ante la imposición sobreprotectora de mi hermanito.

4

Sally

Hemos parado en una gasolinera a repostar y a comer algo en una cafetería colindante a la gasolinera. Nick sigue evitándome y apenas si me mira. Yo no paro de mirar a ambos. David está realmente guapo, hecho todo un hombre de veintidós años. Sus azules ojos son lo único que emiten algo de alegría y dulzura a su imperturbable rostro. Tiene su pelo oscuro un poco más largo, aunque no demasiado. Parece más mayor mientras habla con Nick, aquí, sentados en esta cafetería del medio de ninguna parte. Parecen hijos del mismo matrimonio, vestidos ambos con sus vaqueros desgastados, botines de piel marrón y camisetas de grupos musicales de la generación de mis padres. Aunque mi padre calificaría a dichos grupos como demoníacos.

Nick parece que sólo tiene voz para mi hermano. Observo sus gestos y me fijo en sus fuertes brazos y en sus viriles y grandes manos. Me gustaría fijarme en sus ojos y en ese color tan extraño que tiene, para poder descifrarlo, pero lleva puestas las gafas de sol, ocultándolos tras ellas. Así que me concentro en sus brazos y sus manos mientras le explica a mi hermano algo sobre una mesa de sonido y unos altavoces que ha visto en Internet. Descubro que tiene dos tatuajes minúsculos, uno en cada muñeca, son... ¿números? ¿Qué significará? Es un hombre muy misterioso. Un antipático, borde, creído, aunque atractivo y enigmático hombre con el que voy a tener que vivir por una temporada.

—¿Qué significan tus tatuajes? —Pregunto en voz alta sin darme cuenta. Nick me mira con cara de entierro. Mi hermano se muerde los labios, intentando ocultar una risa.

—¿Llevas bragas con conejitos rosa? —Contraataca. David espurrea el café que está bebiendo a causa de una carcajada y me llena la camiseta blanca de café.

—¿A ti qué narices te pasa? —Le increpo a Nick mientras trato infructuosamente de limpiarme el café de la camiseta. —Desde luego no te importa una mierda cómo sean mis bragas.

—Ni a ti te importa qué cojones tenga tatuado. —Dice de forma

amedrentadora a la par que se quita las gafas de sol para tratar de achicarme aún más con su estudiadísima intensa mirada. Sin embargo, me quedo fascinada con el color de sus ojos, de nuevo. ¿Son verdes? ¿Azules? No sabría decir... Al fin reacciono y echo el peso de mi cuerpo hacia adelante para demostrarle que sus juegucitos de chico duro no me impresionan. Ya estoy más que acostumbrada a hacer frente a gestos muy similares de David.

—Cada minuto estoy más convencida de que eres un gilipollas. —Le digo con total seriedad y mirándole a los ojos sin pestañear. Nick gruñe y da un puñetazo en la mesa.

—Y tú eres una estúpida niñata entrometida.

—Chicos, joder, ¿queréis hacer el favor de calmaros? —Interviene David, aunque Nick y yo seguimos sumergidos en nuestro particular de miradas amedrentadoras. —Vamos a tener que vivir los tres juntos una temporadita. Así que no me jodáis y calmaos.

—¡No pienso vivir con este cretino! ¡¿Pero a este tío qué le pasa?! —Grito levantándome de mi asiento. Siento todas las miradas del pequeño restaurante posadas en mí, pero no me importa. —Eres un...

—Vuelve a insultarme y tendrás que llegar a Dallas andando. —Nick me amenaza, poniéndose en pie también y señalándome con su dedo acusador. Siento el fuego de la ira recorrer mi cuerpo.

—¡No pienso ir a ningún sitio contigo, gilipollas!

—¡Estupendo! ¡Porque yo tampoco contigo, estúpida niña malcriada!

—Chicos, por favor... —trata de nuevo de calmar los ánimos mi hermano.

—¡Cállate David! —Gritamos al unísono Nick y yo.

—¿Es que no tienes la más mínima empatía? ¡Acabo de perder a mis padres! —Los nervios me devoran y estoy a punto de echarme a llorar. No quiero demostrar mis debilidades frente a este sujeto amoral e insensible. Pero no puedo evitarlo y estallo en llanto. —He dejado toda mi vida atrás, mis amigos, mi novio... todo. Lo mínimo que podrías hacer es ponérmelo un poquito más fácil y no ser tan capullo.

—Tengo bastante con mis problemas. No necesito acarrear con los tuyos. —Dice impassible y vuelve a sentarse para seguir tomando su café como si nada.

—Pues no hay más que hablar. —Me reafirmo secando mis lágrimas con el dorso de mi mano. —Mi camino con vosotros dos acaba aquí. —Declaro señalando a ambos amiguitos con mi dedo. No me puedo creer que mi hermano haya conseguido rodearse de gente así y se haya convertido en una versión aún

peor de sí mismo. Me dispongo a salir del restaurante, pero David me taponó el paso.

—¡Eh! ¡Sally! ¡Vamos! ¡Nick es un buen tío! ¡Es como un hermano para mí!
—Fulmino con la mirada a mi hermano. Su hermana se supone que soy yo. — Es sólo que, todo esto de alguna manera también le afecta y no sabe cómo expresarlo. —Miro a Nick y sigue impassible. ¿Que le afecta? ¡Ja! ¡Y una mierda!

—¿Y tú qué? ¡Eran tus padres también! ¿Acaso te has olvidado de todo?

—No, Sally. Yo soy el que no lo ha olvidado de los dos. —Responde con seriedad. —Por si no lo recuerdas, yo era el que lo vivió todo, no tú. Lamento que estos últimos años hayas lidiado con toda esa mierda tú sola, pero ya no eras una niña y, al menos, pude evitar que tuvieras una infancia de mierda como la que yo tuve. Papá y mamá ya no están, y créeme que lamento la pérdida de mamá, pero ella llevaba muerta desde hace tiempo. Sin embargo, no puedo decir que me apene que papá esté criando malvas. —Mis lágrimas se hacen más intensas y decido salir corriendo de allí antes de dar un espectáculo de los buenos en mitad del restaurante.

Abro la puerta y comienzo a correr, sin saber muy bien a dónde, mientras trato de borrar en vano todas las amargas lágrimas que salen de mis ojos.

Al final, me escondo detrás de un coche que hay aparcado en el aparcamiento para no ser vista mientras lloro con todas mis fuerzas. Acurrucada en el suelo.

¿Qué demonios hago ahora con mi vida? ¿He salido de un infierno para meterme en otro? Mamá... te echo tanto de menos... sé que ya casi no hablábamos, ya no hablabas con nadie, pero... eras mi madre.

—Eh... —levanto la mirada y me encuentro con un Nick diferente. Parece nervioso. Se pasa la mano por el pelo y después se masajea la barbilla, mientras me mira sin saber qué decir.

—Déjame. No tengo más ganas de discutir. —Digo y sumerjo la cabeza entre mis rodillas, deseando recuperar la soledad.

—Oye... no llores...

—Tranquilo, estaré bien. Volveré a casa y no tendrás que soportar más lloriqueos de esta niñata.

—No he querido decirte eso, es que... me has puesto muy nervioso. —Se agacha y coloca sus manos en mis mejillas, para obligarme a mirarlo. Lo hago a regañadientes y cuando lo miro, me encuentro con una media sonrisa arrebatadora.

—Me odias.

—No, no te odio. —Niega con la cabeza. Su gesto parece mostrar que dice la verdad. —No es culpa tuya. Pero has ido a preguntarme justo por mis cicatrices del pasado. —Dice mostrándome sus tatuajes. Los miro, confundida. Parecen dos fechas. Dos fechas que se ha tatuado para no olvidarlas jamás. Vuelvo a mirarlo a los ojos y parece triste. —No hablo de esto con nadie, no es nada personal. Es sólo que aún no han sanado algunas de mis heridas. Oye, sé que debes estar pasándolo mal. Has perdido a tus padres y eso... No es mi intención ponerte peor. David es mi mejor amigo y prácticamente le debo la vida. Sé lo importante que eres para él y prometo hacer un esfuerzo para comportarme. Prometo no protestar cuando veas Disney Channel. —Pongo los ojos en blanco y Nick sonrío abiertamente. Creo que es la primera vez que lo veo sonreír de verdad en estos días. —Pero prohibido escuchar a Justin Bieber en mi casa. —Nick me ofrece su mano para ayudarme a levantarme del suelo. La miro durante unos segundos y al final se la acepto. Cuando estoy en pie, frente a él, miro hacia arriba para poder seguir mirándole a los fascinantes ojos que tiene, pues es bastante más alto que yo. Aunque, esta vez, lo que quiero comprobar es por qué de repente es tan amable conmigo.

—¿Te ha pedido mi hermano que vengas a convencerme? —De un segundo a otro todo encaja. Nick aprieta sus labios para contener una respuesta de la que no está del todo seguro. —Ya veo... entonces sigo pensando que mejor me vuelvo por donde he venido. —Me doy media vuelta para volver a poner distancia, pero Nick me agarra del hombro y me lo impide. Se aproxima a mí, asiéndome con fuerza de los hombros y me dedica otra vez su típica mirada intimidatoria.

—No me lo pongas más difícil y vente de una vez.

—No quiero ir a un sitio en el que no soy bienvenida. —Vuelvo a sentir la ira florecer en mi pecho y se lo hago saber con mi mirada.

—No seas terca y vente. David te necesita y... yo necesito a David. Así que estamos inevitablemente destinados a soportarnos.

—Es muy seductor, pero no. No quiero vivir en otro infierno de casa y prefiero... —De repente, Nick me levanta del suelo y me cuelga en su hombro cual saco de patatas. ¡El muy gilipollas! —¡Qué narices haces! ¡Suéltame! —Pataleo, pero no consigo soltarme. Es mucho más fuerte que yo y bastante alto. Si me caigo de esta altura, me abriré la cabeza inevitablemente.

—Te estoy facilitando la decisión de venirte de una vez a Dallas.

Nick me lleva colgada de su hombro hasta el coche de mi hermano,

mientras yo voy dándole puñetazos en la espalda y gritándole todo tipo de improperios por el camino. No me dice nada, sólo le escucho gruñir ante mis insultos más duros y, al llegar al coche, me encuentro a mi hermanito muerto de la risa, mientras abre la puerta trasera del coche para que Nick me suelte dentro, como si fuera mercancía barata. Cierra la puerta mientras sigo gritándole de todo y le enseño el dedo corazón de mis dos manos.

—Es exasperante. —Oigo a Nick decirle a mi hermano. —Lo siento, tío. He intentado traerla por las buenas, pero me lo ha puesto muy complicado.

Mi hermano y Nick entran en el coche y me ignoran mientras les grito a ambos que jamás viviré con dos capullos como ellos. En esta ocasión, Nick es quien conduce el coche y pone la música a toda voz para evitar escuchar mis gritos e insultos. Al final me canso de gritar y me pongo a llorar.

Esto es una mierda.

Mi vida es una maldita mierda.

¿Cómo he podido alguna vez creer que mi vida era maravillosa? Cuando tenía a mi hermanito mayor en casa, al que únicamente yo admiraba. Cuando me protegía de la cruda realidad. Cuando pensaba que mis padres se amaban. Cuando pensé que yo era una chica normal, que se merecía una vida normal, unos amigos normales y relaciones normales con chicos.

Ahora nada de eso tiene sentido en mi cabeza.

Al final me quedo dormida porque mis ojos pesan demasiado de tanto llorar.

No me gusta nada la persona que estoy proyectando ser. Espero que el futuro me depare algo de normalidad. Alguna aventura bonita por vivir. Algún amigo de verdad. Algo de amor.

5

David

Cuando llegamos al apartamento de Nick que ambos compartimos en Dallas, la querida y toca huevos de mi hermanita Sally está completamente dormida. Me da ternura verla así. Me recuerda a la niña cariñosa y feliz que un día fue. No debería haberme marchado sin ella. Sin duda, los años de comer mierda en solitario y sin nadie en quién apoyarte han pasado factura en ella. Siempre fui su apoyo en la tierra. Aunque, alguien como yo no debería ser el apoyo de nadie.

Me convenzo por enésima vez que no puedo ni habría podido protegerla de todo. Pero ahora debería de alguna forma paliar la falta de apoyo que ha tenido durante estos últimos cuatro años. Sólo la he visto en las pocas ocasiones que mi madre me ha llamado para decirme que había espiado las conversaciones telefónicas de Sally o había leído su diario y le preocupaba que saliera con chicos y acabase como ella acabó con mi padre.

No hizo falta esforzarse mucho para convencerme de coger el coche en todas esas ocasiones para plantarme en San Andrés y aguarle la fiesta al guaperas de turno que intentaba tirarse a mi hermana.

He de reconocer que el tal Andrew parecía un buen tipo, pero tampoco está a la altura de Sally. Ella aún no lo sabe, pero es una morena de curvas apoteósicas que está tremendamente buena, y no le faltarán buitres que intenten robar la inocencia que todavía guarda en ella.

Yo, David Morrison, no estoy dispuesto a permitir eso por nada del mundo.

Sally es lo único bueno que la vida ha puesto en mi vida en mis veintidós años. La única parte bonita de llevar en mis venas la sangre que llevo. El único aliento de pureza, amor y ternura de mi maldita existencia.

Ni siquiera la mierda que ha comido estos años en casa ha hecho eclipsar esa bendita belleza pura e inocente que esconde tras sus enormes ojos negros. Ha sacado carácter, eso sí. Pero me gusta. Porque necesitará de eso en la vida y, aunque es un carácter fuerte, no puede evitar ser una sensiblera e ingenua que espera lo mejor de los demás. Como desde que era niña lo ha hecho

conmigo.

No quiero defraudarla aún. Sé que Sally espera mucho de mí, que siempre he sido el héroe de su cuento de hadas. Sé que ella no veía lo perturbada que estaba mi mente. Y por nada del mundo quiero que lo vea ahora. No tengo intención alguna de explicarle cómo Nick y yo subsistimos y hemos conseguido mantener un estilo de vida bastante lujoso.

Nick es la única persona en el mundo que puedo decir que me conoce de verdad. Y yo a él. Ni siquiera mis padres lo hicieron, ni se molestaron en hacerlo. Ahora no están y es mejor así. Yo sé que Sally también lo sabe, que estamos mejor sin ellos. No obstante, necesita purgarse de su pena para seguir adelante. Yo no. Nunca he necesitado llorar y no creo que lo necesite jamás. Soy como Nick. Somos dos gotas de agua, la verdad. Me sorprende que en este gigante y heterogéneo mundo hayan coincidido dos personas tan sumamente parecidas.

—Ni se te ocurra despertarla. —Me advierte Nick con tono amenazador cuando aparca el coche y comprueba también que Sally está dormida. No puedo evitar reírme.

—No es siempre tan pesada. Lo ha pasado mal... entiende...

—Sabes que no soy un puto psiquiatra, por suerte para la humanidad. Lo del accidente de tus padres ha sido jodido y eso, pero por lo que me cuentas, ha sido mejor así. —En ese momento me doy cuenta de que ni siquiera le he contado a Nick cómo murieron mis padres, pero no quiero hablar de ello ahora. —No me importa una mierda si llora o ríe, pero no he consentido jamás a alguien que me dé siquiera una voz más alta de la cuenta. Y a la fiera de tu hermana, le he aguantado insulto tras insulto. ¡Si me vuelve a tocar los cojones te juro que la meto en el armario de la limpieza durante una semana entera!

—¡Eh, relájate! ¡Estás hablando de mi jodida hermana! —Me tenso.

—¡Y sólo por eso he accedido a aguantar a Hannah Montana viviendo en mi puta casa! ¡Porque te lo debo y sé lo importante que era para ti sacarla de aquel apestoso boquete! ¡Pero contrólala o se nos hará muy cuesta arriba la convivencia! —Miro a Sally de nuevo, tirada en la parte trasera de mi coche. Es preciosa. Es un ángel. No puede ser que sólo yo lo vea. Se está convirtiendo en una mujercita estupenda.

—Eres un capullo. Dale una oportunidad. Tiene una vida por delante y no tiene por qué acabar tan jodida como nosotros.

—¿Ahora tú también me llamas capullo? —Grita Nick exasperado.

—Sabes que lo eres. Que lo somos. —Le ofrezco una sonrisa de disculpas

y la acepta. Como siempre. A mí es a la única persona que le permite hablarle así. Porque soy al único que le cuenta lo que de verdad le pasa, y todo el mundo necesita a alguien en quien confiar. —Lo siento, tengo que despertarla. No pienso cargar con ella hasta la casa. —Le digo sonriente. Nick pone los ojos en blanco.

—¡Ya lo hago yo! ¡Cabrón de mierda! —Es su forma de hacerme pagar por el lío en el que lo he metido. Me encojo de hombros y acepto mucho mejor que él su insulto.

Salimos del coche y yo me cargo con las maletas de Sally mientras Nick intenta sacarla del coche en sus brazos sin despertarla. Sally dice algo parecido a “gilipollas” en sueños y escucho a Nick gruñir. Me muerdo los labios para no reírme otra vez o sé que Nick ya no podrá controlarse más y montará uno de sus numeritos.

Con mucho tacto la saca del coche entre sus brazos y consigue no despertarla. Sally debe estar bastante falta de sueño.

Nunca lo he visto tratar a una tía con tanta delicadeza, pero tampoco nunca había visto a Nick temer tanto enfrentarse a una mujer como teme a Sally y seguro que lo hace porque no quiere despertarla por nada del mundo. Es muy gracioso.

Sally se encarama a su cuello y Nick la mira como intentando ponerle nombre a la criatura que tiene entre brazos. Como si fuera de otro planeta y no supiera ni siquiera en qué idioma hablarle. Es bastante chistoso.

Entramos en el apartamento y nos dirigimos hacia el salón, en dónde hemos preparado un sofá-cama para mi hermana. No tenemos habitación para ella, porque Nick necesita la suya para sí mismo, yo también necesito que mi habitación sea mi reino y, aparte de esas dos habitaciones, tenemos la habitación “gimnasio-despacho”, una habitación muy necesaria para nuestra particular forma de ganarnos la vida y, por último, la habitación-estudio de Nick, dónde a veces pasa las horas pintando sus extraños cuadros que algunos dicen que son obras de arte, aunque todavía él no confía demasiado en su potencial para exponer sus creaciones. Aunque últimamente está siempre quejándose de falta de inspiración para hacerlo, por eso sigue ganándose la vida exactamente igual que yo lo hago, hasta que su talento y su inspiración florezcan y le permitan ser un pintor reconocido, si es que eso pasa alguna vez. La verdad es que yo no tengo ni idea de arte, pero sus cuadros me parecen bastante siniestros.

—Suéltala ahí —digo señalando al sofá-cama —voy a darme una ducha y

a despejarme. ¡Joder, vaya diíta nos ha dado, la jodida! —Salgo en dirección al enorme baño que ahora tendré que compartir con Sally, porque Nick tiene el suyo propio al que se accede desde su habitación y su estudio. Veo que Nick se queda un rato mirando el sofá y a mi hermana dormida entre sus brazos, como queriendo resolver un enigma. Pero estoy tan cansado que ni me detengo en pensar qué demonios hace.

Ya tendré tiempo de hablar con Sally para especificarle que ni se le ocurra en su puta vida acercarse más de lo estrictamente necesario a alguien como Nick o como yo. Pero, primero, tengo que hacer como sea que se sienta cómoda aquí, bajo mi protección. Y tengo que hacer también que Nick la soporte un poco mejor.

6

Sally

Un olor embriagador entra por mis fosas nasales y siento un calor cubriendo mi cuerpo que me reconforta. Tengo la sensación de que alguien me recuesta sobre un mullido colchón. Debo de estar soñando, porque al abrir los párpados mis ojos se cruzan con unos impresionantes ojos que creo reconocer, pero no puede ser él, no puede ser Nick. Él nunca me miraría de esa forma.

—Descansa —susurra mientras pone un mechón de pelo tras mi oreja y yo, como acto reflejo, pego mi mejilla a su mano y cierro los ojos. Ya no recuerdo nada más.

Cuando me despierto lo hago de golpe al recordar esa última imagen. ¿Dónde estoy? ¿Fue verdad o fue un sueño? Haciendo un breve resumen mental, recuerdo que estoy en Dallas, en la casa de mi hermano David y el gilipollas de su amigo Nick. Recuerdo viajar en el coche de David con ellos, gritarles toda clase de insultos, que fueron silenciados por la música a todo volumen que Nick puso en la radio. Después recuerdo llorar. Y... estoy convencida que lo último que recuerdo es producto de mi imaginación.

Miro a mi alrededor. ¡Vaya! ¡Duermo en un sofá en mitad del salón! ¡Qué considerado por parte de David y Nick! Aunque... ¡un momento! ¡¡¡Joder!!! ¿En este apartamento vive mi hermano y el gilipollas de su amigo? “¡Fiuuu!”, silbo, sorprendida. Me levanto y veo que sigo vistiendo los jeans que me puse de mi madre, que son dos o tres tallas más grandes de la que yo uso y una de las camisetas de mi hermano que siempre he usado como amuleto cuando necesitaba sentirme protegida desde que él se fue. Está manchada de café... ¡ah, sí! ¡También recuerdo eso!

Me levanto del sofá-cama y veo mi maleta en el suelo. Necesito una ducha y ponerme algo de ropa limpia. Cojo otra de las camisetas que uso que solían pertenecer a mi hermano y unos shorts negros. También busco algo de ropa interior entre mis pertenencias y me sorprendo evaluando unas bragas blancas de conejitos rosa que reconozco como mías. ¡Mierda! ¡Tengo que ir a hacer algo de compra! No puedo usar esta clase de ropa nunca más si voy a vivir

con estos dos cretinos y van a estar echándome en cara continuamente que soy una niña pequeña. Sigo rebuscando y al final opto por no ponerme bragas. Ninguna de las que tengo son dignas de una mujercita de dieciocho años y tampoco las necesitaré para estar por casa con unos shorts de licra negros.

Ahora la próxima misión es encontrar el dichoso baño. ¡Este piso es realmente increíble! Hay una tele de un tamaño obsceno frente al sofá en el que he dormido y, junto a mi sofá-cama, otro sofá de diseño en forma de L de piel blanco. Una mesa enorme de cristal llena de revistas de... ¿pintura? ¿coches? Las de coches pueden ser perfectamente de David, pero las de obras pictóricas no podría adjudicárselas a ninguno de los dos neandertales con los que estoy compartiendo piso ahora mismo.

A un lado del amplio salón, al fondo, se puede ver una preciosa cocina americana que conecta directamente con el salón y, al otro lado, una cristalera con unas preciosas vistas de Dallas.

Sigo moviéndome por el apartamento y doy con una puerta. Intento abrir con mucho cuidado, por si es la habitación de Nick. Está cerrada. Junto a esta, hay otra puerta. Hago lo mismo, pero esta vez sí que se abre.

—¡Vaya! —Exclamo.

Una gigante habitación convertida en estudio de pintura frente a mí me invita a entrar e indagar. Veo una puertecita al fondo de la habitación y siento una curiosidad enorme por ver qué habrá tras ella y entrar. Y lo haría si no me estuviera haciendo pis y fuera mucho más importante ahora mismo encontrar el maldito aseo. Así que salgo y cierro tras de mí.

La siguiente puerta está también cerrada.

—¡Joder! ¡¿Por qué no me han dejado un mapa de este sitio junto a la cama?!

Recuerdo la puertecita que he visto en el estudio de pintura y decido probar suerte de nuevo. Entro en el estudio y esta vez merodeo por él hasta llegar a la puertecita. Aunque, antes de intentar abrirla, me quedo absorta al ver un enorme cuadro a medio acabar. En él puede verse nítidamente un campo de tierra desértica y árida y una pequeña y minúscula flor de color rojo tratando de crecer entre tanta falta de vida alrededor.

Es absolutamente precioso y cautivador.

Cuando intento abrir la puerta que hay en el estudio suspiro aliviada de encontrarme un enorme y precioso baño tras ella. ¡Por fin! Entro y cierro la puerta por la que he entrado con el pestillo de seguridad. Vuelvo a mirar a mi alrededor y sigo sin creérmelo. Un jacuzzi, una ducha spa, un lavabo gigante y

hasta una puerta gigante que seguramente sea un armario. ¿Cómo narices pueden pagarse estos dos todo esto?

Cojo una toalla limpia del montoncito que hay bajo el lavabo y decido no hacerme más preguntas hasta que me duche, me vista y me tome un café que me ayude a volver a ser persona de nuevo.

Jamás me había dado una ducha más increíble y relajante que ésta. No sabía lo maravilloso que podía ser una ducha spa. Cierro los ojos y tarareo una de mis canciones favoritas “perfectly wrong” de Shawn Mendes y creo que también sonrío. Hacía tiempo que no canturreaba ni sonreía así. Creo que el tal Nick no me va a caer tan mal al fin y al cabo gracias a su super apartamento y, desde luego, vivir con él va a tener alguna ventaja, después de todo.

Cuando ya tengo la piel roja a causa del agua caliente, decido salir de la ducha y vestirme. Abro la cristalera canturreando y, de repente, una cara conocida está frente a mí, con la cabeza ladeada, mirándome como quien ve un alienígena.

—¡Nick! —Me tapo mis partes menores con la mano como buenamente puedo y estoy segura que ahora mismo el rojo de mi piel ha pasado a ser fluorescente. —¿Qué demonios haces aquí? —Cojo la toalla y me tapo rápidamente con ella. Nick sigue perplejo mirándome de arriba abajo y cuando sus ojos chocan con mis avergonzados ojos al fin habla.

—Eso es lo que iba a preguntarte yo a ti. ¿Qué haces en mi baño? —No sé si está molesto, avergonzado, divertido o simplemente curioso. Es frustrante que sea tan poco expresivo.

—¡Necesitaba una ducha! ¡He buscado el baño por todos lados y al fin lo encontré! ¡¿Cómo has entrado?! ¡Cerré con seguridad! —Le increpo. No habla. Sólo señala la puerta que hay al otro lado que yo equivocadamente confundí con un armario. —¿Por ahí? Oh, mierda...

—Este es mi baño. Conecta con mi estudio por un lado y con mi habitación por el otro. El baño tuyo y de David está al otro lado del pasillo. —Dice sin ápice de emoción en sus palabras. Yo aprieto los ojos y miro al suelo.

—Lo... lo siento. No quería ser una entrometida. Pensé... yo... pensé...

—Tranquila. Me has entretenido la mañana con tu canturreo primero y con tu striptease después. —Me pongo más roja todavía y soy incapaz de mirarle a los ojos. —Nunca pensé que podría tener algo de positivo vivir con Hannah Montana. —Añade el muy cretino. Esta vez sí lo miro y lo fulmino con la mirada.

—¡No vuelvas a llamarme así, gili...

—¡Qué! ¡Dilo! —Se acerca a mí hasta plantarse a escasos centímetros de mí. Me siento vulnerable ante esa mirada tan intensa. Sobre todo, porque estoy desnuda y mojada. Sus ojos son lo único que parecen mostrar algún tipo de sentimiento en ese bello y severo rostro. Tiene su castaño cabello enmarañado y un ligero pensamiento de acariciarlo me sorprende. —Vamos, dilo. ¿Qué soy? Ahora no está presente tu hermanito para impedirme que te dé tu merecido. —Me dice con media sonrisa que se nota que esconde algún pensamiento diabólico.

—Déjame salir. —Le pido, aunque no muevo ni un músculo para intentarlo.

—¿Por qué? ¿Ya no quieres seguir provocándome? ¿Me tienes miedo, Sally? —Su voz suena cálida y ronca. Nick levanta su mano y resbala uno de sus dedos por el borde de mi toalla, justo por la parte que cubre mis senos.

—Nick...

—¿Ahora me temes? Pensaba que eras mucho más osada. —Su mano asciende por mi cuello hasta llegar a mi mejilla. Me siento inmovilizada bajo esa mirada tan hipnotizadora. —¿Sabes lo preciosa que eres? —¿Qué? No habla en serio. Se acerca a mi rostro. Siento su aliento sobre mí y me quema. Quiero besarlo, pero, ¿por qué? Odio a este tipo. Aunque he de admitir que me pone a cien. —Bésame y olvidaré tu pequeña intromisión. —El corazón me late a mil por hora cuando siento la caricia de sus labios. ¡Sí, por supuesto que voy a besarlo!

—¿Sally? —La voz de mi hermano me saca del estado de shock en el que me hayo. Cojo mi ropa y salgo a toda prisa del cuarto de baño por el mismo lado por el que entré, el estudio de pintura de Nick. Al salir, me encuentro con David que me mira extrañado. —¡Eh! ¿Qué hacías ahí?

—¡Me equivoqué de baño! Me he dado una ducha. ¿Cuál es tu habitación? Necesito vestirme. —David me señala con el dedo hacia una puerta y me dirijo precipitadamente para refugiarme allí. —¡Joder! —Resoplo una vez a salvo, apoyada en la puerta de la habitación de mi hermano.

Me seco y me visto rápidamente. Sin embargo, sigo sintiéndome desnuda. Ahora no me parece tan buena idea haberme puesto estos shorts y sin bragas. ¡Maldita sea!

Barajo la opción de quedarme todo el día encerrada en esa habitación, pero tampoco quiero dar signos de debilidad ante ese estúpido o lo tendré todo perdido y sabrá que puede amedrentarme con sus estúpidos jueguitos de

seducción.

Además, David está fuera. Escucho su voz desde aquí, mientras habla con Nick.

Sally, sal fuera ahora mismo y actúa con normalidad. ¡Hazme el maldito favor!

Al final lo hago. Salgo y me paseo descalza, en shorts y con una camiseta de los Rolling Stones que antaño perteneciera a mi hermano. Me paseo por delante de esos dos y noto como se hace el silencio a mi paso. Mierda. ¿Me estarán mirando? Me dirijo a la cocina directamente, en concreto a la cafetera. Necesito un café. O algo. Algo que me distraiga de tanta agitación como aún siento en mi cuerpo. ¿Cómo ha conseguido ese cretino que me hierva la sangre sólo con mirarme y acariciar levemente mis labios con los suyos?

Pongo la cafetera y noto que vuelven a retomar su conversación al fin.

—Sí, hoy he quedado con ella. ¿Tú tienes planes? —Oigo preguntar a Nick.

—No, yo hoy no he hecho planes. Quería pasar el día con Sally. Mañana he quedado con Rebecca. Creo que tiene buena pinta, tío. La tipa confía en mí... ya sabes.

—Bien, tienes que cerrar eso cuanto antes. Ya son muchas veces para no haber sacado más que mil miserables dólares. —Dice Nick. Mi tarea de hacer café va viento en popa, ahora lo que sucede es que no sé dónde está el azúcar. Me pongo de puntillas y rebusco en los armarios superiores de la cocina. —Esto... sí... tienes que quedar más con ella y eso... ya sabes...

—¿Estás mirándole el culo a mi hermana? —La pregunta de David me coge por sorpresa y doy un brinco. ¿Nick me estaba mirando el culo?

—¿Qué? ¡No! —Miro de reojo y veo a David echando una mirada inculpatoria a Nick. Pareciera incluso que sale humo de la nariz. Yo sonrío al verlo.

—¡Sally! ¡Hazme el favor y ponte otra ropa! —Me grita David.

—¿Queréis un café, chicos? —Digo para relajar tensiones.

—¡Yo sí! —Oigo gritar a Nick. Mi hermano murmura un “vale” de mala gana.

—De acuerdo. Tres cafés. Voy a hacer unas tortitas también. ¿Hay harina?

—¡Sí! ¡En el primer cajón! ¡Joder, Sally, al fin me estoy alegrando de haberte traído! —Vuelve a contestarme Nick. Sonrío sin que me vea.

Después de un buen desayuno soy testigo de cómo el carácter difícil de estos dos mejora considerablemente. Ahora recuerdo cuando mi madre solía

bromear que a los hombres se les gana por el estómago.

Nick se va del apartamento poco después de desayunar y se despide hasta la noche. Supongo que irá a trabajar. Me gustaría tener por fin algo de confianza con ese hombre y preguntarle un poco sobre su vida. Pero, por ahora, eso no va a poder ser.

Así que me aprovecho de la única persona que parece ser capaz de comunicarse con ese raro espécimen masculino: mi hermano. De alguna manera, Nick parece confiar en exceso en el alocado de David. Y, dadas las circunstancias, me parece una buena idea aprovecharme de ello.

Como David parece más que dispuesto a pasar tiempo conmigo para compensarme por estos años de martirio en casa sin su apoyo y por la horrible pérdida de nuestros padres, lo convengo para que vayamos de compras. No tengo nada de ropa que pueda parecer apropiado para este lugar, y al parecer tampoco acorde con mi edad.

En unos días cumpliré dieciocho años y sigo vistiéndome como un niño. Mi padre solía burlarse de mí diciendo que parecía un chico. La verdad, no echo de menos a ese hombre en absoluto, pero a mi madre sí. No teníamos apenas relación desde que mi hermano se fue de casa y la relación entre ella y mi padre se recrudeció. Aunque... ¿puede que fuera siempre así de cruda y David me protegiera para que yo no lo viera? No lo sé. Pero no lo creo. Ella solía tener algunos días buenos. Recuerdo que cuando no estaba mi padre en casa hasta la escuchaba canturrear por casa. Ese recuerdo me entristece hasta lo más profundo. Ya no canturreará más.

Pero durante el día consigo desechar ese sentimiento tan triste, mientras estoy de compras con David en un enorme centro comercial.

David me pone cara rara ante las prendas más atrevidas que elijo comprarme, pero no son nada del otro mundo y él decide callarse al verme al fin feliz.

—Cuéntame, ¿cómo conociste a Nick? —Le pregunto a mi hermano cuando estamos sentados en una cafetería después de unas cuantas horas de compras.

—Pues, nos conocimos. Ya está. —Dice encogiéndose de hombros, algo nervioso. ¿Qué pasa?

—No es una pregunta tan difícil. —Le increpo. David me mira, evaluando su siguiente respuesta, y acaba sonriéndome.

—Fue en una fiesta. Nos hicimos muy amigos rápidamente y después comenzamos a trabajar juntos.

—Ah, ¿sí? ¿en qué? —Me siento más que curiosa. Apoyo mi barbilla en

mis manos deseando conocer más.

—Eh... no sabría cómo definírtelo. Somos como socios... invertimos en activos. Pero nos ha ido bien. —Levanto una ceja. —No podemos hablar de nuestros negocios... no nos está permitido. —Esa respuesta no me la esperaba para nada y me deja más que preocupada.

—¿Estáis metidos en algo ilegal? ¡David, ni se te ocurra...

—¡Shh! ¡Baja la voz! —David mira a todos lados. —¡Claro que no! ¡No digas tonterías! —Le miro con incredulidad. —Eh, ¿por qué cojones piensas eso? No soy ningún delincuente, Sally. ¡Vamos, joder, tú me conoces!

—Dime entonces cómo demonios habéis conseguido vivir rodeados de tanto lujo. —Le desafío.

—La familia de Nick tiene mucha pasta. Nick heredó ese piso de su padre y algo de pasta, pero mantenerlo y mantener ese estilo de vida es más caro de lo que crees, por eso necesitamos trabajos bien remunerados. Y hemos encontrado la forma de invertir nuestra pasta para que nos dé buenos beneficios. —Me contesta ofendido. ¡Oh! ¿Nick también ha perdido a su padre? —Yo necesitaba un sitio donde vivir y él necesitaba alguien en quien confiar y algo de ayuda. Además, juntos diseñamos nuestro negocio y somos un tándem que funciona de maravilla. Punto. Nick no tiene muy buena relación con su familia y yo soy con la única persona con la que cuenta de verdad.

—¿Por qué? ¿Qué le pasa con su familia?

—Eso será él quien te lo cuente, si es que quiere.

—¿También tienes prohibido hablar de eso? —Intento provocarlo para que suelte algo más.

—No. Simplemente soy leal. Tú no necesitas saber sus movidas y él no necesita que yo también le traicione contándolas. —Asimilo como puedo eso que acaba de decir mi hermano y pienso que Nick debe sentirse realmente solo si la única persona que tiene en este mundo es el alocado de David Morrison.

—¿Qué edad tiene? —Intento sacarle otro tipo de información, aunque no es tan valiosa.

—La misma que yo, veintidós. Aunque en un mes cumplirá los veintitrés. Oye, ¿qué te pasa con Nick? —Mi hermano parece nervioso. —No se te ocurra fijarte en él, ¿me oyes? Nick no es el tipo de hombre con el que una niña como tú deba meterse.

—¿Una niña como yo? ¡Perdona, pero en cuatro días cumpliré dieciocho! —Me defiendo. —Además, ¿Qué es eso de que no es el tipo de hombre con el que deba meterme? ¿No es acaso como tú? —David se muerde el labio.

—Por eso mismo. Ya sabes que yo estoy tocado. Ya sabes que no soy el modelo a seguir. Pero soy feliz como soy y ya es demasiado tarde para cambiarme. ¡Pero tú tienes una jodida vida por delante y tienes la posibilidad de hacerte una mujer de bien! —Me señala con el dedo.

—¿No es demasiado tarde para que ejerzas de mi protector?

—No, no lo es.

—Deberías haberlo pensado antes de marcharte y dejarme sola en esa mierda de casa. Ahora no soy una niña. Ahora yo también arrastro mis propios fantasmas, David.

—¡Calla! Yo no te habría servido de ninguna ayuda en la situación en la que estaba. ¡Y tú no eres un caso perdido!

—¿Y ahora estás en situación de servirme de ayuda? ¿En qué has cambiado? Vives con una persona a la que, por un lado, consideras tu alma gemela, tu hermano, pero que, por otro lado, defines como un peligro para una mujer. Tienes un trabajo del que no puedes ni siquiera hablar, lo cual dice demasiado de él, y nada positivo. Lo siento, pero no necesito que seas tú precisamente mi guía espiritual. —Mi hermano me contempla y sé que está herido por mis palabras.

—Nick y yo no estamos cometiendo ningún delito. ¡Ya te lo he dicho! No es un mal tío. Sólo lo ha tenido difícil, como yo. Mira, Sally, no te habría traído aquí jamás si pensase que te pondría en peligro, y tú lo sabes. O en alguna situación que fuese negativa para ti y tu futuro. —Esa reflexión consigue ablandarme. Además, no sé ser inmune a esa mirada que ahora mismo me está echando.

—Lo sé, tienes razón. —Finalmente le sonrío y doy por zanjada esa conversación con mi hermano.

7

Sally

Miro la hora en mi móvil. Las dos de la madrugada. Esta noche vuelvo a sentir que la ausencia de mis padres se vuelve a hacer grande sobre mi pecho. Puede que sea por la película que hemos visto David y yo juntos aquí, tumbados en el sofá-cama en el que duermo. Era una historia muy tierna sobre una familia americana normal, que luchaba contra las adversidades para mantenerse juntos. Una familia como yo creí durante mucho tiempo de mi vida que era la mía. Incluso David se puso tenso. Lo noté. En cuanto terminó se despidió de mí dándome un beso en la frente y se encerró en su habitación para no salir más.

Ya hace tres horas que se recluyó en su habitación. Supongo que a esta hora ya estará dormido. Tengo la tentación de ir a buscarlo y abrazarme a mi hermano hasta descargar todo el llanto que siento que quiere salir de mi cuerpo, pero no quiero que se preocupe tanto por mí. No necesito que siga siendo tan protector conmigo. Sólo necesito descargarme un poco y mañana volveré a estar como nueva.

Así que lloro en silencio en la oscuridad de la noche en medio de este amplio, lujoso y frío salón común que se ha convertido en mi habitación también.

De repente, un sonido hace que me incorpore de golpe y me quedo sentada en el sofá-cama, mirando hacia el lugar del que procede. Es la puerta de la calle. Se ha abierto y veo a una silueta negra entrar dando tumbos. Sofoco un grito en mi mano y veo que la silueta se acerca más y más a mí. ¡Joder!

—¡No! ¡No! ¡Fuera!

—¡Shhh! Soy yo —escucho una voz familiar arrastrando las palabras.

—¿Nick?

—El mismo. ¡Oh, joder, todo me da vueltas! —Enciendo la linterna de mi móvil para poder verlo mejor y dejo la luz a modo de lamparita. Nick está frente a mi cama y se restriega las manos por la cara.

—¿Estás borracho? —De pronto me mira.

—Sehh. ¡Eh! ¡Por qué lloras, pequeña intrusa! —Pregunta al percatarse de las lágrimas de mi rostro. Me quedo congelada. Nick se acerca más y se sienta en mi cama, junto a mí. —Esos enormes y preciosos ojos no deben llorar. —¿Quién es éste? Estoy confundida. Pasa sus pulgares por mi rostro y borra los restos de mis lágrimas. —Dime, ¿qué te pasa?

—Ehh... mis padres... han muerto. —Respondo para aclarar lo obvio. Sin darme cuenta, más lágrimas salen de mis ojos al pronunciar mis temores en voz alta.

—¡Eh! ¡Ven aquí! —Nick me abraza y acaricia mi espalda. Es una sensación tan fuerte el volver a sentir un abrazo protector de alguien que, sin poder evitarlo, me dejo llevar y descargo mi amargo llanto sobre su hombro, entre sus brazos. —¡Eh! Shh... tranquila... shhh... todo irá bien. —Huele a alcohol y habla de forma muy rara. Sé que no es él mismo en este instante. Pero decido aprovecharme de su falta de control sobre sus emociones y de su arrebatado paternalista producto de la borrachera y lo abrazo con fuerza. —Shh, pequeña, no llores. —Susurra en mi oreja y su ronca voz me hace estremecer. Comienza a dejar un reguero de besos que van desde mi oreja, pasando por mi mejilla, hasta la misma comisura de mis labios, mientras sisea con suavidad para calmarme. Aunque yo ya he dejado de llorar. He dejado hasta de respirar. Creo que incluso me voy a desmayar. Nick apoya su frente en la mía y sus gruesos labios siguen siseando frente a los míos para que me calme. Siento el corazón en la garganta cuando sus labios rozan sin querer los míos. —Eres la criatura más erótica, desquiciante y apetecible que he visto en mis casi veintitrés años de vida. —Dice y yo ya no soy consciente de lo que hago. Simplemente mi cuerpo actúa en solitario, sin obedecer las órdenes de mi cerebro y mis labios buscan los suyos por instinto. Aniquilo la cortísima distancia que los separa de los labios de Nick y absorbo con mi boca la boca de Nick. Él emite un gruñido delicioso cuando comienzo a besarlo con ansias y, cuando nuestras lenguas se encuentran, Nick se abalanza sobre mí dejándome atrapada entre el colchón de mi cama y su cuerpo.

Comienza a quitarme los shorts que llevo con impaciencia y me deja en bragas y camiseta. Después vuelve a echarse sobre mí y me besa como jamás, en mi maldita existencia, me han besado.

—Nick... —pronuncio su nombre como una oración.

—¡Joder, Sally! Te deseo. —Sus manos ascienden desde mi cintura hasta mis pechos por debajo de la camiseta de David que llevo puesta. Gimo con fuerza cuando siento que pellizca mis pezones.

¡Dios! Nunca había sentido nada igual. Lo máximo que había hecho con alguno de los chicos con los que salí en San Andrés eran toqueteos por encima de la ropa. Nunca pude llegar más lejos porque el imbécil de mi hermano siempre aparecía para estropear mi momento. Nick sigue devorando mis labios mientras con una mano me agarra con fuerza del pelo y la otra aprieta uno de mis pechos. Siento que voy a echar a arder de un momento a otro. Mis piernas se enroscan alrededor de su cintura y Nick vuelve a gruñir. Sus caderas se mueven, buscando la calmar su ansia a través de la presión que ejerce su erección contra mí. Una erección tremendamente notable a pesar de la tela vaquera de sus pantalones.

—Nick, mi hermano... —Susurro cuando soy consciente de que David está a sólo unos metros de nosotros.

—Sally, mierda, te deseo. Llevo deseando enterrártela entre las piernas desde que te vi desnuda esta mañana. —Mi cabeza da vueltas. Nick presiona con más fuerza su miembro contra mí. Yo también deseo a este hombre. Lo deseo y lo odio a partes iguales. —Quiero que grites mi nombre mientras te follo con todas mis ganas. —Vuelve a besarme y yo ya no me resisto más. Mis manos viajan por su torso para quitarle su camiseta. Nick tiene que incorporarse un poco para que pueda hacerlo. Al hacerlo, se tambalea. —Joder, mi cabeza. —Se deja caer en el colchón junto a mí, bocarriba. Yo me quedo mirándolo sin aliento. Está con el torso desnudo. ¡Joder, qué bueno está! Con sus manos sobre sus ojos y con una tremenda erección mal ocultada bajo sus pantalones vaqueros. —Me da todo vueltas. Dame un minuto. Joder, no debería haber bebido tanto.

Un minuto...

Sólo un minuto. Puedes esperar un minuto, Sally.

Pero, un minuto después, Nick está completamente dormido en mi cama. Me quedo mirándolo (o más bien admirándolo) un rato. Los tatuajes en sus muñecas me llaman la atención y curioso. Son dos fechas: 1 de mayo de 1995 y 17 de julio de 2012. Creo que la primera puede ser su cumpleaños, pero, ¿y la segunda? No seas cotilla, Sally. Deja de mirar. Pero está tan bueno... Miro al techo y suspiro. Es mejor así. No debo enredarme con este hombre por varios motivos: es el mejor amigo de mi hermano, tenemos que convivir juntos y, el mayor y más importante de todos los motivos; es un gilipollas y lo odio.

Al menos, ya no tengo ganas de seguir llorando. No. Lo que tengo es un calentón de campeonato y al motivo de mi calentón durmiendo en mi cama, con su torso desnudo y con su deseable rostro a escasos centímetros del mío.

Me recuesto a su lado y lo contemplo dormir. Así, tranquilo, parece un angelito. Nada que ver con cuando está consciente y sobrio. Esta noche ha sido un amor conmigo, pero sólo porque estaba borracho y cachondo también. Veamos mañana cómo se las gasta Nick.

Lo escucho balbucear algo en sueños, no sé qué. Y, de un momento a otro, Nick hace un movimiento en sueños que acaba conmigo inmovilizada por uno de sus brazos y una de sus piernas que me abrazan con fuerza.

¿Cómo he acabado en una situación tan absurda? ¿Y con el loco de Nick? ¿Qué hago? ¿Debería despertarlo y ayudarlo a llegar a su cama? Pero, no puedo moverme. Susurro su nombre un par de veces y sólo consigo que balbucee algo incomprensible. Está completamente dormido.

Después de un pequeño ataque de risa decido dormirme yo también. El calor que desprende el cuerpo de Nick y su increíble olor me ayudan a poder relajarme y conciliar finalmente el sueño. Aunque también huele mucho a alcohol, pero ignoro ese olor.

8

Nick

Menuda puta mierda de dolor de cabeza. ¿Quién cojones está gritando como un gato en celo?

—¡Nick! ¡¿No me oyes, bastardo?! ¡Despierta ya o te despierto a hostias!
—Pestañeo y me encuentro con unos enormes ojos negros asustados.

—¿Sally? —Me froto los ojos. ¿Qué coño hago durmiendo en su cama y abrazándola? Miro hacia el foco del griterío y me encuentro con David a punto de combustión. —Eh —le saludo de mala gana.

—¿Te has follado a mi hermana, hijo de puta?! —Mierda, ¿he hecho eso? Miro a Sally rogándole para que nos saque de dudas a todos.

—¡No! —Grita ella. Joder, menos mal. —¡Sólo estaba borracho, me encontré llorando, me consoló y se quedó dormido! —Sally nos defiende a ambos frente a David. Yo me quedo a cuadros ante su defensa. Sería mucho más creíble que dijera que me la follé a que diga que yo la consolé. Al menos viniendo de mí. David nos mira ceñudo y yo le dedico una sonrisa inocente.

—Levantaos de una jodida vez. —Ordena David con mala cara y se da la vuelta. —No me apetece veros tan acurrucaditos.

Yo me incorporo, aturdido, y me doy cuenta de que estoy sin camiseta. Miro a Sally con el ceño fruncido para que me aclare este punto, pero ella ni siquiera me mira. Veo que coge unos pantalones cortos del suelo y comienza a ponérselos rápidamente. ¡Joder! ¿Lleva unas bragas de encaje negro? Mi polla despierta de repente. Tiene un culo perfecto. Un momento... ¿por qué no llevaba pantalones?

Miro en dirección a David y veo que está en la cocina, haciendo el café.

—Sally —susurro su nombre para que David no nos oiga. Ella me mira. Está colorada como un tomate. Mmmm... esto pinta a cagada monumental por mi parte. ¿Qué le he hecho?

—¿Sí?

—¿Qué pasó anoche de verdad? —Ella parece decepcionada de que yo no lo recuerde.

—Lo que le dije a David. —Se encoje de hombros y se va también en dirección a la cocina.

No sonaba nada convencida. Pero me consuelo pensando que si he caído inconsciente de esta manera y no recuerdo nada es porque probablemente estaría tan borracho que no podría ni mantenerme en pie. Lo suficientemente borracho para no poder rematar la faena. Así que me levanto yo también, me pongo la camiseta y me acerco a la cocina arrastrando los pies. La cabeza me martillea. Necesito un café o moriré.

Sally y David están hablando sobre el instituto nuevo al que acudirá Sally hasta que se gradúe. El mismo al que va mi hermana Alice. Debería remorderme la conciencia el hecho de que me esté desayunando con la mirada a esta cría que va todavía al instituto y que tiene un culo de lo más apetecible con esos shorts. ¡Joder, y qué piernas! ¿Hace deporte? Tiene pinta de que su piel debe ser de lo más suave. Ya no la encuentro ni siquiera tan irritante como cuando la conocí. Sé lo que debe estar pasando por sus padres. Lo sé mejor de lo que me gustaría. Yo haría que se le olvidara toda la pena a embestidas...

—¿De acuerdo, Nick? —Mierda. Me están hablando. Los miro a ambos y trato de quitarme de la cabeza la imagen de Sally gritando mi nombre mientras la empotro contra la pared.

—Lo siento, ¿qué?

—Que yo tengo que trabajar hoy —dice David de mala gana. ¿Trabajar? ¿David? Ah, sí. Ha quedado con Rebecca hoy. Lo dirá por eso. ¡Mierda, Claire! ¡Tengo que llamarla para averiguar si está bien conmigo tras el fracaso de ayer! —Así que tendrás que quedarte con Sally. —Pongo los ojos en blanco. ¿Ahora también soy niño?

—No hace falta. —Dice Sally molesta. Maldita sea, creo que me ha visto poner mala cara.

Esta tía es muy coñazo cuando se estresa. Tengo que calmarla...

—Me quedaré con ella. Pensaba quedarme en el estudio de todos modos. —Digo para intentar calmar los ánimos.

—¡Tengo prácticamente dieciocho años! ¡No me hace falta una niñera! ¡Y menos si va a estar poniéndome cara de estreñido! —Ya empezamos. ¡Nadie en mi jodida existencia ha tenido las agallas de hablarme así! Y viene ahora Hannah Montana y me vacila a todas horas.

—¡Si no te gusta mi cara ponte una venda en los ojos! ¡Y de camino una mordaza y así estamos todos contentos!

—Vale, ahora está claro que ha sido una tremenda tontería sugerir que

entre vosotros dos haya pasado algo. —Bromea David aguantando la risa.

—¡Ni en sueños! —Protesta Sally. ¿Cómo que ni en sueños? ¿Y yo estaba montándome orgías en mi mente con esta arpía?

—Desde luego que no. Te pondrías a llorar y a llamar a tu mamá en cuanto te la metiera, niña estúpida. —Mierda. Me he pasado. Creo. Sí... la cara con la que me está mirando me dice que sí. Tiene esos preciosos ojos negros llenos de lágrimas. Joder, Nick ¡lo de preciosos te lo puedes ahorrar!

—¡Gilipollas! —Me grita, golpea mi hombro con patosismo y se va. Esta vez encajo el insulto mejor que las otras veces. Me lo he ganado.

—Joder, Nick. Lo de llamar a su mamá ha ido bastante lejos. Mi madre no era una hija de puta. Ella era una pobre buena mujer que tuvo mala suerte. Esta vez te mereces que Sally te grite de todo.

—¡Ya, ya, joder! —Me levanto y resoplo. —Voy a buscarla para disculparme. —David asiente. —Sólo espero que no la ponga todavía peor. Se me da fatal eso de consolar y peor aún disculparme. —Digo mientras voy a buscar a Sally.

La escucho lloriquear tras la puerta que da a la habitación de David. Abro la puerta y la veo tirada sobre la cama de mi amigo, llorando amargamente. Creo que no me ha oído entrar. Cierro la puerta tras de mí y me acerco lentamente. Tengo que reconocer que me da lástima verla llorar así y siento unas enormes ganas de protegerla de quien le haga el más mínimo daño. De capullos como yo. Aunque de mí será de la única persona que no pueda protegerla. Me siento junto a ella y acaricio su brazo. Ella se asusta ante el contacto y me mira, con esos ojitos llenos de lágrimas.

—¡Vete!

—No. He venido a disculparme, Sally.

—¡Deja de disculparte porque mi hermano te lo diga! —Grita y llora a la vez.

—Esta vez he venido por propia voluntad. —Digo muy serio. Ella me mira y se sienta frente a mí, intentando evaluar en mi mirada si lo digo en serio. Me muestro firme y mantengo la mirada.

—¿Tanto asco te doy? —Me sorprende con su pregunta. ¡Claro que no me da asco! Es irritante a veces, sí, pero la mayoría de la humanidad lo es. Ella es bastante menos irritante que el resto de los mortales. Y... está más buena que la mayoría también.

—No digas tonterías, Sally. Es sólo que no estamos acostumbrados a tratarnos. —Ella frunce el ceño, sin comprender. Como si para ella no fuera

tan difícil llevarse bien con otro ser humano que no conoce de nada. —Ya sabes que todos tenemos nuestras taras, y tendré que aprender a vivir con las tuyas. Sólo necesito tiempo.

—¿Mis taras? ¡Ja!

—Sí, tus taras. Eres muy irritante a veces y yo...

—¡Y tú un gilipollas! —Respira hondo, Nick. No te enerves otra vez. No, no puedo. Voy a mandar a la mierda a esta mocosa ahora mismo. ¡Ya no la soporto ni un minuto más! —De verdad que no entiendo como estuve a punto de acostarme anoche contigo. —Eso sí que no lo esperaba. ¿Estuvimos a punto de follar? Bueno, eso explicaría porque me he levantado tan cachondo con su imagen esta mañana. Sobre todo, porque tampoco fui capaz de rematar la faena con ella.

—Eso no me lo contaste antes.

—¡Oh, vamos, no me vengas con que no te acuerdas!

—No, Sally, no me acuerdo bien yo... —de repente me vienen algunas imágenes al cerebro de anoche. Unos besos intensos y muy eróticos sobre un... sofá-cama. Unos besos que me sorprenden que vengan de una niña con poquísima experiencia con los hombres. ¿O son los besos de Claire los que recuerdo? Sólo hay una manera de comprobar si fue Sally la que me puso tan cachondísimo anoche.

—Tú no te vas a volver a acercar a mí de esa manera para luego ningunearme así, como lo has hecho esta mañana. Si no te gusto, me parece genial. ¡Tú a mí no me caes ni siquiera bien! Pero no sé por qué a veces tú... me atraes. Sé que es porque eres un cretino conmigo todo el tiempo y yo estoy débil y desubicada ahora mismo, pero eso no te da derecho a... —la callo estampando mis labios sobre los de Sally y busco con mi lengua la suya.

Ella abre la boca sorprendida por el ataque, lo que me facilita la tarea de invadir su dulce boca. Ella gime en mis labios y ese gemido conecta con algún punto de mi cerebro que hace que todos mis sentidos despierten a la vez. Su lengua surca mi boca primero tímida, después con impaciencia. ¡Joder, Sally, sí que sabes besar, pequeña! Me aferro a su cuello y la aprieto con fuerza contra mi boca. Con la otra mano tiro de su cintura hacia mí.

Sin crearme mi suerte, Sally no sólo se acerca a mí, sino que se sienta sobre mí, a horcajadas, y comienza a restregarse contra mi entrepierna. ¡Cómo puede esta irritante y petulante mocosa ser tan deliciosa! Cada vez me besa más apasionadamente y yo comienzo a gruñir y a impacientarme por hacerla mía. Hasta el fondo. Quiero clavarme en ella. ¡Joder, si quiero!

—Sally... —atrapo una de sus tetas por encima de su camiseta. Joder, ¡qué tetas!

—Nick... para... —pide, pero sé que ella tampoco quiere parar.

—No. —Le muerdo el labio inferior y aprieto su trasero para pegarla más a mí.

—Para, para. —Pone su mano sobre mis labios y se separa de mí. La miro y sé que estoy rogándole, suplicándole con la mirada que no se separe de mí. —David está ahí fuera. —Joder, es verdad. Tomo todo el aire que cabe en mis pulmones y asiento, soltándola.

—Entonces, ¿estoy perdonado ya? —Trato de bromear, aunque bromear se me da de pena. Sin embargo, Sally me premia con una preciosa risita que se me contagia y me provoca otra a mí.

—Sí. Estás perdonado. —Se levanta y se alisa la camiseta. Yo me levanto y veo la tienda de campaña que se ha formado en mi bragueta.

—Creo que es muy mala idea que salga de aquí así de empalmado con tu hermano ahí fuera. —Ella vuelve a reírse, aunque eso no fue una broma. Pero bueno, me gusta ese sonido cuando lo hace, mucho más que cuando me llama gilipollas.

—Saldré yo primero. —Se muerde el labio y me obligo a mirar al suelo o no me desempalmaré nunca.

—Vale.

Sally sale de la habitación y yo me quedo un rato pensando en qué pasaría si me la follase. David me mataría. Lo sé. Tampoco sé por qué siento la necesidad de follármela, pero la siento. Está claro que ella no tiene nada que ver con la clase de mujeres con las que tengo relaciones. Tampoco creo que yo le atrajera lo más mínimo si supiera a qué me dedico. Su atracción por mí, si es que existe, se esfumaría de un momento a otro. Pero creo que me desea. No tanto como yo a ella, porque soy consciente de que suelo caer mal a la gente. Pero dudo mucho que una chica buena como Sally vaya por ahí besando a los hombres como acaba de besarme a mí...

Como sigo empalmado después de mi debate mental recordando la forma en la que la tenía entre mis brazos, decido llamar a Claire para disculparme por mi comportamiento de anoche, para hacer tiempo mientras mi cuerpo vuelve a estar en condiciones de salir de aquí y enfrentarme a David.

Marco su número y me contesta al segundo tono.

—Vaya, no me esperaba tener noticias tuyas tan pronto...

—Eh, sí... creo que ayer no era mi día. He tenido una semanita más que

rara, Claire. Te compensaré, de verdad.

—Eso espero. He sido más que generosa contigo para que lo hagas. Pero la próxima vez me pagarás con una jornada de sexo doble para que se me pase el enfado. —Me amenaza. Aunque yo sé que no lo dice con rencor. Claire es una de esas que se monta la película cuando estamos en mitad de la faena y la mantiene viva fuera de las cuatro paredes de su habitación. No me ha costado nada convencerla de que confíe en mí.

—Claire... no seas tan exigente.

—Nick, vente esta noche a mi casa y olvidemos lo de ayer.

—Hoy no puedo, nena.

—¿Por qué no? Vas a verte con otra, ¿verdad? —Odio las escenitas de celos.

—Ya hablamos de esto, Claire.

—Sí, ya sé las reglas. Yo estoy casada y eso hace que te frenes en...

—No, Claire. No lo estropees. Lo pasamos muy bien juntos y si sigues la conversación por ese camino tendremos que dejar de hacerlo. Lo nuestro es puro fuego, nena. Dejémoslo ahí y no se agotará con charlas estúpidas ni escenitas de celos absurdas. —Claire se mantiene callada. No sabe qué decir, me lo imagino. —Me gustas así, prohibida, ardiente, seductora.

Sé que por un lado tiene ganas de mandarme a la mierda, como todas, pero por otro lado está demasiado enganchada al sexo que tenemos. Pero, la verdad, después del gatillazo que tuve ayer con ella, no sé si seguir con mi plan de conquistar a Claire. Jamás me había pasado y no me apetece volver a experimentar una sensación tan frustrante como la de anoche, cuando intenté follármela en el baño de la galería de arte de la que su padre es propietario y no había forma de que mi polla me respondiera como era debido. Pero si quisiera dejar de verla, tendría que hacerlo con tacto, porque no me interesa tenerla como enemiga. Y, sobre todo, tendré que idear un plan B si desisto de seguir trabajándomela. De todos modos, no tengo que asustarme tan pronto. Claire es una atractiva rubia de treinta y cinco años que sabe lo que hace en la cama y es bastante entregada y complaciente en el sexo. Debería darle otra oportunidad. Seguramente, si no me empalmé fue por la agotadora nueva situación en casa.

—¿Cuándo podré verte? —Se rinde al fin. Creo que unos diitas sin ver a Claire podrán devolverme un poco de pasión por esa chica. Y necesito algo así.

—La semana que viene te aviso.

—¿La semana que viene? Eso es mucho tiempo...

—Estoy trabajando en una obra importante y quiero dedicarle tiempo, Claire.

—Con respecto a eso, sabes que dije en serio lo de hablar con mi padre para exponer tu obra en nuestra galería. —Una sonrisa se me dibuja en la cara. Al fin una señal de que todo esto merece la pena de verdad y no es sólo sexo lo que me aporta esta mujer.

—Si es así, pasado mañana iré a tu casa y hablamos. Pero eso será después de que te folle salvajemente. —Le digo y oigo su risita de satisfacción. Ya tiene lo que quería y yo también. Así que tendré que dar lo mejor de mí dentro de dos días con Claire.

Ojalá Claire se pareciera un poco más a Sally, me sería mucho más fácil ser un buen amante con ella. Sally es una belleza mucho más natural y lo hace todo más normal y menos caótico en el plano sexual. No tienes que pretender ser quien no eres con ella. Ella no necesita toneladas de maquillaje, perfume y ropa cara. Sólo esos gigantes ojos mirándote con deseo y ya está. Combustión servida. ¿Y ahora a qué viene esto? Está claro que me desconcentro fácilmente cuando una nueva distracción en forma de curvas femeninas se me presenta por delante.

Cuando salgo de la habitación de David, mi amigo ya se ha ido y veo a Sally en la cocina, haciendo algo de comer, o es su manera de poner distancia entre los dos. Me parece correcto. Por muy buena que esté Sally, no me apetece tener problemas con mi único y mejor amigo. No tengo muchos apoyos en esta vida y David es el más importante. Es la única persona que conoce bien mi infierno personal y cómo me siento. Sin que haya hecho falta que le explique nada, él siempre ha comprendido bien cómo me siento. Supongo que él se ha sentido igual muchas veces. Por eso nos entendemos tan bien.

Me refugio en mi estudio y dedico mi día a pintar, que es mi única pasión. Aquí, en mi estudio, es como si todo lo demás no existiera y nunca lo hubiese hecho. Es como si pudiera cambiar la realidad y con mi pincel darle el color que quiera darle a la vida.

Lo que realmente me sorprende es que de repente una oleada de inspiración me posee y comienzo a pintar y pintar como hace años que no hacía durante horas. Casi tres cuadros en un día es algo que creo recordar que no había conseguido hacer en mi vida.

Intento no darle importancia a lo que estoy pintando, sólo son imágenes producto de mi imaginación, que ha vuelto a florecer. No pasa nada si sólo se

queda en eso: imaginación. Además, era esto lo que necesitaba precisamente y volver a ver algo de luz a mi sueño de ser pintor.

9

David

Rebecca me está comiendo la polla en la parte trasera de mi coche y yo me dejo llevar por los agasajos de su pecaminosa boca. Es una chica guapa, pero se aburre demasiado. Lo suficiente como para acabar intentando siempre llamar la atención de un macarra como yo. Aunque con ella trate de vestirme bien. Pero sólo me convierte en un lobo con piel de cordero.

Supe que sería un blanco fácil desde que la vi en el Club Sixties, cuando yo todavía me tiraba a Linda. Linda se esforzó bastante en mí, pero en la cama era un completo desastre. Lo contrario que Rebecca, que desde que nos vimos en el club lleva calentándome la polla para que le preste la atención que su acaudalada y aburrida familia no le presta.

Rebecca es fan de follar en baños públicos y en lugares en los que podamos ser pillados infraganti. A mí no me disgusta la idea. Es morboso y el morbo siempre es bueno cuando haces lo que yo hago.

El problema es que cada vez me pide ir más lejos y ahora mismo estamos frente a la casa de su padre, el jodido congresista O'Donnell. Si me pilla en esta tesitura con su preciada primogénita me cortará las pelotas. Lo sé.

—Joder, Rebecca, haz que me corra de una jodida vez. Tú sabes hacerlo rápido. —La apremio. Ella me mira, con mi polla en la boca, y sonrío. Vuelve al ataque y consigue encenderme de verdad. Esto se le da genial.

—Vale, pero después tendrás que hacer que me corra yo, lo sabes. —Contraataca masajeándomela con la mano. Yo cierro los ojos y trato de relajarme mientras ella sigue a la tarea. —¿De acuerdo?

—Mmmm, sí, sí. Vamos, nena, estoy a punto. Oh, sehhh —descargo en su boca y al fin me relajo. Cuando abro los ojos la veo relamiéndose frente a mí. Es una canalla. —Ahora te vas a enterar. —Me lanzo sobre ella y meto la mano en sus bragas. Cosa que no es difícil, pues tiene la falda de su vestido enrollado en la cintura. Gime cuando le meto dos dedos. Está húmeda, mucho. Me desea. Ahora es mi momento. —Dime qué quieres, Rebecca.

—Quiero que seas mío. Quiero que me lleves al baile que celebrará el

amiguito de mi padre y me folles en todos los baños de la mansión del Senador McMillan. —Me pide. Eso sí que es jugar con fuego. No debería de hacer esto fuera del club, pero creo que esta vez merece la pena arriesgarse.

—Eso que me pides no está en mis manos, nena. —Beso su cuello, como a ella le gusta. —No tengo ropa que ponerme y no puedo estar a la altura de dicho evento.

—Te daré dinero. —Dice y gime cuando le meto los dedos más profundamente. —Te daré lo que me pidas.

—No, nena. Tú no tienes que hacer eso por mí. —Sigo torturándola cada vez más duro con mis dedos. —Yo sólo quiero que me des tus orgasmos y tus gemidos para mí, una y otra vez.

—¡Ahhh! Quiero hacerlo, David. Quiero hacerlo por ti. Pero sobre todo por mí. ¡Fóllame! —Exige subiéndose sobre mí. Joder, me acabo de correr, no creo que pueda follármela ya. Pero, si lo hago, a lo mejor mejoro la situación. Comienzo a masajearla con una mano, para tratar de reanimarla y con la otra la sigo torturando a ella.

—No puedo permitir que te dejes dinero en mí, pequeña.

—David, no seas terco. Eres el hombre perfecto para mí. Quiero que me lleves a esa fiesta y hagas realidad mi fantasía. —Me besa desafortadamente mientras coge mi polla que está a medio camino de la erección, me pone el condón que ve preparado junto a mí y se la introduce hasta el fondo. ¡Oh, sí, así es más fácil! La muevo sobre mí en círculos y gime aún más.

—Está bien. Lo haré por ti. ¿Cuándo es la fiesta?

—Dentro de dos días. ¡Gracias David! ¡Me haces tan feliz!

Dentro de dos días... tendré que convencer a Nick de que se quede con Sally de nuevo. Supongo que no será difícil...

Intento rematar la faena con Rebecca todo lo mejor que soy capaz de hacerlo y dejarla así exhausta de tanto sexo.

Como obra de jodida magia, consigo que se corra y correrme yo segundos antes de que el coche de su jodido padre aparezca en escena.

Me abrocho la bragueta con toda la rapidez que puedo y ella se coloca bien el vestido entre risas. A mí no me hace la más mínima gracia. Si el Congresista O'Donnell se da cuenta de lo que acabo de hacer con su hija frente a su casa, donde está su amada esposa esperándolo tan tranquila, soy hombre muerto.

El padre de Rebecca llama a mi ventanilla con una sonrisa y Rebecca y yo nos hacemos los sorprendidos.

—¡Señor Congresista, qué sorpresa! —Digo nervioso al bajar la ventanilla.

—Por favor, David, llámame Steve. Mi hija me ha dicho que la has acompañado todo el día para hacer sus compras semanales. No sabes cómo te agradecemos mi mujer y yo el favor. —Dice en tono bromista, pero yo sé que es verdad. Pasar un día entero con Rebecca de compras por las boutiques más caras de la ciudad es una tortura. Ni siquiera lo palía los dos trajes de más de dos mil dólares cada uno que Rebecca se ha empeñado en comprarme para “cuando vayamos a más fiestas juntos”. Lo que ella no sabe es que mañana mismo los devolveré y me quedaré con el puto dinero.

—Ha sido un placer para mí acompañar a esta deliciosa señorita. —Le ofrezco mi estudiadísima sonrisa a Rebecca, que suspira enamorada, y su padre también parece feliz de la vida.

—Es una pena que nos tengamos que ir a Washington pronto, mi hija te echará de menos. —No, no es una pena.

—Iré a visitarla cada vez que pueda.

—¡Papá, tú dijiste que podías encontrarle trabajo en el Hilton! ¡Porfi papi, haz que David se venga a Washington! —Mierda, no. El padre de Rebecca me mira como estudiando mi reacción. Yo sonrío, pero no digo nada.

—¿Lo harías? ¿Te vendrías por mi hija? —Vaya encrucijada. Miro a Rebecca que espera impaciente mi respuesta.

—Yo... la verdad es que tengo que resolver algunos líos familiares. —Rebecca me mira ceñuda.

—¿No fuiste a eso a San Andrés hace unos días?

—No te lo he querido contar, Rebecca, pero mis padres han fallecido en... un accidente casero. Y me he tenido que traer a mi hermana pequeña conmigo a vivir. —Rebecca abre la boca y sofoca un grito en la mano. ¿Habré sonado demasiado frío? —Tengo mucho papeleo que arreglar sobre la herencia y la casa de mis padres, y no debería mudarme muy lejos hasta que eso se resuelva. Además, mi hermana me necesita y ella no quiere dejar Dallas por nada del mundo.

—Lo siento muchísimo, hijo. —Dice el Congresista O'Donnell. —Es una terrible noticia. Mañana mismo hablaré con mi asistente y te extenderá un cheque para que sufragues todos los gastos del papeleo. —Me ofrece mientras palmea mi espalda. ¿En serio? Joder, esta familia parece que mea billetes.

—Se lo agradezco, no es necesario.

—Deja que me porte por una vez tan bien contigo como lo haces tú con mi

hija. Desde que sale contigo es menos reticente a acompañarnos a su madre y a mí a las galas diplomáticas. Cosa que no sabemos cómo agradecerte y que sabemos que te debemos a ti. —Sí, a mí y a la obsesión de su hija por follar en los baños de las fiestas. Lo que pasa es que no había dado nunca con un insensato tan insensato como yo y ahora está completamente desatada.

—Está bien, señor. Se lo agradezco. —El padre de Rebecca me sonrío y se despide.

—Os dejo unos minutos a solas para que os despidáis, chicos. Rebecca, no tardes mucho en entrar, es ya la una de la madrugada.

—Sí, papá.

Rebecca y yo nos volvemos a quedar solos y yo sólo espero que no me haga una despedida llena de preguntitas.

—Nena, es tarde. Me toca más de una hora y media conduciendo hasta llegar a casa. Nos vemos en dos días para la fiesta, ¿vale?

—David, no me habías dicho lo de tus padres... yo... ¿estás bien? —Sus ojos parecen preocupados.

—No lo sé. —Me sorprende a mí mismo contestando la verdad. —Supongo que no quiero pensar en ello.

—Mi amor, puedes contar conmigo para lo que tú quieras. Lo sabes, ¿verdad? —Sonrío y asiento. —David, quiero que te vengas a Washington, conmigo. —Pone cara de corderito degollado.

—Nena, lo siento, no está en mis manos. Iré a verte. Te lo prometo. —Ella parece desilusionada, pero asiente.

—Bueno, será mejor que no te haga pensar más en tonterías. Tienes que conducir, es tarde y vas solo. —Rebecca me besa en los labios y abre la puerta del coche para salir. Se va y pongo rumbo a casa.

Como el camino es largo, no puedo evitar pensar. Pienso en mis padres. ¿Es normal que no los eche de menos? No tenían mucho cariño que dar, ni siquiera a ellos mismos. Pero Sally sí. Ella siempre fue la excepción en los Morrison. Una niña alegre, perspicaz, espabilada y siempre tiene palabras y gestos tiernos para todo el mundo. Bueno, para todos menos para Nick.

Sonrío al pensar en esos dos y la manía que se tienen. Aunque es mejor así, espero por el bien de los dos que aprendan a llevarse medianamente bien.

Nick tendrá más motivos para hacerlo cuando sepa que voy a poder contribuir a nuestra rara subsistencia con el dinero que me ha ofrecido el padre de Rebecca.

Tengo que proteger a Sally. Ella es lo único de mis raíces que merece la

pena. Nick y Sally; mis dos grandes puntos de apoyo. Y, sin embargo, no se pueden ni ver.

Tengo que arreglar eso como sea.

10

Sally

Nick lleva todo el día recluido en su estudio desde que fue víctima de mi ataque hormonal en la habitación de mi hermano. ¿Estará enfadado? ¡Qué pregunta! ¿Cuándo no lo está? He hecho de todo para matar el tiempo muerto y en soledad: he cocinado uno de mis platos estrella, me he duchado (esta vez en mi baño), he limpiado el salón, la cocina... y llevo horas leyendo una novela que he encontrado por la casa, aunque no me resulta muy interesante.

Ya es de noche y Nick sigue sin aparecer. Cierro el libro, más que aburrida, me sirvo un plato de comida y enciendo la tele a ver si dan alguna película interesante. ¡Dirty dancing! La veré, por enésima vez.

En el preciso instante en que me dispongo a comer y a ver la película, Nick hace al fin aparición. Me dedica un simple hola y se dirige a la cocina. Debe estar hambriento. Y sí, lo está a juzgar por la cantidad de comida que se ha servido en el plato. ¡Viene hacia mí! Trato de no mostrar mi nerviosismo por su cercanía. Entonces, de todos los asientos posibles, elije sentarse justamente a mi lado. Sin decir ni mu. Lleva unos vaqueros desgastados, que le cuelgan de la cintura, llenos de pintura y que encuentro muy sensuales. El torso desnudo y manchurrónes de pintura por toda su piel. Sus manos se mueven llevando la comida del plato a su boca y me vuelvo a fijar en uno de sus tatuajes en sus muñecas. Evito preguntarle, pero no puedo dejar de mirarlo de reojo.

—Mmm, esta comida es la hostia. —Dice mirando la tele.

—Gracias. Es pastel de carne.

—Eres buena cocinera. —Ahora sí me mira y sonrío. ¿Se habrá dado cuenta que llevo una camiseta ajustada? Es la primera vez que me visto con una ropa así. —Algo bueno tenías que tener. —Bromea y yo le atizo el hombro. Su risa resuena en mis entrañas. Es difícil verlo sonreír. Y todavía más reír. —¿Dirty dancing? —Pregunta señalando la tele. Mierda, ¿es muy adolescente?

—No había nada mejor. —Miento y me hago la interesante.

—Me gusta. —Dice y me sorprende. —Tiene una banda sonora cojonuda.

—¡Ah! —No sé qué más decir. No estoy acostumbrada a verlo tan dócil.

—¿Ha vuelto ya David?

—No, aún no. Mañana es mi primer día en el nuevo instituto y mi hermano no va a estar en condiciones de acompañarme si no vuelve pronto.

—Yo te llevaré. —Se ofrece. Lo miro como si estuviera siendo testigo de un milagro. —¿Qué? Si prefieres vuelvo a ponerme gilipollas. —Sigue bromeando, ¿no? Lo miro esperando a que rompa por fin la magia del momento con alguna grosería, pero no lo hace. —De hecho, te acompañaré todos los días si sigues cocinando tú. Tu hermano y yo somos un desastre en la cocina.

—Sólo necesito que me acompañes mañana. —Nick también me mira esperando a que suelte una grosería, pero si no lo hace él, yo también puedo aguantarme. —Pero cocinaré a menudo con mucho gusto. —Le sonrío.

—Bien. Eso suena genial.

Comemos en silencio y en paz. Sentados uno junto al otro. En una extrañísima armonía que no sé cómo calificar. Me vienen a la imaginación varios momentos en sus brazos bastante sensuales y sacudo la cabeza para tratar de no profundizar en ellos y en lo que Nick me hace a veces sentir.

Cuando Nick termina de comer se recuesta en mi cama para seguir viendo la película. Poco después termino de comer yo, y me recuesto junto a él, pero evitando tocarle.

Siento su energía. Emanada de su cuerpo en mi dirección. Me está llamando, pidiendo que me entregue a él, pero tengo que evitarlo. ¿Le gustaré, aunque sea un poco? Sin darme cuenta lo miro y lo pillo mirándome fijamente. Debería pedirle que no me mire así, pero de repente, su mano está acunando mi rostro y sus labios sobre los míos. Me estoy volviendo adicta a sus besos. Y no debería ser así.

—Eres tan...

Sea lo que sea lo que iba a decir, queda en el aire por la oportuna entrada de mi hermano en el apartamento. Nick recupera su postura en mi cama y hace como si no hubiera estado a punto de echármese encima otra vez. Yo hago lo propio y saludo a mi hermano con la mayor naturalidad que puedo ofrecer.

David se echa otro plato de comida y se une a nosotros para ver la película. Jamás me habría imaginado a mi hermano y a Nick viendo una película como esta. Pero parece que cuando tienen el buche lleno de buena comida, ambos leones parecen convertirse en gatitos.

—¿Qué tal te ha ido? —Pregunta Nick a mi hermano.

—Más que bien. —Contesta éste satisfecho.

—Perfecto, voy a ducharme y a dormir. Deberías dejar descansar a Sally. Mañana tiene su primer día en su nuevo instituto. —Nick habla y si no fuera porque lo estoy viendo con mis propios ojos diría que ese comentario viene de mi hermano mayor. Al menos, ha sonado igual de protector.

—Sí, es verdad. Te llevaré mañana, Sally. —Dice mi hermano. Justo cuando voy a protestar para decirle que iré con Nick, éste interviene.

—Lo haré yo, no te preocupes. Tengo que ir por la zona. —Dice Nick y se va, sin dejarle opción de réplica a mi hermano. David lo ve marcharse y luego me mira.

—¿Me he perdido algo?

—Nick y yo estamos aprendiendo a tolerarnos. —Le digo sonriente.

—¡Eso es genial! Bueno, peque, buenas noches. —Mi hermano me besa y se despide.

Esa noche duermo más tranquila. Este inmenso salón se está convirtiendo en un lugar tranquilo y relajante para mí. Lo único que necesito ahora es hacer amigos y todo irá bien.

—Sally... —Su voz suena suave, como un susurro. Siento la caricia de sus labios sobre los míos. Sus besos son adictivos.

—Nick...

—Sí, soy yo. Vamos, despierta. —¿Qué? Abro los ojos de golpe. ¿Estaba soñando que me estaba liando con él? Me froto los ojos y lo veo ahí, frente a mi cama, con una media sonrisa que le hace parecer el hombre más perfecto de la tierra, el pelo mojado, una camiseta blanca con el cuello de pico y sus preciados vaqueros desgastados. —Supongo que querrás ducharte. Yo voy a hacer el café mientras. —Dice sin más y se dirige a la cocina. Como si nada. Como si no me hubiera estado besando sensualmente hace apenas unos segundos. Espera, no lo ha hecho. Sólo ha sido producto de mi imaginación.

Me levanto y rebusco en mi maleta algo de ropa para el primer día de instituto en Dallas. ¿Qué se pone la gente aquí en el instituto? No tengo ni idea, pero creo que mi vestido nuevo de flores parece una buena opción. Es entallado en la cintura y tiene una bonita falda con un poco de vuelo, pero no demasiado, de modo que parece apropiado para usarla con los patines. Nick se ha ofrecido a llevarme al instituto, para que yo sepa dónde está, pero no

hemos hablado nada de recogerme. De todos modos, me apetece volver a usar mis patines, así que a la vuelta de las clases lo haré y, de ese modo, también podré callejear un poco por las calles de esta mi nueva ciudad.

Después de una ducha rápida, me visto y me seco la larga melena que lleva días atrapada en un moño que ahora parece más bien un nido de pájaros. Me cuesta un mundo desenredármelo, pero me alegro de volver a lucirlo suelto. Creo que mi pelo es lo que más me gusta de mí, lástima que no aguante un día entero con el pelo suelto porque da mucho calor.

Decido que me maquillaré un poco hoy también. Nunca lo hago, porque no sé. Pero debería aprender y sacarme un poco de partido. Nunca es tarde... Me aplico un poco de máscara de pestañas, coloretes y me debato unos minutos entre usar o no brillo de labios. Sé que los chicos odian besar unos labios con brillo, pero, ¡qué demonios! ¡No voy a besar a Nick! ¡Eso no debe volver a pasar! De modo que al final decido echarme el brillo de labios y salgo del aseo.

Cuando llego a la cocina, Nick ha preparado un café para él y otro para mí y está haciendo unas tostadas. ¡Qué encantador! ¡Cuánto le durará? Con Nick nunca se sabe...

—Toma, he hecho dos para... cada uno. —Parece que ha visto un fantasma cuando al fin me mira.

—¿Qué? ¿Estoy muy mal? —Me miro yo también.

—Eh... no... bueno...

—Bueno, ¿qué? —le insto.

—Ese vestido es muy corto. —Dice con mala cara, señalándome las piernas. ¿Qué dice? ¡Es un vestido de lo más normal!

—¡No es verdad!

—Oye, si no quieres que te diga mi opinión no me la preguntes. — Amenaza con su dedo acusador. Estoy a punto de decirle una bordería. —¡No! ¡No lo estropees! —Me calla antes de que pueda decir nada. —Tengamos hoy la fiesta en paz. —Cierro la boca y decido hacerle caso. —Así mejor. Come algo, anda. —Me cuesta la misma vida no mandarle a la mierda por decirme cómo tengo que comportarme. Pero no quiero tener problemas para llegar el primer día de instituto.

El coche de Nick es una maldita joya. Un Mustang azul cielo con el volante de madera y los asientos de cuero blanco. Me imagino la cantidad de miradas de admiración que recibirá por las calles mientras lo conduce. Siento una punzada de celos en mi interior que no comprendo.

Me siento junto a él, en el asiento del copiloto y me mantengo en silencio todo el camino, mirando por la ventana.

—¿Me puedes decir qué te pasa ahora? —Pregunta de repente cuando paramos en un semáforo. Suena exasperado. Lo miro sin comprender.

—Nada, ¿por?

—¡No me toques los cojones, Sally! ¡Sé que estás enfadada conmigo y de verdad no entiendo qué demonios he hecho esta vez!

—¡No me grites, escucho perfectamente! ¡Ya te he dicho que no me pasa nada! —Nick me mira e inspira con fuerza. —Está en verde. —Le indico para que conduzca y me deje tranquila.

No voy a confesar por nada del mundo que siento celos de toda persona que pueda demostrarle libremente cuánto le desea. Yo no puedo. Ni podré. Mi hermano no lo permitirá ni estaría bien que lo hiciera. Pondría a David en contra de Nick y yo soy aquí una recién llegada. No tengo derecho ninguno a cargarme esa relación de amistad. Nick para el coche aparcando bruscamente en un parquin y cuando miro a mi alrededor me doy cuenta de que ya hemos llegado al instituto. Cuando voy a abrir la puerta para salir, Nick activa el pestillo centralizado para que no pueda salir. Lo miro de nuevo y pongo los ojos en blanco.

—¿Y ahora qué, Nick? Por favor, no tengo ganas de empezar mi primer día en el instituto con una pelea. —Le pido.

—No quiero pelear, sólo que me digas que te pasa.

—Ya te he dicho que...

—¡Sally, no me tomes por imbécil! —Mierda, no va a ceder hasta que le diga algo.

—¡Me va a bajar la regla, ¿contento?! —El rostro de Nick pasa de la sorpresa a la diversión en décimas de segundo. —¡No te rías! —Le amenazo y él niega con la cabeza, mordiéndose los labios para no hacerlo. —Nick...

—Lo siento. Es que... si ya eres difícil de normal, no me quiero ni imaginar...

—¡No sigas o te arranco los huevos! —La carcajada de Nick me pone muy complicado seguir enfadada, pero me esfuerzo por seguir estándolo.

—Te dejo que hagas lo que quieras con mis huevos, menos arrancarlos. — Me suelta de repente y me deja noqueada.

—Vale, valoraré las opciones, tengo que irme. —Digo intentando no sonar tímida, pero no puedo mirarle a los ojos o verá la vergüenza en mi rostro. Sin embargo, Nick me coge de la barbilla y me obliga a hacerlo.

—Que tengas un buen día, leona. —Y me planta un maravilloso beso en los labios. Es increíble la poquísima capacidad de reacción que tengo con este hombre y la facilidad que tiene para anular mi determinación para pararle los pies.

—No, Nick. No, por favor. —Le pido separándome con tremendo esfuerzo de sus labios y apoyando mi frente en la suya. Oigo un suspiro de sus labios. —No podemos hacer esto si vamos a convivir los tres, juntos. Lo sabes. —Le miro a los ojos y es el peor remedio para mantener mi determinación. Tiene los ojos más bonitos que he visto en mi vida, sobre todo, cuando me mira así.

—Lo sé, pero no puedo evitarlo.

—Tendrás que hacerlo. —Casi no me sale la voz del cuerpo. —Recuerda lo mal que te caigo cuando sientas la tentación. —Trato de bromear. Nick sonrío y agacha la mirada.

—Eso haré, pero no me lo pongas tan difícil poniéndote tan apetecible. Hoy estás... realmente preciosa, Sally. —Creo que voy a derretirme de amor. Jamás pensé que Nick podría ser tan encantador y adorable.

—Hasta luego. —Le digo y beso sus labios sin pensar. —Lo siento. Era sólo de despedida. —Abro la puerta presa de una risa nerviosa y le oigo maldecirme a mis espaldas.

—¡Si sigues provocándome no respondo! —Cierro la puerta y me obligo a no mirar atrás. Me aproximo a la entrada del instituto con una sonrisa estúpida en el rostro, mi mochila colgada de un hombro y la bolsa de mis patines en la otra.

—¿Estás saliendo con Nick? —Una voz dulce me sorprende mientras estoy guardando mis patines en mi taquilla. Me giro, extrañada por la pregunta y me encuentro con una versión femenina de Nick frente a mí.

—Eh... no... ¿eres Alice, su hermana? —No sé si está de buenas o no, tiene una expresión extraña. No hay dudas, es su hermana.

—¿Y tú eres?

—Soy Sally, hermana de David Morrison, el compañero de apartamento de Nick. —Levanto mi mano para saludarla. La chica me mira con sus ojos de color indescifrable, como los de Nick, muy abiertos y la boca también.

—¿Eres hermana de David?

—Ajá. —Sigo con mi mano tendida, esperando a ser saludada.

—¡Disculpa! ¡Sí, soy Alice! Es un placer. —Me estrecha la mano. Bueno, parece que Alice no es tan gilipollas como su adorable hermano. —Perdona, no sabía que David tenía hermanos. —De buenas a primeras Alice parece más

que amable. Cierro la taquilla y me dirijo en busca de mi aula mientras Alice me sigue. —Tampoco te había visto nunca por aquí.

—Soy nueva. Llevo desde el viernes aquí, en Dallas. Mi hermano me ha conseguido matricular en este instituto para que pueda graduarme.

—¡Genial! Entonces seremos amigas. —Me freno en seco y me quedo mirándola. Ahora no me parece tan claro que sea hermana de Nick. —¿Qué pasa?

—Nada... ¿seguro que eres hermana de Nick? —Sally suelta una carcajada y me agarra del brazo, guiándome al interior de mi clase nueva. Por lo visto, vamos a ser compañeras de clase también.

—Sí, es una historia muy larga la de ese desquiciado. —Me dice y me quedo a cuadros. Tomo asiento en un pupitre libre que hay tras el que ocupa Alice y aprovecho que el profesor todavía no ha hecho aparición para preguntarle más sobre su hermano.

—¿Por qué dices que está desquiciado? —Alice se da la vuelta y me dedica una preciosa sonrisa. Es increíble cómo se parece a Nick. Es envidiablemente guapísima.

—Mejor no hablemos de ese tema. Dime, ¿desde cuándo sales con él? ¿Le va bien? —Sacudo la cabeza.

—Ya te dije que no salgo con él. Y... ¿no sabes cómo le va a tu hermano? —No sé de qué me extraño. Yo he estado cuatro años sin tener noticias del mío. De repente me siento muy identificada con esta chica.

—Ah, es que os vi besaros. No importa, ya intentaré hablar con él estos días. —Se da la vuelta creo que molesta por mi respuesta tan tajante y seca. No quería ser desagradable con Alice. Ella, a diferencia de su hermano, parece una buena chica. Y no me viene mal tener una amiga en Dallas si voy a vivir aquí.

—Él está bien. —Le digo justo cuando entra el profesor y saluda. Alice me mira de reojo. —Ya sabes, con su cara de estreñido y eso. —Se ríe y se gira para atender la clase.

Me siento bien por haberle proporcionado cierta información de su hermano ausente al que sin duda echa de menos. A mí también me habría gustado que alguien hiciera lo mismo por mí cuando no sabía nada de David.

Las clases transcurren rápidas y amenas gracias a la compañía de Alice. Es muy divertida y me ha presentado a algunos de los miembros de su grupo de amigos: Dona (la rubia engreída que me mira mal), Jacob (un moreno muy muy guapo que creo que es el líder), Trish (una chica bastante cerebrito que

participa en el periódico del instituto) y Tom (deportista, guapo y cerebro de mosquito, pero simpático). Lo paso bien con ellos en la cafetería mientras tomamos un descanso de las clases y, a la hora de irnos, todos nos despedimos y quedamos en vernos al día siguiente. ¡Ha sido un día productivo! Pero tengo que ponerme las pilas para ponerme al día con las clases.

Me calzo los patines y me pongo los auriculares para ir escuchando música por el camino. ¡Hoy me siento feliz!

11

Nick

No me puedo creer que la loca de Claire haya averiguado donde vivo. Cuando me ha llamado diciéndome que estaba en mi portal y que le abriera la puerta casi me pongo a dar puñetazos a lo primero que pillo. ¡Estaba en plena oleada de inspiración pintando en mi estudio!

Por supuesto no le he abierto. Lo último que quiero es que vea en el apartamento que vivo o jamás me ayudará con la jodida exposición. ¡Maldita sea la hora en que tuve que enredarme con ella para conseguir su favor!

David me advierte que me encargue de ella y eso es lo que voy a hacer.

Bajo hasta la calle por las escaleras, ni siquiera quiero esperar al maldito ascensor.

Cuando salgo a la calle, me la encuentro emperifollada y con una sonrisa estúpida en el rostro. Tomo todo el aire que puedo.

—¡Nick! —Se me echa al cuello y comienza a besuquearme. Mierda. No quiero que Sally... digo que nadie me vea con ella. No me gusta dar explicaciones de lo que hago con mi vida.

—Claire, ven, vamos a... —miro alrededor, ¿dónde cojones me llevo a esta tipa para que no nos vea nadie? Veo mi coche aparcado en la acera de enfrente y la arrastro hacia allí. —Vamos a mi coche.

—¿Vamos a algún lado? —Pregunta.

—No, sólo quiero hablar contigo a solas.

—¿Por qué no en tu apartamento? —Me comienza a poner de los nervios. Abro mi coche y le abro la puerta del copiloto.

—Porque no. Está mi compañero de piso y no quiero molestarlo. Entra. — Le ordeno. Lo hace y yo me ocupo el asiento del conductor. Respira hondo, Nick. No pierdas los nervios. La miro y tiene esa mirada de cordero degollado, suplicante. —Claire, no deberías haber venido sin avisar, ¿cómo has sabido dónde vivo?

—Pues ha sido casualidad. He pasado con mi coche, vi el tuyo y... he llamado a algunas puertas para preguntar dónde vivías. —Me dice con

miradita de inocente. ¡Yo alucino!

—¿Que has hecho qué? ¡Claire, estás loca! ¿Quieres que nos descubra tu marido? ¿Quieres que me corten los huevos?

—¡Nick, estoy harta de que nos escondamos! —Me agarra del cuello y me besa. —Mira, sé que lo nuestro empezó como un juego, que no era nada serio. Pero, lo siento, me he pillado por ti. —Suspiro. —Y no puedo sacarte de mi maldita mente ni un instante. Ya ni siquiera follo con James...

—Claire...

—¡No, escúchame! No sé qué te pasa últimamente conmigo. Estás distinto. Más distante. El otro día ni siquiera te corríste... Yo sé que estabas empezando a encapricharte conmigo. —La miro y evalúo su comentario. Es posible. Al menos me sentía muy cómodo con ella. Ahora mi cabeza está hecha un caos desde que Hannah Montana ha irrumpido en mi vida. Supongo que lo prohibido del tema de acercarme a Sally sexualmente lo ha provocado todo y el hecho de que la vea dormir, ducharse, vivir conmigo... —¿Qué es lo que te está pasando conmigo? ¿Es por James? Porque estoy dispuesta a...

—No lo sé, Claire. Y no quiero pedirte que dejes a James porque de verdad no sé qué quiero. Supongo que necesito un cable con la exposición de mis obras. Necesito un jodido empujoncito que me devuelva algo de ilusión por algo. —Creo que estoy siendo más sincero con ella de lo que lo he sido jamás. Claire suspira.

—Te ayudaré. —Me promete. La miro sorprendido. Siempre me ha dicho eso, pero nunca se ha atrevido a hacerlo. ¿Será otra promesa de mierda? —Esta misma tarde hablaré con mi padre y conseguiré que te meta en la exposición de Decaux y J.C. Mathews.

—¡Joder, Claire! ¿En serio? —Esos son dos de los grandes nombres de la pintura hoy en día. Si Claire consigue eso soy capaz de hasta pedirle matrimonio. Creo que estoy sonriendo más que en toda mi vida.

—En serio. Pero tú no puedes dejarme. Te lo prohíbo. Haré lo que sea para que no me dejes, Nick. —Trago saliva. Ahora lo del matrimonio me parece excesivo.

—Estoy aquí, ¿no? Pero no puedes dejar ahora a James o sabes que nos joderá a los dos. Tu marido es uno de los empresarios más importantes del maldito estado, Claire.

—Ven mañana a mi casa, ¿lo harás? —Me implora.

Debería aceptar. Ir a su casa y echarle el polvo que le debo y el que me debo a mí mismo. Follármela hasta que grite mi nombre y asegurarme que

cierra lo de la exposición. Además, siempre he tenido buen feeling con ella en la cama. Sí, es buena idea.

Pero mi mente me traiciona cuando veo a una jodida diosa en patines por la acera. ¡Vaya piernas! Sí, está muy buena. Su larga melena oscura se mueve con el viento y la faldita de su vestido lucha contra sus manos para subírsele y mostrarme sus encantos. ¡Oh, nena, no te sujetes la falda y déjame disfrutar!

¡Un momento! Ese vestidito me suena... ¡Joder, es Sally! ¿Ya ha vuelto? Mierda, va a pillarme aquí con Claire y... ¿Y qué? ¡Como si importara!

—¿Nick?

—Sí, mañana nos vemos. —Contesto sin poder apartar la mirada de Sally, que está sentada en los escalones del portal quitándose los patines y calzándose los zapatos. Menos mal que no me ha visto. No sé por qué, pero no quiero que piense de mí nada negativo.

—Genial, mañana te veo querido. —Claire me sujeta del rostro para obligarme a besarla. Yo la beso, pero me quito enseguida. —Hasta mañana. —Dice y sale de mi coche.

Yo espero a que desaparezca de mi vista por la acera, mientras contemplo de reojo a Sally. Parece una chica sana y alegre, nada que ver con la leona con la que convivo. Pero ambas facetas de ella son encantadoras.

Cuando Claire ya ha desaparecido de mi vista, salgo del coche y me dirijo hacia el portal de mi apartamento, donde está Sally mirando extrañada los números de las viviendas, creo que no sabe a qué apartamento llamar para que le abran.

—¿Va a algún sitio, señorita? —Da un salto al oír mi voz y se gira asustada.

—¡Estás aquí! —Me premia con una bonita sonrisa.

—Vivo aquí. —Me saca la lengua y no puedo evitar reírme. —¿Qué tal tu primer día en tu nuevo instituto? —Pregunto tratando de parecer un humano normal entablando una conversación normal mientras abro la puerta y ambos nos dirigimos al ascensor.

—Genial. He conocido a Alice. —Me dice y creo que está evaluando mi reacción. No digo nada. No quiero entrar en temas familiares porque no sé cómo abordarlo con ella. —Es una chica preciosa y encantadora. —Añade. Preciosa... no tanto como ella. Alice es lo único que echo de menos de mi anterior vida, pero no quiero mezclarla con mis problemas con mi madre. Por eso simplemente desaparecí. —¿Qué tal tu día? —Pregunta nerviosa al ver que no he dicho nada desde que nombré a Alice. Me alegro tanto que no

intente urdir en ello...

—Bien. Hoy he sido el chófer de una colegiala en apuros. —Me dedica una mirada envenenada que es arrebatadora. Yo sonrío.

—Seguro que hoy echarás de menos que la colegiala te haga la comida.

—Siempre puedo comérmela a ella. —Se queda sin respiración y me mira fijamente. Adoro el efecto que mis palabras tienen en ella.

La puerta del ascensor se abre y Sally huye de mi lado. Pero no puede ir muy lejos. Tiene que esperar a que la alcance y abra la puerta de casa. Está mirando la puerta como si pudiera abrirla con la mirada. Yo aprovecho los segundos que me quedan en soledad con ella y me coloco pegado a su espalda, paso mis manos a ambos lados de su cintura y respiro el aroma de su pelo. Es una delicia. Es arrebatadora. Y no lo sabe.

Sally se tensa entre mis brazos y su respiración se hace ruidosa mientras lentamente acerco mi mano con la llave hasta la cerradura y abro.

—¡Eh! —Saluda David en cuanto entramos y Sally corre tan lejos de mí como puede. Es frustrante que lo único que pueda hacer es contemplarla como se aleja. Si David no fuese su hermano, ya estaría encima de ella. —Cuéntame cómo fue el día. —Le dice David.

Los dos hermanos se enfrascan en una conversación familiar en la mesa del comedor, en donde hay dos enormes pizzas que David ha pedido. Yo los contemplo mientras como y recuerdo cuando yo solía tener ese tipo de conversaciones con mi familia. Eran tiempos felices. Yo era feliz. Alegre. Ahora... apenas tengo motivos para sonreír. Aunque, a decir verdad, molestar a Sally me ha hecho reír más en estos días de lo que he reído en los últimos seis años.

Me gusta verla actuar con normalidad. Con David lo hace. Con él no parece tensa ni en alerta como siempre está conmigo.

Después de comer, David se encierra en la sala de “trabajo” y sé que seguramente estará haciendo uso del gimnasio que tenemos montado allí, entre otras más cosas. Yo no puedo apartarme de la proximidad de Sally y, cuando veo que está fregando los platos que hemos usado para la pizza, me acerco a ella con la excusa de ayudarla. Ella me mira raro, pero no dice ninguno de sus comentarios impertinentes al respecto.

—Nick yo... —comienza a decir, pero se frena. Parece que también causo algo de efecto en ella.

—¿Tú qué? —La miro intensamente, esperando a que sus carnosos labios pronuncien lo que su mente da vueltas en su interior.

—Yo... no lo sé. —Dice al final y baja la vista.

—¿No sabes qué? —Se muerde el labio. —Sally, mírame. —No lo hace. Pero necesito que lo haga. Necesito ver sus enormes ojos negros y que me diga algo. Que me mande a la mierda de una vez por todas o que me pida que me la folle a escondidas de su hermano, no sé. Pero algo que acabe con mi vaivén emocional. Le cojo de la barbilla y le obligo a hacerme frente. —Dímelo. — Me mira nerviosa. Pestañea con rapidez y sus mejillas se están poniendo rosadas.

—Nos estamos complicando.

—Yo no lo creo. Te deseo, creo que lo sabes. Y tú, aunque me odies un poco, también me deseas. No es complicado. Es atracción física, pura y dura. Y tiene muy fácil arreglo, Sally. —Ella traga y vuelve a pestañear.

—Pero... David y tú...

—No tiene por qué enterarse. Llevaré el secreto a la tumba si tú me lo pides. Sólo dime qué quieres que te haga y cuándo, y lo haré.

—Sólo quieres sexo —Susurra y agacha la mirada otra vez. Joder, quiero que me mire como sólo ella lo hace. Vuelvo a tirar de su barbilla.

—¿Y tú no? ¿Acaso quieres más? ¿Acaso podríamos siquiera plantearnos algo más?

—No. —Niega rápidamente con la cabeza. Le sonrío.

—¿Ves? Entonces no tenemos que complicarnos. —Acaricio sus labios con mi pulgar y, sin esperarlo, Sally lo besa primero y lo chupa después, sin dejar de mirarme intensamente con esos enormes ojos negros que me atraviesan. ¡Joder! ¡Estoy duro como una piedra con ese simple gesto! ¡Como un capullo adolescente! —Quiero enterrarme en ti, Sally. —Acerco mis labios a los suyos. —No sé por qué, ni qué tienes para desquiciarme a todos los niveles que un ser humano puede desquiciar a otro, pero necesito metértela y que grites mi nombre. —Sally me regala el beso más lento y sensual que me han dado en la vida.

De pronto, el sonido desagradable de un móvil suena y ella se separa de mí de un salto. Me quedo otra vez frustrado mirando el lugar en el que hace segundos estaba Sally, frente a mí. Ella acude a la llamada de su teléfono y decide que es un buen momento para contestar.

—¿Andrew? —Aprieto los ojos al reconocer ese nombre. Es el capullo con el que Sally salía en San Andrés. La miro con rabia y ella me mira con culpabilidad mientras atiende su llamada. —Estoy bien. Sí, estoy contenta en Dallas. —Claro que está contenta. Estoy poniendo todo de mi parte para que

lo esté, aunque no lo parezca. Me acerco lentamente a ella y la miro con la esperanza de que entienda la advertencia que hay en mi mirada. —¿Vas a venir? ¿De verdad? —Ahora se da la vuelta para no tener que hacerme frente. ¿El idiota ese piensa venir a verla? Quizá debería cogerle el móvil, cortar la llamada y bloquear el número de ese imbécil. —Te lo agradezco de corazón. Tengo ganas de veros. —¿Tiene ganas de verlo? Bueno, ha dicho veros. Mierda, siento una ansiedad desconocida en mi pecho. —Vale, hasta mañana Andrew. —Al fin cuelga y vuelve a mirarme. —Era un... amigo que...

—Sé quién cojones era. —Digo cruzado de brazos.

—Mañana es mi dieciocho cumpleaños. Algunos amigos han decidido venir a pasar un rato conmigo. Espero que no te importe que vengan aquí. —¿Su cumpleaños?

—No lo sabía. ¿El tal Andrew viene? —Me acerco más a ella.

—Sí, él... ha organizado para que Taylor y Kristen vengan. Los echo mucho de menos. Me apetece verlos. —Resoplo.

—Pueden venir, pero no dormir aquí.

—No lo harán. Vendrán para cuando yo salga del instituto, comeremos algo juntos y después se irán.

—Estupendo, porque por la noche serás mía. —Digo sin pensar. Después recuerdo que he quedado con Claire y maldigo al cielo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído. —Me giro y decido alejarme de Sally. No quiero darle opciones a que se niegue o empiece otra pelea entre nosotros que acabe con la determinación que siento.

Ya me inventaré algo para Claire.

Me dirijo a la habitación de trabajo y, como ya me imaginaba, me encuentro a David haciendo pesas. Sin decir ni una palabra yo enciendo el ordenador y reviso mi email en busca de alguna noticia de Claire acerca de si ha conseguido introducir mi obra en la exposición. Aún no hay nada. Es pronto, pero necesito que esta mierda me salga bien de una jodida vez o dejaré de intentarlo y tendré que asumir que sirvo únicamente para lo que sirvo.

—¡Tío! ¿Has visto el sobre que me ha llegado? —Me pregunta David señalando con su mirada al escritorio en el que estoy sentado. Abro el sobre que ha dejado junto al ordenador con curiosidad. Mi colega parece bastante contento, ¿qué será?

—¡Joder! ¡Un jodido cheque de cien mil dólares! —Casi me da un ataque. —¿Cómo cojones...?

—Rebecca. Bueno ese es de su papaíto. —Dice orgulloso de sí mismo. — El de Rebecca aún no lo he abierto. Quería darte los honores. —Rebusco entre los sobres que están al otro lado y veo un sobre cuyo remitente es Rebecca O'Donnell. Lo abro y levanto las cejas. —¿Qué? ¿Cuánto?

—Cincuenta mil... joder David. —Lo miro estupefacto. —Tienes que ser una jodida fiera en la cama. Pero, ¿qué has hecho con su padre? No me digas que se la has chupado al congresista O'Donnell o no me acercaré jamás a ti. No me puedo dejar seducir por ti, eres un peligro. —David se ríe.

—Mañana he quedado con ella. Tengo que ir a una jodida fiesta de politicuchos. ¿Podrás hacerte cargo de Sally? No sabía cómo pedírtelo otra vez, pero creo que con eso me da para pagarte los meses de alojamiento que te debo.

—¿Mañana? Yo había quedado con Claire... hablaré con ella para ver si puedo cambiar la cita. —Es la excusa que necesitaba. —Voy a llamarla. — Saco mi móvil, pulso la tecla de llamar a Claire y le hago un gesto a David para que se quede callado.

—¡Nick! ¡Iba a llamarte ahora mismo! —Me grita Claire y tengo que apartarme el auricular de la oreja. —Acabo de hablar con mi padre sobre lo de la exposición. ¡Ha aceptado a mostrar tu obra con Decaux y J.C. Mathews! —Se me corta la respiración. —Le he mandado un correo con el catálogo de tu obra y le ha apasionado. ¡Dice que tienes mucho talento! —Me falta el aire. Me estoy mareando. ¡Joder! ¿Hoy es el día de “tendrás suerte en los negocios”? —¡Di algo! —No puedo. Tengo ganas de llorar. Me aclaro la garganta.

—Joder Claire... eres... eres... te debo la vida.

—¡Mañana celebraremos la noticia intensamente!

—Eh... yo...

—¡O mejor! ¡Te llevaré a ver la galería donde vas a exponer con los mejores artistas del panorama mundial! ¿Te apetece?

—Sí, sí. Claro que sí. —Sonrío. Miro a David y recuerdo que me ha pedido que cuide de Sally. Pero no puedo dejar tirada a Claire mañana. Esto es importante para mí. Mucho más que el dinero. Es la razón de todo. — Aunque, no me podré quedar a dormir, Claire. Tengo que...

—No, no te preocupes. Mi marido me ha escrito un mail que estará de vuelta de su congreso antes de lo previsto. Llegará el miércoles por la mañana y no quiero arriesgarme a que llegue demasiado pronto y nos encuentre en la cama. —Dice riéndose. La falta de moralidad y ética de Claire y su carencia

de lealtad hacia su marido me ayudan a eliminar cualquier ápice de compasión por ella. —Te veo mañana a las cinco allí. Te mandaré un mensaje con la ubicación. ¡Un beso!

—Allí te veré. Adiós, Claire. —Cuelgo. Miro a David que está confuso. —Van a exponer mi obra en el Gold Gallery, junto a la obra de Decaux y J.C. Mathews...

—¿De quién? —Pongo los ojos en blanco. —Bueno, serán buenos si la noticia te ha dejado la cara tan pálida. ¡Enhorabuena, tío! Sé que ese es tu sueño. ¡Al final Claire va a ser de provecho!

—Joder, David, está buena, tío. —La defiendo.

—Tiene ya cerca de los cuarenta. Para mí no está en mi lista. Lo bueno es que está casada y no te va a atosigar con una relación. Yo no sé cómo cortar la relación con Rebecca. —Dice David mientras se seca con una toalla el sudor.

—¿Por qué cortarla? —Me mira extrañado. —Rebecca es una buena tía, por lo que me has contado. Se preocupa por ti, es obvio. Os entendéis en la cama...

—¿Qué cojones te pasa, Nick? ¿Estás planteándote una relación con la tarada de Claire?

—No lo sé, yo... Claire no está tan tarada. —Siento la necesidad de defender a esa mujer. Le debo una.

—Tío, no sabes lo que dices. ¿Y vas a decirle a Claire a qué te dedicas?

—¡Lo sabe! ¡Soy pintor! —Me defiendo ahora yo y doy un puñetazo en la mesa.

—Ok, de acuerdo. ¿Vas también a enfrentarte a su marido, uno de los tipos más poderosos del estado? ¿Por Claire? Porque créeme, cuando ese tipo haya acabado contigo dejarás de ser pintor y creo que dejarás hasta de ser guapo.

—¡¿Por qué cojones estamos hablando de esto?! —Me levanto enfadado. —Ni siquiera estaba hablando de Claire. Te lo decía a ti, cretino. Rebecca no está casada y tengo la impresión de que te gusta.

—No, Nick. Rebecca no pertenece a mi mundo. Ni yo al de ella. Igual que tú no perteneces al mundo de Claire ni ella al tuyo. Si tuviera que tener una relación, jamás lo haría con alguien con quien ni siquiera puedo ser yo mismo. —Mi amigo ha dado en el clavo. —Y con el tipo de tías que puedo ser yo mismo lo único que me puede esperar es la ruina o la cárcel. Así que, gracias, pero no. No quiero relaciones. Rebecca sólo quiere de mí lo único bueno que puedo ofrecerle: sexo del bueno. Porque es una guarrilla adicta al sexo y una caprichosa también. Si me ha ofrecido una relación es para tener entre sus

trofeos al malote de Dallas entre sus víctimas. Pero esto es sólo sexo, Nick. Y con eso tendrá que conformarse. —David me da en qué pensar. “Si tuviera que tener una relación jamás lo haría con alguien con quien ni siquiera puedo ser yo mismo”... ser yo mismo... eso sí que es una putada. La conversación con mi amigo me ha hecho volver de nuevo a la realidad. No, yo no puedo ser yo mismo con una tía, ni con nadie, sin que eso produzca que salga huyendo de mí. Sólo puedo ser yo mismo con David, porque es como mirarme a mi puto reflejo en el espejo.

12

Sally

Estoy hecha un caos. Después de que Nick me “propusiera” pasar con él la noche de mi dieciocho cumpleaños (aunque más bien sonó a orden), apenas he sabido de él en todo el día. Se ha encerrado en su estudio, supongo que a pintar, y apenas me ha dirigido la palabra a la hora de la cena. Yo he pasado la tarde estudiando y poniéndome al día con las clases y... pensando en Nick. ¿Qué he visto en ese imbécil que a veces parece un encanto conmigo y a veces me ignora o me irrita?

Por la noche mi hermano se va a la cama temprano. Dice que al día siguiente tiene una reunión importante que atender y que quiere estar descansado.

Nick sigue recluso en su estudio y yo siento una tentación enorme por entrar y verlo pintar. No me imagino a ese chico malote creando arte... Después de acercarme a su puerta en cinco ocasiones y darme la vuelta después incapaz de abrirla, la sexta vez al final mi mano toma la determinación de abrir el picaporte. Sólo abro un poco la puerta. Y ahí está él, con su torso desnudo, sus vaqueros desgastados, su pelo enmarañado y todo manchado de pintura. Es la cosa más sexi que he visto en mi vida... siento que el corazón se me va a salir del pecho por culpa del deseo que brota por mis venas. Nick no se ha dado cuenta de que estoy aquí. Está contemplando un lienzo, bañado por la luz amarillenta de una lamparita. Se acerca al cuadro y con su pincel traza algo en él. Después se separa y evalúa el resultado con su cabeza ladeada. Me muerdo el labio. Odio a Nick la mayoría del tiempo, pero, cuando más conozco de él, más fascinante y deseable veo a este extraño ser con el que la vida me ha cruzado.

Nick suspira y suelta su pincel en un tarrito con algún tipo de líquido. Después se gira en dirección a la puertecita que yo ya sé que comunica con su cuarto de baño. No se ha percatado de mi presencia y, cuando ha entrado en el baño y ha cerrado la puerta, decido entrar en su estudio y echar un vistazo.

La primera vez que entré aquí no me había dado cuenta, pero hay cuadros

por todos lados. Muchos inconclusos y eso los hace más misteriosos todavía. La mayoría son mujeres desnudas y escenas de sexo de alto nivel. Mi imaginación recrea a todos esos rostros de mujeres con gesto desencajado de placer bajo el cuerpo de Nick. ¿Serán antiguas parejas? El trazo es grueso y no son imágenes muy nítidas, pero el movimiento que reflejan hace que las escenas que representan sean mucho más intensas e incluso parecen en movimiento.

Deslizo mis dedos sobre uno que representa el rostro de una mujer desencajado de placer, supongo que presa del placer en mitad del acto sexual, o, al menos, mi (últimamente algo sucia) mente decide pensar que es así.

Me adentro más en la habitación y veo colgado el cuadro que vi el otro día. Debe haberlo terminado. Es absolutamente precioso. Un poco tétrico, con tanto negro y tanto gris, pero el rojo de la florecita que comienza a florecer en el centro le da un poco de vida y de esperanza al cuadro.

Me giro y observo el cuadro en el que estaba trabajando cuando abrí la puerta. Es otra mujer. Pero no se le ve la cara. Está de espaldas y su larga melena oscura se mueve con el viento. Su vestido también. Está mirando a algo, una sombra. Me acerco un poco más y creo ver una silueta de un hombre.

—¿Has encontrado el enigma? —Escucho la voz de Nick a mi espalda y doy un salto hacia atrás, topándome con él. Cuando me giro, lo veo desnudo y cubierto sólo por una minúscula toalla de cintura para abajo. Está mojado y... esa mirada...

—Es muy bonito. —Digo nerviosa y me giro de nuevo al cuadro. No puedo seguir comiéndomelo con los ojos o entraré en combustión. Así que miro al cuadro que Nick estaba pintando y pongo cara de interesante y de entender de pintura.

—Me alegro que te guste. Eres tú. —Su voz suena como el terciopelo en mi oreja y mi cuello. Siento los músculos de mi entrepierna contraerse.

—No es verdad... —me giro para mirarlo y comprobar que se está burlando de mí. Pero me mira muy serio. —¿Lo es? —Sus ojos se clavan en mis labios y me relamo como acto reflejo. Su mano coloca un mechón de pelo detrás de mi oreja, dejando resbalar las yemas de sus dedos por mi mejilla y mi mentón.

—Podría serlo... Hace muchas horas que no dices nada irritante. Vas a conseguir caerme hasta bien, Sally. —Sonríe nerviosa y sacudo la cabeza. Intentando evitar esa intensa mirada. Aunque, es imposible. Es como un imán que me llama y me pega a ella.

—Voy a ver un rato el Disney Channel, ¿te apuntas? —Digo para cortar la tensión y recuperar algo de su incisiva forma de tratarme. Extrañamente, me siento más cómoda con sus insultos que con su mirada intensa, pues sé bien cómo acabará rindiéndose mi cuerpo a su encanto. Su risa suena a música celestial.

—Suena tentador. Pero necesito ponerme algo de ropa primero, ¿no crees? —Asiento con fuerza. Nick sonrío y se da media vuelta para adentrarse en su baño, supongo que para dirigirse a su habitación.

Yo aprovecho de nuevo su ausencia para seguir contemplando su obra, como si fuese la única forma de resolver el enigma de “Nick”, ya que es más que hermético para hablar de su vida.

En una esquinita veo una pila de cuadros apilados y una notita que versa “Exposición” sobre ella. ¿Va a exponer? Siento una punzada de orgullo por él. Miro en dirección a donde Nick se ha marchado y, tras comprobar que sigo sola, decido echar un vistazo.

El primer cuadro es otra mujer, pero es distinto a los demás. Es una mujer triste y desolada... pareciera una virgen dolorosa... y es lo más hermoso que he visto en mi vida. Su melena rubia está recogida en un moño y lleva un tul negro cubriendo la parte superior de su rostro, a modo de velo y va vestida de negro también. Tras este está el cuadro de una niña con ojos aterrados que se chupa el dedo... su mirada de auxilio te invita a consolarla y el color de sus ojos me resulta de lo más familiar. El siguiente cuadro es un chico liberando una carcajada, tan similar a Nick que juraría que es él, aunque cuesta creer que Nick reflejara tanta felicidad alguna vez. ¿Puede que fuera así en el pasado? Y, por último, veo varios cuadros que tienen como protagonista a la misma mujer. Una joven de pelo oscuro y largo durmiendo en uno, riendo en otro, y con una mirada oscura de deseo intenso en el último. Juraría que soy yo, pero no puede ser. Debe ser alguien que se me parece.

Vuelvo a colocar los cuadros como estaban y decido que ya me detendré en ellos cuando Nick no esté. No quiero que se vuelva a poner gilipollas conmigo. Coloco la nota sobre los cuadros y me quedo mirando a la mujer del primer cuadro, el que pintaba antes Nick de la joven que está de espaldas. ¿Soy yo?

—Ya estoy. —Vuelve a sorprenderme mirando ese cuadro. —¿Estás en modo fisgona hoy? —Perece molesto.

—Lo siento, es que... me encanta lo que pintas. —Confieso. Nick parece sorprenderse.

—¿Te gusta la pintura?

—Me gusta, pero no soy una gran conocedora. —Me encojo de hombros. —Conozco sólo a los grandes nombres de la pintura clásica. Casi todos europeos... pero no sé pintar. Lo único que sé es que lo que transmites con tus cuadros es muy intenso. —Señalo el cuadro de la mujer con cara de tristeza de la pila que vi antes. —¿Quién es?

—Vamos a ver una de esas porquerías que ves en la tele, anda. —Contesta cambiando de tema. Yo le sigo hacia el salón. —¿Hay algo de cena? Estoy hambriento.

—Veré si puedo hacer algo aprovechable. —Digo. Rebusco algo en las despensas. Encuentro espinacas en el congelador y de los armarios de la cocina cojo nueces, leche, harina y mantequilla. Me alegra encontrar todos los ingredientes para hacer una lasaña de espinacas y nueces. Aunque va a ser algo laborioso. Nick me contempla cocinando maravillado.

—Dime cómo puedo ayudarte. —Se ofrece. Le pongo a remover la bechamel cuando ya está casi hecha y yo me pongo a preparar las láminas de pasta. —Creo que esto ya está. —Me comunica y yo me acerco a él.

—Déjame probarla. —Me ofrece un poco con la cuchara de palo que estaba usando para removerla. Yo soplo un poco para no quemarme y me encuentro con esa ardiente mirada de nuevo. —¿Qué?

—Nada, toma. —Introduce su dedo en la salsa bechamel y me da de probar de él. Yo chupo su dedo con lentitud debido a los nervios de la situación. Nick emite un gruñido sin dejar de mirarme a los labios.

—Está perfecta. —Le informo casi sin voz. Apago el fuego e intento apartarme de él de nuevo, pero su mano me sujeta el rostro para que no le dé la espalda. Mi cuerpo, como siempre que me toca, se queda patidifuso y no consigue responder a las órdenes de mi cerebro de que se aleje del peligro.

—Lo está... tienes un poco de salsa aquí. —Su boca se acerca peligrosamente a la mía y lame la comisura de mis labios.

Lo que sucede después está por completo fuera de mi raciocinio. Me aferro con fuerza a su pelo y devoro sus labios como si fuera el último día de mi vida. Nick gime y nuestras lenguas se encuentran de un momento a otro danzando en un baile pasional y delirante. Nick me empuja hasta dejarme atrapada entre su cuerpo y la puerta del frigorífico, empujando con su cadera contra mí. Siento su dureza contra la parte baja de mi cintura. Tiro de su camiseta y se la quito, con su ayuda. Pero no podemos soportar la distancia y nuestros labios vuelven a pegarse para seguir devorándose con ansiedad.

Las grandes manos de Nick se sumergen por debajo de mi vestido y me agarran con fuerza del trasero. Me toma por sorpresa cuando me levanta del suelo y me sienta sobre el poyete de la cocina, pero lo dejo hacer. A esta altura siento su sexo frotarse con fuerza sobre el mío y la sensación es mágica.

—Nick... —Susurro en un gemido en sus labios.

—Te deseo, Sally. —Una de sus manos alcanza uno de mis senos y lo estruja con fuerza.

Entonces me separo al oír un fuerte chisporroteo y empujo con fuerza a Nick para separarse de mí. El temor de que David nos pille infraganti casi me asfixia. Hasta que me doy cuenta de que es el agua que cuece la pasta la que provoca el ruido al estar hirviendo y derramándose.

—Mierda. —Me pongo de nuevo en pie y me acerco para apagar el fuego.

Escucho a mis espaldas la fuerte respiración de Nick y sé que se está intentando controlar de nuestro arranque de pasión como puede. Cosa que le agradezco. A lo mejor él también temió por un segundo que David nos pillase.

Continuamos preparando la lasaña entre los dos y en silencio. Después nos servimos un plato cada uno y vamos al salón a cenar, para ver algo juntos en la tele.

En esta ocasión yo me siento en mi sofá-cama, pero Nick se sienta en el sofá en L que hay junto a mí, guardando las distancias. Supongo que es lo que debe hacer, aunque la distancia ahora mismo me quema en la piel.

—Esto está increíble. —Me dice y yo le premio con una sonrisa.

—¡Oh, mira, están dando “El diario de Noah”! —Exclamo cuando me encuentro con una de mis películas favoritas mientras zapeo.

—¡Venga ya! ¡No me voy a tragar esa pastelada! —Se queja Nick.

—¡Oh, sí que te la vas a tragar! ¡Es un justo precio por haberte hecho una exquisita cena!

—¡Pero si te he ayudado! —Pongo mi mejor cara de inocente y aleteo las pestañas para persuadirlo. —¡Eres una arpía! ¡Está bien! Pero estoy seguro que me voy a quedar dormido en cinco minutos.

Comemos en silencio mientras estamos viendo la película. Es una de mis favoritas y la he visto cientos de veces, pero no puedo evitar llorar cuando llega la parte más emotiva. Aunque, intento disimularlo. Ahora me alegro que Nick esté recostado en el otro sofá para que no pueda verme y burlarse de mí.

—¿Estás llorando? ¡No me lo puedo creer! —Grita cuando me escucha sorberme los mocos. —¡Está claro que eres una blandengue!

—¡No estoy llorando! —Me defiendo.

—¿Que no? ¡A ver! —Nick se levanta para acercarse a mí y comprobar que verdaderamente estoy llorando. Yo me tapo la cara con las manos.

—¡No, no estoy llorando!

—Mentirosa. Déjame ver. —Nick se tira literalmente sobre mí y tira de mis manos para descubrirme el rostro. Por más que intento impedirselo es inútil. Es mucho más fuerte que yo.

—¡Déjame! ¡No! —Grito muerta de la risa.

—Shh, no grites o despertarás a David. —Me dice mientras atrapa mis muñecas con sus manos sobre el colchón. —¿Ves? Estabas llorando. Eres una llorica. —Se burla.

—¡Y tú un gilipollas! —Nick pone cara de estar ofendido, pero veo el brillo de la diversión en su mirada.

—Echaba de menos esa lengua venenosa, niñaata estúpida. —Su rostro está cada vez más cerca del mío. Quiero volver a besarlo.

—Te odio. —Digo entrecerrando los ojos y Nick gruñe. Vuelvo a sentir su dureza presionándome, sólo que esta vez mis caderas también se elevan para aumentar la presión.

—¿En serio? Mmmm, tú también me haces sentir cosas así de intensas. —Nick acerca sus labios a mi cuello y lo besa lentamente, después desliza la nariz por él. —Joder, hueles como debe oler el deseo. Me la pones durísima con sólo olerte, niñaata estúpida.

—Pero no te atreves a tocarme. —Le reto. Ya no quiero tratar de evitar más lo inevitable. Quiero hacerlo. Hacerlo con Nick. Jamás había conocido el deseo verdadero hasta que me topé con este imbécil. Nick levanta la cabeza y me mira con suspicacia.

—¿Que no me atrevo? Llevo deseando clavártela hasta dentro desde hace días, joder. —Mi respiración se hace ruidosa al oír sus provocativas palabras.

—Antes te has alejado...

—¿Yo? Te has alejado tú. Eres una escurridiza. —Sus labios topan con los míos y nuestras lenguas se buscan por instinto. —Siempre huyes de mí.

—David...

—No hagas ruido y no lo despertaremos. —Me besa con más furia y ya pierdo la razón. No sé lo que estoy haciendo cuando de repente me hayo desabrochando la bragueta de Nick y tanteando su entrepierna por encima de los bóxers. Él gruñe al notar mis torpes dedos aferrarse alrededor de su miembro y muerde mi labio inferior. —Mierda, Sally, no sabes lo que voy a hacerte. —Una de sus manos viaja también a mi entrepierna, pero es menos

tímida que la mía y se introduce directamente por debajo de mis bragas. Gimo con fuerza cuando siento uno de sus dedos deslizarse por mi humedad. Nick taponaba mis gemidos con su otra mano automáticamente.

—¡Mmmmmmm! —Aprieto los ojos muerta de placer. Un placer que no sabía que podía existir.

—Shhh, mierda Sally. Es una locura, pero voy a hacértelo aquí y ahora. —Abro los ojos para mirarlo. Sus ojos brillan por el deseo, su boca entreabierta es más deseable que nunca, el movimiento de su cuerpo es perfecto, sobre mí, haciendo nuestros cuerpos aún vestidos rozarse. Su imagen desata mi atrevimiento y, sin pensarlo más, introduzco mi mano bajo su ropa interior. La suavidad y a la vez dureza de su miembro, caliente y húmedo por la punta, me provoca una punzada de placer. —Joder... vas a matarme. —Me besa con furia y comienzo a masajearle su sexo. Nick introduce uno de sus dedos en mí. —Te gusta encender a los chicos para que te follen con más ganas, ¿verdad? —Esos ojos chispean más que nunca al mirarme. Mierda, debería decírselo ahora. No puedo engañarle hasta el final.

—Nunca he follado. —Digo sin aliento. Mis palabras provocan que Nick se detenga de inmediato y me mire como el que ve un fantasma. Maldita sea... lo he espantado.

—¡Qué!

—Siempre hay una primera vez, Nick. Por favor, te deseo ahora mismo. —Suplico. Es mi última opción. No debería hacerlo. Pero no quiero que se separe de mí por nada del mundo. Él me mira patidifuso. —Quiero sentirte dentro. Quiero hacerlo. —Ejerczo un poco más de presión sobre su sexo con mi mano y le miro a los ojos. —Tú también quieres. Mira lo duro que estás. —Mierda, no dice nada. ¿Se habrá asustado? —Di algo. —Imploro.

—¿Cómo puedes ser tan absolutamente deseable? —El alivio que siento al oír sus palabras es indescriptible. —¿De verdad quieres hacerlo? —Asiento con fuerzas sin dejar de mirarlo. Nick me muestra una preciosa sonrisa. —No sé qué maldita estrella me ha sonreído últimamente. —Vuelve a besarme e introduce otro dedo más en mí. Sus besos son lo único que impiden que despierte a mi hermano a gritos. Estoy sintiendo algo que no sabía que podía existir. Pero entonces para y me mira de nuevo.

—¿Qué pasa? —Pregunto casi sin voz.

—Dime que no te encapricharás de mí, Sally.

—¿Cómo?

—Sé que me odias y que la mayoría del tiempo nos caemos mal. Pero sé

cómo son las mujeres con sus primeras experiencias sexuales. Tú eres la hermana de mi mejor amigo y sé que destruiría nuestra amistad si él se enterase de que hay algo más que “amistad” entre tú y yo. Y si tú vas a estar buscando algo más conmigo esto será muy complicado...

—Nick, no quiero nada contigo. ¡No soy tan estúpida! —Nick frunce el ceño. —¡Sólo buscaba un poco de buen sexo, vamos!

—¿Estúpida? ¿Insinúas que querer algo más conmigo es estúpido?

—¡Eso mismo! —Esta vez aparto a Nick con ganas y me alejo de él todo lo posible. —Será mejor que dejemos esta ridiculez de juego. No sé en qué narices estaba pensando para buscar perder mi virginidad precisamente contigo. —Puede que esté siendo hiriente, pero así mismo ha sido Nick conmigo.

—Con un gilipollas como yo, querrás decir. —Lo miro y veo de nuevo esa mirada furiosa del Nick que conocí. No sé qué decir ni hacer en estos momentos. Nick es quien al final se decide. —Me voy a dormir. Así no tendrás que aguantar más a este gilipollas.

Nick desaparece de mi vista y da un tremendo portazo al entrar en su habitación.

Estoy en blanco. No estoy segura de ser yo la causante de semejante desastre. Hasta hace apenas unos minutos estaba suplicándole a Nick que me desvirgara e hiciera conmigo lo que quisiera y ahora mismo siento que tengo ganas de patearle el culo y mandarlo a la mierda.

Lo mejor que puedo hacer es dormirme y olvidarme que alguna vez deseé a un hombre llamado Nick, alias “el gilipollas”.

13

Sally

Esta ciudad apesta. Mi habitación (si se puede llamar así) apesta. Mi hermano apesta. El gilipollas de su amigo apesta. Es un día de mierda.

Para colmo, de camino al instituto me cae un estúpido diluvio encima mientras voy en mis patines.

Vaya manera de celebrar los dieciocho.

Cuando llego al instituto Alice me premia con una sonrisa y con un abrazo. ¿En serio Alice es hermana del cretino de Nick? Nos vamos juntas a clase y me obligo a intentar dejar de pensar en Nick de una maldita vez.

Es imposible. En clase de ciencias el profesor nos da una charla sobre el sexo seguro y la importancia de usar el condón. Yo pongo los ojos en blanco. ¡¿Es que alguna mísera vez podré usar uno de esos?! ¡Y todo es siempre por culpa de David! ¡Siempre está su sombra sobre mí cada vez que un chico se me acerca!

—¡Eh! Toma. —Alice se gira en su asiento y deposita algo en mi pupitre. Lo cojo y lo miro curiosa. ¿Qué es esto? —Es un condón de fresa. —Me informa y lo suelto de nuevo en el pupitre colorada como un tomate. Miro a mi alrededor. Espero que nadie haya notado que no tengo ni idea de cómo identificar un condón. —El profesor Evans está repartiéndolos. Guárdatelo. —Me guiña. —Mis favoritos son los de plátano. —Alice suelta una risita que me recuerda mucho a la de su hermano mayor cuando está de buen humor. Cuando se alinean los planetas.

—Tú... ¿lo has hecho? —Susurro acercándome a ella. Se gira de nuevo.

—¡Claro! Bueno, sólo tres veces. Con Jacob. Salimos juntos a principio de curso, pero Dona se lo tiró después y...

—¡Qué! ¡¿Y sigues dirigiéndole la palabra a esa zorra?! —Alice se muerde el labio para no reírse.

—Al fin alguien habla de Dona como lo que realmente es. Ella es un poco la líder de las chicas del instituto y, de todos modos, Jacob es un desastre en la cama. —Me río. Alice me cae cada vez mejor. —Oye, el viernes que viene

queremos hacer una fiesta en el parquin del antiguo cine que hay a las afueras. Dime que te apuntas. —Suenan genial. Necesito salir de las cuatro paredes del apartamento de Nick y necesito relacionarme con alguien que no sea él o David.

—Lo intentaré... pero mi hermano me lo pondrá difícil. A lo mejor puedo decirle que voy a celebrar mi cumpleaños...

—¿Cuándo es?

—Es hoy. —Me encojo de hombros.

—¡Oh, entonces tenemos que celebrarlo! —Sonrío. —Si tu hermano se pone tonto puedes traértelo. Yo me encargaré de distraerlo a él. —Me guiña. Oh... no puede ser que Alice esté insinuando lo que está insinuando.

—¿Te gusta David? —Pregunto ansiosa por saber la respuesta. Ella se ríe y no contesta. Pero su silencio habla por sí solo.

Puede que me una a Alice más que una simple amistad. Ambas sentimos algún tipo de atracción por nuestros respectivos hermanos. Aunque yo al suyo ahora mismo lo odio.

¿Qué estará pensando Nick de mí ahora mismo? ¿Pensará que soy todavía más cría de lo que ya pensaba que era? ¿Habré dejado de atraerle? ¡Estúpida! ¡Seguro que ni siquiera está pensando en mí!

Estar con mi nuevo grupo de amigos durante las horas del instituto me hace sentir un poco mejor. Aunque no soporto a la tal Dona, pero Alice y yo hacemos fuerza contra ella. Les comento a los chicos que algunos amigos míos van a venir desde San Andrés hoy para visitarme por mi cumpleaños y les invito a unirse por la tarde con nosotros. Acceden todos menos Dona, cosa que me alegra, y quedamos en vernos a las cinco en una hamburguesería que no queda muy lejos del apartamento de Nick.

Camino de vuelta al apartamento, vuelve a lloverme encima. Llego completamente empapada al apartamento con los shorts vaqueros pesando una tonelada por culpa del agua y la camiseta blanca que he robado a mi hermano totalmente adherida al cuerpo. Estoy muerta de frío. Mi cabello también está empapado y mi mochila con los libros del instituto. Llamo al timbre cuando estoy en la puerta y me parecen años hasta que por fin se abre la puerta.

Estoy tiritando de frío.

Tras la puerta me encuentro con el rostro severo de Nick, que me mira de arriba abajo, pero no emite ruido alguno. Se queda ahí quieto, mirándome, sin mover un músculo.

—¿Me dejas pasar? —Pregunto de mala gana ante su falta de tacto. —

Estoy muerta de frío.

—Estás empapada.

—¡No me digas! Déjame pasar.

—No. —Le fulmino con la mirada.

—Mira, no es el mejor momento para joderme. Tengo frío y no quiero coger un resfriado antes de ir a celebrar mi cumpleaños con Andrew y mis amigos. —No sé por qué he nombrado a Andrew antes del resto de mis amigos, pero surte efecto. La mandíbula de Nick se tensa.

—No vas a entrar chorreando a mi casa. —Gruñe. —Te secarás antes de entrar. —Dice girándose y dirigiéndose hacia su habitación. Yo pongo los ojos en blanco y decido entrar, pero Nick se gira y me lo impide. —¡Ni se te ocurra! —Me grita desde la puerta de su cuarto. Suspiro y espero a que vuelva. Vuelve con una toalla, una camiseta suya y unos bóxers. Levanto una ceja cuando me tiende las prendas. —Ponte eso, no tengo tiempo de ponerme a hurgar entre tus cosas para dar con tus bragas de conejitos. —Dice y se queda frente a mí.

¡El muy imbécil! ¿Me tomas por una niña, Nick? ¡Pues ahora verás! Comienzo a desvestirme frente a él y Nick abre la boca de par en par sorprendido. Tiro mi ropa al suelo con cara de asesina, aunque Nick no es capaz de mirarme a la cara. Siento su ardiente mirada recorrer mi cuerpo desnudo de arriba abajo y traga saliva sin cesar. Me tomo mi tiempo en secarme. Estoy disfrutando de lo lindo. Después me pongo la ropa que me ha traído y me cruzo de brazos.

—¿Puedo entrar ya? —Nick se aparta de la puerta para que pueda entrar sin pronunciar palabra.

Yo entro refunfuñando y me dirijo al espacio que ocupo como habitación en ese apartamento. Saco mis libros de la mochila y mis libretas y trato de secar y de recuperar todo lo que pueda. Siento la intensa mirada de Nick sobre mí, pero no voy a darle el placer de mirarlo para perderme en sus preciosos ojos otra vez y que vuelva a estropearlo todo entre los dos. Porque yo ya sé que no podría pararlo si tratase de acercarse de nuevo a mí.

—Sally. —Pronuncia mi nombre después de un rato.

—Dime. —Contesto sin mirarlo.

—Perdóname. —Contengo la respiración.

No lo mires, Sally. No lo hagas o habrás perdido. Nick no pide perdón por arrepentimiento. Sólo lo hace cuando quiere sacar algún beneficio de su perdón. Y, supongo que, después de acabar de verme desnudarme frente a él y

con la facilidad que tiene este hombre para excitarse, ahora mismo está claro lo que quiere a cambio.

—No sé a qué te refieres. Yo no estoy enfadada. —Contesto esquivando su petición.

—Mírame. —Suena a orden. Veo sus pies, se ha acercado y está frente a mí. —Te he dicho que me mires, Sally. —Gruñe. Está a punto de liarla otra vez, ya lo voy conociendo. Tomo aire y lo hago, tratando de mostrarme impasible como él siempre lo hace. Pero mis ojos conectan con los suyos y me siento otra vez flotar en una nube de embelesamiento.

—Qué.

—No debería haberte dicho eso anoche. Yo, sólo, no quería poner en peligro nuestra convivencia, la de los tres. —Está más hablador que de costumbre. Me sorprende su arrebato de sinceridad cuando es la persona más hermética que conozco. —No soy un estúpido creído. Jamás he pensado que alguien como tú se pillaría por mí. Es sólo que... bueno, no sabía qué esperabas de mí y no quería defraudarte. Sé lo que es para una chica su primera experiencia sexual y...

—Para. —Le freno y contiene el aire. —No, no tienes ni idea por lo que veo. Si piensas que las chicas de hoy en día creemos en los cuentos de hadas y en los príncipes azules estás muy confundido. Ni siquiera buscamos siempre amor, ¿sabes? El sexo debería ser tan placentero para un hombre como para una mujer y una forma de comunicación con alguien con quien sientes atracción. Eso es lo que buscaba, Nick. Un momento de conexión contigo, también mi disfrute personal y mi primera experiencia como mujer con un hombre. Nada más. —Nick parpadea, tratando de procesar la información que le acabo de dar.

—Tienes razón.

—¿Con respecto a qué?

—A que soy gilipollas. —Se encoge de hombros y me sonrío como un niño.

Tengo ganas de acercarme a él y besarlo, pero sé que Nick lo estropeará todo de nuevo más pronto que tarde. De todos modos, ya he tomado hoy una determinación, y no perderé mi virginidad con alguien como él.

—Sólo a veces. —Me giro para buscar urgentemente distanciamiento.

Por muy claro que vea a veces las cosas en mi mente, cuando Nick está cerca acabo viéndolo todo confuso.

—¡Ey! —Noto sus dedos sujetar mi mano. —No... no te alejes de mí. —

Titubea, como si le costase un mundo pronunciar esas palabras.

—Nick, es lo mejor. —Mi voz cada vez suena menos convincente.

—No... no lo es. Y lo sabes. —Acaricia mi rostro con las yemas de sus dedos y comienzo a arder. Sus ojos gritan algo que no sé cómo interpretar, pero que me sumerge en ellos, profundamente. —Dime que no vas a darle tu virginidad a ese tal Andrew o me matarás. —¡Qué! ¿Cómo ha sabido que...

—¿De qué hablas? Nick, si me estás intentando hacer chantaje emocional eso no va a funcionar conmigo. —Digo muy seria.

—Sólo dime que seré yo el primero y no te arrepentirás, Sally. —Sujeta mi barbilla y me besa. Al principio intento separarme, pero acabo rindiéndome. —Si lo que buscabas conmigo anoche sólo es sexo, estaré más que complacido de darte el mejor sexo y el más salvaje de toda tu vida. Permíteme ser quien te abra las puertas a ese maravilloso mundo, Sally. —No puedo pronunciar palabra. Es lo que deseo. Deseo a este condenado, capullo, arrogante y gilipollas más de lo que he deseado a nadie en toda mi maldita existencia. Y, tras la conversación de hoy con Alice, sé que ningún chico del instituto podría competir con experimentar entre los brazos de un hombre como Nick.

—¡Eh, hermanita, felicidades! —Oímos a David gritar y Nick y yo nos separamos. Ni siquiera me había parado a pensar en que mi hermano podría estar en casa y escuchándonos. —Ya eres toda una mujercita. —David se acerca con su pelo mojado y su medio litro de perfume encima y me abraza.

—Gracias David. —Mi hermano me besa la frente.

—Te has convertido en una jodida preciosidad y ya mismo vas a terminar el instituto e irás a la universidad. —Sonríe cogiéndome de las manos, pero su rostro se oscurece de repente. —¿Qué cojones haces en ropa interior de tío?

—Nick no me ha dejado entrar en casa hasta secarme y ponerme lo primero que ha encontrado seco. —Me defiendo. David se ríe.

—Espero que no te hayas quedado sin calzoncillos limpios hoy para quedar con Claire. —Le dice mi hermano a Nick y me da un vuelco el corazón. ¿Quién es Claire? Miro a Nick, que parece muy nervioso de repente. —Espero que hoy no sea el día que tenías planeado pedirle matrimonio, ahora que te has vuelto tan enamorado de repente. —Sigue provocándole mi hermano. Yo me siento mareada. ¿Nick tiene novia? ¿Piensa pedirle matrimonio? No... no puede ser...

—¡Deja de decir gilipolleces, David! ¡Está claro que no entendiste nada de lo que hablamos! Yo no... —Nick me mira y no sabe cómo defenderse

frente a mi hermano. No entiendo por qué siento estas enormes ganas de llorar.

—Bueno, dejemos la discusión para otro momento. Ahora quiero decirte cuál es mi regalo de cumpleaños, Sally. —Finjo que presto atención a mi hermano y le dedico una falsa sonrisa. —He hablado con Andrew, Taylor y Kristen y los he convencido para que se queden hasta el sábado. Se quedarán en la casa de una amiga mía. Así que el viernes podremos celebrar todos tu dieciocho cumpleaños como es debido en el club de un amigo de Nick y mío, yo incluido, claro está. ¿Qué te parece?

—Genial, es genial. —Me obligo a responder. —Aunque... ¿Puedo invitar a Alice a la fiesta?

—¿Alice? ¿La hermana de Nick? —Asiento. David mira a Nick, yo me obligo a no hacerlo. No quiero ni mirarlo ahora mismo. —No sé. Creo que Nick quería venir también a la celebración. ¿Te importa que Alice venga, Nick? Así podré conocer a tu hermanita de una vez. Sólo será un rato.

—Lo que quiera Sally. Es su fiesta. —Oigo decir a Nick.

—¡Genial! Pues queda invitada. Seguro que no ha estado en un club como ese en sus vida. Bueno, ahora tengo que irme, enana. No llegues tarde esta noche. —David me besa de nuevo y asiento. —Nick, ocúpate de ella, tú llegarás antes que yo. —Siento la furia crecer lentamente dentro de mí.

—Descuida. Volveré a casa tan pronto como pueda. Pásalo bien con Rebecca. —Nick y mi hermano se palmean sus respectivas espaldas y mi hermano desaparece del apartamento. Dejándome sola ante el peligro. Cuando el estruendo de la puerta indica que mi hermano ya no está salgo del trance en el que me hayo y decido encerrarme en la habitación de mi hermano. Y, como yo ya sabía, oigo los pasos de Nick tras de mí. —Sally...

—Déjame Nick. —Consigo entrar en la habitación de David antes de que Nick me intercepte, pero no consigo cerrar la puerta. Nick interpone su pie para impedirlo. —¡Vete! ¡Déjame sola!

—Escucha, Sally, Claire y yo no tenemos nada serio, créeme.

—¡Y a mí qué más me da! —Grito tras la puerta, empujándola con todas mis fuerzas. Aunque sé que en cuanto Nick quiera, abrirá la puerta y no podré impedirlo. —Ya no hay nada que puedas pedirme. Tú tienes a alguien que te espera, ni se te ocurra pedirme a mí que te espere también. ¡No lo haré, Nick! ¡No voy a ser el segundo plato de nadie!

—Sally, abre y déjame explicarte.

—¡Explicarme qué! ¡No hay nada que explicar! ¡No tenía intención alguna de tener una maldita relación contigo! ¡Me da igual lo que hagas por ahí! ¡Sólo

buscaba sexo, nada más!

—Si es así, ¿por qué te molestas tanto por que me vea con otra?

—¡Porque no quiero los restos de nadie! ¡No quiero comerme las babas de nadie! ¡Joder! ¡Mierda! —La rabia se apodera de mí. Nick empuja la puerta con todas sus fuerzas y casi me caigo de culo cuando consigue al fin abrirla. —¡Vete Nick! ¡Deja de marearme!

—Sally... no voy a alejarme de ti. —Da dos pasos hacia mí.

—No... no te acerques... Vete con ella. Vete y déjame en paz. Me estás haciendo un lío. ¡Tengo un maldito lío en la cabeza que me está volviendo loca! —Me tiro del pelo, desesperada.

—Yo también estoy hecho un lío, nena. —Levanta su mano en mi dirección.

—¡No! ¿Nena? Vamos Nick, así la llamarás a ella. Yo soy Sally, la estúpida niñata fácil de manipular que usa bragas de conejitos rosa. —Nick intenta controlar una sonrisa que amenaza con salir de sus labios. —¡Vete de una jodida vez y déjame sola!

—Sally, sabes que no te voy a dejar.

—¿Por qué? ¿Qué demonios quieres de mí? ¡Puedes follarte a todas las estúpidas niñatas de Dallas si quieres! ¡Puedes follarte a Claire! ¡Tú mismo has dicho varias veces que no deberías acercarte a mí, que estropearías la relación con mi hermano! ¿Eso quieres? ¿Quieres perder a tu único amigo? ¿A la única persona que tienes?

—No, no quiero eso. Pero tampoco quiero alejarme de ti, Sally. Lamento no haberte mencionado lo mío con Claire, supuse que te opondrías a tener sexo conmigo si sabías que me veía con alguien más y estaba en lo cierto, ¿verdad? —Mi silencio le confirma que efectivamente no quiero tener sexo con alguien que ya tiene su pareja activa en la cama. —Pero... créeme si te digo que ahora mismo a quien deseo es a ti, Sally. Dejaré a Claire, te lo prometo, para que... no te sientas mal cuando te acuestes conmigo. Pero ahora mismo no puedo. Me tiene pillado por los huevos y podría decir que mi futuro depende de ella.

—¿Por qué?

—Por... cosas.

—¡Vamos Nick, habla o te juro que esta misma tarde me follaré a Andrew sobre el capó de tu coche! —Le provocho de la peor forma que se me ocurre, pero está empezando a hartarme su maldito silencio.

—¡Sally, no me toques los cojones! ¡No me jodas, mierda! ¡Sólo te pido un poquito de paciencia! ¡Te he dicho que la dejaré cuando pueda!

—¡Y yo te he preguntado por qué no puedes dejarla ahora!

—¡Porque el padre de Claire es el jodido dueño de la jodida galería de arte más importante de Dallas y ella ha conseguido que expongan mi jodida obra allí, con dos de los jodidos artistas más importantes del panorama mundial!

—Entonces, ¿sólo estás con esa chica por interés? ¡Vaya, Nick, sí que eres una joya! —Me cruzo de brazos, desafiante.

—¡No es así! ¡Ella está... ella es... joder, déjalo de una vez! ¡No vas a follar con el tal Andrew y no hay más que hablar! Tú me has provocado, me has hecho soñar con ser tu primer hombre. Has puesto en mis manos el juego de seducción más atractivo de la jodida tierra y ahora no puedes negarme eso.

—¿Y quién te crees que eres tú para decirme con quien debo follar? ¿Para eso me deseas sólo? ¿Para desvirgarme y tirarme después a la basura como un pañuelo usado? Vete Nick. —Señalo la puerta para que se vaya. Nick resopla, pero finalmente se va y cierra la puerta de la habitación de mi hermano con un portazo. Yo echo al fin el cierre de seguridad y me tiro a la cama de mi hermano sola con mi monumental enfado.

Dos horas después sigo en la misma posición, mirando al techo de la habitación, cuando oigo que Nick llama a la puerta.

—Sally, abre. —No contesto. —Abre, joder. —Lo ignoro. —Sally si no abres echaré la puerta abajo, lo digo en serio. —Suspiro. Sé que lo haría.

—¡Qué quieres!

—¡Que me abras la puta puerta, ya te lo he dicho! —Me levanto de la cama y resoplando le abro la maldita puerta, dedicándole mi mejor cara de enterrador.

—¡Qué! —Me duele en el alma verlo tan guapo. Con su pelo aún mojado y una camisa blanca que resalta el claro de sus increíbles ojos. Unos vaqueros claros ajustados y hasta zapatos de marca. ¡Todo un Don Juan listo para su maldita cita con la tal Claire!

—Oye, no voy a tardar. Seré tan breve como pueda. Te llamaré cuando venga de vuelta y te recogeré allá donde estés para que volvamos juntos a casa, ¿vale? —Ahora no sólo se viste como un Don Juan, sino que también habla como un perfecto caballero.

—Tarda todo lo que te dé la gana. A no ser que seas de gatillo fácil. —Le provoco y trato de cerrar la puerta en sus narices, pero Nick frena la puerta con una mano y con la otra me atrapa de la cintura hasta pegarme a él.

—Cuando quieras te demuestro mi aguante, “nena”. —Dice esa última

palabra de forma marcada para provocarme de vuelta.

—No me interesa.

—Anoche no decías lo mismo. Casi me suplicaste que te follara...

—Anoche no sabía que tenías novia.

—No es mi novia. Y, aunque lo fuera, nada cambia lo mucho que nos atraemos y nos deseamos, Sally. ¿Cómo piensas evitar eso viviendo bajo mi mismo techo? No puedes, aunque quieras. —Nick me besa y le doy una bofetada por instinto. Aprieta los ojos y me mira de nuevo. —Eres un maldito grano en el culo. No sé por qué te aguanto las cosas que te aguanto. —Intento replicar, pero me sella los labios con sus dedos. —Te veo esta noche y te daré tu regalo, nena. Feliz cumpleaños.

14

Nick

Cuando llego a la puerta de la mansión en la que vive Claire, tengo que repetirme mentalmente los motivos por los que estoy aquí, y no con Sally, disfrutando de uno de los mejores polvos de mi vida. Hace tanto que una persona no me atraía a ese nivel sexualmente como ella, que ahora sólo tengo una obsesión: revivir entre sus piernas lo que se sentía cuando tenía sexo de verdad y no por imposición.

Pero necesito las oportunidades que Claire me ofrece y la necesito a ella, lamentablemente. Es cuestión de prioridades y, bueno, lo de Sally es posible que sólo sea un calentón demasiado prolongado en el tiempo que se resuelva en una noche, una larga e intensa noche de sexo, pero una noche, al fin y al cabo. Claire sí que tiene mi futuro en sus manos.

Llamo al timbre y aguardo a que la puerta se abra. Lo hace como dos minutos después y, tras la puerta, me encuentro a Claire con un camisón de seda y encajes rosa y una nube de perfume caro y empalagoso que casi me intoxica.

—Ya está aquí mi hombre. Me has hecho esperar más de la cuenta, ahora tendrás que pagarme con tu cuerpo la larga espera. —Tira del cuello de mi camisa para hacerme entrar y me estampa un beso con impaciencia.

—Creí que nos veríamos en la galería de tu padre. No vi tu mensaje hasta que estaba en la puerta de la galería, esperándote.

—Te necesitaba primero entre mis piernas. El otro día estabas más que raro. Pero hoy será perfecto. —Me dice susurrándome en los labios y agarrándome la polla por encima de los pantalones. Tengo que contener un poco la respiración para no atragantarme con tanto perfume.

—Quieres que te la meta ya, ¿verdad? Eso es lo que quieres. —Procuro meterme en el papel y servir a la causa cerrando la puerta de su casa con una patada y abalanzándome sobre ella. Claire jadea ante mi ferviente respuesta y yo la cargo en mis brazos para llevármela a la cocina, que es lo que más a mano tengo.

—Oh, Nick, no sabes las ganas que te tengo... quítate toda la ropa, quiero

verte y venerar ese escultural cuerpo que tienes. —Me pide cuando la he depositado sobre la encimera.

Ella me besuquea el cuello y yo cierro los ojos mientras me quito la camisa, tratando de concentrarme en la tarea. Pero en mis pensamientos, sólo veo a Sally con una de esas camisetas de David que siempre se pone para andar por casa, su moño descuidado y esas piernas impresionantes que se mueven como las de una diosa al andar, cuando pasea por casa. Incluso la visualizo cocinando, metiendo uno de esos deditos en la salsa y chupándoselo después. Eso me la pone dura al instante.

—Dios...

—Sí, ya estás listo para el ataque. Sabía que me tenías las mismas ganas que yo a ti. —Claire me saca la polla con impaciencia de los pantalones y la guía hasta su húmeda hendidura.

—Claire, el condón. —Le digo.

—No importa, Nick...

—¡Oh, sí que importa! Sabes que jamás follo sin condón. —Saco uno del bolsillo trasero de mis pantalones y me lo pongo rápidamente, antes de que se me baje el subidón.

Sé quién es la responsable de que últimamente ande como un adolescente en celo y desatado y no es Claire, pero voy aprovechar mi estado de ansiedad sexual con Sally para rematar la faena que tengo pendiente con esta mujer. En cuanto me pongo el condón se la meto y por un momento me siento aliviado porque lo estoy disfrutando.

Pero, de repente, la mezcla de perfume empalagoso, los grititos de Claire suplicándome que nunca la deje y sobre todo la conexión con otros ojos que no son los que quiero ver, toda esa mezcla, convierte en difícil la tarea y siento que poco a poco voy perdiendo la concentración.

Al final, me rindo y recurro a lo único que puede ayudarme: recrear a la causante de todo mi revuelo emocional en mis fantasías sexuales.

En mis fantasías, Sally está con una de mis camisetas y sin bragas. Con su preciosa melena suelta y sus enormes y oscuros ojos brillando de deseo por mí. Me suplica que la haga mía, que necesita sentirme. Esa voz aterciopelada y esa piel sedosa me hacen de nuevo bullir de pasión.

Vamos Nick, puedes hacerlo.

Lo estoy haciendo. Y cuando sé que Claire se ha corrido ya, voy a por mi orgasmo ansiado. Me estoy corriendo. Oh, sí...

—¿Qué coño has dicho, cabrón? —Claire me empuja y me corta el disfrute

que al fin mi cuerpo estaba experimentando.

—¿Cómo?

—¿Me has llamado Sally? —Mierda. Inventa algo, Nick.

—¡He dicho “sal, sí”! ¿Por quién me tomas, Claire? Además, tú estás casada y no eres quien para venirme con estas mierdas. —Digo enfadado mientras me quito el condón, lo tiro a la basura que hay tras de mí y me guardo otra vez la polla en los pantalones. Esta mierda de polvo no me ha sabido a nada. ¡Nada! Tranquilo Nick, no lo estropees con Claire ahora. Que toda esta mierda sirva para algo. —Sabes que no hay nadie más que tú. —Le acaricio el rostro y ella sonrío ilusionada. —No seas celosilla. —Le beso en los labios. —Vamos, vístete y llévame a la galería. Quiero verla. Hoy no puedo quedarme mucho tiempo.

—¿Por qué? ¿Con quién has quedado? —Otra escenita no.

—Claire, acabo de follarte. No necesito follar a nadie más. —Miento. —Deja de enredar en esa cabecita. Vamos vístete y enséñame tu templo. Juntos haremos cosas buenas en el mundo del arte, nena.

La galería de arte del padre de Claire es una maldita pasada. Hay como ocho salas de exposición, todas increíblemente bien iluminadas. Merodeo por cada una de ellas y me imagino mi obra ahí, expuesta, junto a los grandes nombres de la pintura. ¡Voy a conseguirlo, joder!

Claire intenta meterme mano cada vez que burlamos la vigilancia de cada una de las salas y yo me libero de ella con la mejor sonrisa que puedo mostrar.

Dice que a finales de la semana que viene tengo que llevarle las piezas que vaya a exponer, para que puedan catalogarlas y tasarlas. Eso me obliga a tener que ponerme las pilas esta semana con los cuadros que aún tengo inacabados y otros que quiero hacer y ni he empezado. Tendré que aprovecharme de mi recientemente activa inspiración.

Dos horas después he dejado a Claire en su casa y camino a mi apartamento llamo a Sally para que me diga dónde está y así poder recogerla y llevarla a casa, conmigo. La echo de menos. Echo de menos a esa mocosa toca huevos y hasta tengo ganas de hablarle de mi proyecto futuro. Sé que, aunque a ratos me odie, se alegrará por mí si algo me va bien. Igual que David. Ella también se ha convertido en parte de mi vida a marcha forzada. Se ha convertido en parte de mí.

Pero mi ánimo se va al suelo cuando a la tercera llamada Sally sigue sin cogerme el maldito teléfono.

¡Qué cojones estás haciendo, Sally! ¿Estás con el come mierda ese de

Andrew?

Maldita sea.

Los celos me consumen.

Jamás había sentido algo así. Sally sólo es mi distracción sexual, bueno, puede que se haya convertido en mi musa, pero nada más. Y... nada menos. Todos sabemos lo importantes que son las musas para los artistas. ¡Mierda, la necesito a mi lado!

Decido ir a mi apartamento directamente. Quizá ya está allí y sólo está tocándome las narices sin contestar el maldito teléfono hasta que yo llegue. Si ha hecho algo así, que se prepare para mi furia.

Pero no. Cuando llego al apartamento está todo vacío. Miro al salón, en el que se está hospedando Sally y me tenso al encontrarme su ausencia.

Miro en todos lados, mi estudio, mi baño, incluso mi habitación. ¡Dónde cojones estás, niñata!

Una hora después, me he bebido media botella de whiskey de David y decido coger fuerzas y hacer algo que nunca pensé que haría.

Cojo mi teléfono y marco.

—¿Nick? ¿Eres tú?

—Hola Alice. ¿Qué tal?

—Dios, no me puedo creer que me estés llamando. ¿Estás bien? ¿Ha sucedido algo?

—Estoy bien, pequeña. ¿Cómo estás tú?

—Estás borracho...

—No mucho. He tenido un día difícil. Oye, prefiero que hablemos mejor en persona. ¿Vendrás el viernes a la celebración del cumpleaños de Sally?

—¡Claro! Me lo ha dicho hace un rato, cuando estaba con ella.

—Ammm, ¿ya no estás con ella?

—No, se quedó en la hamburguesería con el tal Andrew y...

—¿Cuál es esa puta hamburguesería, Alice?

—Norman's, ¿por qué? ¿qué pasa?

—Nada. Mil gracias, pequeña. Te veo el viernes. Cuídate mucho.

—Y tú, hermano. Te quiero. —La voz de Alice se quiebra y suspiro.

—Yo también. Lo sabes. Nos vemos pronto. —Cuelgo y salgo del apartamento como alma que lleva el diablo.

¡Esa estúpida niñata me va a oír! Si se piensa que va a poder tocarme los huevos de esta manera la lleva clara. ¡Éste es mi juego! ¡Ella es mi juego! ¡De nadie más!

Llego al Norman's en menos de cinco minutos y aparco mi coche de cualquier manera. Salgo de él y me introduzco en la hamburguesería con paso firme. La veo en cuanto pongo un pie dentro del local. ¡La ve todo el maldito mundo! Está de pie junto a la barra con un jodido vestido entallado y muy corto. ¿Qué coño hace? ¡Y el tal Andrew deshaciéndose en miraditas de mierda hacia ella! Me acerco a ella por la espalda.

—¡Eh! ¡Eres el amigo de Sally! —Me dice el tal Andrew. Sally se gira y se queda congelada al verme. Supongo que sobre todo al ver mi cara de perro asesino.

—Sí, hola. Nos vamos, Sally. —Le ordeno.

—Pero...

—Ni se te ocurra contradecirme. —Rechino entre dientes. —Ya me has sacado de quicio bastante por hoy. —Le señalo la puerta de la calle.

—Chicos... yo... lo siento. Os veo mañana a la salida del instituto. —Dice Sally a sus amigos y yo aguanto como puedo mientras se besuquea con todos ellos. Después sale a toda prisa de la hamburguesería y me obliga a apretar el paso para alcanzarla.

—Sally, el coche está por allí. —Le digo con firmeza, pues se dirige al lado contrario.

—Voy andando. —Responde sin mirarme.

—¡Sally, me cago en la puta! ¡Entra en el jodido coche! —Todavía sin mirarme, noto como suspira y se pone en dirección a mi coche esta vez.

Abro la puerta del copiloto y ella entra intentando evitar mi mirada e incluso rozarse conmigo. Después me meto yo y cierro con llave el coche, no me fio de ella lo más mínimo. Por el camino va en silencio. Un silencio que me desespera, porque sé que está enfadada.

—¿Cómo me has encontrado? —Pregunta al fin sin mirarme.

—Tengo mis métodos. Ya te dije que no te librarías de mí. —Ahora sí me mira para fulminarme con la mirada. —¿Por qué no me has contestado el maldito teléfono? ¿Pensabas quedarte con ese pamplinas toda la noche?

—¡No es un pamplinas, y no estaba sola con él!

—¡Sí que lo es! Seguro que ha intentado llevarte a la cama. ¡Sólo había que ver la cara de cordero degollado que te estaba poniendo!

—A lo mejor dejo que me lleve a la cama. Me gustan los hombres que me hacen caso, sólo a mí. —Aquí está su primer dardo envenenado de la noche.

—¿Insinúas que no yo te presto atención, Sally?

—No sólo a mí.

—Ah, ¿no? ¡No tienes ni puta idea! ¡Para que lo sepas no he...

—¡Ni se te ocurra decirme que no te la has follado, Nick, tienes el jodido cuello de la camisa lleno de carmín rojo puta! —Joder, maldita Claire y sus aderezos estúpidos.

—Ella no significa nada para mí, Sally, yo...

—¡Calla! ¡Cállate, maldita sea! ¡Te conozco desde hace solo una semana y ya me estás volviendo completamente loca! ¡Deja de jugar conmigo, gilipollas! —Me golpea en un hombro, frustrada. No me gusta verla así. Aparco el coche en el primer lugar que veo y me quito el cinturón.

—¡Eh! ¡Calma! Sally, de verdad, no estoy jugando contigo. Me gustas, mucho, no sabes cuánto.

—No, no lo sé. —Tiene la mirada vidriosa. Mierda.

—Voy a hacer las cosas bien contigo. Pero tienes que darme un tiempo, ¿vale?

—¿Tengo? ¿Por qué?

—Porque voy a demostrarte que lo merezco, por eso. No te tocaré mientras no pueda librarme de Claire. No te haré sentir incómoda y, cuando esté libre, te daré lo que me pidas. Pero no te vayas con otro, por favor. —No sé lo que estoy diciendo, pero me ha salido del alma.

—¿Lo que yo te pida? —Pregunta confundida. Asiento. —¿Estás borracho? —Mierda.

—No mucho. —Aprieto los ojos.

—Ya veo. Tendremos esta conversación mejor cuando estés sobrio. Porque cuando lo estás, tiendes a dedicarme insultos y groserías.

—Está bien. Hablaremos de esto mañana. —Le tiendo mi mano. —¿Trato? —Ella la mira y suspira. Finalmente, la estrecha.

—Trato. Pero yo también pondré mis condiciones.

De vuelta en el apartamento, esta vez con Sally, me doy una ducha fría para despejarme. Yo también me siento curioso de saber si mantendré mi rara promesa de no tocar a Sally una vez que esté sobrio. ¿De dónde me ha salido esa estúpida vena caballerosa? ¿A qué ha venido eso? ¡Si lo que me hace falta realmente es un buen polvo! Y Sally es el polvo perfecto. Está buena, es sexi, es inexperta y puedo moldearla a mi gusto. Y todo esto del secretismo con David la convierte en una historia de lo más morbosa.

Aunque también es cierto que podría buscarme otro entretenimiento que no fuera ella. Esta historia con Claire está durando más de la cuenta. Jamás he estado quedando con una misma mujer durante más de dos meses y ya me tiene

más que aburrido. Sólo de pensar que tengo que seguir quedando con ella un mes más, mientras mi obra esté expuesta en la dichosa galería de su padre, me dan arcadas.

Cuando salgo de la ducha voy directamente al salón, como si no tuviera otra opción. Sally se ha duchado también y ahora viste una camiseta blanca que supongo que es de David, sus sexis shorts negros que marcan ese culito respingón de maravilla y su moño alto deja al descubierto su largo y delicioso cuello. No sabía que un cuello pudiera resultarme tan atractivo, pero el de Sally lo es.

Cuando me ve aparecer y sentarme junto a ella se tensa y encoge las piernas, abrazándolas con sus manos. Miro a la tele, está viendo una de esas pasteladas que le gusta a ella. Yo me retrepo en su sofá-cama y coloco las manos por detrás de la cabeza.

—¿Qué estás viendo?

—Leyendas de pasión. —Dice intentando aparentar que no está interesada en ese dramón. —No creo que te interese. Es sobre unos hermanos que se enamoran de la misma chica y ella está hecha un lío. —Me hace un mal resumen de la película y yo la miro de reajo. Se acaricia las piernas tratando de calmarse o algo así. Pero a mí me pone cachondo, para variar. Todo lo que hace esta tía me la pone dura. Hasta esos piecitos en los que no había reparado hasta ahora. Es preciosa, joder.

—Bueno, está claro que acabará con Brad Pitt. —Le digo y al fin consigo que me mire. Lo hace desafiante. Me encanta. Es la única chica que no me pone cara de cachorro abandonado. Ninguna de mis anteriores relaciones con una mujer se parece a esta extraña relación de tira y afloja que mantengo con Sally. Y es de lo más divertido y emocionante.

—¿Y tú qué sabes? ¿La has visto?

—No, pero supongo que tú sí. Unas cuantas veces. —Gruñe y eso me da la razón. —No hace falta verla, Sally. ¿Quién cojones puede competir con ese hijo de puta? Míralo, ese cabrón se podría ligar a quien le diese la maldita gana.

—Pero es un capullo. Por muy guapo, sexi y buen amante que sea, es un gilipollas estúpido que no sabe valorar lo que tiene. —Eh, un momento. ¿Estamos hablando de Brad Pitt o de mí?

—Bueno, ¿y qué tiene? ¿La tipa esa le ha dejado claro en algún momento que esté pillada por él?

—¡No puede! ¡Ella tiene una relación con su hermano menor y sabe que él

no quiere traicionarlo!

—No creo que sea ella la que tiene que valorar esa decisión por parte de él. Si el tipo quiere arriesgarse, sabiendo que puede hacer daño a su hermano, será por algo, ¿no? No será un simple polvo y ya está.

—Bueno, ¿quieres ver la película? ¿O vamos a estar discutiendo sobre ella toda la noche? Yo no debería acostarme demasiado tarde, mañana tengo clases. —En ese momento me acuerdo de mi regalo. Esta mañana mientras Sally estaba en clases fui a comprárselo. Así que me levanto y voy hacia mi estudio a cogerlo para dárselo. —¡Eh, no tienes por qué irte! —Me grita cuando me ve salir del salón y sonrío. Ella también disfruta de mi compañía.

—Ya vengo, tengo que ir a por una cosa. —Cuando vuelvo con el enorme paquete envuelto en papel de regalo, la cara con la que Sally me premia no tiene precio. —Felicidades, niñata. —Sally se levanta de su cama y gira en torno al gigantesco paquete de cumpleaños.

—¿Qué es? —Sus ojos brillan como los de una niña el día de navidad. Su alegría me contagia de inmediato. Esta niñata es de lo más contaminante, pero podría pasar el resto de mis días contaminado de esta alegría sin problema.

—Ábrelo. —Digo encogiéndome de hombros. Ella sonrío y se pone a la tarea. Tira con ganas del papel de regalo y cuando al fin ve el dibujo en la caja de lo que hay en su interior se tapa la boca sorprendida.

—¡Joder!

—¿Te gusta?

—¡Un patinete eléctrico! Es... es el regalo más increíble que me han hecho nunca. —Me mira confundida. Mierda, ¿me he pasado? Pues yo había pensado incluso en comprarle un coche de segunda mano para que pudiera moverse por la ciudad, pero lo descarté porque así siempre dependerá de mí para que la lleve a los sitios lejanos, o cuando llueva. —No puedo... Nick, esto vale una pasta, yo...

—No es para tanto, Sally. —Le cojo de la mano y la atraigo hacia mí. Ella me mira embelesada. Maldita sea, quiero besarla, pero le prometí que no lo haría hasta librarme de Claire. —Cuando quieras usar los patines puedes seguir haciéndolo, no sabes lo sexi que estás con ellos, pero, si tienes prisa o simplemente quieres ir más rápido, puedes usar el patinete. Es como una moto, pero... —De repente tengo los labios de Sally sobre los míos y sus manos se aferran con fuerza a mi pelo. Uf, ¿qué hago? Mis manos se cierran en un puño para tratar de contenerse. Sally se separa demasiado rápido de mí y eso evita que me abalance sobre ella.

—Gracias. Lo siento, ha sido sin pensar.

—Sally, no te aproveches de la promesa que te hice antes, porque no tengo tanto autocontrol ni mantengo todas mis promesas.

—Ven, vamos a ver la peli. ¡Mañana estrenaré mi regalito! —Tira de mi mano y me empuja sobre su cama. Después se tira ella, junto a mí y recuesta su cabeza sobre mi pecho. Espero que no note que el latir de mi corazón se ha disparado.

Aguanto las ganas de follármela de una vez como un salvaje y, en lugar de eso, le suelto el moño y le masajeo la cabeza y acaricio su preciosa melena. Emite unos gruñidos de placer de lo más sensuales y, diez minutos después, se ha quedado completamente dormida sobre mi pecho.

15

David

La fiesta esta es una puta locura. Hasta las copas del vino tienen un ribete de oro en la base. ¿Cómo puede haber gente tan pija en el mundo y no tener remordimiento? Porque el dinero no se crea ni se destruye. El que hay es el que hay. Y que una persona tenga tantísimo dinero sólo significa que hay un montón de gente que no tiene para llegar ni a mitad de mes, como sería yo de no ser porque he dado con la chica que va a resolver mis penurias económicas, al menos por una temporada.

Rebecca casi me obliga a llevármela al baño de esta lujosa mansión para que me la folle allí. Pero esta vez he conseguido pararla. Por más morbo que me dé esta chica, no quiero acabar la noche preso o buscarme la ruina con un Senador o un Congresista.

De modo que, en lugar de ir al baño, le convengo para ir a buscar un lugar privado en el jardín de esta impresionante mansión. Gracias al cielo acepta y elegimos el interior de un pequeño laberinto de setos que hay en la parte trasera de la mansión.

Rebecca me pone el condón con impaciencia y, en cuanto lo hace, la levanto del suelo en mis brazos, colocando cada una de sus piernas sobre cada uno de mis brazos y se la meto sin piedad. Ella grita de placer.

—Shh, calla, joder.

—¡Sí, David, sí, me encanta!

—Lo sé, eres una maldita loca, Rebecca. —La beso con pasión. —Vas a hacer que nos metan presos un día.

—¡Más fuerte, David! ¡Dame más! —Es lo que más me gusta de ella. Que no tengo que tener el más mínimo control sobre mis instintos animales en el sexo. La empalo con más fuerza y la beso para acallar sus gritos.

—¿Así?

—Sí... ah... te quiero David. —Sus palabras me caen como un jarro de agua fría.

No sé por qué, no es la primera vez que escucho algo así de una tipa que

creía estar enamorada de lo que creía que yo era. Pero en esta ocasión algo me dice en mi interior que no quiero hacerle daño a Rebecca. ¡Puto Nick y su puta conversación del otro día! ¿Ahora necesitamos una maldita relación? ¡Yo no! ¡Y desde luego no con Rebecca! Ella se follaría al primer camarero, chófer o guardaespaldas de su padre que le prestara la más mínima atención, sin importarle que tenga algo serio conmigo.

Sacudo la cabeza y trato de no pensar en esa mierda más. Sólo voy a pensar en el placer. Eso es, así.

—Voy a correrme, Rebecca.

—¡Sí, y yo! —Grita y vuelvo a besarla para acallarla. Al fin se corre y acto seguido lo hago yo.

En cuanto me quito el condón me llevo a Rebecca de nuevo al interior de la dichosa mansión en la que los grandes políticos de este país están celebrando el cumpleaños del Senador McMillan.

Algunas caras conocidas de los noticieros me paran y me preguntan que desde cuando Rebecca y yo somos novios. No puedo evitar que me rompa el corazón la cara de decepción que luce Rebecca cuando les aclaro a todos y cada uno que no tenemos nada serio, que sólo nos estamos conociendo.

Maldita sea, tengo que cortar ya esta mierda. Está llegando demasiado lejos.

—Rebecca, tengo que irme ya. —Le digo cuando al fin nos quedamos un momento a solas.

—¿Ya? ¡Todavía no han sacado la tarta!

—Ya, pero resulta que hoy es también el cumpleaños de mi hermanita, y la he dejado sola para estar contigo y tus amigachos. Te llamo en estos días. — Le beso rápidamente en los labios, intentando que no se note mi creciente agobio.

—¿Llamarme? Tienes que venir a verme. Me voy en una semana a vivir a Washington.

—Haré lo que pueda, nena. —Beso su mano y salgo de ese apestoso y pijo lugar cagando leches.

Joder. Tengo que dejar de verla ya. Se lo está tomando más en serio de lo que yo creía. Al principio, cuando la conocí, me pareció simplemente una niña pija malcriada que tenía todo lo que no había querido tener en la vida, como todas las demás con las que me he liado durante estos años aquí en Dallas. Ella tenía dinero, unos papis que le querían y le consentían todo, podía comprar la atención de cualquiera que le interesara, como la mía. Pero ahora,

no sé por qué, algo ha cambiado en mi manera de contemplar lo nuestro. Puede que porque Rebecca tenga solo un año más que mi hermana Sally y yo le reventaría la cara a hostias al capullo que osase romperle el corazón como yo voy a hacerlo con Rebecca, sin duda.

Creo que la vuelta de Sally a mi vida me está haciendo pensar demasiado las cosas que antes jamás me paraba a pensar.

¡Vaya puta mierda!

Golpeo insistente el volante de mi coche mientras conduzco a toda prisa en dirección al apartamento.

Cuando llego, mi ánimo empeora ante la estampa que tengo ante mí. Sally dormida, acurrucada sobre el pecho de mi único amigo y hermano Nick, que la abraza contra su pecho, también dormido. No voy a despertarlos y a montar un numerito porque es obvio que ambos están vestidos y la tele encendida. Quizá sólo estaban viendo una peli juntos y, sin darse cuenta, se han quedado dormidos como dos tortolitos.

Me sirvo una copa de whiskey de la botella que veo abierta sobre la repisa y me siento en el sofá que hay junto a ellos, riéndome ante la estampa. Hasta no hace mucho estos dos se odiaban. ¿Habrá conseguido Sally ablandar a este capullo también?

—Joder enana, la que estás liando con estos dos podridos. —Digo en voz alta y bebo de mi copa.

—¡Eh! —Escucho la voz de Nick. Lo miro y se frota los ojos. —¿Ya has vuelto? ¿Cómo te ha ido?

—Pues, ha estado bien. Pero yo no he acabado tan acaramelado como tú con mi hermanita. —Nick la mira y trata de incorporarse colocándola a su lado con mucho mimo, para no despertarla.

—Me he quedado dormido sin darme cuenta. —Dice y la arropa. —Estábamos viendo una de esas mariconadas que a ella le gusta ver. —Sonrío. —Y, ¿qué tal tú? ¿Has recibido más regalitos, don playboy?

—Voy a dejarla. —Digo con amargura. —No soy bueno para Rebecca. No puedo hacerle esto.

—¿Desde cuándo te preocupa a ti ser bueno? —Mi amigo parece sorprendido.

—Supongo que desde cuando volvió Sally a mi vida. Lo más gracioso de todo es que también te está cambiando a ti, que ni siquiera eres su hermano ni la aguantas.

—Sally es guay. —me dice Nick y yo lo miro con el ceño fruncido. —

Quiero decir, cuando no me llama gilipollas o me desafía no está tan mal. Incluso me empieza a parecer divertido cuando me insulta.

—Te importa Sally, ¿verdad? —Nick se pone blanco como la pared. — Idiota, no digo en ese aspecto. Jamás dejaría que un capullo como tú la tocara. Pero, ella es ya parte de nuestra vida. No puedes evitar que te importe su bienestar.

—¡Yo no soy un capullo!

—Digo con las tías. Nick, tenemos que protegerla de tipos como nosotros. Yo no quiero que Sally acabe destrozada. Tiene toda su vida por delante. Ya ha sufrido mucho. Merece alguien que sepa hacerla feliz.

—¡No estarás hablando del come mierda de Andrew!

—Ese tío no es un mal tipo. De todos los que he amenazado para que se apartaran de Sally, es el único que ha luchado por no tener que hacerlo, a pesar de que me temía de verdad.

—¡Oh, vamos! ¡Ese cretino ni siquiera se acercó a ella para consolarla el día del entierro de vuestra madre! ¡No apareció ni una vez por el hospital a verla!

—Shh, no grites. La vamos a despertar. Andrew me llamó insistentemente mientras Sally estaba hospitalizada. Sí que se preocupó por ella, Nick. No lo odies tanto. Sé que a Sally le gusta ese tipo y tengo que intentar darle su oportunidad para que aprenda por sí sola de las relaciones. Creo que me fio de ese Andrew y sus intenciones. —Miro a Sally, parece un ángel cuando duerme. —Lo haré por ella. Sally no sabe que yo lo sé, pero Andrew me dijo que ambos habían planeado fugarse para ir a vivir juntos, antes de que mis padres fallecieran.

—¡Qué! —Miro a Nick, que parece poseído por el diablo. —¡Tú eres imbécil! ¡Ese tipo no sabe valorarla! ¡No ha movido un dedo por ella!

—Si existe alguien capaz de respetarla y valorarla más que ese niño, créeme, yo seré el primero en hacer lo imposible para que mi hermana esté con ese alguien. Pero, por ahora, es del único de sus amiguitos del que me fio.

—Me voy a la cama. No estoy de humor para escuchar toda esta mierda. —Nick se levanta enfadado y se va a su habitación.

Yo me termino la copa mientras sigo contemplando a mi hermana.

¿Es posible que en sólo una semana Sally nos haya hecho recapacitar tanto a Nick y a mí sobre el bien y el mal? ¿Sobre lo justo y lo injusto? ¿Sobre lo moral y lo inmoral?

16

Sally

La alarma de mi despertador suena y yo tanteo con mi mano y mis ojos aún cerrados hasta dar con mi móvil y apagarla. Me vuelvo a quedar dormida. Cinco minutos después la misma operación. Cinco minutos más... Pero a la tercera decido despertar al fin. No sin antes patalear y gruñir con la almohada en la cabeza.

Oigo una risa y me quito la almohada de la cara. Me encuentro a Nick conteniendo una carcajada y con una taza de café en cada mano.

—¿Qué haces ya despierto? ¿Y duchado? —Me siento en mi cama y tomo la taza de café que Nick me tiende.

—Tengo mucho trabajo pendiente. —Dice y se sienta sobre la mesa, frente a mí. —Está nublado y amenaza con llover con fuerza. ¿Qué te parece si te llevo al instituto y te recojo a la salida? —Lo miro ladeando la cabeza. —No quiero que te pongas enferma. Seguro que eres todavía más desesperante con fiebre y mocos por toda la cara.

—Deberías mejorar tus técnicas de seducción. —Vuelve a reírse. —Habías empezado muy bien con eso de llevarme.

—También te he preparado el desayuno. —Añade con expresión altiva y con aires de grandeza. Abro la boca. —He intentado hacer tortitas. No me han quedado muy bonitas, pero son bastante comestibles.

—No es verdad...

—¡Sí que lo es! Espere aquí señorita Montana, le traeré el desayuno a la cama. —Se levanta y lo miro boquiabierto ir a la cocina a por dos platos de tortitas. Se acerca a mí y me tiende uno de los platos. ¡Yo alucino! Miro el plato. Parecen bastante bien para ser la primera vez que las hace.

—¿Las has envenenado? —La carcajada de Nick no tiene nombre. Niega con la cabeza. —Pues... ¡Vas a pedirme algún favor! —Vuelve a negar.

—Sólo quiero ser caballeroso. —Se encoje de hombros. Le doy un mordisco a una de las tortitas y sigo en shock.

—¿Quién eres tú y que has hecho con mi Nick gilipollas?

—¿Tu Nick? —Se hace el chulo.

—También he dicho gilipollas.

—Puedo volver a serlo, si eso le complace, señorita Montana. —Acerca su rostro al mío y habla de forma seductora. Me quedo mirando sus labios fijamente. —No me mires así. He prometido no tocarte. —Alzo mi mirada hasta sus ojos.

—Así es. Has prometido no tocarme hasta que termines con tu novia. Dime, ¿merecerá la pena que la dejes solo por echar un polvo conmigo? ¿Por un ratito de pasión y placer?

—Oh, no pienso echar solo un polvo contigo, Sally.

—Ah, ¿no? —Mi corazón comienza a latir con fuerza.

—No. Te follaré durante una noche entera. Es posible que durante veinticuatro horas. Quizá no te deje dormir durante un par de días o puede que tres. —Bebe de su taza de café, como si nada, sabiendo que me ha dejado paralizada. —Y sí, si es tan bueno como creo que va a ser, merecerá la pena. Ya te dije que no tengo nada serio con Claire. Yo no tengo nada serio con nadie. —Me mira como si nada. Nada serio con nadie... sus palabras son como agujas en los pulmones.

—Y... ¿después? —Nick tose y me mira.

—Creí que no querías nada más que una experiencia sexual, Sally. —Mierda. No te muestres débil, Sally.

Es fácil, tiene que serlo. Abrirte a una noche de sexo con este perfecto seductor y luego seguir como hasta ahora. Solo que, dejará de coquetear conmigo cuando se haya aburrido de mí. Si soy egoísta, no quiero que eso pase. Deseo mucho a Nick, puede que hasta me esté gustando más de la cuenta, pero lo que más me gusta de todo es la tensión sexual que siempre hay entre los dos. Y, en el momento que eso se resuelva, ¿qué?

—Eso quiero. Pero, ¿y si quisiera repetir? —Nick me dedica una sonrisa arrebatadora y acaricia mi mejilla.

—Sólo tienes que pedírmelo. Seguirás siendo igual de apetecible para mí. Espero que no lo seas todavía más. —Creo que eso último lo ha dicho pensando en voz alta. —Vamos, desayuna, vístete y te llevo. —Se levanta y se va a la cocina.

Me doy una ducha más fresca de lo habitual. Dicen que eso reduce el calor corporal y el deseo. Pero a mí no me funciona. Estoy completamente revolucionada desde que probé los besos de Nick por primera vez.

Hoy me visto con una minifalda vaquera y una blusa de flores anudada en

la cintura. Nunca me había vestido tan... femenina, pero así me siento. Esta es mi nueva yo. Y quiero explorar mi feminidad.

Sé que me sienta bien por la cara que me pone Nick cuando me ve salir del baño.

En su coche vamos los dos en silencio, pero ya no hay enfado por ninguna de las dos partes. A veces siento su mirada sobre mí, en ocasiones le recorro yo a él con la mía. Está buenísimo con una simple camiseta blanca más ajustada de lo que me tiene acostumbrada. Tiene unos brazos musculosos y viriles y me encanta ver como sus grandes manos aprietan con fuerza el volante.

—Ya hemos llegado. —Me dice y despierto del trance. —Sally, si quieres en algún momento que...

—¿Si quiero qué?

—Si no puedes esperar... sólo dímelo, ¿vale? No tenemos que seguir sufriendo gratuitamente.

—¿Te refieres a si no puedo esperar a que dejes a Claire? —Suspira y asiente. —Si hiciera eso, ¿qué te obligaría a dejarla? ¿Qué te detendría de convertirme en “la otra” de tu relación? —Nick me mira, pero no contesta. —Dime.

—Tú. —Me quedo helada. De pronto, unos golpes en el cristal de la ventanilla de Nick hacen que se rompa la magia. Es Alice, con lágrimas en los ojos.

—¡Nick! —Él se queda petrificado al ver a su hermana. —Abre, por favor. —Con el pulso tembloroso, Nick abre la puerta de su coche y, antes de que pueda salir, Alice se abalanza sobre su hermano mayor, llenándolo de besos y lágrimas. —Hermano, ¡hermano! —Creo que Nick tiene lágrimas en los ojos también y se aclara la voz una y otra vez. Yo estoy completamente emocionada ante lo que veo.

—Pequeña, ¡me alegro de verte! —La abraza con fuerza.

—Llevas mucho tiempo evitándome. ¡No lo hagas más! Te he echado mucho de menos... —Alice llora a lágrima viva. —Anoche no pude dormir después de tu llamada. —¿Nick la llamó ayer? —¡Me alegró tanto! Aunque sólo quisieras...

—Para, Alice. Estamos asustando a Sally. —Nick me mira y yo me seco disimuladamente unas lágrimas. —¿Qué os parece si os recojo a las dos a la salida y comemos juntos por ahí? —Propone Nick.

—¡Siiiiii! —Grita Alice.

—Oh, yo he quedado con... —Nick me mira como advirtiéndome que no nombre a Andrew.

—Dile a Andrew, Taylor y Kristen que vengan, Sally. —Veo a Nick apretando los ojos.

—¿No te importa que lo haga, Nick? —Pregunto.

—Si no hay más remedio... yo traeré a David.

—¡Estupendo! Te veo luego, hermanito. Llamaré a mamá para...

—¡No le digas que estarás conmigo!

—Pero...

—¡No! ¡Alice!

—Está bien, está bien. —Alice besa a su hermano y sale del coche. Aprovecho que está mirándose en el espejo retrovisor para arreglarse el maquillaje y beso la mejilla de Nick.

—Te veo luego. Me encanta esta camiseta. —Susurro en su oído y acaricio su pecho por encima de la tela. Nick comienza a hiperventilar.

—No seas mala...

Alice

¡Hoy es el mejor día de mi vida! Voy a recuperar a mi hermano y David por fin sabrá de mi existencia. Ha sido mi amor platónico desde hace más de un año, cuando supe que mi hermano y él salían por un club bastante selecto y comencé a seguirlos. Al principio era sólo por ver a mi hermano y saber de él, después, comencé a fantasear con su amigo de forma involuntaria.

He visto pocos hombres tan atractivos como él en mi vida y, ese halo de malote, simplemente me parece fascinante. Pero no ha de ser tan malote si es tan íntimo de Nick. Mi hermano siempre ha sido un buen chico, al menos hasta que se fue de casa hace cuatro años. Pero es que mi madre lo tenía muy quemado. Siempre comparándolo con Mike, siempre recordándole aquella fatídica noche. No era justo. Si yo hubiera estado en el lugar de Nick, también me habría marchado.

Jamás le perdonaré a mi madre haber perdido a mi hermano, pero estoy a tiempo de recuperarlo. Gracias a Sally, que ha llegado a mi vida como una bendición del cielo.

A tercera hora, como el profesor de historia está malo y no ha venido, Sally y yo nos vamos a la cafetería juntas.

—Me alegra mucho que Nick y tú os reencontréis.

—Sí, ha venido como caído del cielo. ¡Y lo has traído tú! —Le apunto con una sonrisa. Sally se pone colorada. —Dime, ¿besa bien? —Sally abre los ojos y se pone como un tomate. —¡Oh, vamos, no me tomes por estúpida! Sé que estás coladita por mi hermano. Se te ve a leguas.

—No es eso, es que...

—Cuéntame. —Le digo con una sonrisa apoyando mi cara en mi mano. — Soy todo oídos.

—Pues... ¡Es que tu hermano es un peligro con las mujeres! No sé, vivimos juntos y todo eso, y parece que no puede evitar provocar a toda mujer que esté a su alcance. —Parece molesta.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que tontea con alguien más aparte de ti? —Me

mira dudando.

—Está saliendo con una tal Claire. Y por lo visto es una tipa muy importante en el mundo del arte y él piensa que le puede abrir las puertas en ese mundo. —La voz de Sally suena triste.

—¿Sigue pintando? Creí que lo había dejado...

—¡Oh, no! ¡Pinta unas cosas maravillosas! Creo que tú sales en uno de sus cuadros, cuando eras una niña. —Me llena el pecho de orgullo. —¿Qué pasó, Alice? Quiero decir...

—No debes preocuparte de esa tipa. —Corto la conversación en el acto. No estoy dispuesta a hablar de aquello. Aquello cambió nuestras vidas para siempre. —Nick es muy reservado y no te dirá sus debilidades. Pero debes ser importante para él si se ha tomado la molestia de traerte dos veces ya al instituto.

—No es para tanto...

—Conociendo a Nick sí lo es. ¿Y tú qué? ¿Te gusta de verdad? —Sally me mira y se mira las manos.

—No lo sé. A veces lo odio. A veces lo deseo tanto que duele. No sé si es por lo prohibido de todo. —La miro extrañada. —Mi hermano nos mataría a ambos si se enterase que entre Nick y yo existe el tonto que existe. —Me aclara. —No debería hablar contigo de esto, pero no sabes las cosas que me hace sentir cuando está cerca de mí...

—Eso es precioso.

—¿Precioso? —Pregunta extrañada.

—Sí, ¿acaso te has sentido más viva que en esos momentos en tu vida? —Sally tarda en responder, pero finalmente niega con la cabeza. Como yo sabía que haría. —Vívelo, Sally. Creo que mi hermano no es el más apropiado para muchas cosas, pero sin duda para descubrir el sexo sí.

—Me estás diciendo que no debo encariñarme de él, ¿verdad?

—¿Acaso eso no lo sabías ya?

—Bueno, ¿y qué pasa contigo y mi hermano?

—¿Qué dices? ¡Si ni siquiera lo conozco! Sólo de vista. —Me hago la tonta.

—Ya... pero te pone tonta. —Sally estalla en una carcajada y yo me sumo a ella. —Creo que tenemos más en común de lo que pensábamos.

—Será un secreto entre las dos. Promételo.

—Lo prometo. —Me asegura Sally.

Sally y yo estamos en la puerta del instituto, esperando a mi hermano, resguardándonos de la lluvia bajo mi chaqueta de cuero negra. De repente el inconfundible coche azul cielo de Nick hace aparición y derrapa frente a nosotras. Sally y yo damos un grito y saltamos hacia atrás para no ser salpicadas. La carcajada de mi hermano resuena en el coche mientras entramos Sally y yo en la parte trasera, junto con los insultos de Sally hacia Nick. Yo me quedo absorta mirando ese ángel caído del cielo que está mirándome con una sonrisa preciosa. ¡Hasta tiene hoyuelos! Y esos ojos tan azules...

—¡Hola! ¿Alice? Encantado de conocerte, soy David, el hermano mayor de Sally. —Sally me da un codazo para que reaccione. Joder, Alice, no seas tan pava.

—Eh, sí, hola. Un placer. —Le brindo mi mejor sonrisa.

—Estáis empapadas. —Susurra.

Pero no lo dice por Sally, me está mirando a mí, concretamente a las tetas, porque mi camiseta blanca se transparenta y se ve el sujetador negro que llevo debajo.

—Ajá. —Le muestro una sonrisa pícaro y después me hago la interesante mirando por la ventana.

—¿Dónde has quedado con el muermo ese? —Pregunta mi hermano a Sally. ¿Muermo? ¿Qué muermo? Los amigos que me presentó ayer Sally parecen muy buena gente, especialmente Andrew, que se nota que está coladito por ella.

—En el Takomo, ¡y no llames a mis amigos así!

—Sólo a uno. —Insiste mi hermano. ¡Éste está celoso!

Me río al pensar en mi hermano liándose con Sally a escondidas de David y, cuando me quiero dar cuenta, David me está observando por el espejo retrovisor. He ensayado mil veces frente al espejo la mirada que tengo que devolverle, y lo hago. Le miro con toda la sensualidad de la que soy capaz. Ésta es mi primera oportunidad en meses de acercarme a él. Tengo que aprovechar mi momento.

—Pues al Takomo, taxi. —David provoca a mi hermano y éste le da un puñetazo en el brazo.

Llegamos al Takomo y me sorprende ver a Nick abriéndole la puerta a Sally, ¡sí que está raro! Pero bien, porque fuerza a David a hacer lo mismo conmigo.

En la puerta del Takomo está esperándonos Andrew muerto de frío y solo.

—¿Eh! ¿Dónde están Taylor y Kristen? —Pregunta Sally.

—Eh... han pasado la noche vomitando, algo de lo que comieron ayer les sentó mal. —Vaya, a mí me suena más a encerrona para comer a solas con Sally, y por la cara que pone mi hermano creo que a él también.

—Podrías haberte intoxicado tú también. —Susurra Nick mientras entra en el restaurante y Sally le da una colleja.

—Pase, señorita. —David me abre la puerta y yo le premio con una sonrisa.

—Gracias.

Durante la comida, me da la impresión de que David me presta demasiada atención y Nick juguetea con la comida de Sally, llevándole piezas de sushi a la boca y luego quitándosela y comiéndosela en el último momento. Sé que ella está disfrutando, aunque no deja de llamarlo gilipollas. El tal Andrew está en un incómodo segundo plano, el pobre.

—Mmm, prueba éste. —Me envalentono y le meto una pieza de sushi a David en la boca. Me sonrío y se lo come.

—Delicioso.

—Sí que lo está. Te cambio otro por uno de los tuyos.

—Trato. Creo que éste te va a gustar. —David introduce la pieza de sushi también en mi boca. Estoy tentada de morderle los dedos, pero no quiero ser tan obvia. Seguro que tiene docenas de mujeres rendidas a sus pies.

—Delicioso. —Digo evitando su mirada y bebiendo un sorbo del vino blanco que han pedido Nick y él para acompañar al sushi.

—Mírame. —Dice y casi me atraganto. Lo miro como si no pudiera evitarlo. —Tienes unos ojos preciosos. —Dice e instintivamente miro a mi hermano. Gracias a dios no lo ha escuchado, pues está demasiado entretenido rabiando a Sally. —Tranquila, no nos oye. —Dice adivinando mis pensamientos. —Estos dos están así todo el rato. Se llevan como el gato y el ratón. —¿De veras? ¿Cómo puede estar tan ciego de no ver la tensión sexual entre nuestros hermanos? —¿Vas a venir mañana al club?

—¿Qué club? —Pregunto haciéndome la interesante.

—¿No se lo has dicho, Sally? —Le da un codazo a su hermana, obligándola a prestarnos atención. —Vamos a celebrar el cumpleaños de Sally en el Club Sixties.

—Ah, sí. Iba a decírtelo. —Comenta Sally siguiéndome el juego. —Creo que te lo comenté por encima. No sé qué clase de club es, pero estaría bien que vinieras y no me dejases sola con estos dos moscones. —Nick le mete una

pieza de sushi por sorpresa en la boca para hacerla callar y Sally casi se atraganta. Me río a carcajadas. ¡Vaya dos!

—Sí, allí solíamos tocar Nick y yo hace tiempo para ganarnos unos pavos.

—¿Tocar? ¿Nick y tú? —Sally parece sorprendida. Yo ya lo sabía. Los había visto a ambos desde la penumbra del público. David tiene una voz asombrosa y mi hermano toca la guitarra y canta muy bien también. Aunque yo siempre prestaba más atención a David.

—¡Sí! ¡No lo hacíamos nada mal! ¿Verdad, Nick?

—Yo mejor que tú. Las tenía a todas locas con mi guitarra y mi voz. —Ya echaba yo de menos la vena chulesca de mi hermano.

—¿Tú tocas la guitarra? —Pregunta Sally entusiasmada. Nick pone cara de interesante. —¿Tienes que enseñarme! ¡Siempre quise tocar la guitarra!

—¿Tengo? Eso será negociable. A ver, ¿qué puedes ofrecerme tú a cambio? —Le dice mi hermano a Sally.

Los miro discutir encantada de la vida. Hacía mucho que no veía a Nick tan alegre y juguetón. Sin embargo, la atenta mirada de David hacia mí me hace perder el hilo de lo que estoy escuchando.

Me pone nerviosa, pero tengo que seguir demostrando un poquito más de indiferencia, hasta estar segura que de verdad le atraigo y no son cosas mías.

Sally le dice algo en el oído a Nick y éste comienza a toser. Seguro que es una guarrada. Me muerdo el labio para no reírme.

—Dime que vendrás. —Insiste David.

—No tengo cómo ir. Ese club está a las afueras.

—Te recogeré donde tú me digas. —¡Guau!

—Kingston Street. Tú dices la hora.

—A las nueve. —Su sonrisa de medio lado me mata.

—Estaré lista. —Digo relamiéndome los dedos y dedicándole una mirada de soslayo.

18

Sally

Nick está juguetón durante la comida, pero yo sé que sobre todo su labor

se basa en dejar de lado a Andrew. Me siento mal por él, es un buen tipo y no se merece que lo deje de lado después de haber hecho un viaje tan largo solo para verme.

—¿Te gusta el sushi de aquí, Andrew? —Menuda pregunta de mierda, pero no sé qué otra cosa decirle. Está muy callado y me siento incómoda con Nick molestándome continuamente. Bueno, no me molesta en absoluto. Nuestro juego es estimulante, pero sobre todo cuando estamos a solas y no molestamos a los demás.

—Sí, está muy rico. —Nick intenta acapararme de nuevo intentando meterme otra pieza de sushi y veo la cara de dolor de Andrew.

—Ya, Nick. No tengo más hambre. Me he comido casi todo tu plato.

—Y todavía no te he dado el postre. —Susurra para que quede en privado su calenturienta broma, aunque creo que Andrew lo ha escuchado, porque tose. Yo fulmino a Nick con la mirada, que me sonrío como si estuviera orgulloso de sí mismo.

—¿Puedo hablar contigo un momento en privado, Sally? —Me pregunta Andrew cogiéndome por sorpresa. Me levanto instintivamente. Es lo mínimo que puedo hacer por él. Supongo que sé de lo que quiere hablar y debería dejarle este punto claro.

—¡No, no puede! —Dice Nick cogiéndome de la mano.

—Claro que puedo. —Me suelto como puedo de él, aunque sus dedos siguen pegados a mí hasta que la distancia inevitablemente nos separa cuando salgo a la calle para hablar con Andrew en privado. Una vez que estamos en la calle le dedico una sonrisa a la espera de qué quiere decirme.

—Creo que no debería haber venido. Es obvio que me has borrado de tu vida de un plumazo en apenas una semana. —Me sorprende su tono molesto. Andrew nunca ha sido muy luchador en lo que a mí se refiere.

—Has venido en calidad de amigo, que yo sepa.

—¡Sally, hace poco más de una semana estábamos listos para fugarnos juntos! ¡Y ahora vengo a por ti y tú me restriegas a tu nuevo ligue por la cara!

—¡Nick no es mi nuevo ligue! ¡Es el mejor amigo de mi hermano! ¡Vivo con él! Además, lo de fugarnos ha quedado claro que ninguno de los dos estaba realmente convencido, porque ni tú ni yo hemos hecho nada para evitar distanciarnos como lo hemos hecho. ¡No he sido solo yo!

—Sally, yo sólo quería darte tu tiempo para que te recuperaras del horror que habías vivido esa noche. —Me tiemblan las piernas al oír hablar de aquella noche. —Pero está claro que has olvidado todo ese horror abriéndote

de piernas para ese.

—¡Qué! —No salgo de mi asombro.

—¿Le has entregado a ese chulo tu virginidad?

—No lo puedo creer...

—¡Dímelo! ¡Dame una razón para que deje de hacer el imbécil!

—Dudo mucho que puedas dejar de ser lo que eres. —Digo herida. —Y no tengo que responderte a esa grosería. Mi cuerpo es mío y hago con él lo que quiera.

—Oye, perdona, yo... pensé...

—No tienes que pensar sobre qué hago en mi intimidad. Eso no es asunto tuyo. Entiendo que te asustara mi situación, pero lo mínimo que podías haber hecho si tanto te preocupabas por mí era llamarme para averiguar cómo estaba o al menos haberme dado un triste abrazo en el funeral de mi madre.

—He llamado a tu hermano muchas veces, Sally.

—Pero a mí no. He estado muy sola aquí y ahora al fin creo que comienzo a hacer de este sitio mi hogar. Creo que al fin puedo vivir con un poco de alegría y sin tanto sufrimiento a mi alrededor.

—Podrías venirte a vivir conmigo a L.A., como habíamos planeado...

—No voy a irme de aquí, Andrew. Estoy bien donde estoy. Es mi nuevo hogar.

—Entonces, creo que debería irme de aquí. —Andrew mira hacia dentro del restaurante. —Antes de que tu amiguito salga y me patee el culo. ¿Has visto cómo me mira ese tipo? —No me hace falta mirar a Nick para saber de lo que habla Andrew.

—Pues vete. —Como el cobarde que eres, pienso. Andrew suspira.

—Bien, adiós. Cuídate, Sally. —Se acerca y me da un beso en la mejilla y un abrazo. Me cuesta un poco, pero al final se lo devuelvo.

—Y tú. —Andrew da media vuelta y se va, creo que desapareciendo de mi vida para siempre.

Debería sentirme mal por ello. Andrew ha sido lo más parecido a un novio que he tenido. Pero no. Sólo consigo sentirme mal por no sentirme mal por su pérdida. Me doy la vuelta para entrar de nuevo al restaurante y me doy de bruces con un duro pecho. Grito una maldición.

—¿Te ha besado ese cretino? —Le pongo los ojos en blanco a Nick.

—¿En serio has salido para eso?

—No. He salido para partirle los dientes. Pero creo que se lo ha olido y se ha pirado, ¿no?

—Se ha ido, sí. —Digo cabizbaja. Nick me levanta la barbilla para mirarme.

—¿Estás triste? —Vaya pregunta.

—Pues claro. Le tengo cariño. Ha sido mi primer novio y...

—Grrr ¡Calla! —¿Pero qué le pasa a éste?

—¡Claire! —Le grito y vuelve a gruñir cuando entiende que no tiene ningún derecho a reprocharme nada.

—¡Chicos, David ha propuesto que vayamos al cine los... ¿se ha ido tu amiguito? —Alice sale dando brincos.

—¡No es su amiguito! ¡Es sólo un pringado! —Grita Nick. Yo le grito con los ojos. ¡Qué poco tacto tiene siempre! David sale después de pagar el almuerzo y pone un brazo sobre Alice y el otro sobre mí.

—¿Dónde está Andrew?

—Se ha ido. —Le informo.

—Am. ¡Vamos al cine los cuatro!

Alice, David y Nick han elegido una maldita película de miedo. ¡Odio las películas de miedo! Porque... dan miedo. Yo siempre soy demasiado empática con los libros que leo y las películas que veo.

En el cine, estos tres parecen más que divertidos y yo tengo el estómago descompuesto. Me tapo la cara constantemente con mi mano y acabo escondiendo la cabeza más de una vez en el pecho de Nick, porque mi hermano y Alice estás entretenidísimos charlando de cómo el asesino ha cortado por la mitad a la pobre rubia tetona, haciendo que sus vísceras se desparramasen por el suelo.

—Te estás perdiendo lo mejor, nena. —Me dice Nick. Lo miro y tiene una sonrisa en la cara mientras come palomitas como un loco y mira la pantalla.

—No sé cómo puedes comer viendo toda esa asquerosidad. —Me mira un levanta un par de veces las cejas, en actitud de superioridad.

—Soy un tipo duro. —Intento llamarlo gilipollas pero me mete un puñado de palomitas en la boca y casi me atraganto.

—¡Para de meterme cosas en la boca!

—Te metería otra cosa para callarte —susurra en mi oído. Menos mal que está oscuro y no puede ver que me he puesto roja como un tomate. —Pero he prometido portarme bien.

—Sí, todo un santo. —Me incorporo en mi asiento para guardar un poco las distancias con él, pero la imagen de un chico al que le cortan la cabeza y sale disparada por los aires me traspasa la retina. Grito con todas mis fuerzas

y me agarro al cuello de la camiseta de Nick con dureza.

—¡Joder qué susto!

—¿Por qué os gustan estas cosas si os asustan? —Le pregunto con ojos llorosos. Lo estoy pasando realmente mal.

—Eres tú la que me has asustado. —Me pasa el brazo por la espalda y me abraza con fuerza. —Tranquila nena, yo te protejo. —Al fin me río gracias a la desfachatez de este sinvergüenza.

La película al fin termina. La hora y media más larga de toda mi vida y le pido a Alice que se quede a dormir conmigo esta noche. No quiero dormir sola. No, no, no.

Alice accede y le pide a su hermano que llame a su madre para informarle que se quedará con él.

—No pienso llamar a mamá, Alice. —Dice Nick con rotundidad.

—Por favor, Nick, por favor. —Suplico. Nick me mira evaluando la respuesta.

—No me pidas eso, Sally. Yo dormiré contigo. —Mi hermano lo fulmina con la mirada.

—Dormiremos los tres en tu sofá-cama. Es muy grande. —Añade mi hermano.

—Listo. Todo arreglado. No habrá villano en el mundo que se atreva con David y conmigo. —Sonríe Nick.

—Puedes quedarte mañana en casa, Alice. Así tendrás tiempo de hablar con tu madre. —Añade David intentando mostrarse desinteresado. Yo creo que a mi hermano le ha gustado la chica.

Una hora y media después estamos los tres en mi cama. Yo en medio y estos dos impresentables a cada uno de mis lados. La respiración de mi hermano denota que se ha quedado profundamente dormido y Nick está tan quieto en su lado de la cama que creo que también.

De pronto, una de las manos de Nick me envuelve por la cintura, desde mi espalda y siento su aliento en mi pelo. Mi bajo vientre comienza a palpitar al notar su acercamiento y mi culo se pega a su entrepierna instintivamente. Aprieto los ojos y trato de dormir así con una sonrisa en la cara, aunque mi corazón palpita a cien por hora y mi cuerpo está más despierto y deseoso que nunca.

Mierda. Siento su nariz acariciar mi nuca. No hay duda que está despierto. Su mano comienza lentamente a ascender desde mi vientre a mi pecho, por

debajo de la camiseta. ¿Qué está haciendo este loco? ¡David está dormido justo al otro lado! Sin embargo, no lo detengo, sino que pego mi trasero más a él.

Los dedos de Nick se encuentran con mi pezón, que se endurece rápidamente ante sus agasajos. Me hierva la sangre.

—No tienes ni idea lo sexi que eres. —Se me escapa un gemido al oírle susurrarme de esa manera en el oído. —Shhh, por favor, no hagas ruido.

—Dijiste que no me tocarías... —susurro entre jadeos.

—Te prometí algo que es un imposible, nena. Lo siento. —Su mano masajea mi pecho y comienza a descender por mi vientre. Me tenso. —No le he tenido tantas ganas jamás a nadie en mi miserable vida. —Sus dedos se cuelan por debajo de mis shorts y de mis bragas. ¡Dios!

—Nick...

—¿Qué? ¿Quieres que pare? Tendrás que pedírmelo. Dime. —Introduce dos de sus dedos por la hendidura de mi sexo y vuelvo a gemir. —Shh —Tapa mi boca con la otra mano. —Mírate, estás mojadísima, más que excitada. Dime Sally, ¿quieres que pare? —¡No! Quiero gritarle que no pare jamás. Pero como no puedo hablar porque su mano aprisiona mi boca, en lugar de eso, con mi mano tanteo hasta dar con su enorme erección, que presiona sin piedad mi trasero apresada tras la fina tela de su bóxer. Meto la mano y la aprieto en mi puño. —¡Dios Sally! Tomaré eso por un no.

Mi mano comienza a masajearse, mientras él sigue con su dulce tortura introduciendo dos de sus dedos en mi hendidura y con el pulgar trazando círculos sobre mi clítoris. No puedo describir el fuego que siento en mi interior. Quiero gritar a los cuatro vientos, pero no puedo emitir sonido alguno. David nos mataría si nos encontrara así. Aunque, he de admitir que lo prohibido de la situación lo hace más excitante si cabe.

Nick muerde mi hombro intentando paliar sus gemidos también. Sus caderas se mueven en busca de más. Me encanta verlo así, por mí. Aunque yo no sea la persona con más experiencia de todas las que han compartido cama con Nick, ahora mismo me desea a mí. A mí y solo a mí. Y yo lo deseo con todo mi ser. Quiero que sea el primero y ahora mismo hasta desearía que no hubiera nunca nadie más porque dudo mucho que volviera a sentir algo tan intenso por alguien jamás. Nick es tan perfectamente malo para mí que me siento atraída a él como la polilla a la luz. Sé que me quemará, pero no puedo evitar su atracción.

—Nena, no puedo más. —Me gira la cabeza un poco para poder mirarme.

Mis ojos se clavan a los suyos. Yo tampoco puedo más. Mi cuerpo está empezando a emitir pequeñas descargas al centro de mi sexo. —Dime que estas cerca. —Me libera la boca de su mano para que le responda.

—Ah, Nick... siento... siento... —Me silencia con sus labios y estallo en un cataclismo de emociones indescriptibles, intentando hacer el menor ruido posible. Nick sosiega un gruñido en mis labios, enroscando nuestras lenguas con salvajismo y siento sus cálidos fluidos en mi mano. Me falta el aliento, pero quiero girarme y mirarlo. Verlo así, con su pecho moviéndose con brusquedad por su respiración convulsa, su pelo enmarañado y sus preciosos ojos brillantes mirándome y sonriéndome con picardía, simplemente me vuelve loca. Es el ángel negro más bello que he visto en mi vida. Me dedica una preciosa sonrisa y apoya su frente en la mía.

—Voy a ir a limpiarme, ya vengo. —Me besa en la frente y se marcha en dirección a su dormitorio. Miro en dirección a David, que sigue profundamente dormido y me muerdo los labios. ¡Estoy completamente loca! Nick vuelve enseguida, con unos calzoncillos y una camiseta nueva, y se vuelve a tumbar junto a mí.

—Esto ha sido una locura. —Le susurro, quiero ser seria, pero acabo sonriendo como una estúpida. Nick me sonríe y me da un bonito beso en los labios.

—Una bendita locura. Quiero más. —Me muerde el lóbulo de la oreja.

—¡Para! —Le atizo en el hombro y David gruñe. Me tapo la boca instintivamente.

—Shh, escandalosa. Ven aquí. Vamos a dormir, ya habrá segundo round en otra ocasión. —Tira de mí y me hace recostarme pegada a él.

Con mucho gusto me recuesto sobre su pecho y me quedo dormida en décimas de segundo, hipnotizada con el latir de su corazón, que va bajando poco a poco de intensidad hasta quedar en un relajante susurro. También me calma su olor corporal, y el calor que desprenden sus brazos rodeándome con fuerza. Ahora mismo soy muy feliz.

19

Sally

Cuando abro los ojos de nuevo parpadeo para acostumbrarme a la claridad. Ya es de día. Un precioso día soleado para celebrar mi primera experiencia que puede considerarse sexual y... bueno y mi cumpleaños.

Me giro y miro a Nick dormir. Sonrío y el pecho se me llena de un sentimiento extraño y a la vez reconfortante. Al otro lado de la cama está David dormido también y abrazado a la almohada. Parece un niño pequeño. Recuerdo que de niño siempre dormía igual y yo siempre me burlaba de él cuando iba a despertarlo los domingos para salir al jardín de casa a jugar. Tengo mucho que agradecerle a este sinvergüenza de mi hermano. Gracias a él, tengo guardados en la memoria preciosos recuerdos de mi infancia.

Me levanto con sigilo y me dirijo a la ducha. Bajo el agua, rememoro la locura que cometí anoche y de la que sin duda no consigo arrepentirme. Jamás había sentido nada igual. Los expertos dedos de Nick, sus besos y toda esa sensualidad que rebosa me hicieron experimentar sensaciones que nunca había experimentado. No puedo decir que no lo haya intentado alguna vez yo solita en mi habitación con mis propios dedos, pero no he conseguido que fuese ni la mitad de placentero que lo fue con él.

Ni siquiera cuando pienso que todavía está con la tal Claire puedo arrepentirme un poquito. No debería meterme en el medio de una relación, ni me gusta el hecho de estar deseando tanto que dicha relación se acabe. Nick y yo sólo buscamos sexo el uno del otro. Yo me llevo concienciando de ello desde que lo conocí prácticamente, o al menos desde que dejé de odiarlo a todas horas. Y sé que él tampoco quiere otra cosa. Nick no es de esa clase de chicos que se compromete con una sola mujer, todo el mundo me lo ha advertido y yo soy la prueba viviente de su pecado.

Le ha puesto los cuernos conmigo... no puedo evitar pensar en eso. Y, lejos de atormentarme, me hace sentir victoriosa frente a una mujer que ni siquiera conozco y que, aun así, siento como mi enemiga.

Pero no voy a llegar más lejos que un simple toqueteo mientras siga con

ella. Esa será mi as en la manga y tengo que mantenerme firme en ello. No me gusta sentirme el segundo plato de nadie, ni un simple experimento con una chica inexperta. Esta será mi primera experiencia sexual plena y quiero vivirla como se merece.

Salgo de la ducha y me visto con unos vaqueros normalitos y una de mis nuevas camisetas más ceñidas, pero nada fuera de lo común, ya reservaré mi mejor ropa para la celebración de esta noche.

Sin embargo, sí que me maquillo y me peino mi larga melena en suaves ondas para lucirla de nuevo suelta. Porque, aunque no quiero ir explosiva, sí que me apetece ir desarrollando poco a poco un aspecto más femenino.

Cuando llego al salón, estos dos siguen dormidos. Pongo la cafetera y rebusco en los cajones algún dulce o algo así para comer, cuando, de pronto, la alarma de mi móvil comienza a sonar.

—¡Mierda el despertador! ¡Se me olvidó apagarlo antes! —Hoy me he despertado antes de que sonara.

El estridente zumbido proviene de la que suele ser mi cama y está ocupada por esos dos ahora mismo. Me acerco rápidamente para apagarla. Rebusco y rebusco encuentro finalmente mi móvil en el suelo.

—¡Joder, apaga eso! —Gruñe mi hermano.

—Ya, ya. —Cojo el teléfono y apago con rapidez la alarma, para no despertar a Nick, que sigue completamente dormido.

—Sí, nena, chúpamela. —Susurra Nick en sueños y yo me pongo blanca como la pared.

¿Habla en sueños? ¡Como diga mi nombre estoy perdida! David parece que no se ha percatado y que se ha vuelto a quedar dormido instantáneamente. Yo me quedo un rato mirando a Nick preocupada.

¿Estará soñando conmigo o con Claire?

Termino mi desayuno y preparo mis libros para las clases de hoy y ya no lo escucho más hablar en sueños. Después salgo del apartamento con mi nuevo patinete eléctrico listo para ser estrenado.

Las clases hoy discurren con más rapidez y alegría, seguramente porque es viernes. Alice está muy contenta. Ha convencido a su madre para que le deje pasar la noche conmigo, en el apartamento de Nick, aunque por lo visto le ha omitido este último dato a su madre. Sólo le ha dicho que se quedará en casa de su mejor amiga, Sally, porque vamos a celebrar mi cumpleaños.

Me siento más que alagada de que me llame así en los pocos días que llevamos conociéndonos. Pero es cierto que Alice y yo hemos conectado como

nunca había conectado antes con alguien. Me da muy buenas vibraciones y existe una química especial entre las dos. Puede que por todo lo que compartimos y todo lo que inevitablemente nos une. Pero, he de decir que me preocupa que Nick sienta tal antipatía por su madre. Siento más que curiosidad por saber cuál es exactamente su problema con su progenitora. Yo sé de problemas familiares, pero, si mis padres siguieran vivos, no podría jamás llegar a negarles algo tan sagrado como la palabra. Ni siquiera, aunque hubiera huido por una temporada o si me hubiera alejado del foco de la discordia. Pero eran mis padres y, con el tiempo estoy aprendiendo que no eran perfectos, como nadie lo es.

Alice y yo hablamos con Trish, Tom y Jacob para salir otro día juntos. No damos detalles de nuestros motivos personales, simplemente que nos ha surgido un compromiso familiar.

Cuando la campana de la última clase del día suena, salimos pletóricos del instituto y Alice y yo quedamos en ponernos explosivos para la cita de esta noche, a la que espero que también se unan Taylor y Kristen, porque apenas los he podido ver desde que llegaron.

Lo primero que hago al salir de clase es llamar a Kristen para preguntarle si están mejor. Me sorprende mucho que me diga que están divinamente. No sería nada grave...

Pero, al alzar la vista, me encuentro con que tengo a Andrew frente a mí mirándome con expresión más que seria. Antes de colgar le pregunto a Kristen si vendrán esta noche al club al que mi hermano y Nick nos han invitado porque tienen contactos para que no nos pongan obstáculos en la entrada. Me alegra saber que vendrán y, cuando ya lo he confirmado, me despido de ella y le digo que le haré saber cómo y cuándo los recogeré para ir al club.

—Hola. —Digo con un tono neutro a Andrew, que sigue mirándome impasible.

—Hola Sally. Me gustaría hablar contigo.

—Claro, dime. —Me ofrezco. No quiero acabar mal con él. A pesar de que ayer fue un cretino, no puedo olvidar que Andrew ha sido mi vía de escape de la porquería de realidad que tenía en San Andrés durante meses.

—Me gustaría invitarte a comer. Esta vez tú y yo solos. —Lo sopeso unos segundos. ¿Por qué no?

—Está bien. Déjame llamar a mi hermano para decirle que llegaré un poco más tarde a casa. —Asiente y marco el número de David. Responde en seguida. —Dave, hola, no voy a ir a casa a comer. Andrew quiere hablar

conmigo y me va a invitar.

—Ah, bueno, pero no tardes mucho. Sé cómo sois las tías para arreglaros y eso y no podemos llegar tarde al club hoy o será más complicado entrar sin esperar las colas.

—No tardaré. Un beso.

Andrew me lleva en silencio en su coche hasta un restaurante italiano que supongo que previamente habrá buscado en internet. Es un sitio muy selecto a simple vista y me siento como pez fuera del agua con mis vaqueros ajustados y mi camiseta de flores también ajustada.

Nos sentamos en una mesa, uno frente al otro y lo veo removerse en su asiento. Está nervioso.

—¿Qué pasa, Andrew? —Ya no aguanto más el silencio tan incómodo. Él me mira intensamente.

—No es justo que no me des una oportunidad, Sally. He soportado las amenazas de tu hermano, las humillaciones de todo San Andrés por apostar por ti, dado tu historial familiar, he venido hasta aquí, por ti, y no me has dado una mísera oportunidad de hablar de lo nuestro. —Me quedo patidifusa. No sé qué decir y agradezco un mundo que el camarero venga a preguntarnos qué vamos a pedir para tener más tiempo para decidirlo. Mi móvil vibra en mis pantalones, pero decido no hacerle caso. Ya tengo bastante en lo que estar concentrada. Cuando el camarero se va, Andrew prosigue. —Sally, escucha, te conozco y sé que ese tipo amigo de tu hermano no es tu tipo. Te dará sólo problemas y...

—Para. —Pongo la mano en alto para acentuarlo. —Ya te dije que no tengo nada con Nick y no sé por qué insistes en ello. No tengo ninguna intención de complicarme la vida con alguien como él. Créeme.

—He visto cómo te miraba y... cómo me miraba a mí. —Andrew dice, presionando con fuerza su mandíbula. —Ese tío es un peligro, Sally. Puede verse con claridad. Y me preocupa que te haga daño. Pero te creo. Sé que eres lo suficientemente lista para no inmiscuirte con alguien así. Lo que no entiendo es que no veas que tu hermano es igual. —Ahora sí que me tenso y echo hacia atrás la espalda en mi asiento, tratando de poner la mayor distancia posible entre los dos. —Tu hermano tiene una reputación bastante jodida en San Andrés. Nadie puede decirme nada bueno de él. ¡Lo peor es que tú lo sabes! Siempre has sabido que era conflictivo y bastante peligroso...

—¡Eso no significa nada! ¡Lo que diga la gente no me interesa en absoluto!
—Defiendo a mi hermano.

—¿Sabes acaso a qué se dedica? —No sé contestar a esa pregunta tan inesperada. Abro los ojos de par en par, esperando que Andrew me aclare algo de ese punto. La verdad es que sé que es algo de lo que David no puede hablar y siempre tuve mala espina por ello.

—¿Lo sabes tú?

—No. Pero tengo mis teorías. Ninguna buena. He visto el coche que lleva, su ropa... ¿qué haces viviendo con alguien así, Sally? Tú no eres como él. No perteneces a su mundo.

—¿Y qué querías que hiciera? ¡Sabes lo que pasó con mis padres! ¡Mi madre no tenía familia y con la hermana de mi padre no tengo relación!

—Tendrías que haberte venido conmigo. Yo te cuidaría, te protegería...

—Andrew...

—¡Sally, escúchame! Estoy enamorado de ti. —Mi respiración se corta. —Haría lo que me pidieras. Dejaría mi vida en San Andrés atrás por ti. ¡Todo!
—Andrew me coge de la mano y agradezco que el camarero vuelva para poner los platos con la comida e interrumpir su arrebató romántico. Cuando volvemos a estar solo lo miro de nuevo.

—Andrew yo... no puedo darte lo que quieres. Lo siento.

—¿No puedes o no quieres? ¿En serio quieres quedarte aquí, atrapada en otro hogar desestructurado? —Trago saliva ante sus duras palabras y me miro las manos. Mi móvil vibra sin parar en el bolsillo de mi pantalón y sigo ignorándolo.

—Supongo que ahora mismo no estoy preparada para perderlo también a él.

—Tu hermano tiene su vida, y no se parece nada a la tuya, Sally. —Dice, pero yo no estaba pensando sólo en él.

—Tengo amigos, un instituto nuevo. Voy a graduarme e ir a la universidad. David puede pagármelo. Me lo ha prometido. Tengo una oportunidad. Y vivir con él no es tan malo. No hay gritos, ni peleas, todo es tranquilo. Llevo años añorando precisamente esto. No quiero ser cruel, Andrew, pero quiero quedarme e intentarlo. —Andrew agacha la cabeza y suspira.

—Supongo que tienes derecho a hacerlo. Aunque me destroces el corazón. —Siento una pena enorme al oírle decir algo así.

—No quiero hacer eso. —Ahora soy yo quien le coge de la mano. —No quiero que te sientas mal por mí. Yo estoy bien. Al fin lo estoy.

—Las decisiones importantes de la vida son así, Sally. Alguien siempre tiene que perder. Me toca a mí volver con la cabeza agachada. Pero alguien

tenía que decirte todo lo que te he dicho, para que tomes tus decisiones, consciente de todo a lo que te enfrentarás quedándote. —Comienzo a comer de mi plato de pasta para llenarme la boca con algo, ya que no tengo palabras con las que hacerlo. Andrew al fin come siguiendo mi ejemplo y la conversación parece zanjada durante unos largos minutos.

Al salir del restaurante, nos dirigimos a su coche para que yo pueda coger mi patinete eléctrico e irme a casa. Antes de marcharme le doy un fuerte abrazo. Tengo que admitir que su preocupación por mí, aunque creo que es exagerada, me alaga y me reconforta. Le prometo estar en contacto con él y contarle de mi vida, porque él ha decidido volver ya a San Andrés y no esperar a Taylor y Kristen para ello. Lo comprendo y lo respeto. Y supongo que es lo mejor.

Cuando llego al apartamento de Nick, en el ascensor, chequeo mi móvil y me encuentro con siete llamadas perdidas de Nick. ¿Qué demonios?

Llamo a la puerta y me abre mi hermano. Parece normal y relajado, no me da ninguna muestra de tener que preocuparme por nada.

—¿Dónde está Nick? —Pregunto al entrar en casa y soltar mis bártulos en el salón.

—Lleva todo el día pintando en su estudio. Tiene mucho trabajo, al parecer. —David coge una lata de cerveza del frigorífico y se sienta en mi cama, creo que con ganas de hablar. —Nick te va a llevar al club. Recogeréis a tus amigos de casa de Steve y nos veremos allí. Yo recogeré a Alice. —Sonrío. —¿Qué?

—¿Te gusta la hermana de Nick? —David pone cara de horror.

—Jamás me liaría con la hermanita de mi mejor amigo, Sally, no digas tonterías. —Vaya... si él supiera...

—No te he dicho que te líes. Sólo te he preguntado si te gusta.

—Está buena, supongo. —Dice con tono despreocupado, encogiéndose de hombros, abriendo la lata de cerveza y dando un largo trago. Lo miro curiosa.

—¿Y por qué no te liarías con ella entonces?

—Fácil. No quiero matarme con Nick.

—¿Tanto os molesta que toquen a vuestras hermanas? Ya somos mayorcitas, ¿sabes?

—Ni Nick ni yo somos buenos para jovencitas como vosotras. —Mi corazón se acelera y quiero saber más.

—¿Por qué? —Me siento junto a él y le miro con insistencia.

—Porque nosotros no buscamos amor, sino otras cosas, por eso, Sally. —

Parpadeo.

—¿Por qué?

—Porque no queremos de eso. Nunca ha sido algo positivo para ninguno de los dos y estamos bien como estamos. El amor es para débiles. Nick y yo hemos sobrevivido a hecatombes familiares y nos ha costado mucho seguir en pie. Y punto. No quiero seguir hablando de eso, pequeña. —David se bebe su lata de cerveza en el segundo trago y yo me quedo meditando la información que me ha dado. —Voy a ducharme y a vestirme. Tengo que pasar por un sitio antes de recoger a Alice. —Me besa la frente y desaparece de mi vista. Sin pensarlo mucho, voy hasta el estudio de Nick y trato de abrir la puerta, pero está cerrada con pestillo.

—¿Nick? ¿Estás ahí? —Sé que sí, la canción de “Fire meet gasoline” de Sia suena con fuerza desde el interior. Pero no contesta. Llamo con fuerza de nuevo. —¿Nick, abre! ¡Soy yo, Sally! —Sigo golpeando insistentemente cuando la puerta de repente se abre y me encuentro con la mirada iracunda de Nick. Me deja de piedra.

—¿Qué!

—Eh... ¿me has llamado? Tengo varias llamadas perdidas tuyas. —Nick mira a mis espaldas para ver si David está a mi alrededor. —David se está duchando. Sólo quería...

—¿Entra! —tira de mi brazo, me introduce en su estudio y vuelve a cerrar con pestillo cuando ambos estamos dentro. Lo miro asustada. No entiendo su actitud. Pero he de reconocer que me encanta verlo así, con sus vaqueros llenos de pintura, su torso desnudo también, aunque lo único que no me gusta es la mirada que me está dedicando.

—¿Qué te pasa? —Titubeo.

—Nada. —Dice tajante. Pero no se lo cree ni él.

—No te creo.

—No me importa que lo hagas o no.

—¿Para qué me has llamado siete veces? —Ladeo la cabeza tratando de parecer amable. Por si ayuda a que se calme. Me mira de arriba abajo y sigue igual. Lleno de furia.

—Para nada importante.

—Dímelo. —Pido poniéndole ojitos. Suspira.

—Sólo quería pedirte perdón por lo de anoche. No volverá a pasar. —Dice sin mirarme y se gira en dirección al cuadro que estaba pintando.

Estoy en shock. Eso era lo último que deseaba escuchar, porque para mí

fue una experiencia maravillosa. Mi primer orgasmo. Mi momento más íntimo vivido con un chico hasta la fecha. Lo observo sin poder moverme y Nick comienza a pintar de nuevo, ignorando mi presencia.

—Nick...

- Deberías estar lista para las ocho. A esa hora nos iremos a recoger a tus amigos y a tu dichosa fiesta de cumpleaños. —Me informa todavía sin mirarme. No entiendo su cambio tan brusco. Ni sé qué he hecho para provocarlo. Quisiera preguntarle, pero me siento herida y no quiero estarlo todavía más, si su respuesta no me gusta.

—De acuerdo. —Digo al fin y me vuelvo para abrir la puerta.

—He invitado también a una amiga. Espero que no te moleste. —Eso hace que me vuelva a mirarlo. ¿Una amiga?

—¿Qué clase de amiga? —Pregunto sin pensar. Pero quiero conocer la respuesta. Espero que no sea tan cruel de restregarme uno de sus ligues por la cara después de haber compartido juntos un momento tan íntimo como el de anoche.

—A las ocho salimos. —Dice, sin responder. Aunque mucho me temo que su respuesta lo dice todo.

—Nick. Mírame. —Al fin lo hace y no sé si su mirada empeora todo mucho más. —¿Estás... enfadado por algo?

—Sí, pero no es nada que tenga que ver contigo. Ahora déjame trabajar.

Salgo de inmediato, porque no quiero que me vea llorar. Lo hago a escondidas sobre mi sofá-cama. En momentos como este desearía tener un lugar más privado, como una habitación o algo así.

Me siento... me siento... realmente triste. Rota. No entiendo nada.

20

Nick

Maldigo todo lo maldecible cuando salgo de mi habitación, ya arreglado para esta noche, y me encuentro en el salón a una maldita diosa en un vestido negro corto con escote de corazón, realzando su increíble pecho y con unos tacones de vértigo que ensalzan sus preciosas piernas. Se ha maquillado y peinado con su melena recogida en una cola alta. Está simplemente preciosa. Jamás he visto algo más bonito en la vida. Ni más venenoso tampoco.

—Vámonos. —Le digo intentando apartar la mirada de ella y dirigiéndome a la puerta.

Cojo las llaves del apartamento y de mi coche y salgo de casa sin mirar atrás. Siento su mirada en mi espalda y me quema.

En el ascensor creo que me mira de arriba abajo. No me ha visto nunca tan arreglado, creo. Pero no dice nada.

Subimos a mi coche y le pido que llame a sus amigos para que nos esperen en la calle. Ella lo hace sin discutir. Cuando recogemos a sus amigos al fin el incómodo silencio que reinaba en mi coche desaparece. El tal Taylor y la tal Kristen la adulan sin parar diciéndole que está increíble. ¡Sí, está buena, y qué!

Después pasamos por casa de Rachel, que ya está esperándome junto a la puerta de su casa. Rachel lleva un vestido demasiado ceñido para tan minúsculo cuerpo, pero tampoco es que vaya a fijarme mucho en ella con esta jodida de Sally así vestida hoy. Le pido a Sally que ceda el asiento del copiloto a Rachel y lo hace tras dedicarme una mirada de rencor.

—¡Qué guapo! —Me dice Rachel al subirse y me planta un beso en la mejilla.

—Gracias, tú estás increíble. —Digo exagerando adrede.

—¡Qué bien que hayas pensado en mí! —Añade Rachel y yo le dedico una sonrisa. Por el espejo retrovisor siento la mirada enfadada de Sally, pero no presto atención.

—¡Claro que pienso en ti, nena! —Le guiño a Rachel.

Gracias a que hemos llegado pronto, encuentro aparcamiento fácil y me dispongo a entrar con Rachel, Hannah Montana y sus amigos por la entrada VIP del Club Sixties; un lugar que siempre me ha reportado grandes beneficios y uno de mis clubes favoritos.

Peter, el portero, nos pone unas pulseras para que podamos acceder a la zona VIP y yo lidero el camino para que lleguemos hasta ella.

En cuanto llegamos, yo me voy directo a la barra a pedir algo fuerte para beber. Hoy no tengo ganas de tonterías, la verdad. No tengo un buen día.

Miro de reojo y veo que Sally se ha establecido en la pista de baile con su amiga y el chico se acerca a la barra a pedir también. Me relajo un poco cuando la veo ahí, cerca y sabiendo que estará bien acompañada. Su amigo me sonrío cuando se acerca a la barra y yo hago una mueca parecida con él.

—Te invito yo a ésta. —Dice de repente Rachel pagándole mi copa al camarero y tomando asiento en un taburete junto a mí. Yo le sonrío.

—Gracias.

—¿Estás bien? Te noto tenso, Nick.

—Sólo estoy estresado con el trabajo. Tengo que terminar ocho cuadros en esta semana. —Me masajeo la frente pensando en el verdadero motivo de mi martirio, que nada tiene que ver con la pintura. La pintura es lo único que me ha hecho hoy no perder la cordura cuando he descubierto lo que he descubierto.

—Yo te puedo ayudar con tanto estrés. —Dice Rachel colocándose a mi espalda y masajeándomela por encima de la camisa negra que llevo. Intento aparentar que sirve de algo el consuelo de sus manos, pero no. No sirve una mierda.

—Gracias.

—¿Cómo ha acabado Nick Donovan como niñero de la hermanita de su amigo? —Gruño y me giro en mi banqueta, para mirar a Rachel de frente y, de camino, también a Sally. Sally me mira a veces de reojo con una cara de enfado de lo más placentera.

—Ha sido su cumpleaños, lo ha pasado mal y David y yo queríamos darle una sorpresa. —Digo sin ápice de entusiasmo en mis palabras. Rachel me coge por sorpresa y se abraza a mi cuello, forzándome a abrir las piernas para que encuentre su sitio entre ellas.

—Creí que no podías ser más sexi de lo que eras ya. Ahora, además, veo que eres un encanto. —Rachel intenta besarme y yo le respondo besando su mejilla.

—Compórtate al menos hasta que llegue su hermano. Ahora mismo tengo que tenerla vigilada. —Digo en su oído. Porque sí, prefiero esperar a David para hacer mi siguiente jugada, pues sé que David tendrá a su hermanita del todo vigilada.

—Lo intentaré. Pero es que te tengo demasiadas ganas. Llevo semanas sin verte. —Sonríó un poco.

—Cuéntame. ¿Qué has estado haciendo estas semanas? ¿Has vuelto con el capullo de tu novio otra vez?

—Algo así, aunque hoy lo he plantado por estar contigo. Supongo que me dejará de nuevo. —Sacudo la cabeza con una sonrisa.

—Eres mala con ese tipo...

—¿Yo? No. A veces pienso que sólo está conmigo por mi dinero. Que no me desea en absoluto. A veces, en el sexo, es un completo aburrimiento, Nick. Nada que ver contigo. Entre tú y yo sí que existe pasión de verdad, y nada de interés de otro tipo.

—Así es. —Le digo seriamente.

—¡Vaya! La niñita ha encontrado acompañante ya. Y parece entretenida. —Dice Rachel de repente y miro rápidamente en dirección a Sally. La encuentro con un tipo que le habla al oído y la coge de la cintura. ¿Qué cojones? —¿Por qué no aprovechamos y nos lo montamos en el baño? —Rachel me besuquea el cuello y yo no puedo ni siquiera pararla. Estoy completamente helado viendo como Sally le sonrío a ese tipo, que no conoce de nada y se pone a bailar con él. ¡Con un desconocido! ¡En mis narices!

—¡Por supuesto! —Digo más que motivado y cojo a Rachel de la mano para tirar de ella hacia el cuarto de baño.

Ella me sigue entre risitas. La meto en el baño de chicas y cierro con pestillo. De forma irracional, me tiro sobre ella y tiro de su vestido hacia arriba, hasta enrollarlo en su cintura. Rachel gime y busca con sus labios los míos.

Su beso es ansioso y en parte desagradable. Mierda. Concéntrate, Nick. Cierro los ojos y me concentro en mi tarea de follarme a Rachel, pero la imagen de Sally haciendo lo mismo en algún rincón oscuro del club con ese desconocido inunda mis sentidos. Me hierva la sangre y me laten las sienas. No consigo empalmarme por nada del mundo y al final me separo de Rachel exasperado.

—¿Qué pasa, Nick?

—¡Mierda! ¡Joder! —Le doy un puñetazo a la puerta del baño. Ella me

mira intentando comprender. —Nada, tenemos que salir. —Abro la puerta del baño y salgo como alma que lleva el diablo en busca de Sally. Al principio no la veo y creo que voy a cometer una locura si no lo hago pronto. Sí que veo a su amiga, la tal Kristen. —¡Dónde cojones está! —Le grito. La chica abre los ojos asustada y señala la pista de baile. Miro en la dirección que me indica y veo a Sally enredada en el cuello del desconocido que susurra supongo que guarradas en su oído mientras ella ríe y baila sensualmente con él. Dos segundos después estoy frente a ella, con cara de asesino a sueldo.

—¡Qué! —Me provoca.

—¡Fuera! ¡Ya! —Le grito al tipo. Intenta replicarme, pero lo freno. —¡O te vas o te abro la cabeza ahora mismo, gilipollas! —El tipo mira a Sally y se va rápidamente, sabiendo que es lo mejor para su salud. Sally me fulmina con la mirada.

—¡Qué te has creído que...

—¡NI SE TE OCURRA TOCARMEL OS COJONES! —Barrunto. —¡No vas a follarte a ese mongolo! —Señalo en la dirección por la que el tipo ha desaparecido.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué no? —Pone los brazos en jarra.

—¡Porque no! ¿A qué mierda te crees que juegas?

—¿Y tú? ¡Has ido a follarte a esa tabla de planchar al baño, no me digas que no! —Me acusa.

—¡No me la he follado!

—¡Pero lo has intentado! ¡¿A que sí?! —

—No te importa. —Gruño y Sally me dedica una risa sarcástica.

—¿Se puede saber qué te pasa en la mente? ¡Estás flipado! —Mi corazón se dispara y tengo ganas de matar a alguien.

—¿Te has follado a Andrew hoy? —Pregunto de repente. Sally abre los ojos.

—¿Cómo?

—Respóndeme.

—No te importa. —Responde desafiante con la misma respuesta que yo le acabo de dar segundos antes.

—¡Te lo advierto, Sally! —Le apunto con el dedo.

—¿Qué me adviertes, a ver? —Levanta la barbilla, en actitud retadora. Siento una enorme tentación de llevármela a ella al baño y darle su merecido.

—¡Me dijiste que yo sería tu primero! ¡Dime si te lo has follado! ¡Porque si es así, cambiarán las reglas del juego entre tú y yo!

—¡Mira, dejemos algo claro, tú no tienes derecho ninguno a venir a decirme con quién puedo o no hacer lo que quiera hacer! ¡Entre otras cosas porque tú estás con la tal Claire y le pones los cuernos con la tabla de planchar! ¡En mi cara!

—¡NO TENGO NADA SERIO CON CLAIRE, JODER! ¡Y no he hecho nada con Rachel!

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Men... —la silencio besando sus labios con furia y empujándola para llevarla hacia un rincón oscuro en el otro extremo de la pista de baile.

Para mi sorpresa, Sally no sólo secunda mi beso, sino que me agarra con fuerza del pelo y me devora con sus maravillosos labios. Siento como la ira va disminuyendo rápidamente siendo sustituida por el más grande de los deseos. Sí, deseo a esta niñata, como no he deseado nunca a nadie. Porque nadie me ha sacado de quicio como ella. En todos los sentidos.

—No me has respondido. —Digo besuqueando su cuello y empalmándome en el acto al escuchar sus gemidos.

—No, no me lo he follado. —Susurra entre gemidos y de mis labios sale un quejido de alivio infinito. Le meto mano por debajo del vestido, hasta llegar a sus bragas.

—Estás ardiendo. Quiero hacerte mía. Ya.

—¡Nick! ¡Qué demonios estás haciendo! —La voz irritante de Rachel suena a mis espaldas y Sally se separa un poco de mí. Joder. ¿Qué hago con ésta ahora? Me vuelvo y la encaro, con cara de cansado. —¿Me has traído aquí para liarte con una niñata en mi cara? —Pregunta enfadada. Oigo a Sally gruñir. A ver cómo toreo a estas dos...

—No la insultes. Sally no es una niñata.

—¡Eso! —Me secunda la pequeña leona. —¡Y éste es mi cumpleaños! ¡Si alguien tendría que haberte invitado esa soy yo! ¡Y creo que no lo he hecho! —Rachel abre los ojos, mira a Sally y después me mira a mí, esperando que interceda por ella. Pero no lo hago. Me posiciono junto a Sally.

—¡Eres un capullo! —Me grita Rachel. ¡Otra no!

—Mira. No te consiento ni a ti ni a nadie que me insulte, ¿me has entendido? —Rachel traga saliva. —No vas a decirme qué tengo que hacer. Vuelve con tu novio y cuéntale cómo te las gastas a su espalda. A ver quién de los dos hace el capullo, Rachel, ¿tú o yo?

—Yo... yo no... ¡adiós! —Se da media vuelta y desaparece entre la muchedumbre que ya hay en el club.

—¿Tiene novio? ¡No me lo puedo creer! —Sally piensa en voz alta. Me giro para volver a encararla. —No se te ocurra volver a acercarte a mí, ¿me oyes? —Brama, aunque creo que lo dice sin convicción. Yo, como no sé obedecer, hago lo contrario a lo que me pide y doy un paso más para acercarme de nuevo a ella. —Nick... no...

—¿De veras quieres que me aleje de ti? —Acaricio su rostro. Su respiración se acelera. Lo siento.

—Te has traído a esa. Tú...

—Tú me has provocado para que lo hiciera. —Digo con seriedad.

—¿¿¿Yo???

—Sí, tú. Haciéndome creer hoy que estarías haciendo cualquier cosa con ese triste de Andrew. —Abre la boca para protestar, pero la callo con mis dedos. —Vale, quiero creerte. Quiero pensar que no te ha tocado, ni te ha besado, ni te ha acariciado, ni te ha mirado como yo lo hago... pero, cada vez que cierro los ojos, os visualizo juntos y siento unas inmensas ganas de matar a alguien.

—Nick, tú y yo no estamos juntos. —Su voz suena ahora más suave, más confusa. —Tú estás...

—¡Sally, cuántas veces voy a decirte que no tengo nada serio con Claire!

—Te acuestas con ella, ¿no?

—Sí. —Su mirada de dolor me traspasa. Yo también sentiría lo mismo, o peor, si ella tuviese a alguien más. —Pero no estoy con ella.

—Es lo mismo que si estuvieras con ella. Seguramente, ella está en su casa pensando que tú no estás intentando acostarte con otra. Seguramente ella no sería capaz de hacer lo que tú haces.

—Sally, Claire está casada. —Digo y no sé si he hecho bien en revelar esa información. El rostro de Sally se desencaja y se queda perpleja mirándome, esperando a que le aclare por qué me acuesto con una mujer casada. —Yo no lo sabía cuándo nuestro tonto empezó. —Me defiendo.

—¿Cómo puedes...

—Yo no estoy casado. Esa no es mi responsabilidad.

—Entonces, por eso no tienes nada serio con ella, porque está casada. Pero tú sí que quieres.

—No, yo...

—¡Eh! ¡Al fin os encontramos! —David y Alice aparecen de la nada y se unen a Sally y a mí en ese dichoso momento. Sally actúa como si estuviese pasándolo estupendamente en su celebración, pero sé que ha tomado una

posición aún más distante conmigo. Mierda...

21

David

Casi no creo lo que veo cuando aparco el coche en la dirección que Alice me dijo ayer que la recogiera. No es su casa, lo sé. Porque Nick siempre me ha descrito esa mansión haciendo hincapié en lo espectacular que es y ninguna de las casas a mi alrededor lo son. Pero la chica que se acerca hacia mí vestida de rojo sí que lo es. Es la preciosidad más grande que he visto en esta tierra. Casi me quedo sin aliento el día que al fin la conocí, pero hoy, hoy hasta me queman los pulmones al respirar.

Se acerca con sus andares coquetos y se agacha para saludarme a través de la ventanilla de mi coche. Tengo que hacer un gran esfuerzo por recordar que es la hermana menor de Nick, que es como mi hermano, y no clavar mi mirada en sus tetas. ¡Joder, qué escote!

—Ya pensé que te habrías olvidado de mí y no vendrías. —Me dice con una sonrisa impertinente que me encanta.

—Lo siento. He tenido algunos problemas para llegar a la hora. —Y es cierto.

Me he encontrado a Rebecca junto a mi coche cuando fui a cogerlo para recoger a Alice y hemos tenido una escenita bastante jodida en mitad de la calle. Ella ha montado un numerito de cojones, con llantera y todo. Suplicándome que me fuera a Washington a vivir con ella, que no la dejara. He tenido que ponerle las cosas claras al final y decirle que no me buscara más, que no tengo claro que quiera seguir con ella y que necesito espacio. Bueno, no sé si eso es dejarlo claro, debería bastarle para que supiera que no me interesa más. Pero la gente siempre ve sólo lo que quiere ver.

—Tendrás que invitarme a una copa para paliarlo. —Se hace la digna y se incorpora para pasar por delante de mi coche hasta llegar al asiento del copiloto.

Le sonrío con picardía cuando entra. Tiene unos ojos increíbles, de un color indescifrable. Se parece tanto al jodido de su hermano... y algo en mi interior suplica al cielo que ella no esté igual de jodida que Nick, porque un

ángel así no debería estarlo.

—Te invitaré a todas las que quieras. Si me das un beso. - Pongo mi mejilla y ella suelta una risita muy simpática. Se acerca para besarme y me giro rápidamente para besarle en los labios.

—¡David! —Me pega en el hombro sin una pizca de enfado. Se está haciendo la escandalizada.

—¡Vamos, es un truco muy viejo! ¡No puedes ser tan inocente!

—Al menos espérate a invitarme a esa copa, ¿no?

—Vale, vale. —Sonrío victorioso.

Creo que un poquito de manoseo con la hermana de mi amigo tampoco será tan grave, ¿no? No es que vaya a follármela ni nada. Pero está muy buena y me atrae muchísimo. No la conozco de nada, pero el parecerse tanto a Nick hace que me sienta con ella como si la conociera de toda la vida.

Cuando llegamos al Club Sixties tenemos que dar unos cuantos rodeos para encontrar aparcamiento. Eso por llegar tan tarde...

—Vamos, entraremos por la zona VIP. —Le digo cogiéndola de la mano y entrelazando mis dedos con los suyos.

Ella me sigue contenta. Saludo a Peter, mi amigo el portero, y nos introducimos en la penumbra del club. Los destellos de los focos nos ciegan por momentos y el volumen de la música comienza a golpearnos el pecho.

—Este sitio es increíble. —Grita para que pueda oírla.

—Lo es. ¿Me concederás un baile? —Le pido llevándomela hacia la barra y pido una copa para cada uno.

—Para eso tendrás que invitarme a otra más. —Se hace la interesante.

—Si te emborracho tu hermano me matará. —Susurro en su oído. Ella no se amedrenta. Sino que, para torturarme, acaricia mi mejilla con la punta de su nariz.

—Soy mayorcita. —Dice susurrando frente a mis labios.

Me arde la sangre al sentir su aliento en mi boca. Y, sin pensarlo, succiono sus labios. Ella me devuelve el beso y de forma increíble. Porque pareciera que nuestros labios llevan besándose durante siglos.

—Vamos a buscar a mi hermana o te meteré en el baño ahora mismo. —Le digo cogiéndola de nuevo de la mano para ir a buscar a Sally. Alice la ve antes que yo y parece que otra vez está discutiendo con Nick. Pongo los ojos en blanco. —¿Es que estos dos no van a llevarse nunca bien? —Clamo. Alice me mira como si estuviera diciendo una locura. Si ella viviera con esos dos sabría que no se soportan en absoluto y eso me lo pone más que incómodo a

mí, que estoy en medio.

—¡Eh, al fin os encontramos! —Grita Alice al acercarnos a Nick y Sally. Mi hermana me abraza y se pega a mí como una lapa, como queriendo ser protegida de Nick.

—Hola, peque. —Le saludo. —¿Qué te ha dicho ya este condenado? — Señalo a Nick que tiene cara de entierro. Sally lo mira más que furiosa.

—Nada, sólo está haciendo el gilipollas, como siempre. —Mi hermanita suelta su veneno por la boca y desaparece de nuestra vista. Miro a Nick y sé que está a punto de perder los nervios.

—¡Un día de estos voy a darle una manta de azotes a la leona de tu hermana y ni siquiera tú podrás impedirlo, David! —Me grita Nick apuntándome con el dedo. Yo pongo las manos en alto.

—¡Eh, a mí no me metas en esto!

—Voy a buscarla y a ponerla en su sitio. ¡A mí nadie me llama gilipollas! ¡Nadie! —Nick desaparece tras Sally y yo me quedo allí, en la penumbra de un rincón oscuro, con la diosa del baile.

—Pues no te va a quedar más remedio que bailar conmigo. —Le digo a Alice encogiéndome de hombros. Me bebo mi copa de una vez y Alice, al verme hace lo mismo. ¡Me gusta! ¡Es osada! —Ven aquí. —Tiro de su mano y le rodeo por la cintura, para pegarla a mí y bailar con ella. En cuanto mi cuerpo nota el calor del suyo me tenso y me recreo en el dulce olor de su cuello mientras nuestros cuerpos danzan al compás de la música.

23

Sally

Cuando encuentro a Taylor y Kristen, los llevo a tirones a la barra. Pido una copa para cada uno y pido que lo carguen todo a la cuenta de Nick Donovan. Me bebo mi copa de una vez y pido otra. Creo que jamás en mi vida he bebido tanto, y tan rápido. Pero hoy lo necesito.

Acabo de enterarme de que la razón por la que Nick no tiene algo serio con la tal Claire es porque ella está casada. Y en mi cabeza resuena aquella vez que oí a David preguntar a Nick que si le iba a pedir matrimonio ya a Claire. Él está enamorado de esa mujer y sólo busca líos con otras para vengarse, porque ella tiene a otro, tiene a su marido.

Cuando estoy a mitad de la siguiente copa, una mano me agarra del brazo y me hace girar bruscamente, haciendo que parte de la bebida se derrame por mi escote.

—¡Joder, Nick! ¿Qué haces?

—¡Deja de beber! ¡Ya estás borracha!

—¿Y a ti qué más te da? —Le grito con las palabras atropelladas y con cara de asesina. —¡Vete de una vez y deja de perseguirme! ¡No voy a follar contigo! —Grito a pleno pulmón y luego me tapo la boca. Mierda. Kristen y Taylor me miran asustados. De repente se alejan y me dejan sola ante el peligro. Nick me mira como si fuera a asesinarme.

—Sally, ¿me vas a dejar que te explique de una jodida vez las cosas?! Yo no...

—¡Sí, ya sé que no tienes nada con esa zorra porque está casada! ¡Ya te he escuchado!

—Sally, yo no siento nada por Claire.

—¡Mentira! ¡No me engañes sólo para llevarme a la cama!

—Maldita sea, Sally. ¿Quieres dejar de gritar? Se va a enterar todo el jodido Estado de lo que quiero hacerte en privado.

—¡No, tú quieres follártela a ella! ¡No a mí! ¡Pero hoy no puedes porque estará con su maridito, ¿no?! —Nick mira a nuestro alrededor y decide

llevarme a otro lado, a tirones de mi brazo, lanzando maldiciones por el camino. Me cuesta seguir su paso, mis pies no funcionan como hace una hora y los tacones comienzan a molestar también. —¡No vayas tan rápido! ¡No puedo seguirte! —Le grito, se vuelve, me mira de arriba abajo y yo hundo los hombros. —Llevo unos malditos tacones que... —Nick me levanta en volandas y me cuelga de su hombro —¡Qué haces! ¡Bájame! ¡Todo el mundo nos está viendo!

—¡No te ha importado cuando me gritabas de todo antes!

—¡Bájame! ¡No tengo nada que hablar contigo y no quiero estar cerca de ti! —Nick me saca a la calle, cargada en su hombro y yo pataleo. —¡Quiero volver! ¡Nick, mierda! ¡Es mi cumpleaños y mis amigos están dentro! —Pero no me hace ni caso y comienzo a lloriquear. Lo que hace es llevarme a su coche, abrir la puerta trasera e introducirme allí. Después entra él. Yo pataleo y le golpeo para que me deje salir.

—¡Estate quieta de una jodida vez! ¡Joder, pareces una maldita culebra! — Me coge de las muñecas para inmovilizarme y me tumba sobre la parte trasera del coche, echando todo el peso de su cuerpo sobre mí.

—¡Eres un capullo y un arrogante! ¡¿Por qué todo tiene que girar en torno a ti?! ¡No podías dejar que me divirtiera! —Sigo luchando, pero es inútil y me fallan las fuerzas. Estoy atrapada bajo el peso de su cuerpo y lloriqueo de nuevo.

—Te dejaré entrar cuando te tranquilices. —Me dice. No parece enfadado, sino preocupado. Mi respiración comienza a calmarse cuando conecto con su mirada. —Eso es. Ahora escúchame. No estoy ni quiero estar con nadie en serio, Sally.

—Pero...

—¡Calla! ¡Déjame hablar! ¡Joder, ni siquiera se me empalma ya con ella! Tengo... un serio problema en mi relación con Claire desde que apareciste tú en mi vida. —Frunzo el ceño y de repente suelto una carcajada enorme. —¿Te hace gracia? ¡Porque a mí no!

—No, es que... no te imagino...

—¡Vale, entendido! Sin embargo, contigo me pasa todo lo contrario. — Susurra y aprieta su entrepierna contra mi muslo. En seguida noto a qué se refiere.

—¿Por qué? —Pregunto asombrada. Aunque en realidad estoy aliviada. Aliviada de que me desee a mí y no a ella. Y, en mi interior, estoy rogando por que sea cierto. Porque... no podría soportar que Nick estuviera enamorado de

otra...

—¿Por qué, qué?

—¿Por qué te pones... así conmigo?

—No lo sé. Pero así me tienes. Casi todo el maldito día. Cuando te veo cocinar, estudiar, cuando me insultas, cuando llevas esas horribles camisetas de tu hermano y esos moños descuidados... eres desquiciante, y no sólo para mal.

—¿Qué somos, Nick? —Sé que estoy preguntando esto por culpa del alcohol, porque en estado normal no querría saber la respuesta.

—Somos dos personas condenadas a estar juntas y a la vez condenadas a estar separadas. Nos necesitamos y nos repelemos a partes iguales. Pero eso no lo hace menos intenso, al revés. —Sus labios se acercan a los míos peligrosamente. Quiero que siga hablando. Quiero que diga que está empezando a sentir algo por mí, como yo estoy empezando a sentir por él. Porque me he dado cuenta de que eso es realmente lo que me pasa con él. Pero me embriaga y me distrae con esa mirada azul verdosa y sólo quiero perderme entre sus brazos. —No sabes las ganas que te tengo, mocosa. —Levanto la cabeza instintivamente y le beso con toda la rabia de mi alma. Nick gruñe en mis labios y me devuelve el gesto. Suelta mis manos de su agarre y estas van directamente a su camisa, para desabrocharlas. —Sally...

—Nick, quiero sentirte, ahora. —Gime en mis labios y me ayuda a quitarle la camisa.

Los músculos de sus hombros, brazos y pectorales se contraen ante los movimientos y yo emito un gruñido de deseo infinito. Le empujo hasta sentarlo en el asiento y me siento sobre él. Mi vestido se enrolla hasta llegar a la parte superior de mis muslos y Nick lo levanta hasta mi cintura con sus manos, sin dejar de besarme.

—Me haces perder la razón, Sally. ¡Quiero follarte como un loco! —Baja un tirante de mi vestido hasta dejar uno de mis pechos al descubierto y se lo lleva a la boca.

—¡Ahhh! ¡Dios Nick! ¡Sí, házmelo! —Le pido con la mirada ardiente.

—Sally, maldita sea... aquí no. No me hagas perder los papeles contigo en un maldito parquin público. —Implora como si le doliera la garganta al decirlo. Yo me muevo sobre él, para frotar mi cuerpo contra su dureza. —Sally... ¡dios mío! —Cierra los ojos y echa la cabeza hacia atrás. Yo chupo su cuello y llevo una de mis manos a su bragueta. Nick me ayuda desabrochándosela. Mi mano acapara su sexo en cuanto queda liberado y Nick

me besa con ansias.

—No creí que eras uno de esos que se preocupaba por tener sexo en un lugar público. —Le reto con mirada fiera. Nick gime mientras masajeo su sexo. Sus ojos desprenden llamaradas.

—No puedo hacer eso contigo. Joder, vas a hacer que me corra si sigues así. —Es como si pidiera misericordia, con su frente apoyada en la mía.

—Yo también quiero correrme. —Le pido y sus ojos me buscan.

—Lo que me pidas haré. —Su mano viaja hasta el vértice de mis piernas, por debajo de mis bragas e introduce dos dedos en mi interior. —Te gusta, ¿verdad? —Pregunta cuando mis gemidos invaden el interior de su coche. —Te gusta masturbarme y que te masturbe. Te gusta tener el control sobre mí. ¡Joder, Sally! —Gime cuando acelero el movimiento de mi mano en torno a su dureza. —Mírame. —Lo hago. —Dime que me deseas, nena.

—Te... deseo... —gimo.

—Córrete Sally. —Y obedezco con gusto. Gritando su nombre y elevando mi mirada al cielo. Poco después me sigue él, cubriendo su erección con su mano para no mancharnos. —¡Joder! Hace mil años que no me corro así, como un maldito adolescente en celo. —Libero una risita de orgullo. Su respiración aún es agitada. —Pásame una servilleta de la parte delantera. —Me pide con una sonrisa preciosa. Se la doy y me levanto de su regazo, para colocarme el vestido bien y dejar que se limpie. Cuando termina, se cierra los pantalones y se coloca la camisa me mira y se ríe. —Eres mi castigo por todos mis pecados. —Agacho la cabeza. Me gustaría ser su premio por sus aciertos. —¿Estás bien? —Pregunta preocupado y tira de mi barbilla para que lo mire. La verdad es que no. Ahora me siento usada. Estoy empezando a sentir algo demasiado fuerte por este hombre y sé que él sólo busca sexo conmigo. Justo lo que yo quería, pero ahora no. Desde que sé de Claire, algo en mi interior grita que quiero a Nick sólo y exclusivamente para mí. Y, después de un increíble orgasmo, una especie de soledad en mi interior comienza asfixiarme. Porque sé que soy la única de los dos que siente así. —Oye, has sido tú quien...

—Estoy bien. —Miento. Además de todo, ahora que se me ha pasado un poco el efecto del alcohol, también siento los remordimientos por mi conducta florecer en mí.

—Perdóname. —Dice y le miro intrigada. —No debería haber llamado a Rachel. No debería crearme con derecho a nada contigo. Es complicado. No sé por qué estoy tan confundido contigo. Supongo que porque nunca había

pasado tanto tiempo con la misma mujer y nunca he tenido que esperar para tener de una mujer lo que quiero. —Sus palabras me hieren aún más y él lo ve en mis ojos. —Pero me encanta. Me hace querer más y más de ti. Me haces avanzar y, me motivas.

—¿Te motivo?

—Puede que algún día te lo cuente. —Me dice y me besa tiernamente en los labios. —Deberíamos entrar antes de que David llame a la policía. —Asiento. —Pero quiero que cambies esa cara. Sally, no puedo cambiar quien soy ni tú quien eres. Y supongo que no nos atraeríamos tanto si no fuéramos polos tan opuestos. Lo único que puedo prometerte es que mi historia con Claire acabará mañana mismo. —Un alivio inmenso me invade ante sus palabras. Quizá Nick está empezando a sentir algo también... por mí... quizá sólo son historias mías y no siente nada por esa tal Claire.

—No tienes que hacer eso por mí, yo... no quiero entrometerme en tu vida. —¡Calla! ¡¿Por qué digo eso?! Pero sé la respuesta: no quiero que se sienta obligado por mí, quiero que sea él quien desee dejarla por sí mismo.

—Lo quiero hacer por mí. —Me vuelve a besar. Suspiro aliviada. —Y por todo lo que quiero de ti. Vamos. Salgamos. —Abre la puerta del coche y me tiende su mano para ayudarme a salir.

Todo lo que quiere de mí... ¿se refiere al sexo? ¿querría algo más de mí? ¿David lo permitiría? ¿Se enfrentaría Nick a mi hermano por mí? ¿Debería permitir yo algo así? Las dudas cortocircuitan mi cerebro que está demasiado alterado por el alcohol y la pasión recibida de Nick.

De nuevo en el interior del club, busco a Kristen y a Taylor para disculparme por mi comportamiento anterior y decido que no voy a seguir bebiendo tanto y tan rápido como he hecho antes. Aunque necesito alguna copa más para evitar pensar en el hecho de que creo que me estoy enamorando del hombre incorrecto.

Nick se pide una copa y una botella de agua para mí.

Después vamos en busca de Alice y David y nos los encontramos más que acaramelados en la pista de baile. Nick y David mantienen una pequeña conversación en privado y después vuelven con nosotros.

Finalmente acabamos todos juntos, en la pista de baile, bailando y riendo como creo que no lo he hecho jamás en mi vida.

Me tomo dos copas más, a regañadientes de Nick y David que me gritan que no beba más, pero es mi cumpleaños y quiero celebrarlo, además, lo necesito. Es la primera vez que estoy tan borracha en mi vida y que

experimento esta sensación de libertad. También es la primera vez en mi vida que siento que me estoy enamorando de verdad, con el primer hombre que he experimentado algún tipo de sexo.

24

Alice

Ésta es sin duda la mejor noche de mi vida. David no lo sabe, pero llevo soñando con este momento desde que lo vi por primera vez, hace algo más de un año.

Jamás pensé que alguien como David pudiera sentir atracción por alguien como yo, pero me equivocaba. Por la forma en que me sujeta al bailar sé que le gusto. No sé cuánto, pero le gusto. Además, no ha prestado atención a nadie en toda la noche, sólo a mí.

Soy consciente de que David está más que acostumbrado a recibir una respuesta positiva de las mujeres a las que seduce, y puede que yo debiera marcar un poco la diferencia con el resto. Pero no puedo. No sé resistirme a sus encantos y no puedo encontrar ahora mismo las razones para hacerlo.

Mi mente está completamente ausente cuando siento su aliento en mi cuello y sus manos en mi cintura.

—Me gustas. —Debo estar alucinando. ¿Ha dicho David eso? —Mucho. —Sus labios resbalan por mi mejilla hasta toparse con los míos.

No soy consciente de nada más. Ni de dónde estamos, quién hay alrededor, en qué planeta vivimos... sólo puedo mirarle a los labios y dejarme llevar. Su cálido y húmedo beso me hace desmoronarme y gracias a la sujeción de sus brazos en mi cintura consigo no caerme de bruces. ¡Estoy besando a David Morrison! Llevo soñando con este momento tanto tiempo...

—Mierda. —Masculla en un momento y se aleja de mí al instante. Casi termino en el suelo. —Tu hermano y mi hermana vienen.

—¡Eh! ¿Puedo hablar contigo un momento, David? —Pregunta mi hermano en cuanto se acerca de la mano de Sally. David me mira y se separa para hablar en privado con Nick.

—Oye, vamos a pedirnos unas copas. Ya se me está pasando el efecto del alcohol. —Me dice Sally tirando de mí hacia la barra más cercana. —Tú y David parecíais muy acaramelados, ¿no? —Miro a Sally y me río. —No te rías, estoy un poco borracha, pero soy capaz de ver lo obvio.

—Me río porque estás toda despeinada. ¿Te has peleado con un león? ¿O te has dado el lote con mi hermano en algún rincón oscuro?

—Mierda. —Sally se suelta la coleta y decide dejarse el pelo suelto. Se lo azuza con las manos y me mira sonriente. —¿Mejor?

—Sí, ahora la leona pareces tú. Pero te queda mucho mejor suelto.

Sally y yo volvemos con el resto y pasamos la noche bailando y riendo como en pocas ocasiones en mi vida recuerdo haberlo hecho. Lo que más me sorprende de todo, es ver que Nick también sonríe y baila.

Bien entrada la madrugada, cuando Sally comienza a dar señas de perder demasiado el equilibrio, reírse más de la cuenta y hablar demasiado raro, decidimos irnos.

Nick se lleva a Sally y a los amigos de ella en su coche y yo me voy con David de nuevo. Por el camino, en el coche, me siento de lo más rara a solas con él. David tampoco está muy hablador y decido pasar el camino mirando por la ventana.

Al llegar al apartamento de mi hermano Nick, que una vez fuera de mi padre, me quedo boquiabierta. Hacía mucho que no venía por aquí. Este apartamento me trae malos recuerdos. Mi padre se lo compró cuando se separó de mi madre, justo después de la catástrofe familiar, motivo por el cual mi preciosa familia se deshizo en mil pedazos. Mi padre quería que este apartamento fuera para Nick, y así lo dejó en su testamento, que fue revelado después de que suicidara. Él quería poner a Nick a salvo de todo aquello, creo.

Suspiro y entro.

—¿Quieres tomar algo? —Pregunta David y yo sacudo la cabeza. No quiero hablar o lloraré. Tenía ganas de recuperar a mi hermano, pero pisar este sitio es doloroso. —Vale, bueno, Nick dijo que durmieras con Sally, esa es su cama. —Me señala un sofá-cama que hay en mitad de la sala de estar. ¿Ahí duerme? Pobre... sin nada de intimidad con estos dos. —¿Quieres que te deje una de mis camisetas? —Se ofrece y yo me quedo sorprendida. Estoy segura de que Sally podría prestarme algo de ropa suya, que es de mi talla.

—Sí. —Respondo sonriente.

—Genial, voy a por una. —Dice contento. Vuelve enseguida con una camiseta de Led Zeppelin negra. La cojo y miro a mi alrededor. Necesito algo de privacidad. —Oye, Alice, lo de esta noche... —me pilla por sorpresa —no es que me arrepienta, pero...

—¿Mi hermano te ha asustado? —Pregunto preocupada.

—Asustado no. Pero creo que le da un poco de miedo que me acerque a ti, y lo entiendo.

—Explícamelo. —Lo miro angustiada.

—No debería tocarte. No debería joderte y joderlo a él. No soy tu mejor opción, aunque me encantaría conocerte más. Pero es mejor que no.

Mi corazón se desangra y se cae por el desagüe hasta llegar a mis pies. En ese momento se abre la puerta de casa y veo llegar a Nick con Sally en los brazos, completamente k.o.

—¿Dónde dejó a la muerta? —Pregunta mi hermano. David pone los ojos en blanco.

—Ahí. —Señala la cama en la que voy a dormir yo también. —Ya hablaré con ella mañana. Me voy a dormir, chicos, estoy muerto. Alice, puedes cambiarte en el cuarto de baño, está allí al fondo. —Me dice muy serio y se da media vuelta para introducirse en su habitación y no volver a mirar atrás.

Con el alma en los pies, me dirijo al cuarto de baño y me pongo la camiseta que David me ha dado. Me paso varios minutos mirándome en el espejo del baño tratando de encontrar los grandes defectos en mí que le han hecho alejarse tan repentinamente. Su camiseta huele a él y me abrazo el cuerpo para consolar la gran ausencia de mi piel.

Al salir, me encuentro a Nick acariciando el pelo de Sally, que está completamente dormida sobre la cama y sin su vestido. Al parecer Nick se lo ha quitado. Me conmueve la imagen de mi hermano mirando de esa manera a Sally, que sólo lleva puestas sus braguitas. Jamás vi a Nick mirar a alguien así. Creo que tarda demasiado en darse cuenta que lo estoy viendo. Está tan absorto contemplando el cuerpo desnudo de Sally que no se ha dado cuenta de que vuelvo a estar presente. Cuando me ve se separa de ella de golpe.

—Buenas noches, enana. —Me besa la frente y se va a su habitación. Suspiro y me meto en la cama, junto a Sally.

—Menuda noche, ¿eh? —Le digo al cuerpo inconsciente de mi amiga. —Que descanses. —Me tapo y trato de dormirme rápidamente y no pensar.

25

Sally

Me despierto con un dolor de cabeza terrible y el pitido atronador de la máquina de café. ¿Desde cuándo suena como si fuera una nave espacial a punto de despegar? Abro los ojos poco a poco y veo a Alice y a Nick hablando en voz baja en la cocina para no despertarme.

Me froto los ojos y me desperezo.

—Joder, me va a estallar la cabeza. —Digo poniéndome en pie. Esos dos me miran como si yo fuera un bicho raro. —¡Qué! ¡Vosotros también bebisteis como locos! ¿Hay café para mí? —Digo acercándome a la cocina.

—Sally, estás... —Nick le tapa la boca a su hermana, pero la forma en que él me mira me dice que algo pasa. Me miro y lo veo.

—¡Mierda! ¡Qué hago en bragas! —Me tapo las tetas como puedo y me vuelvo corriendo hacia la cama para taparme con las sábanas.

—¡Ya tenías que hablar! —Nick le regaña a su hermana.

—¡No seas pervertido! —Le regaña ésta. Yo rebusco algo en mi maleta para ponerme. Encuentro una camiseta que creo que es de David y me la pongo rápidamente. Es lo suficientemente grande como para cubrirme hasta la parte superior de mis muslos y después me acerco a Nick más que enfadada.

—Joder, esto me pasa por no tener una jodida habitación para mí. ¡Necesito privacidad en esta casa! —Nick está conteniendo una risa mientras me acerco a él. —No tiene gracia. —Le espeto. —¡Eres un gilipollas! —¡Se ríe! ¡Por qué! Normalmente se pondría hecho una furia. Qué guapo está... vestido, recién duchado y... ¿con las llaves del coche en la mano? —¿Adónde vas? —Le pregunto, pero creo conocer la respuesta. Hay una pequeña montaña de cuadros junto a la puerta de la entrada de la casa.

—Tengo que... voy a discutir con el dueño de la galería que va a exponer mis cuadros sobre cuáles de ellos son los apropiados.

—¿El dueño o la dueña? —Me hierve la sangre. Va a ir a ver a Claire. Lo sé, porque no es capaz de mirarme a los ojos cuando al fin habla.

—Me tengo que ir. No me echéis demasiado de menos. —Dice el muy

gilipollas y se va en dirección a la puerta.

Alice me mira sin saber qué decir. Debo tener cara de envenenada. Y lo estoy. Un fuego desconocido se ha encendido en mi pecho y me está abrasando. Sube por mi garganta, quemándome los pulmones, el estómago, la tráquea y hasta el aliento. Dios, me estoy hasta mareando. Mi amiga decide desaparecer con la excusa de que tiene que ir al baño. Besa a Nick y se despide antes de hacerlo.

Nick recoge sus cuadros del suelo y yo me acerco a él perturbada.

—Dímelo. Dime que vas a ir a verla. —Le ordeno. Necesito que me lo diga, pero, sobre todo, necesito persuadirlo de que no lo haga. No puedo soportarlo.

Nick se da media vuelta y me mira con total impasividad.

—Sally, no. No hagas esto.

—¿Que no haga qué?! ¿Vas a pasar el día con esa tipa? Quiero saberlo. — Sé que sueno desesperada. Es que estoy desesperada. No quiero que se vaya con ella. No...

—Oye, creo que este juego se nos está yendo de las manos. —Dice y doy un paso atrás. —No hay nada entre tú y yo más que un juego y, bueno, y el proyecto de una complicada amistad. Pero tú tienes tu vida y yo la mía. —No lo puedo creer. ¿Después de lo de anoche? Yo pensé que... creí que...

—Nick... anoche tú... yo... dijiste que...

—Sí, Sally, sé lo que dije y lo siento. No debería haber prometido cosas que no voy a hacer, como dejar a Claire. Ella es más importante ahora mismo para mí que un jodido polvo, por mucho que lo desee con todas mis ganas, pero eso no va a darme de comer. —Mi estómago se contrae. Siento ganas de vomitar. Un jodido polvo... eso es lo que soy para Nick. —Además, no puedo hacerle eso a tu hermano. Al igual que no querría que él se cepillara a mi hermana pequeña. Este juego tiene que parar. —Reafirma, incapaz de mirarme a los ojos. Ignorando las lágrimas que amenazan con desbordarme.

—Ok, lo pillo. Pero no se te ocurra volver a entrometerte nunca más en mi vida privada. Te lo advierto, Nick. No quiero que vuelvas a interceder en ninguna de las citas que yo tenga, en ninguno de los chicos que se me acerquen. ¡No quiero que me mires nunca más! —Le digo tragándome cómo puedo las lágrimas que inundan mis tristes ojos. Nick me mira serio.

—Tienes razón. Siento haberlo hecho alguna vez. —Se da la vuelta, pero antes de salir se queda quieto, frente a la puerta. —Ojalá las cosas fueran diferentes, pero son cómo son. No puedo hacer otra cosa. Mi futuro está con

Claire a mi lado. —Dice y se va. Cuando cierra la puerta tras él me derrumbo y empiezo a llorar como una cría de cinco años. Maldita sea, me he enamorado. ¡De ese gilipollas, cretino, egoísta y manipulador!

Escucho ruido proveniente del cuarto de mi hermano y decido que voy a vestirme y a salir de casa durante un rato. No tengo ganas de que me vea así y comience un interrogatorio al que no tengo intención de responder.

Rápidamente, rebusco entre mis pertenencias algo de ropa y me visto. Me pongo apresuradamente unos vaqueros y unas Converse. Me peino el pelo con la mano y cojo también una cazadora. Algo de dinero, mi móvil, mis patines y el juego de llaves de mi hermano, deseando que tenga algunas de recambio. Pero me da igual. Necesito salir de aquí.

Antes de hacerlo Alice aparece al fin en el salón.

—¿Qué haces?

—Tengo que salir. —Digo sin mirarla. —Dile a David por favor que he quedado con gente del instituto para hacer un trabajo, ¿quieres? —Alice asiente y se acerca a mí con cara de preocupación.

—¿Estás llorando? —Sacudo la cabeza, pero dos lágrimas traicioneras me delatan. —Sally, Nick es complicado. Lo ha pasado mal y no deja que nadie se le acerque demasiado. No le dejes aplastarte, porque sin quererlo y sin intentarlo lo hará. —La miro y siento más ganas de llorar.

—No quiero que David sepa qué me pasa, Alice. Necesito un rato a solas, por favor.

—Tranquila, yo te cubro. —Me da un abrazo y salgo disparada por la puerta antes de que David salga de su habitación y me encuentre así.

En la calle lo primero que hago es ponerme los patines y comienzo a patinar y patinar por las calles para tratar de no pensar en nada. Al menos lo intento, aunque fracaso estrepitosamente. Nick se ha colado en mi cerebro de una manera que no puedo comprender.

Nos odiábamos. Nos repelíamos. Comenzó a haber deseo, sí, pero como producto de la rabia tan inmensa que nos teníamos. Y ahora... tengo una sensación de vacío en mi interior al pensar en que debo renunciar a él como hombre...

Tras un buen rato patinando y pensando, decido sentarme durante un rato en un banco. ¿Qué debo hacer? ¿Debería volver a casa y hacer como si nada? ¿Cómo si no me quemara la garganta al pensarlo teniendo sexo con otra? No... no puedo... no voy a poder. No quiero tener que hacerlo, día tras día, levantarme en una cama vacía a escasos metros de la suya y verlo salir de casa

sabiendo que estará con otra y que, sólo cuando se aburra un poco de ella me prestará atención a mí. Así no voy a olvidarlo. Todavía estoy a tiempo, si me alejo de él lo suficiente. Miro las llaves de mi hermano del apartamento de Nick y me debato entre volver o no. Sé que David debe haberme llamado como cien veces, pero no pienso mirar mi teléfono para comprobarlo. Ya tengo dieciocho años, como tenía él cuando decidió que era lo suficientemente mayor para hacer su vida por su cuenta. Y si lo ha conseguido David, ¿por qué yo no? No es mi padre. Yo ya no tengo padres y no tiene ningún poder de decisión en mi vida. De hecho, ahora que lo recuerdo bien, él me abandonó a mi suerte cuando yo sólo tenía catorce. Así que haré lo que me venga en gana.

Miro y miro las llaves de David y, de repente, reconozco una enorme llave que pende del llavero. Es la de la casa de mis padres. Es una señal. Tengo un lugar en el que poder esconderme.

No voy a pensarlo. Si lo pienso no tendré agallas de dejar a David y sobre todo no las tendré para dejar a Nick. Pero he de hacerlo. Este “juego”, como él lo llamó, se está convirtiendo en peligroso para mí y tengo que pensar bien lo que voy a hacer. Si Nick se cree con algún tipo de poder sobre mí como sin duda lo tiene sobre el resto de mujeres está muy equivocado. Puedo ser muy joven, pero no soy tonta y ya he visto con mis propios ojos cómo acaba una mujer que no es capaz de tomar sus propias decisiones y se deja manipular y anular por un hombre.

No. Yo no soy como mi madre. No.

Una hora después estoy en el autobús en dirección a San Andrés, escuchando música de mi móvil con mis auriculares que me llene la mente de otras cosas. Pero todo lo que oigo me recuerda a Nick, en especial cuando suena la canción de “Perfectly Wrong” de Shawn Mendes. Sí, Nick es perfectamente dañino para mí. Tan perfectamente que no puedo evitar caer en sus redes, sobre todo si tengo que convivir con él. Por eso, lo mejor va a ser poner distancia entre los dos. Él podrá seguir con su inmadura y dañina forma de tratar con las mujeres y yo no tendré que sufrir con cada uno de sus movimientos venenosos, porque no estaré ahí para verlo.

Echaré de menos a Alice y a David, pero, lo cierto es que ellos sólo llevan en mi vida de adulta unos míseros días. Podré seguir adelante con mis antiguas amistades y, quizá vuelva a darle una oportunidad a Andrew. Él se lo merece más que nadie.

Pero son muchas las horas muertas en este autobús de regreso al pasado y no puedo evitar echar un ojo a mi móvil. Se está quedando sin batería y se me

ha olvidado el cargador en casa. Anoche, con la borrachera, no lo puse a cargar... esto es una locura. Debería volver. Veo cinco llamadas perdidas de David. Debe estar preocupado...

¡No! ¡No me importa! ¡Ya no soy una niña y él no es mi padre! No puedo quedarme allí y acabar destruida por el Tsunami Nick.

“Estoy bien. No voy a volver en una temporada, necesito encontrar mi camino, como lo hiciste tú. Ese no es mi hogar ni lo será. Es el tuyo y de Nick. Te llamaré. Te quiero.” Le escribo a mi hermano en un mensaje justo después de anotar con bolígrafo su teléfono y el de Alice en un papel. Y, después de enviarle el mensaje, apago mi teléfono. Tengo que ahorrar la poca batería que me queda por si tengo alguna emergencia.

Cinco horas después de haberme subido a ese autobús estoy abriendo la puerta de casa de mis padres. Ya está atardeciendo. Un silencio sepulcral me da la bienvenida a la casa de mi infancia, el único hogar que he conocido. En mi cabeza resuenan los gritos de mi madre que en más de una ocasión eran la banda sonora de este templo familiar. Cierro la puerta y me quedo un rato pegada a ella, intentando no respirar demasiado el aire envenenado que aún impregna estas paredes.

Necesito una ducha. No voy a ir a la cocina. No. Subiré a mi habitación, buscaré algo de ropa que debo tener todavía aquí y me daré un baño de agua caliente que destense mi cuerpo y mis músculos.

Subo cada peldaño de la escalera tratando de no mirar en dirección a la cocina, y lo consigo.

Mi habitación parece congelada en el tiempo. Es exacta a mis recuerdos. Tan sólo hace diez días que me fui de aquí y parece que han pasado años.

Rebusco entre mis cajones y me encuentro con alegría algunas prendas limpias, incluso ropa interior. Sobre mi escritorio, incluso tengo un antiguo cargador de móvil, pero no pongo a cargar el aparato. Si no lo hago no tendré la tentación de llamar para decir dónde estoy ni nada por el estilo. No tendré la tentación de llamar a Nick.

El baño consigue disipar mis turbios pensamientos por un buen rato. Con los ojos cerrados, tarareo algunas de las canciones que mi madre cantaba cuando mi padre no estaba en casa y los minutos pasan, hasta que estoy tan arrugada que creo que es hora de salir.

Me visto con ropa cómoda y decido salir a comprar algo de comida. Pues no he comido nada en todo el día. He de ser precavida, pues tampoco llevo mucho dinero encima. Si voy a quedarme aquí un tiempo, debería buscarme un

trabajo o alguna fuente de ingresos. Por ahora, tengo que sobrevivir hasta el lunes con lo que tengo. El lunes por la mañana podría ir a vender algunas de las joyas de mi madre, las menos importante, y así tener algo de dinero mientras decido qué hacer con mi vida. Todavía no tengo claro que no vaya a volver con David y Nick, pero unos días de purga de tanto caos emocional no me vendrán mal.

No voy muy lejos a comprar. Voy a un seven eleven que hay cercano a mi casa, compro algo de comida, intentando ser ahorradora y me dejo algo de dinero por si las moscas.

Siento la tentación de llamar a Taylor y Kristen, pero recuerdo que ellos aún están en Dallas, porque fueron a visitarme, y no vuelven hasta mañana porque querían hacer algo de turismo hoy por la ciudad. Tampoco es buena idea llamar a Andrew, no hasta que sepa si me quedará o no.

De nuevo en casa, me pongo la televisión en el salón y me como un sándwich mientras hago zapping de un canal a otro, intentando sortear y evitar las películas románticas. Y, cuando veo en Disney Channel que están reponiendo un capítulo de Hannah Montana, estrello el mando de la televisión contra la alfombra del salón. ¡Mierda, todo me recuerda a ese imbécil!

26

David

Cuando salgo de la ducha, me pongo los pantalones y salgo a desayunar. Pero me encuentro con la sorpresa de que la única persona que hay en casa es la preciosa Alice vestida y preparada para salir de pie junto a la puerta, lista para irse.

Supongo que debe estar confundida por mi repentino distanciamiento, pero he tenido que prometerle a Nick que no me acercaría a ella cuando anoche me pilló más acaramelado de la cuenta con ella. Él sabe que yo no le convengo a su hermanita y no puedo ser tan egoísta para hacerle eso a mi mejor amigo, aunque su hermanita esté para mojar pan, aunque me la ponga dura con sólo mirarla. Pero hay más peces en el mar.

—¡Eh! ¿Dónde están estos dos? —Le pregunto.

—Mi hermano ha tenido que ir a hablar con la dueña de la galería que va a exponer su obra —hablar... ya... a cepillársela más bien —y Sally ha ido a casa de unos compañeros de clase a hacer un trabajo. —Dice mirándose los pies.

—Perfecto. Tiene que centrarse en sus estudios. Tengo planes para ella. Tiene que ir a la universidad. —Comento tranquilo mientras me acerco a la cocina para servirme un café. —¿Y tú también te vas? —Intento sonar despreocupado.

—Sí. —Dice simplemente. La miro y enseguida me arrepiento. Tiene una mirada de la que no te puedes cansar de mirar.

—Quédate y te tomas un café conmigo. Es muy triste desayunar solo. —Le digo con una sonrisa. Ella mira la cafetera y duda. —Yo te llevaré a casa después. —Como no responde me tomo la libertad de servirle un café a ella y me acerco para entregárselo.

—Gracias. —Dice sin un ápice de alegría en sus palabras. Pensé que le haría ilusión quedarse un rato más conmigo, pero parece incómoda.

—¿Quieres comer algo? —Sus ojos me recorren de arriba abajo y siento un escalofrío. Recuerdo en el acto que no llevo camiseta y creo que Alice está

dándome un repaso en toda regla. Esos increíbles ojos se paran cuando se cruzan con los míos y, como un imán, me atraen hacia ella hasta que estoy de pie a escasos centímetros de su boca. —No me mires así.

—¿Así cómo? —Pregunta y sigue mirándome igual.

—Como si me desearas.

—No lo hagas tú tampoco. —Me reta y me deja de piedra. Dejo mi taza de café sobre la encimera de la cocina y doy otro paso en su dirección, haciendo que nuestros cuerpos casi choquen, pero ella retrocede y me obliga a dar otro paso para volver a acercarme. Vuelve a retroceder hasta que la pared le frena al chocar de espaldas contra ella y queda del todo atrapada entre la espada, que soy yo, y la pared. —Lo siento, ya no puedes retroceder más.

—Hazlo tú. No te acerques más.

—¿O qué? —Agacho mi cabeza para dejar mis labios sobre los suyos. Creo que le tiembla el pulso, pero me mantiene la mirada sin titubeos. Me gusta. No tiene miedo.

—O te patearé los huevos. —Sus palabras son más ásperas que sus ojos, que me traspasan pidiéndome que la haga mía.

—¡Uff! ¡Eso dolería, nena! —Levanto mi mano hasta colocarla en su cuello.

—Eso espero.

—¿Estás muy enfadada conmigo? —Sonrío. Los enfados suelen tener un efecto muy positivo en el sexo. Aunque no debería estar pensando en eso ahora mismo. No con ella.

—Puede. Has sido un capullo integral. Y no me gustan los capullos.

—Creo que este capullo sí te gusta. —Le agarro del cuello con fuerza y beso sus labios de forma violenta. Sabe a café y a gloria. Esa lengua es puro fuego. No se resiste al principio, aunque poco a poco se despega, liberando un gemido que me estremece la polla.

—No seas tan creído. No tienes nada que otros no tengan. —Eso ha sido un golpe bajo.

—¿De veras? ¿Quieres comprobarlo? —Vuelvo a besarla con violencia y se le cae la taza de café de las manos. No me importa lo más mínimo. Alice quiere guerra y conmigo la va a encontrar fácil. Mis manos la poseen y levantan su pequeño vestido rojo hasta la cintura, después cuelo una de mis manos por sus bragas y con la otra aprieto su trasero para acorralarla contra mi erección. —Estás muy mojada por un capullo integral, Alice. —No contesta con sus labios, pero sí lo hacen sus manos que van directas a la

bragueta de mi pantalón y en menos de diez segundos tengo la polla fuera. ¡Joder!

Sus ojos son fuego. Sus gruesos labios entreabiertos suplican que me los coma. Y lo hago. Con todo el gusto. Le arranco las bragas de un tirón y ella se deshace de su vestido, eso evita que lo rompa también.

No tengo ocasión de admirar la belleza de su cuerpo desnudo, porque viene en busca de mis labios como una gata en celo. La levanto del suelo entre mis manos y la empotro contra la pared. Ella me abraza con sus piernas y una de sus impacientes manos va directa en busca de mi polla para introducirse dentro. Se la clavo hasta el fondo y grito de placer. Ella aúlla también y comienza a moverse sobre mí.

¡Esto es la gloria! Su interior es húmedo y prieto. Creo que voy a morir de placer. Se nota que no ha tenido mucho sexo y eso me la pone más dura aún si cabe. Se la clavo con rabia varias veces y me tengo que concentrar en no correrme cuando siento sus gruesos labios succionar mi cuello.

—David, me corro. —Mierda. Mierda. Yo también.

¡Joder, el puto condón! ¡Ni me he acordado de él! Cuando la escucho gritar mi nombre y siento sus músculos genitales succionar mi polla la saco rápidamente y me corro en su vientre.

—¡Dios! ¡Alice! —Estoy sin aliento. Ha sido breve pero salvaje. ¡Maldita sea, Nick! ¡Me va a matar! Apoyo mi frente en la suya mientras la deposito poco a poco en el suelo y me maldigo por ser tan jodidamente traidor. — Joder, Alice, tu hermano me va a cortar los huevos.

—¿Sabes? No voy contándole a Nick a quién me follo. —Dice herida. Lo peor es que me hieren sus palabras a mí también. Le dedico una mirada furibunda.

—¿Y vas por ahí follándote a muchos tíos?

—¿Y tú a muchas tías? —Abro la boca para contestar, pero la cierro enseguida. Diga lo que diga, será usado en mi contra.

—Voy a limpiar este desastre. —Digo refiriéndome a su taza de café desparramada y rota por el suelo.

—Vale. Después me llevas a casa. —Dice con frialdad. ¿Qué ha sido de la chica inocente y dulce de anoche? Jamás una tía recién follada me ha tratado con tanto desinterés.

—¿Ya te quieres ir? —Le pregunto agachado mientras limpio el desastre del suelo.

—Sí, ¿por qué? ¿Vas a follarme otra vez? Dudo mucho que puedas tan

rápido. —Le dedico una mirada envenenada.

—¿Siempre te sienta tan mal correrte? —Me pongo en pie y la mato con la mirada mientras ella comienza a ponerse el vestido de nuevo. —¡No te lo pongas! —Le ordeno. Ella me ignora. Agarro sus manos para evitar que siga subiéndose la tela de su vestido por su cuerpo. —He dicho que no te lo pongas. Quieres guerra y no sabes con quien te estás metiendo. —La cojo en brazos y me la llevo en volandas a mi habitación.

—¿Qué haces?

—¡Echarte el polvo más salvaje que te han echado en tu vida, maldita niña! —Cierro la puerta de mi cuarto tras de mí y la tiro sobre mi cama. Alice parece muerta de la risa. —¿Te ríes? —Gruño y me tiro sobre ella. Mientras le como la boca me voy deshaciendo de los pantalones y la ropa interior. —¿Ves lo dura que está ya? ¿Crees en serio que no voy a ser capaz? —Su sonrisa provocadora me enfada y decido darle la vuelta sobre mi colchón para no ver su cara de victoriosa. —Levanta el culo.

—No recibo órdenes de nadie. —Responde. Yo suspiro mientras alargo mi mano hasta mi mesita de noche para sacar un condón. Con Alice atrapada bajo el peso de mi cuerpo bocabajo sobre mi cama me deleito en la visión de su trasero mientras me coloco el condón.

—Si no levantas este culito tan bonito que tienes no vas a saber lo que es un polvo de verdad. —La provocho dándole una palmada. Para mi grata sorpresa hace caso y lo levanta. Antes de que pueda decir nada la empalo con fuerza y ella grita ante la sorpresa. —¿Ves? Puedo contigo y con tres más como tú. —Rechino entre dientes mientras me la follo fuerte. Alice muerde las sábanas de mi cama para acallar sus gritos. Eso me tienta todavía más a ser implacable con ella. —Dime, ¿es suficientemente fuerte para la señorita insaciable? —Pregunto en su oreja tirándole del pelo para acercarla a mi boca.

—Es perfecto. —Dice con dificultad.

—Sí, es perfecto. Tu culo es perfecto. Tu sexo húmedo y prieto es perfecto. ¡Dios!

—¡Ah! ¡Me corro, David, no pares!

—Claro que no voy a parar. Es más, te voy a dar más fuerte. —Gruño y cuando noto las paredes de su sexo tensarse sobre el mío y la escucho gritar mi nombre emito un quejido sobrehumano al correrme como nunca antes me he corrido, intentando clamar su nombre. Caigo desplomado en la cama y no recuerdo ni quien soy durante largos minutos.

Cuando abro los ojos, me doy cuenta de que me he quedado dormido con Alice entre mis brazos. La aprieto contra mí y recreo en mi mente con los ojos cerrados el polvazo que hemos echado hace un rato y el orgasmo tan increíble que he experimentado.

—¿Estás despierto? —Pregunta.

—Mmmm. —Es lo único que puedo contestar.

—Llévame ya a casa, anda. —Me pide y gruño.

—Pero, ¿qué prisa tienes? ¿Has quedado con alguien?

Me incorporo y comienzo a vestirme, de mal humor.

—No, pero quiero irme. Alice también se levanta y se va al salón en busca de su ropa.

Yo aprovecho para llamar a Sally para ver si quiere que la recoja de algún sitio cuando vuelva de llevar a Alice, pero no contesta el puto teléfono.

—¿Te ha dicho Sally en casa de qué amigo o amiga estaría? —Le pregunto cuando salgo al salón y la veo ya vestida.

—No. Dijo que ya te llamaría.

—¡Por qué cojones no contestará el maldito teléfono! —la vuelvo a llamar y nada, no contesta.

—Tranquilízate, no es una niña. Estará ocupada. Ya te llamará después. —Las palabras de Alice me ponen todavía más nervioso. —Tiene dieciocho años, ¿qué te pasa?

—Alice, no me des lecciones de cómo debo comportarme con mi hermana pequeña.

—¿Pequeña? ¡Tiene dieciocho, como yo! ¡Acabas de echar dos polvos conmigo y no te parecía tan pequeña cuando lo has hecho! —La ira me comienza a dominar cuando me imagino a Sally haciendo lo que yo acabo de hacerle a Alice.

—¡Quizá si el capullo de tu hermano mayor estuviera aquí para cuidarte como es debido no habrías podido jugar a hacerte la niña grande! —Le grito y en el acto me arrepiento. La cara de Alice me indica que no ha sido una gran idea decirle eso. Se va derechita para la puerta. —¡Eh, Alice, no quise decir eso, vamos no te vayas, ayúdame a encontrar a Sally! —Le imploro asiéndola del brazo. Ella me dedica una mirada de mierda y se suelta.

—Que te jodan, David. —Abre la puerta y se va, dando un portazo atronador tras ella.

¡Estupendo! La primera vez que una mujer me manda a la mierda después de follar. ¡Qué digo mujer! ¡Una estúpida niña!

Por una parte, sé que Alice tiene razón y que estoy siendo demasiado alarmista con Sally. Normalmente no me pondría así porque haya salido un rato con los amigos. Pero no me ha dicho nada, no contesta el teléfono y conozco bien a la jodida de mi hermana. Llevamos la misma maldita sangre. En muchas cosas somos iguales. Sé lo tozuda que puede llegar a ser y cómo ansía la libertad y la independencia. Nadie conoce a Sally como yo. ¡Si yo la he criado prácticamente! Además, tengo constancia de que pretendía fugarse con el tal Andrew y cagarse su vida. Dejar los estudios para pasar a depender de ese tipo, que ni siquiera le gusta de verdad.

Sally es muy tremendista y creo que el hecho de que yo me fuera de casa a los dieciocho la marcó para siempre. Siempre he sido su única referencia y, le fallé cuando más me necesitaba.

Lo primero que hago es llamar a Andrew para ver si tiene noticias de Sally y me dice que no. Intento esquivar sus preguntas y le amenazo de muerte diciéndole que en el momento que sepa algo de Sally me lo haga saber.

Después espero y espero dando vueltas por el salón de casa mientras la llamo una y otra vez sin tener noticias. Sus cosas están por todas partes en el salón, así que no puede haber ido muy lejos.

¡Relájate David! ¡Alice tiene razón y estás haciendo una montaña de un grano!

Cuando la puerta de casa se abre suspiro aliviado, pero no es Sally, es Nick. Mi amigo llega con cara de haber estado cavando zanjas para enterrar a gente y me mira extrañado.

—¿Y a ti qué te pasa? —Me pregunta.

—Sally ha salido esta mañana y no sé dónde está. —Digo y espero a su reacción. Si no se preocupa Nick entonces pensaré que estoy exagerando.

—Habrá ido a patinar o con su monopatín. Es pronto. Mientras que llegue a la hora de hacer la cena y no tengamos que comer otra vez pizza prefabricada no hay que alarmarse. —Dice tratando de sonar bromista. A mí no me hace ninguna gracia su estúpida broma. —¿Y Alice? —Mierda, Alice. Espero que no se le ocurra contarle a Nick mi gran metedura de pata con ella.

—Se fue. Tenía deberes que hacer. Dice que ya te llamará. —Miento para que se relaje y no le dé por llamar a su hermana y tener una conversación con ella.

—Genial. Voy a ducharme. Me siento sucio. —La voz de mi amigo suena apagada.

—¿Has follado mucho? —Mi broma tampoco le hace gracia por cómo me

mira.

—No me hagas hablar. —Dice simplemente y se mete en su habitación.

Los minutos y las horas pasan y yo sigo sentado en el sofá-cama que pertenece a mi hermana, esperando una señal. Nick lleva encerrado en su estudio un rato, creo que pintando. Al menos ha vuelto a poner a viva voz las canciones romanticonas que ahora le ha dado por escuchar cada vez que pinta. Nunca lo había visto escuchar ese tipo de música ni lo había visto pintar tanto. Está realmente inspirado.

De pronto, un pitido en mi móvil me indica que me ha entrado un mensaje. ¡Es de Sally! ¡Menos mal!

“Estoy bien. No voy a volver en una temporada, necesito encontrar mi camino, como lo hiciste tú. Ese no es mi hogar ni lo será. Es el tuyo y de Nick. Te llamaré. Te quiero.”

¡Qué cojones! ¡Mierda, joder! ¡Lo sabía! ¡Sabía que no eran cosas mías! La llamo en el acto y mi desesperación sube de nivel cuando compruebo que su móvil está apagado.

—¡Me cago en la puta! —Grito como un poseso y tiro un cenicero de cristal que hay en la mesita auxiliar del salón al suelo, rompiéndolo en mil pedazos.

Después corro hacia el estudio de Nick. Sé que tengo prohibido entrar ahí y menos sin llamar, pero me importa un carajo. Abro la puerta y lo encuentro allí, pintando, con su música pastelosa a todo volumen. Nick cubre el cuadro que está pintando en cuanto me ve.

—¡Tío, qué cojones haces! ¡Te he dicho que...

—¡Sally se ha ido de casa! ¡Joder! ¡No piensa volver! —¿Debería preocuparme por la cara de terror que pone mi amigo? Ahora mismo no puedo preocuparme por otra cosa que no sea Sally. A Nick se le cae el pincel y la paleta de pintura de las manos y se acerca a mí.

—¿Qué dices, colega? Estás sacándolo de quicio... ¡eh! No es verdad. Dime que no. —Nick se va poniendo pálido, como yo. Sabía que le estaba tomando cariño a mi hermana, aunque no me imaginaba que tanto en tan poco tiempo. De pronto lo veo más claro. Un cuadro al fondo de una chica durmiendo que se parece demasiado a Sally me llama la atención.

—¿Qué es esto, Nick? —Digo acercándome al cuadro. Lo miro perplejo. No se ve con nitidez la cara, porque el trazo es grueso, pero apostaría el cuello a que es mi hermana Sally. Vuelvo a mirar a Nick. —¿Te quieres follar a mi hermana? —Nick traga saliva.

—No. No es ella. —Dice, pero no parece convencido.

—Ese es su sofá cama. —Digo señalando el cuadro.

—Es sólo inspiración, David, nada más. ¡Eres un exagerado! ¡Seguro que estás sacando de tiesto lo de la escapada de Sally también!

—¡Nick, sé bien lo que veo y esa de ahí es mi hermana! ¡No me toques los cojones y dime qué le has hecho para que me haya mandado este puto mensaje! —Le enseño el mensaje de Sally para que vea que no estoy sacando las cosas de sitio. Nick emite una maldición al leer lo que Sally dice. —¡Qué cojones le has hecho, tío! —Le agarro del cuello y juro por dios que como me diga que se la ha follado y la ha usado para divertirse se me olvidará para siempre que Nick es la única persona en mi vida que he considerado mi verdadero apoyo.

—¡No me la he follado! —Se defiende y aparta mi mano de su cuello de un manotazo. Lo miro a los ojos y sé que no miente. —¡Y si no me acuerdo mal, eras tú quien estaba anoche metiéndole la mano hasta en carnet de identidad a la mía! —Joder, tiene razón. Y si él supiera...

—Joder, Nick. La verdad es que no me importa ahora mismo eso. Sólo quiero saber dónde está Sally. Ya han pasado muchas horas desde que se fue y no conoce a nadie aquí, sólo a nosotros y a tu hermana. —Nick nota la desesperación en mi voz y saca su móvil.

—¡Maldita sea, ha apagado el móvil!

—Sí. Mierda tío. —Me froto la cara y paseo por el estudio de Nick.

Veo el cuadro de una tía que se parece mucho a Carol, la tipa que Nick se cepillaba hace unos meses, antes de que empezara a cepillar a Claire. El cuadro es absolutamente erótico. Es como si le hubiera hecho una foto en mitad de un gemido de placer. Sacudo la cabeza y trato de centrarme en lo que estamos.

—Voy a llamar a Alice. —Me dice Nick.

—Lámala. —Le animo. Pero la frustración sube de nivel cuando la cara de mi amigo me dice que lo que Alice le está diciendo no es nada consolador.

—¿Estaba mal? ¿Por qué?

—¡Dame! —Le quito a Nick el teléfono de las manos. —¡Eh, Alice, qué es eso de que Sally estaba mal! ¡No me has dicho nada antes! ¡Joder!

—Me dijo que sólo iba a dar un paseo para despejarse y que no te dijera nada porque no quería preocuparte. ¿Qué querías que hiciera?

—¡Pues decirme la jodida verdad! ¡Si hubiera salido a buscarla hace cinco horas ahora mismo ya la habría encontrado! ¡Pero ahora vete tú a saber dónde cojones está! ¡¿Y si le ha pasado algo?! ¡Joder! Dame el puto teléfono

de vuestros amigos.

—No. Voy a llamarlos yo primero. —Me dice la muy jodida.

—¡Que me des los números!

—¡Oye, no le grites a Alice así, capullo! —Nick me quita el teléfono de las manos y a punto estoy de darle un puñetazo. —Alice, escucha. Haz lo que sea, lo que haga falta para encontrar a Sally. Por favor. Genial. Y si no la encontraras, te ruego que vengas y nos ayudes. Tú la conoces y sabes dónde puede estar. —Nick cuelga la llamada y me mira. Mi respiración es cada vez más sofocada. Dios, Sally es todo cuanto tengo en este mundo y no puede haberle pasado nada. —La vamos a encontrar. Sea como sea. —Me promete mi amigo poniendo sus manos en mis hombros. Yo asiento, incapaz de hablar, porque tengo la sensación de que si lo hago lloraré por primera vez en mi vida. —¡Eh, confía en mí! La voy a encontrar, David. ¡Joder! —Nick se gira y da un puñetazo a la pared. Después se mete en su cuarto y diez minutos después aparece con ropa limpia y se me acerca. —Tú quédate en casa, por si vuelve. Yo voy a salir a dar una vuelta por los alrededores, por si la veo.

—Vale.

—Y si viene Alice, no la pagues con ella. No es culpa de ella.

—Lo sé —digo atusándome el pelo —es que estoy acojonado, tío. Sally se ha criado viendo como el maltratador de mi padre le daba una paliza tras otra a mi madre y le tenía tanto miedo a mi padre que rara vez salía. No está muy acostumbrada a este mundo.

—Espera, ¡qué! Eso no me lo habías contado nunca, joder, tío. Me dijiste sólo que tus padres se llevaban mal y discutían mucho. Pero nada de palizas.

—Lo sé. Tampoco te dije que mi padre se cargó a mi madre y que Sally lo vio todo. Después mi padre se suicidó cuando ella estaba abrazada al cuerpo inerte de mi madre.

—¡Qué coño me estás contando! ¡Me dijiste que fue un accidente, tío! ¡No que Sally había vivido ese infierno! ¡Joder! —Nick se pasa las manos por el pelo y comienza a andar en círculos frente a mí. —¡Maldita sea, David, yo te he contado a ti todo! ¡Voy a buscarla! ¡Llámame si sabes algo! —Nick me pide antes de salir de casa.

Me siento morir por dentro. He traído a Sally aquí para darle una vida mejor y no me he preocupado una mierda de si estaba feliz o no. ¡Si ni siquiera le he dado una habitación para ella! Si le pasa algo será mi culpa. Sólo mi culpa.

Una hora después, cuando ya he rebuscado infructuosamente entre todas las

pertenencias que mi hermana se ha dejado en busca de alguna pista sobre su paradero, el timbre de la puerta suena. Me levanto de golpe. ¡Sally! ¡Ella no tiene ni siquiera llaves! ¡Ha de ser ella!

Pero cuando abro, me encuentro con la preciosa cara de Alice cubierta de preocupación.

—¿Has averiguado algo? —Pregunta a media voz. Niego con la cabeza. Estoy a punto de echarme a llorar. Alice lo ve y me abraza. La aprieto con fuerza entre mis brazos, agradecido por el gesto, y vierto algunas lágrimas en su hombro. —Tranquilo, seguro que está bien. —Mi móvil vibra en el bolsillo de mi pantalón. Me separo de Alice y lo saco. Es Nick. No puedo hablar. Así que se lo entrego a Alice. —Hola. Sí, estoy con David. No... no se sabe nada. ¿Llamar a la policía? —Alice me mira y yo asiento. Quizá sea lo mejor. —Vale, sí, llámala. Está bien, ahora te veo Nick. —Cuelga. —Nick viene hacia aquí. Va a llamar a la policía.

—Gracias. —Le digo. No puedo decir otra cosa.

—¿Por qué? —Pregunta extrañada.

—Por estar aquí, conmigo. He sido un capullo contigo, lo siento. Estoy acostumbrado a serlo.

—No importa. —Dice secamente y entra en el apartamento, cerrando la puerta tras de sí. La observo ir a la cocina. —Voy a preparar té, ¿quieres uno? —Asiento y suspiro. Va a ser una noche larga hasta que dé con esa loca de mi hermana. —Puede que no sea el momento para decírtelo, pero no sé si tendré otra oportunidad. —comenta sin mirarme —Sally ya no es una niña y sus problemas no son los de una cría de cinco años. No debes trivializar con ellos ni pensar que ella no es capaz de tomar sus propias decisiones, porque no es así.

—¿A qué te refieres? ¿Qué problemas tiene mi hermana? —Me acerco a ella y le obligo a mirarme a los ojos.

—Pues... los problemas de cualquier persona que comienza a hacerse adulta. Como relaciones con chicos, su futuro, anhelo de privacidad, falta de apoyo familiar y, si a eso le sumas que sus padres han muerto y que ha echado de menos durante mucho tiempo a su endiosado hermano mayor, pues...

—Ya veo. ¿Está enamorada de algún chico? ¿Acaso ha sufrido algún chasco? ¿Tengo que partirle la cara a alguien? ¡Dímelo, Alice, por favor!

—Pues seguramente haya sufrido como todo el mundo algún desengaño. Pero no puedes impedirlo. Tiene que vivir su vida.

—¿Me estás pidiendo que deje que la hagan polvo? Lo siento, pero no

puedo hacer eso. Mataría por mi hermana. —Alice me mira y sonrío. —¡Qué tiene tanta gracia!

—No eres tan duro como quieres pretender ser.

—¡Es mi hermana! ¡Lo único que tengo!

—Pues si es lo único que tiene un hombre de veintidós años es porque no has dejado a nadie que se te acerque de verdad, sólo a ella.

—Porque ella es la única que me ha necesitado de verdad. La única que ha creído en mí. La única que me ve como alguien bueno. —No puedo evitar volver a echarme a llorar y Alice vuelve a abrazarme.

—Porque lo eres. —Dice y se me llena el pecho de algo completamente diferente a lo que estoy acostumbrado a sentir.

Nick

Cuando esta mañana me desperté después de la rara noche de celebración de cumpleaños de Sally, jamás pensé que mi vida se desestabilizaría tan rápido y de esta manera. Me desperté con la convicción de hablar con Claire y dejarle claro que nuestro juego de seducción ya ha llegado a su fin, porque sólo deseo a Sally ahora mismo y la llamé. Le prometí que de vez en cuando podríamos tener algún acercamiento sexual, pero cuando surgiera, sin presión. Le hice ver que ella tiene una vida llena de privilegios debido a su matrimonio con uno de los grandes empresarios de la ciudad y, que ni a ella ni a mí nos convenía tenerlo en nuestra contra.

Al principio pareció comprenderlo, pero después todo cambió. Comenzó a llorar y a decirme que se había enamorado de mí y que, para colmo, no le bajaba la regla y pensaba que podía estar embarazada... de mí... no puede ser. Yo nunca he olvidado usar el condón con ella ni con nadie. Pero, ¿cómo puedo estar convencido? Alguna vez se nos ha roto cuando he sido más brusco de la cuenta y, simplemente, no pude pensar con claridad con esa enorme resaca. De modo que hice lo único que podía hacer: prometerle que estaría a su lado y que con mi apoyo los dos nos encargaríamos de arreglar esta situación.

¿Qué otra cosa podía hacer? Con mi exposición a punto de ser exhibida en la galería de su padre y mi futuro en juego, con la posibilidad de que un jodido hijo mío esté cobrando vida en su vientre y con sus indeseados sentimientos hacia mí, si no la trato con tacto todo se irá a la mierda y mi vida volverá al estercolero del que logré salir con dificultad hace seis años.

De modo que supe que con Sally no había llegado todavía mi momento y que tenía que convencerla de mantenerse alejada de mí durante un tiempo, hasta estar seguro de que Claire no está embarazada y, si no fuera así, hasta convencerla de que no tenga ese niño.

Pensé que cabreando a Sally sería suficiente para evitar que se me acercara, porque cuando la tengo cerca no soy capaz de pensar con claridad. Por lo tanto, lo más fácil es cabrearla a ella para que sea ella la que ponga

distancia entre los dos. Pero jamás pensé que se alejaría de mí de esta forma. Debe estar bastante cabreada, puede que humillada y herida. Y no sé qué hacer con todos esos sentimientos. Nunca me ha importado que alguien se sintiera así, ni siquiera por mí. Pero ahora me importa y mucho.

He pasado toda la mañana y parte de la tarde en casa de la amiga de Claire, porque su marido está en su casa. He estado tratando de consolarla y queriendo convencerla a ella y a mí de que es imposible que esté embarazada. Le pedí que se hiciera el test de embarazo, allí, conmigo delante, pero dice que es muy pronto y que prefiere esperar unos días por si sólo es un retraso. Le he llevado también, parte de mis cuadros que va a empezar a colocar en la galería, porque ella me pidió que así lo hiciera, pero no puedo decir que estuviera emocionado al dárselos. Si Claire está embarazada se me vendrá todo encima y no podré dejarla así, sin más.

Un hijo... yo no estoy preparado para eso y mucho menos a tenerlo con ella. Claire nunca ha sido para mí algo más serio que una relación esporádica y una posible gran fuente de ingresos, solo que esta vez yo trabajaría para merecérmelos, pintando, que es lo que siempre soñé hacer.

Después de comer, Claire parecía un poco más tranquila. Puede que al ver que seguía ahí, a su lado, y no he vuelto a mencionarle que dejemos de vernos. Ni lo voy a hacer hasta que no solucione toda esta mierda.

Pienso en Sally, todo el rato. Me imagino que debe estar llamándome gilipollas a todas horas y eso casi consigue que sonría. Si no fuera porque sé lo complicado que lo voy a tener para hacer que esa terca vuelva a permitir que me acerque a ella cuando tenga todo bajo control, sonreiría al imaginármela insultándome constantemente. Pero me imagino que debe estar muy enfadada conmigo.

Lo peor de que Claire estuviera más animada es que buscó un acercamiento físico conmigo que me costó un mundo secundar. Pero como en mis planes ahora mismo no entra decirle que no la deseo hasta que todo se resuelva de la mejor forma, no tuve otra opción que follármela. Lo que sí me tocó los cojones es que insinuara que no usara condón. ¡Eso es lo que me faltaba! Si cabe la posibilidad de que no esté embarazada no pienso contribuir a la tarea de que eso finalmente sí suceda. Me sentí de lo más sucio después de correrme mientras pensaba en Sally y en sus tetas perfectas y, justo después de cumplir con ella, me despedí de Claire alegando que tenía trabajo que hacer con los cuadros que aún tengo inacabados.

No quise darle importancia al hecho de que no estuviera Sally en casa para

echarme en cara mi estúpido comportamiento cuando llegué a mi apartamento de casa de la amiga de Claire. Pensé que habría salido para no tener que hacerme frente con David rondando por la casa.

De modo que me recliné en mi estudio a pintar. Desde que conozco a Sally, la inspiración para pintar ha florecido en mí como nunca. Y es otra forma más de imaginarla, verla a través de los trazos de mis manos y sentirla en las posturas que necesito sentirla.

Sin embargo, cuando David irrumpió en mi estudio para decirme que Sally se había ido para no volver, todo lo demás pasó a un segundo plano. Claire, el supuesto embarazo, la pintura, mi vida, todo...

Porque sin Sally en mi vida tengo la impresión de que no podré volver a pintar nunca más. Ni podré meterme en la cama con otra mujer, pensándola a ella en la cama de algún hombre que no sea yo. Ni seré capaz de reír y sonreír como sólo con ella lo he hecho.

Cuando llamé a Alice para preguntarle por Sally, ella me dijo que no sabía nada, sólo que estaba enfadada y que necesitaba pensar. Me prometió que haría lo que fuera para encontrarla y espero que lo haga, porque yo llevo horas dando vueltas por la ciudad como un gilipollas (como diría Sally si estuviera aquí) y no encuentro ni rastro de ella.

Llamo a David para ver si sabe al fin algo de su hermana, me contesta Alice de nuevo. Nada. No se sabe nada. Y son ya casi las once de la noche. ¿Dónde cojones estás, Sally? Pienso buscarte por todos los rincones de la maldita tierra hasta que te encuentre. Necesito tu inspiración, mierda, te necesito.

Desesperado, llamo a la policía y les doy la dirección de mi apartamento, hacia donde me dirijo cabizbajo pidiendo al cielo que me dé una señal de dónde puede encontrarse esa leona herida de Sally.

Al llegar a mi apartamento la ausencia de Sally se hace más dura, sobre todo al ver la cara de David y sus ojos luchando infructuosamente por no llorar. Nunca lo había visto llorar y me cuesta reaccionar a verlo así. Menos mal que Alice ha venido y se hace cargo de la parte “consoladora” de la situación. Aunque, a mí nadie me consuela. Nadie sabe de mi pérdida, sólo yo. Mi pecho es el único que sabe el boquete que ahora mismo crea la ausencia de Sally y un enorme miedo comienza a correr y helar mis venas al imaginarme que nunca más volverá. No. No puede ser. Había encontrado la inspiración a su lado. La necesito. Es mi musa. Ella no lo sabe, pero es la persona más importante ahora mismo para que por fin, mi meta de llegar a ser quien

siempre he soñado ser se cumpla.

La policía llega poco después y nos hacen varias preguntas a los tres. Y, después de que David les mostrara el desolador mensaje que ha recibido de Sally, la policía concluye con que se ha ido por propia voluntad y que, al tener dieciocho años, tiene plena potestad para hacerlo. Simplemente harán algo si tenemos indicios o evidencias de que algo realmente malo puede estar pasándole.

Menos mal está Alice con nosotros, de lo contrario o David o yo le habríamos partido la cara a ese capullo de la policía, por decir que no harán nada para encontrarla.

Mi hermana decide que pasará la noche con nosotros, al ver la cara de preocupación extrema de David y mía, y, por primera vez en mi vida, no me niego a hablar con mi madre para pedirle algo. Cuando Alice me pasa el teléfono y me dice que es mi madre simplemente lo cojo y contesto, como un robot puesto en modo automático.

—Hola. —Digo.

—¡Nick, hijo mío! —Gimotea ella. Ya empieza con su teatro. —Al fin me hablas. Llevo cuatro años esperando este momento... sin saber de ti.

—Mamá, no empieces con esto. Si he aceptado a hablar contigo es para pedirte que dejes a Alice pasar la noche aquí, conmigo.

—¿Por qué? ¿Qué has hecho ya? ¿Tienes problemas? —Pongo los ojos en blanco.

—Ha desaparecido Sally, la hermana de mi amigo David, y resulta que es amiga de Alice también. No voy a darte más explicaciones, sólo que estamos preocupados y necesitamos a Alice para que nos ayude a encontrarla. —Suelto de mala gana. Alice me mira y sonrío para darme fuerzas.

—Está bien, no te preocupes. Pero hijo, quiero que vengas a casa, aunque sea para tu cumpleaños y podemos...

—Vale, gracias por dejar que se quede Alice. Adiós mamá. —Cuelgo y le paso el teléfono a Alice. —Puedes quedarte. —Digo y me tiro sobre la cama de Sally, en donde estamos sentados los tres.

Mi hermana dice algo, pero no la escucho. Miro al techo y recuerdo como el otro día la abrazaba aquí, la besaba y le arrancaba con mis dedos creo que el que fue su primer orgasmo mientras el inocente de su hermano dormía junto a nosotros. Fue morboso. Pero sobre todo tierno. Que me dejara hacer eso fue una muestra de confianza que yo no he sabido valorar y, aunque hubiera sabido, no podría haber valorado.

Las horas pasan y la madrugada se hace lenta y espesa. Los tres estamos aquí, tumbados en la cama de Sally, esperando a que ella aparezca en algún momento por esa puerta y diga que ya se le ha pasado el enfado.

Alice dice algo de que deberíamos haberla tenido más en cuenta si tanto nos importaba. Al menos cederle un poco de intimidad en esta casa. Y tiene razón. Pero, ¿cómo narices podía yo saber que me importaba tanto Sally si nunca me ha importado una tía de esa manera? Debería haber sido David quien lo viera. Yo habría protestado por haberle tenido que ceder espacio a ella también en mi apartamento, sí, pero lo habría hecho encantado para que ella sintiera mi casa como suya.

La cuestión es que no lo he hecho.

Quizá cuando vuelva pueda persuadirla de que se quede si le preparo alguna de las dos estancias para ella. Porque tendrá que volver. Toda su ropa está aquí, no tiene dinero ni nada. Y luego está todo lo que David me contó sobre los malos tratos de su padre a su madre. ¿La habrá tocado ese cabrón a ella también? Porque si es así lo sacaré de su tumba para patearlo y lo volvería a enterrar con mis propias manos otra vez...

Cuando soy consciente de que comienza a amanecer, decido que no voy a quedarme más quieto aquí, esperando. Alice se ha quedado dormida abrazada a David, supongo que, como acto de consolación, por eso no protesto al verlos. Me levanto, David me mira con ojos cansados y me meto en mi estudio.

Esta habitación es demasiado importante para mí, pero no podré pintar si Sally sigue desaparecida vagando por las calles por mi culpa. Así que comienzo a sacarlo todo y me lo llevo poco a poco a la sala de trabajo, en donde tenemos el gimnasio y la mesa del ordenador.

El salón de mi apartamento es bastante grande y podré montar allí todas las máquinas del gimnasio. Aunque la de las pesas quizá la deje aquí, en una esquina. Montaré aquí mi estudio para pintar y dejaré también la mesa del ordenador, de manera provisional, hasta saber qué hago con ella.

El que ha sido hasta hoy mi estudio será la nueva habitación de Sally. Sé que le gustará. Tiene mucha luz, es la más grande y podrá compartir conmigo mi baño, que también es el más grande de los dos que hay. Tengo jacuzzi y ducha spa. Recuerdo el día que la encontré canturreando en ella, parecía feliz de tener un baño así para ella.

El domingo avanza rápidamente gracias a que me paso el día ocupado con el traslado de mi estudio a la antigua habitación de gimnasio y trabajo. David

adivina mi intención y decide ayudarme en la labor. Cualquier cosa es mejor que tumbarse a ver pasar los minutos sin saber de Sally.

Alice también pone de su parte dándonos consejos sobre cómo distribuir mejor el espacio. Según ella, podríamos poner una mampara en el salón de cristal translúcido que separe el gimnasio de la sala de estar. No es mala idea, hay espacio suficiente. Miro en internet y veo algunas buenas opciones. David dice que se encargará de pagarlo con el dinero que ha “conseguido” recientemente. También buscamos una cama bonita y un armario a juego para la futura habitación de Sally. Alice es quién las elige. Y las cortinas. Llegarán mañana lunes para instalar todo lo que hemos comprado.

Pedimos comida china a la hora de comer y nos sentamos un rato a descansar. El día ha sido agotador y apenas hemos dormido unos minutos en toda la noche. Comemos sentados en la que ha sido la cama de Sally estos días y nos quedamos los tres dormidos en el acto justo cuando terminamos de comer.

28

Sally

Anoche soñé con Nick, lo poco que conseguí dormir. Me suplicaba que no lo dejara, de rodillas, que no podía vivir sin mí. La mente juega malas pasadas cuando menos lo necesitas. Me desperté de golpe y me costó situarme y darme cuenta de que estaba en San Andrés de nuevo. En casa de mis padres.

Durante muchos minutos estuve planteándome llamar a David y decirle que había cometido una estupidez al irme. Pero cuando tenía el teléfono en mis manos, no conseguía reunir las fuerzas para encenderlo y hacer frente a que, a pesar de que David pudiera estar preocupado por mí, Nick seguramente ni habría vuelto de estar con su querida Claire, a la que nunca ha tenido intención de dejar. Todo lo que me contó fue una milonga para que yo también cayera en sus redes y lo he hecho. No he perdido mi virginidad, pero puede que sea lo único que no he perdido por ese hombre.

David me advirtió que no era un tipo del que fiarse, si eras mujer. Y lo desoí. Hasta su propia hermana me lo advirtió...

Debería al menos hablar con Alice y decirle que estoy bien. Que le diga a mi hermano que no se preocupe. Pero hoy no lo voy a hacer. No hasta que sepa que Nick ha debido ya regresar a su apartamento y sufra durante unos míseros minutos mi ausencia. Aunque, poco debe importarle a ese que yo ya no esté.

Sin embargo, yo sí que lo echo de menos. Su sonrisa, sus maneras de sacarme de quicio, para bien y para mal, sus besos... ¡maldita sea!

El domingo por la mañana me recluyo en la habitación de mis padres y rebusco entre sus pertenencias. David y yo todavía no hemos decidido qué hacer con todo esto, ni siquiera con la casa. Creo haberle oído que su intención es que yo me quede con prácticamente todo, porque soy la única sin estabilidad económica y porque él no quiere saber nada que tenga que ver con nuestros padres. De modo que no creo que le moleste que tome algunas joyas de mi madre para revenderlas y sacar algo de dinero para mí. Para subsistir hasta que decida qué hacer con mi vida.

Tomo un par de anillos (la alianza de boda de mis padres) pues es de lo primero que quiero desprenderme y unos horrendos pendientes de perlas de mi madre que nunca se puso, pero que tienen pinta de caros, y los guardo en mi mochila.

Por la tarde, decido tumbarme en el césped trasero de la casa a tomar algo el sol y pensar. Pensar y pensar en lo mismo. En lo cerca que he estado de perderme por ese gilipollas de Nick. ¡Lo he frenado todo a tiempo! Estoy orgullosa de mí. Aunque, no entiendo por qué, sigo pensando en él, en la forma en la que me besaba las veces que lo ha hecho, en esa sonrisa tan arrebatadora, joder, y esos ojos... los ojos más bonitos que he visto en mi vida. La verdad es que he visto pocos rostros más hermosos que los de Nick. Debe de haber cientos de mujeres con sus corazones rotos por ese gilipollas por todo el estado. Pero ninguna cara bonita podrá conmigo. ¡Nunca!

Pero por la noche todo cambia. Cuando me vuelvo a tumbar en el sofá, frente a la tele, todo lo perdido me viene encima y comienzo a llorar como una niña. Primero lloro por mi madre, ni siquiera me he atrevido a pisar la cocina desde que volví. Ella me abrazaría y me consolaría si estuviera aquí y me haría ver lo muchísimo que valgo. Después lloro porque echo de menos a David y ahora que había vuelto a recuperarlo, tengo que volver a renunciar a él por la compleja situación en la que me hallaría quedándome en Dallas, en el apartamento de Nick. Por último, lloro y lloro por Nick, por lo tonta que me ha hecho sentir y lo vulnerable, porque me ha arrebatado mi preciado y precioso recuerdo de lo que había sido mi primera experiencia sexual tornándolo en un

recuerdo turbio y oscuro, por lo muchísimo que aún lo deseo y anhelo que venga a buscarme para decirme que él tampoco puede vivir sin mí. Pero no. Se estará burlando de mí ahora mismo, sabiendo que ha conseguido manipularme y hacer que sintiera esta intensa atracción por él.

El lunes es aún peor. No quiero salir de casa y tampoco entrar en la cocina. Así que como las sobras de pan rancio que compré el sábado cuando llegué y un poco de embutido. Pero no tengo hambre apenas. No consigo dormir, porque cada vez que cierro los ojos veo a Nick besándome y acariciando mi cuerpo, ya sea dormida o despierta. Y tengo un nuevo terror: no quiero convertirme en mi madre.

Siempre pensé que era diferente a ella, que las cicatrices que dejó en mi alma la injusta forma en la que la veía ser tratada por mi padre me marcarían lo suficiente para no dejar que ningún hombre de la faz de la tierra me hiciera sentir así de miserable, que me lo recordarían siempre. Pero no. Me he enamorado a la primera de cambio del hombre equivocado y le he dejado llegar a mi corazón sin ponerle obstáculo alguno.

Así que finalmente decido que sí que saldré de casa. Lo justo y necesario para ir a una joyería que conozco y revender las alianzas de mis padres y los pendientes de mi madre. Me dan por todo más de lo que imaginaba: mil quinientos dólares. ¡Vaya! Hasta mi pasado tiene un precio en esta vida. Después vuelvo a casa de mis padres y me recluyo de nuevo en el salón.

No puedo parar de pensar en Nick. ¿Siempre es así de intenso el amor para todo el mundo? ¿Tanto que hasta cuesta respirar? Quizá ahora comprenda un poco mejor cómo una persona de gran valía y carisma puede dejar que la apaguen lentamente por amor. Pero sigue sin ser motivo suficiente. No debe serlo. Siempre he leído novelas y visto películas en las que el amor al final lo puede todo y la gente cambia y se hace mejor y lucha y gana. El amor siempre gana en las novelas... Sin embargo, la realidad no parece ser así. Mi madre no ganó nada. Yo, en mi corta experiencia, tampoco.

Es lunes por la noche. Han pasado dos días y medio desde que me fui y a cada hora estoy peor. No dejo de llorar y de echar de menos todo de mi absurda y corta vida en Dallas.

Escucho unos golpes en la puerta de mi casa y sofoco un grito con la mano. ¡Mierda! ¿Quién será? ¿Será Nick o David? ¿Me habrán encontrado? Casi quiero que así sea. Casi. Pero no. Ahora mismo sigo en plena llorera y no voy a volver a casa de Nick para que me vea así, por él.

Me acerco con sigilo a la puerta y me asomo por una ventana cercana.

¿Andrew? ¿Qué hace él aquí? Abro la puerta y lo miro perpleja.

—¿Se puede? —Me dice con una sonrisa.

—¿Qué haces aquí? —Lo miro extrañada.

—De modo que es aquí donde te escondes. —Dice sin responderme y entrando a mi casa. Va directo al salón, desde donde escucha la televisión que está encendida.

—Andrew... no te ofendas, pero quiero estar sola.

—Esto está hecho un desastre. —Añade sin oír nada de lo que digo.

—¿Me has oído? —Me cruzo de brazos. Andrew me mira y suspira.

—Lo sé, pero lo que quieres y lo que necesitas son cosas diferentes.

—Ah, ¿sí? ¿Ahora tú eres el que sabe lo que necesito?

—Sí, necesitas olvidar. Pero regodeándote en tu pena no lo harás. —Me dice señalando el sofá lleno de restos de comida y de pañuelos de papel con los que me he secado las lágrimas. —Creo que sabes que puedes confiar en mí.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Tu hermano me ha llamado varias veces muy desesperado preguntándome por ti. También su amiguito amenazándome con que si se entera de que sé dónde estás y no se lo digo me arrancará las pelotas y me las dará de comer.

—¿Nick ha dicho eso? —Me alarmo y doy un paso atrás. —¿No les digas dónde estoy! ¡Por favor! ¡Por favor, no!

—¿Eh! ¡Tranquila! —Andrew se acerca y me abraza. —¿De qué tienes tanto miedo? ¿Te ha puesto una mano encima o algo ese desgraciado? —No contesto. Claro que me la ha puesto, porque yo se lo he suplicado prácticamente para que lo hiciera. —¡Vamos a la policía ahora mismo! —Grita Andrew malinterpretando mi silencio.

—¡No, no! ¡No lo entiendes! ¡No ha sido como crees! —Le imploro y me aferro a su camiseta. Andrew me mira confundido esperando a que le aclare todo. —Nick me ha tocado porque... yo quería que lo hiciera. Quería que... quería que... —soy incapaz de seguir y me echo a llorar como una imbécil — Soy una estúpida. Pensé que podría verme como alguien especial. Y ahora estoy completamente enganchada a ese desgraciado. —Andrew traga saliva, visiblemente incómodo con mi declaración. —Lo... lo siento. No sé para qué te cuento todo esto. —Me seco los mocos con el dorso de la mano y me separo de Andrew.

—Tranquila. Me dejaste muy claro que no es por mí por quien te

entregarías. Sabía que te gustaba. Sabía que os gustabais. Sólo había que veros juntos. Cómo os mirabais, os comíais con los ojos.

—No, Nick no me mira así. —Lloro. —Él quiere a otra.

—¿Estás segura? Estaba muy preocupado...

—¡David le habrá amenazado! Estoy segura.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Recluirte en casa de tus padres como si fuera una cueva? No puedes dejar el instituto ahora, Sally, que estás tan cerca de graduarte. Pronto irás a la universidad y podrás encontrar un trabajo que te ayude a subsistir y vivir por tu cuenta. Pero no puedes joder todo tu futuro por ese tío que se folla hoy a una y mañana a otra. —Me tapo los oídos.

—¡Calla!

—¡No pienso callarme! ¡Eres Sally Morrison! ¡La chica dura de San Andrés! ¡Tú eres la persona más valiente y fuerte que he conocido! ¡Deja de comportarte como una niña! ¡Ya no lo eres! Tus padres no están y no van a volver para consolarte. Tendrás que hacerlo tú solita y contar con el apoyo de los que te quieren y se preocupan por ti. Pero acabas de cumplir los dieciocho, Sally, y te espera tu futuro por delante. —Arranco a llorar de nuevo y me abrazo a Andrew. —Puedes llorar, eso está permitido. Pero no rendirte. Tienes que llamar a tu hermano, Sally. Está muy preocupado y sólo os tenéis el uno al otro.

—Creí que pensabas que él tampoco era bueno para mí. —Le digo con lágrimas en los ojos y confundida.

—Lo pensaba. Hasta que he visto lo verdaderamente preocupado que está por ti. Creo que debo confiar en que quiere lo mejor para ti y sé que ya has sufrido bastante pérdida. —El corazón se me arruga. Tiene razón. —Llámalo, Sally.

—Vale. —Digo rendida entre sus brazos. —Lo llamaré. Pero ahora necesito llorar un rato más.

Andrew se queda un rato más conmigo y vemos juntos una película de risa. Me sienta bien su compañía y hasta me río en un par de ocasiones de sus ocurrencias. Cuando la película termina se despide de mí, porque ya es de noche y mañana tiene clases en el instituto. Pero me promete que pasará por aquí cuando las clases terminen. Me da un beso en la frente y me vuelvo a quedar sola. Muy sola.

Subo a mi habitación y miro con recelo mi móvil y el cargador que están sobre mi escritorio. Tomo aliento y decido enchufarlo para cargarlo. Cinco minutos después sigo mirándolo como se carga poco a poco y al fin reúno las

fuerzas para encenderlo.

Sí, tengo que llamar a David. Seguro que averiguará que me escondo aquí cuando se dé cuenta de que tomé su llave prestada y tampoco me interesa que sepa que puedo contar con un refugio como éste, porque estoy segura de que lo necesitaré más veces cuando la cosa con Nick se me complique. David no habrá salido de casa esperándome. Por eso ni se habrá dado cuenta de la ausencia de sus llaves. Todavía no estoy segura de volver, pero al menos tengo que llamarlo.

¡Uff cuarenta y ocho llamadas perdidas de David! ¡Joder, cincuenta y cuatro de Nick! Y unas pocas más de Alice. Deben estar muy enfadados por mi actitud.

Pulso el nombre de David y le doy a llamar con el pulso tembloroso. Más me tiembla aun cuando me acerco el teléfono a la oreja.

—¿¿¿Sally??? —Es la voz de David y se me llenan los ojos de lágrimas al oír su preocupación. No debo llorar. Sally, aguanta. —Sally, dime por lo que más quieras que eres tú. Oye...

—Hola. —Digo en un hilo de voz.

—¡Oh, por el amor de dios! ¡Sally! —David está llorando. Espera, ¿David está llorando? —Dime dónde estás pequeña, por favor. Dime que estás bien. Dime que no te ha pasado nada.

—Tranquilo, estoy bien. —Oigo un barullo de fondo. Creo que las voces de Alice y Nick que le gritan preguntándole por mí.

—¡Callad, joder! Oye, Sally, vuelve a casa, te lo suplico, Nick y yo... — Me duele el alma oír el nombre de Nick.

—Todavía no. —Le corto. No puedo volver hoy, ya es de noche y seguramente no habrán autobuses a Dallas hasta mañana.

—¿Cómo que todavía no? ¿Dónde cojones estás? ¡No conoces a nadie en Dallas! ¡Te he buscado por todos los malditos rincones de la ciudad, maldita sea!

—David, esa no es mi casa. Nick y tú tenéis vuestra vida y yo...

—¿Qué quieres decir con que esta no es tu casa? ¡Claro que sí! ¡Nick no está molesto contigo aquí! ¡He hablado con él y...

—¡Dame, joder! —Escucho la voz de Nick de repente y me quedo helada. Mi hermano le grita de todo y le exige que le devuelva el teléfono. Pero oigo el sonido de una puerta cerrarse y creo que Nick se ha encerrado en algún sitio para evitar a mi hermano. —¡Sally! ¡Dónde estás! ¡Vuelve aquí ahora mismo! —Me grita. No puedo hablar. Le diría que me muero por verlo y no quiero.

Seguro que sólo quiere que vuelva para que mi hermano deje de estar tan insoportable por mi ausencia. —Nena... habla por favor. —Ahora suena mucho más desesperado. —Oye, yo... lo siento. Lo siento de veras. No quería que tú... joder Sally, háblame. No sé hablar de estas cosas y no sé por dónde empezar. ¿Sally? Oye, pequeña. Dime al menos que estás bien. Te lo pido de rodillas.

—Estoy bien. —Casi no me sale la voz. Nick lanza una risa que parece más un grito de alivio al oír mi voz.

—¿Por qué te has ido así? Háblame Sally.

—Porque... ese no es mi hogar.

—¡Claro que lo es! Oye, he sido un bruto, lo sé. Pero te necesito, Sally, te necesito aquí. De verdad. “¡Joder, Nick, abre la puta puerta!” —Escucho gritar a mi hermano.

—No quiero que me confundas. —Le digo casi suplicando.

—Sally, yo soy el que está más confundido de los dos. Y más jodido. Pero no quería salpicarte a ti con mis mierdas. Por eso te dije lo que te dije. Pero... escucha, tú eres... tú... vuelve, Sally, te lo imploro. —Se me escapan dos lágrimas. No debería estar escuchando esto. Yo sé que no es el hombre del que debería estar enamorada y oír estas cosas solo me abren más la herida.

—Para. —Suplico llorando. A estas alturas me da igual que me escuche llorar.

—¡No! ¡No voy a parar hasta que vuelvas! Sally, escucha, ésta es tu casa. Tu lugar está aquí. Por favor. David y yo te hemos preparado una habitación. Para ti.

—¿Ahora? No tenías que molestarte. Desde el primer día me dejaste muy claro que yo sólo soy una mocosa triste y deprimente que sólo ha llegado a tu vida para incordiarte...

—¡Sally! ¡Haré lo que me pidas! ¡Pero vuelve, por lo que más quieras! Necesito que vuelvas.

—No te creo.

—¡Es verdad, joder!

—¿Por qué?

—¡Te lo he dicho! ¡Me hace falta tu presencia! Te necesito...

—¿Para echar un polvo cuando te plazca?

—No. ¡No! O sea, sólo si tú quieres. Yo... ¡maldita sea! ¡No me lo pongas tan difícil! ¿Qué quieres, Sally? ¡Dímelo y lo hago! ¿Quieres mi habitación? ¿Quieres que hable con David de que tú y yo...

—Quiero que dejes de engañar a Claire conmigo. —Digo y me arrepiento en el acto. Lo que quiero es que deje a Claire para estar conmigo. —En realidad no. Lo que quiero es... es...

—Me... me gustas Sally. Más que Claire, más que ninguna otra tía que conozca. Eres... distinta. —Susurra y suspira. Como si le quemara decirlo.

—¿En qué sentido? ¿Qué soy para ti?

—Si vuelves te lo diré. Sólo si vuelves.

—¡No! ¡Dímelo ahora! ¡Quiero saberlo ya! ¡No voy a volver para ser tu distracción y que me jodas la vida, Nick!

—¡Oye, deja de gritarme! ¡No sabes las noches que llevo pasadas por tu culpa!

—¿Por mi culpa?! ¡Tendrás cara! ¿Quién fue el que me engatusó diciéndome que no tenía nada serio con esa tía y que querías terminar con ella? ¿Quién fue el que me sabotó toda posibilidad de acercamiento con Andrew para luego aprovecharse de mí y rematarme diciéndome que “nuestro juego” llegaba a su fin porque en realidad no tenías intención de terminar con Claire? ¿Y ahora tengo que creerte? ¿Por qué, a ver?

—Sally, maldita sea, vuelve a casa y te lo explicaré mejor. Pero por teléfono no.

—¡Pues lo siento, pero no voy a volver si no tengo una explicación de tus desvaríos mentales que me asegure que no corro peligro volviendo allí!

—¡Abre la puta puerta, te lo advierto Nick! —Sigue gritando mi hermano a pleno pulmón desde el otro lado de la puerta de la habitación de Nick, me imagino.

—¡Ya va! —Le grita Nick de vuelta. —Sally, oye, ven, hablemos y luego tomas la decisión que quieras.

—Necesito pensar. —No quiero rendirme todavía.

—¿Pensar? ¡Joder, cuánto tiempo!

—No lo sé, Nick. Dile a David que estoy bien. Dile que lo quiero mucho. —Me seco las lágrimas.

—¿Y a mí qué?

—¿Cómo que a ti qué? —Me deja de piedra.

—¿Me odias mucho? ¿Me perdonarás algún día? Vuelve Sally, por favor...

—No te odio. No puedo. —Cuelgo como acto reflejo, pues he estado a punto de decirle que yo realmente lo amo.

Esa noche me acuesto y me quedo dormida enseguida. Hablar con Nick ha

calmado mi ansiedad considerablemente.

David

Voy a asesinar a Nick. En cuanto abra esa puta puerta voy a estrangularlo. Dos días, ¡dos putos días sin saber de mi hermana! ¡Y cuando llama me roba el puto teléfono!

Nick abre al fin la puerta y me abalanzo sobre él, dándole de puñetazos hasta que uno lo tira al suelo. Alice se echa sobre mí para tratar de impedir que pegue a su hermano y recibe un puñetazo sin querer. Eso provoca la reacción de Nick que me tumba de un solo puñetazo a mí también.

—¡Basta ya! —Se interpone Alice entre Nick y yo mientras ambos nos miramos cargados de odio.

—¡Qué cojones has hecho! ¡Me ha llamado a mí no a ti! ¡Qué cojones te pasa en la mente!

—¡Tenía que hablar con ella! ¡Tenía que convencerla de que volviera!

—¡Y qué cojones piensas que iba a hacer yo, ¿contarle un cuento para dormir?! ¡Joder! ¡Maldito imbécil!

—¡Oye, yo también estoy preocupado por Sally!

—¡Sí, claro! ¡Llevas tocándole los cojones desde que la conociste!

—Pero eso ha cambiado. Ya no me molesta tenerla aquí. Es más, quiero que vuelva. —Suelto una risa de incredulidad. Después recuerdo que le he pegado a Alice sin querer y me vuelvo hacia ella, que se frota la mejilla golpeada. —¿Estás bien? —Me mira asustada. —Joder, no quería golpearte. Ven, te pondré hielo. ¡Y tú desaparece de mi vista! —Le grito a Nick. Éste gruñe y se encierra en su cuarto tras dar un portazo.

—Sois unos bestias, los dos. —Dice Alice y yo la abrazo.

—Lo lamento mucho. Estoy muy nervioso. Llevo dos días sin dormir y tu hermano es un jodido imbécil. Pero tú no. —Le digo mientras levanto su barbilla y examino con delicadeza su rostro. —Se te ha puesto roja. —Le digo y luego me topo con esa mirada. —Eres preciosa. —Digo sin pensar y sacudo la cabeza. Me voy a la cocina y busco algo de hielo, lo ato en un trapo y se lo doy para que se lo coloque en la mejilla. La miro pensativo. Aquí sigue, a mi

lado, a pesar de que he sido un capullo con ella.

—Ahora que sabemos que Sally está bien debería volver a casa. Mañana tengo clases. —Me dice.

—Quédate conmigo. Mañana te llevaré a clase. —Suplico.

—No tengo ropa limpia. —Dice sin creerse que le haya ofrecido a quedarse.

—Te dejaré algo de Sally. Vamos, quédate. —Me acerco a ella y acaricio con suavidad su mejilla golpeada. —Me toca mimarte ahora yo a ti. —Alice evita mirarme y me entristece que esos ojos me eviten.

—Tengo los libros en casa también.

—Llévate los de Sally también. —Al fin me mira.

—¿Para qué quieres que me quede?

—Porque me gusta estar contigo. Y, necesito relajarme un poco después de toda esta mierda. —Sin pensarlo me acerco y le robo un beso. —Y porque me gustas, mucho.

—David...

—Shhh, bésame. —Enmarco su bello rostro con mis manos y le como lentamente la boca. —Eres deliciosa...

—¿Ya no quieres alejarte de mí por mi hermano?

—No. Ahora lo que quiero es patearle el culo a tu hermano. Pero a ti... ven, vamos a la cama. Estoy hecho mierda.

—¿A tu cama?! —Pregunta escandalizada.

—Sí, claro. —Tiro de su mano y Alice me sigue.

—Pe... pero... Nick...

—Que le jodan a ese capullo. No creo que salga de su cuarto para no tener que pelearse conmigo de verdad. Porque debe saber que estoy más que enfadado con él y no pienso perder la oportunidad de matarlo si lo veo hoy. Y, estando tú aquí, no querrá empeorar la cosa más. —Meto a Alice en mi habitación y cierro la puerta con llave tras de mí. —Ahora desnúdate, Alice. Y métete en la cama, conmigo.

—Eres un arrogante. —Dicen sus labios, pero sus ojos brillan ante mis oscuras intenciones. Se desnuda frente a mí y me vuelvo loco al ver tanta hermosura frente a mí. Doy un paso en su dirección y ella retrocede.

—Ven aquí. —Le pido.

—No hasta que te desnudes tú también. —Sonrío.

—A sus órdenes. —Comienzo a quitarme la ropa y Alice se carcajea de mí, aguantando la risa en su mano. —¿Qué te hace tanta gracia? —La desafío

acercándome a ella desnudo y clavándole mi erección sobre su vientre.

—Estás de muy buen humor desde que has hablado con Sally. —Sonrío.

—Sí. Ha sido un alivio saber que está bien y estoy seguro que va a volver. Pero ya está bien de hablar de Sally. —Le beso y la empujo contra el colchón de mi cama. Alice cae y yo me coloco entre sus piernas. —Ahora voy a hacer que grites mi nombre. —Susurro en sus labios.

Deslizo mis dedos por su suave piel, en dirección al valle de sus pecados, al volcán que arde por mí. Alice gime ante la anticipación y enrosca su lengua en la mía con salvajismo. Me encanta su sabor. Es embriagador.

Cuando mis dedos alcanzan su sexo gruño al notar su humedad. Está tan excitada como yo. De pronto pienso, que esta mujer se merece un premio por todo lo que ha aguantado estos días. Mi mal carácter, mi preocupación, el miedo de no saber qué le había pasado a Sally. Ha estado aquí, en todo momento. Así que con mucho dolor me separo de sus maravillosos labios y desciendo por su cuerpo, besuqueando sus pezones, su terso vientre, toda su piel, hasta llegar a su sexo. Alice me mira sorprendida y se muerde los labios. Yo le dedico una traviesa sonrisa.

—No grites mucho. No queremos que Nick se entere, ¿verdad? —Ella sacude la cabeza diciendo que no con vehemencia.

Acerco mis labios a su sexo. Su piel arde bajo mi tacto y su dulce sabor enseguida colma mis sentidos. Alice se retuerce de placer ante mis agasajos y se tapa la cara con mi almohada para no gritar.

Cuando introduzco dos dedos en su hendidura me topo con la sorpresa de que llega al orgasmo de inmediato. ¿Ya? ¡Joder, sí que es receptiva! Mientras sigue sin aliento y con la cara aún tapada, cojo un condón de la mesita de noche y me lo pongo.

—Alice mírame. —Le digo y aparto la almohada de su rostro. Su boca se abre mientras se la meto lentamente y me pongo cachondísimo viendo ese espectacular gesto de placer en su precioso rostro. —Eso, así. ¿Te gusta? — Me muevo poco a poco en círculos en su interior. Ella asiente con la cabeza y emite un gemido que parece un sí. —Eres preciosa. —Le beso con hambre de sus labios y voy subiendo el ritmo en su interior poco a poco. No soy capaz de pensar en que me la estoy jugando con Nick de mala manera. Que está a escasos metros de mí y de Alice y que, si se le ocurre salir de su habitación en busca de su hermana, descubrirá el pastel y seré hombre muerto. Pero ahora mismo me da igual todo. Necesitaba descargar toda la tensión vivida en estas horas y Alice me parece la recompensa perfecta a tanto sufrimiento. Cuando

mis movimientos están completamente fuera de control, siento los músculos de Alice comprimir mi erección en su interior y sus manos arañar mi espalda.

—David... —susurra mi nombre y eso hace que pierda la razón.

—¿Estás cerca? —¡Oh, que me diga que sí! Porque yo ya no aguanto más.

—Sí... ¡Ahh! —Le beso rápidamente para acallar su gemido cuando veo que ha llegado al orgasmo y me vierto en el condón intentando controlar los míos también.

—Joder...

Nick

Maldita sea esa niñata y maldita la hora en que la crucé en mi camino. Ahora no consigo hacer nada en condiciones hasta que vuelva esa condenada. He intentado pintar para matar el tiempo y no tener que enfrentarme de nuevo a David. Nada, no he sido capaz de nada. También he intentado cascármela en la ducha, porque pensaba ilusamente que todo lo que me tenía así de tenso era un simple calentón prolongado y provocado por esa niñata alocada y sexi desde que llegó a mi vida. Pero no se me ha levantado ni un poco. ¡Joder, Sally es mi puto castigo por todos mis pecados!

Al final salgo de la ducha, me meto en mi habitación y pateo todo lo que encuentro hasta llegar a la cama. Me meto desnudo en la cama y me tapo la cara con la almohada, deseando quedarme dormido y despertar en un nuevo día con más esperanza.

Pero no puedo dormir. Un ente desconocido que creo que es mi conciencia me habla constantemente y me dice que la he debido de cagar mucho con Sally y que tengo que arreglarlo si quiero que las cosas vuelvan a su sitio, aunque no tenga ni idea de qué sitio es el de ella. ¿Debería hablar con David sobre lo que su hermana me hace sentir? ¡Qué gilipollez! ¡Cómo voy a contarle a mi mejor amigo que su hermanita, la única persona que tiene, me la pone dura como una piedra y sólo pienso en follármela una y otra vez!

Tampoco puedo contarle que es importante para mí a otros niveles, que la he convertido en mi musa para pintar y que centro en ella toda mi inspiración, porque a David le daría un infarto si viera los cuadros que he pintado con su hermanita, que todavía va al instituto, en posturas bastante eróticas que mi imaginación ha recreado para mí.

Pero todo eso no cambia el hecho de que la necesito. Necesito a Sally, que vuelva y que se quede a vivir aquí, conmigo. ¿Cómo puedo convencerla? Cojo mi móvil y tras mucho meditar, decido mandarle un mensaje.

“Me voy a morir de hambre si no vuelves pronto. Tu hermano sólo me da pizza para comer” Escribo y le mando esperanzado con que el tono

bromista de mi mensaje le haga disminuir su enfado hacia mí. Miro la foto que tiene en el chat y, aunque es antigua, me parece preciosa porque en ella se ve una Sally alegre y risueña, llena de vida. Mocososa, vuelve ya...

“Eres todavía más interesado de lo que imaginaba. Sólo me quieres para que te cocine.” Contesta y mi corazón se dispara. Vale, ya he captado su atención y está receptiva, tengo que hacer que se ablande.

“No sólo te quiero para eso...”

“No voy a ser el segundo plato de nadie, ¡olvidalo! ¡Tú estás con Claire y yo no me voy a meter en medio de una relación!” Responde en tono agresivo y me sorprende a mí mismo acojonado con su enfado, en lugar de molesto porque una mocosa me hable así.

“No muerdas, leona. No he dicho que te quiera por el sexo... te quiero para poder ver pasteladas en televisión contigo y limpiarte los mocos mientras lloriqueas, para poder darte envidia del coche que tengo y que veas que ninguno de tus amiguitos tiene tanta clase como yo, para presumir de los clubes nocturnos a los que puedo colar a jovencitas como tú porque soy el puto amo de Dallas y para ayudarte en tus deberes de clase (sobre todo en los de sexología)” Le escribo y le envío el emoticono de un guiño. Creo que es el primer emoticono que uso en mi vida, pero con niñas creo que es apropiado.

“Eres un gilipollas” Sonrío al ver su mensaje y casi puedo oírla llamándome así.

“No. Soy TU gilipollas” como no responde vuelvo a mandarle otro mensaje. **“Hoy he pasado el día montando tu nueva habitación con David, creo que te gustará. Pero vuelve pronto o me arrepentiré y te tendrás que conformar con el armario de la limpieza.”**

“¿De verdad quieres que vuelva?” ¿Está de broma? ¡No he querido nada tanto en toda mi vida!

“Desesperadamente. No te mentí cuando te dije que te necesitaba.” Vuelve a tardar en responder.

“Buenas noches. Estoy cansada.” Dice simplemente y se desconecta. Yo suspiro y dejo mi móvil sobre la mesita de noche.

Espero que sirva de algo tener que recurrir a suplicar a una mujer por primera vez en mi vida que no me deje...

Como sigo sin poder dormir (aunque estoy cansado de cojones) me asomo con cuidado desde el quicio de mi puerta y me alegra no ver a Alice ni a

David en el salón.

Lo que veo es un desorden de mil demonios, con todas las máquinas de mi gimnasio por medio en el salón. Pero todo sea por que Doña Hannah Montana se sienta cómoda en su ilustre nueva habitación cuando vuelva.

Sé que lo que estoy haciendo ahora mismo es del todo inmoral y pervertido, pero necesito como sea volver a recuperar el control de mi polla o voy a volverme loco. Eso de no poder empalmarme me tiene del todo deprimido y preocupado. Así que por eso estoy rebuscando entre la ropa interior que se ha dejado Sally en casa y mi sonrisa se ensancha al encontrarme unas bragas de encaje negro y otras de algodón con corazoncitos. Creo que prefiero las de corazoncitos. Jamás he follado con una tía que usase ropa interior así de inocente. Se me pone dura al instante y suspiro aliviado al ver que mi querido amigo sigue vivo.

Vuelvo a mi habitación y cierro con llave antes de meterme en la cama de nuevo con las bragas de Sally en la mano.

Me hago una paja antológica pensando en Sally y me esfuerzo enormemente en no gritar su nombre al imaginármela abierta de piernas para mí y gimiendo mi nombre en mi boca mientras la hago mía.

¡Sí que debo estar mal para acabar haciendo algo así!

Joder, Sally, vuelve...

31

Sally

Ya es martes. Fin de mi aventura en solitario. He comprado ya mi billete de vuelta a Dallas y he guardado en una maleta que he adquirido algunas de mis pertenencias que quedaron en casa de mis padres y algunas joyas de mis padres, por si tuviera que venderlas más adelante si la cosa se pone fea.

Mi autobús sale con dirección a Dallas en una hora, pero antes de irme he venido al instituto a buscar a Andrew para despedirme de él.

Lo encuentro en el césped tirado, escuchando música con sus auriculares mientras lee una revista de deporte. Le doy un susto de muerte y grita como un histérico cuando me tiro sobre él.

—¡Ahhh! ¡Joder, Sally! ¡Me has dado un susto de muerte! —Se queja mientras se incorpora y se quita los auriculares. Después me mira confundido. —Pareces otra. Pareces un ser vivo de nuevo.

—Me vuelvo a Dallas. Quería venir a despedirme de ti. —Le confieso y me encojo de hombros.

—¿Vuelves con tu hermano y...

—Sí. —Le freno para que no pronuncie el nombre prohibido. Aún no sé cómo voy a encarar a Nick cuando lo vea ni en qué incómoda nueva situación nos encontraremos. Pero necesito volver y averiguarlo. —La verdad es que no estoy preparada para vivir sola, todavía. —Andrew se limpia el césped de su ropa y luego me mira sonriente.

—Siempre puedes irte a vivir conmigo. —Dice no tan en broma como pretende.

—Lo tendré en cuenta. —Le beso la mejilla. Andrew me sorprende dándome un apretón que me sabe a gloria y yo le devuelvo el abrazo. —Gracias. Y perdóname por todo.

—No hay nada que perdonar. Sigo pensando que la vida te pondrá junto a mí, pero que ahora no es tu momento. Así que voy a darte tu tiempo. Para que cuando decidas volver a mí sea porque ya sepas que serías muy feliz a mi lado.

—Eso que acabas de decir es lo más bonito que me han dicho nunca. —Lo miro emocionada.

—Cuídate, Sally.

—Lo haré. Te llamaré. —Sin pensarlo, le doy un pequeño beso en los labios y me separo de Andrew rápidamente.

En el autobús de vuelta a Dallas, siento que mi corazón se me va a salir del pecho. He imaginado tantas veces cómo será mi reencuentro con Nick, que ya no sé cuál de las mil versiones que he imaginado me encontraré. Ni recuerdo todo lo que tenía pensado decirle al verle cuando al fin el autobús llega a Dallas.

Ya está anocheciendo. Mejor. Tengo la intención de poner como excusa que mañana tengo clases para que no me martiricen con un interrogatorio acerca de dónde he estado estos días. Con suerte, David no habrá descubierto que falta su llave y yo he hecho una copia tanto de las del apartamento de Nick como de la casa de mis padres para mí, por si las necesito alguna vez.

La ropa que llevo puesta también es una declaración de intenciones. He decidido vestirme con un traje de pantalón y chaqueta negro con raya diplomática blanca que era de mi madre y me sienta genial. Con la esperanza de reflejar la imagen de alguien adulto, en lugar de una niña asustadiza. Aunque me he puesto un top rojo debajo de la chaqueta que es más juvenil, pues deja mi vientre al aire y así tampoco parezco una vieja del todo. También me he soltado el pelo y me he maquillado.

Llego hasta el edificio donde está el apartamento de Nick cuando ya está el cielo oscuro. Suspiro y miro hacia arriba. Veo luz. David debe estar allí y puede que Nick también. Con el pulso tembloroso abro la puerta del portal y tirando de mi maleta me introduzco en él y llego hasta el ascensor. Me parece que pasan tres años hasta que el ascensor se abre.

Estoy más que nerviosa. No pensé que me pondría tanto. Ahora mismo no sé si ha sido buena idea volver. ¡Tengo miedo! Estoy completamente cagada por tener que ver a Nick y no saber si voy a caer de nuevo en sus brazos a la primera de cambio. ¡Ay dios! ¡Tengo que ser fuerte! ¡Pero cómo! Si no he estado enamorada en mi vida, si he ido a enamorarme del más peligroso de todos y el que más experiencia tiene con las mujeres.

Cuando se abre la puerta del ascensor mi corazón se para en seco al escuchar al otro lado de la puerta que da al apartamento de Nick dos voces.

—Nick, tío, ¿has visto mis llaves de casa? —Escucho decir a mi hermano.

—Emmm, nop. Por cierto, ¿Alice se fue anoche al final? No me dijo nada

antes de irse.

—Sí, sí, se fue anoche. Esto... estaba cansada. Han sido unos días muy difíciles, ya sabes...

Es como si el tiempo se hubiera ralentizado cuando finalmente abro la puerta del apartamento de Nick. Él, la causa de todos mis males, está justo de frente a mí y se queda pálido. David, al ver su cara, se gira lentamente y se le cae el teléfono de las manos al darse cuenta de que verdaderamente soy yo, y no una alucinación, lo que está viendo.

—Sally... oh, ¡Gracias al cielo! —Se abalanza sobre mí y me abraza, haciéndome soltar todos mis bártulos. Lo abrazo también y miro a Nick, que sigue en la misma posición en la que estaba cuando entré, mirándome fijamente y convertido en muñeco de cera.

—Hola, David. —Susurro a mi hermano porque su fuerte abrazo casi no me deja ni respirar.

—¡Joder, me tenías tan preocupado! ¡No me vuelvas a hacer algo así! — Quiere reprenderme, pero sé que le da miedo ser demasiado duro conmigo y que eso haga que me quiera ir de nuevo. Le sonrío. —Por favor. —Añade. — ¡Mírate! ¡Pareces una mujercita vestida así! —Vuelvo a mirar a Nick y sigue igual de pálido y de inmóvil.

—Hola, Nick. Intenta al menos fingir que te alegras de verme. —Nick abre la boca para decir algo, pero vuelve a cerrarla. Vuelve a abrirla y luego la cierra de nuevo.

—¡Joder, Nick! —Protesta mi hermano. ¿Qué le pasa? ¿Ha cambiado de idea y prefiere que no vuelva? ¿Está enfadado? —No le hagas caso, seguro que se alegra de verte. ¡Dónde cojones has estado metida! —David me reprende, yo le frunzo el ceño. Quisiera gritarle que me deje en paz, que deje de ser tan protector conmigo, pero la mirada inquisitiva de Nick y el hecho de que no haga el mínimo gesto por hacerme un recibimiento me está poniendo nerviosa. —Da igual, no lo vuelvas a hacer. ¡Nunca!

—David... deja de tratarme como una niña.

—¡He estado muy preocupado! ¡Hasta el capullo ese lo ha estado! — Señala a Nick que al fin se mueve, aunque sólo para meterse las manos en los bolsillos de sus jeans y levanta la cabeza para mirarme con altivez. Yo lo miro de reojo y vuelvo a mirar a David.

—No me han matado, ya lo estáis comprobando los dos.

—¡Sally, no es divertido! ¡Hasta me has hecho llorar, joder! —¿Cómo? ¿David llorando? ¡Sí, claro!

—¡Ja! ¡Eso sí que no me lo creo! —Sacudo la cabeza y me adentro en el salón. Mi sofá-cama ha desaparecido y mi maleta también. Y, además, veo un montón de máquinas de gimnasio a un lado del salón.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Te dije que ahora tienes una habitación. —La voz de Nick suena de repente a mi espalda y doy un brinco al sentirlo tan cerca. Al girarme, me quedo congelada al verlo frente a mí, mirándome de esa forma tan intensa. Estoy casi segura de que está enfadado. —Bienvenida de nuevo a casa, Señorita Morrison.

—¿Ya no soy Hannah Montana? —Le reto. Nick entrecierra los ojos sin encontrarle la gracia a mi sarcasmo.

—No, ahora eres...

—¡Ni se te ocurra joder las cosas otra vez, Nick! ¡Deja de provocarla! — Interrumpe mi hermano. Nick aprieta la mandíbula y puedo ver el músculo de la misma tensarse. ¿Por qué me mira así? He vuelto, ¿no? Como él quería. — ¿Tienes hambre? —Pregunta David. Niego con la cabeza todavía atrapada en la mirada de Nick, intentando descifrarla. —¿Necesitas algo? —Vuelvo a negar. Nick me mira de arriba abajo y estoy a punto de gritarle que me diga de una vez en qué piensa. —¿Qué llevas en esa maleta? Bueno, no importa, voy a dejarla en tu cuarto. —Al fin mi hermano desaparece y se lleva mi maleta.

—De modo que es verdad que ahora tengo una habitación. —Intento sonsacarle alguna palabra a Nick. Él asiente, pero no emite sonido alguno. — ¿Qué? ¿Por qué me miras así? —Nick suspira. —Estupendo, ahora ni me hablas. —Me giro para ir por dónde mi hermano se ha ido y poner distancia con él, pero Nick me lo impide cogiéndome de la mano. —¿Qué pasa? —No dice ni una palabra. —¿Tienes algo que decirme o no? Porque me estás empezando a poner nerviosa.

—Sí, pero no con David presente. Ya hablaremos a solas, tú y yo. —Sus palabras suenan a amenaza y trago saliva.

—¡Sally! ¡Ven! ¡Tienes que ver tu habitación! —David me llama y sigo mirando a Nick, como si esperase que me diese permiso para alejarme de él.

—Ve, deberías verla. —Sigo la voz de mi hermano y me adentro en el pasillo. Me extraño al verlo salir del estudio de Nick.

—Espero que te guste. —David señala el interior del estudio de Nick.

Debe estar de broma... pero no. Cuando entro veo un precioso dormitorio con una enorme cama de madera pintada de blanco y con cuatro postes. Un armario blanco también y bastante bonito y hasta unas cortinas blancas

adornadas de algunas notas musicales en varios colores. Hay una televisión enorme colgada de la pared frente a la cama. El dormitorio es enorme y lleno de luz.

—No puede ser verdad... ¿Y el estudio de Nick? —Me giro para preguntárselo a mi hermano y me vuelvo a encontrar a Nick, observándome paciente apoyado en el marco de la puerta con las manos metidas en los bolsillos. —¿Dónde está, Nick? —Me siento culpable. Pintar es su sueño. Me acerco a él lentamente y su mirada vuelve a ser de lo más intensa.

—Lo he pasado a la otra estancia. Por eso están las máquinas del gimnasio en el salón.

—Yo... no sé qué decir. —Estoy de lo más sorprendida y anonadada.

—Di que te gusta. —Me contesta Nick encogiéndose de hombros. —Di que te quedas. —Sigue queriendo que me quede... por algún extraño motivo.

—Me gusta. —Confieso volviendo de nuevo la mirada a mi nueva habitación. —Me encanta.

—Bien. Estarás cansada. Espero que duermas bien. —Nick se acerca a mí y me besa la frente. —Buenas noches. ¡Ah, por cierto! Ahora compartimos baño tú y yo. Ya sabes por donde se entra a él. Hasta mañana. —Dice y se gira para irse de mi nueva habitación. Estoy en shock.

—Sí, será mejor que descanses y que te establezcas en tu nueva habitación. Me alegro mucho que hayas vuelto enana, me habría muerto si no lo hubieras hecho. —Dice David abrazándome de nuevo y besando también mi frente. —Buenas noches. —David también se va y cierra la puerta tras de sí.

Debo estar alucinando. ¿Nick ha renunciado a su estudio de siempre por mí? Bueno, no ha renunciado, lo tiene en la otra habitación, pero sé que le encantaba estar aquí. ¡Guau! ¡Esta habitación es enorme! Es como el salón de la casa de mis padres. ¡Incluso mayor! Y tengo baño que comunica con mi habitación... ¡Con jacuzzi y ducha spa! Podría darme un baño en el jacuzzi y después dormir como una tonta. Necesito al fin dormir una noche bien.

Estoy más feliz de haber vuelto de lo que me imaginaba que podía estar. Rebusco en mi maleta un camisón de seda que perteneció a mi madre y me meto en el baño más que feliz. Acciono el jacuzzi y espero a que se llene. Mientras tanto me miro en el espejo y recreo la cara que ha puesto Nick al verme volver. ¿Qué estará pasando por su mente? Parece contento y a la vez enfadado de verme aquí de nuevo. Me hubiera encantado que me recibiera con un abrazo o algo, pero apenas me ha tocado más que para darme un beso paternalista en la frente de buenas noches.

Me meto en el jacuzzi y cierro los ojos. Mmmm esto es genial. De pronto, la puerta que comunica el baño con la habitación de Nick se abre y me quedo de piedra al verlo entrar, acercarse a la puerta del baño que da a mi nueva habitación, cerrarla con pestillo y sentarse a mi lado, calmadamente. ¿Cómo no se me ocurrió echar el pestillo de su puerta? Menos mal la espuma cubre mi cuerpo, pero aun así me tenso muchísimo de tenerlo a mi lado estando completamente desnuda.

—¡Nick! ¡Vete! ¡Me estoy dando un baño, joder!

—Sí, ya lo veo. Espero que el jacuzzi sea de tu agrado. —Dice con mirada siniestra.

—Vete, por favor.

—No. Te dije que tenemos que hablar.

—¿Podemos hacerlo cuando esté vestida?

—Quiero que me prometas que no vas a volver a irte. —Me ordena, desoyendo mi petición de que se marche.

—Nick, podemos hablar de esto cuando me bañe, no seas así, hazme el favor.

—Prométemelo Sally.

—¿A qué viene tanto interés repentino por mí? Vas a hacerme creer que te gusto. —Intento que suene a broma, pero la verdad es que quiero saberlo. Necesito saber qué le pasa conmigo.

—No te hagas la ingenua conmigo, sabes de sobra que me pones muy cachondo. —Me acusa con mirada intimidatoria.

—Vaya... qué romántico. —Me burlo.

—Yo no soy romántico. Ni soy bueno con las mujeres. No deberías querer saber si me gustas más allá del plano sexual o no. Eso no sería conveniente para ti ni para mí. Sólo quiero que me digas que no te vas a ir y ya buscaré la manera de cuadrarte en mi vida.

—¿De cuadrarme en tu vida? ¡Cómo si tú tuvieras ese poder! Nick, yo no voy a ser tu juguete, ¡olvídalo! —Me incorporo y me siento para mirarlo de frente, sin importarme que mi pecho desnudo quede a la vista. —Deja de fantasear con la niñita ingenua que te va a entregar su virginidad para que cumplas una fantasía sexual. ¡Yo no soy tu puto juguete sexual!

—Yo no he dicho nunca que fueras tal cosa. —Contesta mirándome a las tetas. ¡Ja! ¿Será imbécil? Al final, tengo que tapármelas con las manos para que no me intimide tanto. Cuando lo hago vuelve a mirarme a los ojos. —Te deseo, sí, pero nunca he pretendido que mi deseo por ti te hiciera sentir

incómoda. He esperado paciente a que tú me des las instrucciones de si puedo acercarme a ti o no. Y cuando no has querido que te toque, lo he respetado, Sally. Eso es mucho más de lo que cualquier mujer de esta tierra podría decir de mí.

—¡Vaya, qué considerado!

—¿Y tú qué? No te hagas la inocente. Recuerdo que una noche me suplicaste que te follara, te pedí que no te encapricharas de mí y me dejaste muy claro que sólo buscabas tu primera experiencia sexual conmigo. ¡Dime cómo le llamas tú a eso! ¿No era yo tu juguete? —Abro la boca para hablar y tardo un rato en encontrar las palabras. Tiene razón.

—Yo... tú... ¡Pero me ocultaste que estabas con Claire cuando todo este juego empezó! —Recuerdo al fin qué fue lo que lo embarró todo.

—No debería importarte lo que hago o dejo de hacer fuera de las paredes de este apartamento si sólo quieres sexo conmigo, Sally. —Dice muy serio.

—Te recuerdo que tú has intentado sabotear mis dos intentos de cita con Andrew, Nick, no me tomes por idiota. ¡Me confundiste! ¡Me hiciste pensar que te gustaba de verdad y que querías algo más que simplemente jugar! Por eso yo... pensé que a lo mejor no era sólo un simple juego. —Nick se muerde el labio inferior y mira al suelo.

—Ya te pedí perdón por eso.

—¡Genial! ¡Estoy aquí, y eso significa que te he perdonado! Pero no quiero seguir jugando. El juego ya no es divertido. —Nick me mira con tristeza.

—¿Ya no te atraigo? —Se me corta la respiración. ¿En serio disimulo tan bien para que piense eso? No he visto rostro más bello que el suyo en mi vida, nadie ha sabido encenderme como él... su voz, sus ojos, sus gruesos labios, su sonrisa, el músculo de su mandíbula... todo en él me atrae y me atrapa.

—Creo que lo mejor será que no hablemos más de este tema, Nick. Ambos sabemos que no nos traerá más que problemas y si quieres que me quede, tendremos que encontrar la forma de convivir.

—No me has contestado. —Vuelve a ponerse en modo intimidatorio.

—¡Ya está bien! —Necesito salir de esta estúpida conversación. No quiero confesarle lo muchísimo que me gusta y cuantísimo lo deseo o no tendré nada que hacer en mi plan de “fingir desinterés por Nick” —Ya hemos hablado. Ahora vete y deja que me vista tranquila.

—Sally, no me voy a mover de aquí hasta que me digas que ya no sientes ningún tipo de atracción por mí. —Se levanta y se queda de pie frente al

jacuzzi. Pongo los ojos en blanco y finalmente me pongo en pie y decido empezar a ignorarlo desde ya.

—Pásame la toalla. —Le señalo completamente desnuda frente a él.

Para mi sorpresa, Nick no sólo no lo hace, sino que además se acerca a mí y entra en el jacuzzi completamente vestido con sus jeans y su camiseta blanca. La parte baja de sus vaqueros se empapa y cuando lo miro a los ojos lo tengo a escasos centímetros de mí.

La sangre me hierve enseguida, la noto agolpada en mis mejillas. Su mirada me traspasa y me relamo al fijar mis ojos también en sus gruesos labios. Cuando siento las yemas de sus manos acariciar mis brazos en dirección a mi cuello, emito un pequeño gemido apenas audible, pero no hay forma que Nick no lo haya escuchado a esta distancia. Aferra mi cuello y se acerca a mis labios.

—Yo a ti sí te deseo con todas mis fuerzas. —Dice y mi cuerpo reacciona por su cuenta abalanzándome sobre él y besándolo con toda la pasión que una chica de dieciocho años puede experimentar.

Nick gruñe en mis labios y se aferra a mi pelo con fuerza mientras ambos devoramos nuestros labios con desesperación. Sus besos son lo que más había extrañado de todo. Jamás podré decirle que no a sus labios. Esos mismos labios que ahora descienden por mi mandíbula, mi cuello y llegan a mis senos.

Cuando siento sus dientes morder uno de mis pezones y su cálida y húmeda lengua rodearlo mi cuerpo se contrae de placer, aprieto los ojos y gimo en dirección al cielo.

Ni siquiera soy capaz de oponerme a sus manos que tiran de mis piernas para separarlas y dejar mi sexo expuesto a su merced. No pienso en qué va a hacerme, simplemente le dejo. Aunque lo sé. Sé bien sus intenciones. Y aun así me sorprendo dando un grito cuando siento su lengua hacer círculos en el vértice de mis piernas, en el centro de excitación de mi sexo. Es la sensación más divina del mundo y no podría pararlo, aunque lo intentara con todas mis fuerzas.

Pero no lo intento.

Lo que hago es aferrarme a su oscura melena y atrapar mechones de su pelo entre mis dedos.

—Nick... joder Nick...

—Sé que me deseas, tu cuerpo ha contestado por ti. —Dice introduciendo dos dedos en mi sexo. Su arrogancia me envenena y decido contestarle una grosería. Pero cuando agacho la vista y veo la imagen más sexi del mundo, de

Nick arrodillado y mojado frente a mí y mirándome con fuego en los ojos, no puedo decir nada —Mírate. Estás tan mojada y caliente que vas a entrar en ebullición. —Susurra mientras mueve sus dedos en mi interior. ¡Quiero protestar! Pero no puedo.

—Nick... no...

—Seré tuyo. —Me dice y no puedo evitar sorprenderme y contraerme ante sus palabras. Vuelvo a buscar sus ojos para averiguar qué quiere decir. —Seré tu esclavo y tú serás mi musa, mi inspiración. —No sé qué significa eso.

Cuando voy a preguntarle vuelvo a sentir su lengua en mi sexo y grito como una condenada de placer. Es demasiado. Su lengua por fuera y sus dedos por dentro. Así es como Nick me anula, acaparando todos mis sentidos, por fuera y por dentro. Me dejo llevar por la lujuria y vuelvo a aferrarme a su pelo con fuerza, presionando a Nick contra mi sexo. De repente, una oleada de fuego me consume por dentro y exploto en una pirotecnia de infinitas gotas de placer que sacude mi cuerpo. Grito con tanta fuerza que Nick se ve obligado a ponerse de pie rápidamente y acallar mis gritos con sus besos. Me desplomo en sus brazos y dejo caer mi cuerpo, que es peso muerto, otra vez en el jacuzzi. Nick me sigue y se tumba a mi lado, completamente vestido.

—Estás completamente loco. —Murmullo apoyando mi cabeza en su hombro. El murmulla también algo, pero no alcanzo a entenderlo.

—Te vas a quedar dormida aquí, vamos fuera.

—Mmmm.

Nick se levanta y sale del jacuzzi, creo. Porque yo me he quedado tan agotada que no puedo ni abrir los ojos. Después de llevar varios días sin apenas dormir y tras el ataque tan divino a mi cuerpo que Nick a protagonizado, estoy a punto de entrar en coma y perder el sentido.

—Venga, vamos a la cama. —Siento que Nick me levanta en brazos y me saca del jacuzzi. Ahora siento su piel desnuda contra mi mejilla y supongo que será porque se ha quitado la ropa mojada que antes cubría su piel. Pero, lo demás, no soy capaz de recordarlo.

Nick

Sally sigue dormida cuando escucho ruido en el salón. A pesar de que he dormido con ella en su nueva cama, decido salir al salón a hablar con David por la puerta de mi habitación para disimular. Esta es la mejor parte de haberle cedido mi antiguo estudio a Sally: ahora nuestras habitaciones están comunicadas a través del baño y podré entrar en la suya cada vez que quiera sin levantar sospechas.

David está preparando café y lo miro extrañado porque está muy arreglado.

—¿Vas a salir? —Le pregunto.

—Sí, tengo que volver a ponerme las pilas ahora que Rebecca se ha ido a Washington. —Asiento con poco entusiasmo. —Y tú deberías hacerlo también. ¿Sabes si Sally ha ido al instituto?

—Está dormida, creo. —Añado cuando me percató de cómo me mira David. —Debe estar agotada. Ya recuperará las clases. Sólo ha perdido tres días.

—Está bien. ¿Y qué planes tienes tú?

—Estoy trabajando en algunos bocetos. —Contesto y es verdad. He dormido maravillosamente bien junto a Sally, aunque ella no ha sido consciente de que compartía la cama conmigo en ningún momento, pues anoche se quedó prácticamente muerta en mis brazos cuando la llevé a su nueva habitación, incluso mientras la secaba y la introducía en su nueva cama. Esta mañana, al despertar y verla dormir desnuda y bañada por la luz del sol que luchaba por entrar entre las cortinas de su habitación, cogí mi libreta para los bocetos y comencé a dibujar cada una de las diferentes perspectivas que esa divina musa me mostraba mientras dormía.

—De acuerdo, pero cuando lo de la exposición termine, tendrás que ponerte las pilas, Nick. Al menos si no sale como esperas. Sé que estás un poco aburrido de dedicarte a eso, créeme, yo también, pero es lo único que sabemos hacer.

—Supongo que por una vez en la vida voy a confiar en que mi sueño puede salirme bien. Voy a intentarlo al menos. Si no es así, ya me pondré las pilas, David. —Digo cogiendo una taza de café y dirigiéndome otra vez a mi habitación.

—Me parece bien. De verdad que sí. Hay que luchar por los sueños. Luego nos vemos. No te pelees demasiado con Sally. —Dice David y yo le guiño antes de cerrar la puerta de mi habitación.

Echo el pestillo y me dirijo de nuevo a la habitación de Sally, a través del baño. Sigue inconsciente. Tomo el lugar de antes, sentado en el suelo y apoyado en la pared que hay junto a su cama, cojo de nuevo mi libreta de bocetos y mi carboncillo, suelto la taza de café junto a mí y continúo el último boceto que he dejado a medio hacer de mi musa durmiente.

—¿Qué haces? —Su voz suena adormilada. La miro y me quedo absorto. Sentada, con las sábanas enredadas en sus piernas y su sexo a medio esconder entre ellas, su torso desnudo mostrando esas tetas perfectas y su caída perfecta, su larga melena enmarañada y su delicada mano apoyada en el colchón para guardar el equilibrio.

—No te muevas. —Le digo y uso un papel nuevo para comenzar a dibujarla y captarla en este preciso momento. Menos mal me hace caso por un instante (supongo que porque está adormilada) y puedo capturar el momento deseado con rapidez. Pero poco después se da cuenta de que está desnuda y se tapa rápidamente con las sábanas.

—¿Qué coño haces en mi habitación!

—Dibujar. —Digo con indiferencia y sigo metido de lleno en el boceto que he comenzado a hacer de Sally antes de que se me escape la imagen que quiero recrear de la cabeza.

—¿Me dibujas a mi dormida? ¡¿Y desnuda?! ¡Eso no debe ser ni siquiera legal! —Grita y se levanta de la cama envuelta en sus sábanas. Sé que viene hacia mí y sé que sus intenciones no son conciliadoras. Así que cierro mi libreta y la escondo en mi espalda justo antes de que ella pueda interceptarla.

—¡Ni se te ocurra! —Le ordeno con voz autoritaria. Ella no me hace caso y se agacha sobre mí para intentar quitarme la libreta.

—¡Dame eso!

—No. —La sujeto sobre mí con mi mano libre, mientras la otra guarda mi libreta en mi espalda. Sally me mira cuando ve que está sobre mí, desnuda y su rostro a escasos milímetros del mío. Sus mejillas vuelven a encenderse, posiblemente al recordar lo que le hice anoche.

—¡No entiendo a qué estás jugando! —Me aparta con sus manos y se levanta de nuevo. —¡Se suponía que iba a tener mi propia habitación para tener intimidad y ya no sólo no la tengo en mi habitación, sino que tampoco en el baño!

—Te dije que no te haría nada que tú no quisieras. —Me defiende y me levanto del suelo. —Y anoche no te vi protestar mucho.

—¡Eres un cretino! —Parece enfadada. Me sorprende. Quizá porque no quería rendirse a mí tan fácilmente y está viendo fracasar su plan estrepitosamente. Seguramente sigue enfadada por lo mío con Claire, porque ella no sabe nada de lo que pasa con esa mujer y el verdadero motivo por el que no puedo dejarla aún y necesitaba mostrarme bastante más indiferencia de la que me ha mostrado.

—Vaya, has avanzado en la escala de los insultos.

—¡Vete de aquí o llamo a David! —Me grita encolerizada señalando la puerta. Maldita sea, necesito calmar a esta fiera y explicarle que no debe hacer esto. Que necesito de su cercanía para mi inspiración.

—David no está. Tranquilízate. —Le digo con mis manos y tratando de sonar sereno.

—¿Que me tranquilice? ¡No dejas de invadir mi privacidad!

—Está bien, mira, te propongo un trato. —Por fin su curiosidad hace que se relaje y baja las manos.

—¿Qué clase de trato?

—Dime qué quieres de mí.

—¿Cómo? —Pregunta confundida.

—Dímelo, Sally, necesito saber con qué contraofertar.

—¿Contraofertar? —Asiento. —No entiendo nada.

—Yo estoy dispuesto a ser sincero y decirte qué es lo que necesito de ti y tú serás la que ponga el precio. Es una negociación simple, Sally. —Parpadea unas cuantas veces, procesando la información.

—¿Qué es lo que quieres tú de mí para que seas tan persistente?

—He dicho “lo que necesito de ti”, Sally. Lo que quiero de ti y lo que necesito de ti son dos cosas completamente diferentes e incompatibles. Y puestos a elegir, he elegido mis necesidades antes que mis deseos. Al menos, hasta que pueda solucionar ciertas cosas.

—Cada vez entiendo menos. —Su frente se arruga de una forma preciosa. Me encantaría poder estar dibujándola ahora mismo.

—Está bien, te lo pondré más fácil. Te diré yo primero qué necesito de ti y

tú pondrás las condiciones, ¿te parece? —Sally me mira perpleja y asiente lentamente. —Necesito que seas mi musa, mi inspiración, que poses para mí. —Sus ojos se abren escandalizados y me apresuro a seguir con mi exposición de los hechos antes de que me llame gilipollas o cretino o algo así. —¡Sally, esto es muy importante para mí! ¡Es lo más importante que he hecho en mi vida! Llevo buscando la inspiración para pintar desde hace seis años, cuando todo cambió en mi vida, y tú me la has devuelto. Desde que apareciste en mi vida, no he dejado de pintar y de imaginar cuadros en mi mente. ¡Nunca había sentido la inspiración florecer de esta manera en mí! Pero, cuando estas cerca, corre por mis venas y me dispara los sentidos. Necesito una maldita oportunidad en mi vida y quiero pensar que puedo conseguirlo, que soy más que una puñetera cara bonita que me recuerda cada día frente al espejo todos mis pecados. —Sally se queda muda y me mira sin pestañear. —Di algo, por favor. Tú pondrás las condiciones.

—¿Eso es todo lo que quieres de mí? ¿Que pose para ti desnuda cómo y cuándo tú dispongas? —No, no es lo único que quiero de ella, pero no es justo que le pida otra cosa si es posible que Claire esté esperando un hijo mío.

—Sally, no he dicho...

—¡Pues aquí están mis condiciones! ¡No quiero que me toques nunca más! ¡Voy a posar para ti, me verás desnuda, me desearás, pero no me tocarás nunca más! —Grita y otra vez está enfadada. ¡Joder, que tía más difícil! Para colmo, parece que tiene los ojos llenos de lágrimas.

—¡Yo no he dicho que eso sea lo que quiero de ti! ¡Dije que es lo que necesito! ¡Pero, vale! ¡Si no quieres que te vuelva a tocar y te arranque gritos de placer como lo hice anoche, tienes mi jodida palabra de que no te tocaré! ¡Joder! —Sally abre la boca y vuelve a cerrarla. No te ha gustado que te diga eso, ¿verdad, leona? —No te besaré con toda esa pasión que me haces sentir, no acariciaré tu piel como me muero por hacerlo una y otra vez —prosigo con mi plan de torturarla con sus condiciones —no te pondré tan mojada y cachonda como te puse ayer, cuando te aferrabas a mi pelo y gritabas que te hiciera correr en mis labios. —Digo acercándome a ella. El tono rosado de sus mejillas me dice que se está poniendo cachonda otra vez, como yo al recordar la erótica escena que protagonizamos anoche en el jacuzzi. —Dime, ¿esas son tus condiciones? —Sally traga saliva.

—Por ahora... —dice rebajando la tensión en su tono y sonrío.

—Por ahora. —Repito y asiento, dándole a entender que trataré de ser obediente.

—Sí, por ahora.

—Genial, pues ya que estamos solos y no vas a ir a clase hoy, tumbate sobre la cama y empecemos. —Me giro para salir por la puerta.

—¿Adónde vas? —Su voz suena grave por el deseo. Mejor, si está excitada será todavía más apetecible como modelo de mis cuadros.

—A por mis pinturas y mi caballete. Ya vengo. —Digo y salgo en dirección a mi nuevo estudio. Por el camino me paso las manos por el pelo y al fin me relajo un poco. Ha accedido. Menos mal. Por ahora...

Cuando regreso con mis cosas y con mis vaqueros de pintar puestos, ella sigue de pie, envuelta con las sábanas y sin saber qué hacer. Cuando más la conozco más seguro estoy que es la persona que peor lleva que le den órdenes en el mundo.

—Nick, no sé...

—Tumbate y relájate. Sólo tienes que hacer como si yo no estuviera. —Sally se muerde el labio inferior nerviosa. —Te traeré un café, ve poniendo algo de música que te relaje. —Digo tratando de hacer uso de toda mi paciencia y buenos modales con ella.

Voy a la cocina, le preparo un café y sonrío al oír música proveniente de su nueva habitación. Cuando vuelvo, Sally está al fin en la cama, con su móvil en la mano eligiendo las canciones. Me acerco a ella, le tiendo su taza de café y aprovecho la cercanía para bajar la sábana que la cubre hasta sus pies. Ella me mira asustada y excitada a la vez. Le dedico una sonrisa traviesa.

—¿Cómo tengo que ponerme? —Pregunta al fin participativa sin mirarme mientras da un sorbo a su café.

—Como si quisieras seducirme. —Pronuncio las palabras con miedo. Sé que sentirá la tentación de mandarme a la mierda, pero, por otro lado, lo que más le ha atraído de la idea de posar para mí es hacérmelo pasar mal, y sé que estará ansiosa por ver cómo me empalmo por ella y me frustró por ella también. No es tan inocente como quiere hacerme creer.

—Está bien.

Deja su taza de café en el suelo, junto a la cama y se acomoda en la cama tumbada, de lado, con una de sus rodillas plegadas y su cabeza descansando sobre la mano del brazo que tiene apoyado sobre el colchón. Su mirada me quema por dentro. Es sexi y sensual sin tener que esforzarse y eso es lo mejor. Las mujeres que he tratado de usar como modelos siempre sobreactúan o me dedican gestos antinaturales y que resultan grotescos. Sally, a diferencia de todas las demás, es perfecta y ha nacido para esto, ha nacido para posar para

mí.

—Perfecto. No te muevas. —No parece que esté incómoda, tampoco está mostrando mucho, ni lo necesita. —Déjame sólo acomodarte el cabello. —Me acerco a ella y aparto un mechón de su larga melena que tapa uno de sus pezones. Ella me mira dejándome hacer y veo cómo su respiración se acelera al notar mi cercanía. Y, cuando mis dedos rozan su pezón, éste se endurece y se yergue en el acto. ¡Joder! Escucho su risita y veo que se ríe de la erección que intenta abrirse camino en mis pantalones. —Ya sabía yo que tú también ibas a disfrutar...

Me duelen los huevos mientras dibujo a ese animal salvaje sobre su cama. ¿Cómo debe ser la sensación de estar entre sus piernas, en su interior? No puedo dejar de pensarlo y trato de evitarlo todo el tiempo, porque esto está siendo realmente doloroso. Pero termino el óleo que he empezado en apenas cuarenta minutos. Creo que es mi record, aunque el precio a pagar está siendo especialmente caro.

—Cambia de postura. —Le pido cuando cambio el lienzo que acabo de terminar por uno nuevo.

Sally se levanta, visiblemente más cómoda con su desnudez frente a mí. Yo, en cambio, no puedo decir que me sienta cómodo en absoluto sin poder tocarla. Mi musa se acerca para evaluar el lienzo que acabo de pintar. Mis ojos no pueden dejar de mirar su piel desnuda, es espectacular.

—¡Vaya! ¡Es precioso! —Susurra frente a su cuadro, me acerco a su espalda y me embriago de su olor, que es lo único que me está permitido hacer, por ahora...

—¿Te gusta? —Ella asiente despacio sin separarse de mí. Siento el calor de su cuerpo que está tan cerca del mío que casi lo puedo tocar. Pero no lo haré, tengo que hacer que siga inspirándome. —Por esto te dije que te necesitaba, Sally. Porque creas arte. —Se gira y me mira con esos enormes ojos oscuros.

—Lo has pintado tú. Tú eres el artista. —Parece decirlo con admiración.

—Tú eres el arte, mis manos sólo lo reflejan. —Quiero besarla. Sin embargo, retrocedo dos pasos para no joder la repentina actitud participativa de Sally. —Ponte junto a la ventana. Haremos otro allí y te dejaré descansar un rato.

—¿También desnuda? —Digo que sí con la cabeza y aguardo para ver cuál es su reacción.

—Vale. ¿Cómo me pongo? —¡Oh, no me creo mi suerte! ¡Sally está por la

labor de hacérmelo fácil! No creo que me vuelva a ver en otra como esta en la vida.

—Jugaremos con las transparencias de las cortinas y la luz matinal. —Le informo. Ella se aproxima a la ventana y abre un poco la cortina. La luz del sol baña parte de su cuerpo: el perfil de su pecho, su vientre, su monte de venus y una de sus caderas. Está preciosa. Un ángel. Si lograra mantenerse callada sin insultarme y serena sin duda me creería que lo es.

—Así estás perfecta. —Me mira y me sonrío. Yo también le devuelvo la sonrisa. Le gusta que sea capaz de verla como mujer. Si ella supiera... — Levanta una mano hasta tu cabello. —Lo hace y al levantar el brazo sus tetas se elevan también tersando a la vez su vientre. —Joder, Sally, estás para comerte. No te muevas. —Mis ojos la estudian y la miden de arriba abajo para poder plasmar con algo de justicia tal perfección sobre el lienzo. Esta vez empleo una hora y media en dicho lienzo, pero creo que no he hecho algo tan bonito como esto en toda mi vida. Cuando lo termino me quedo impactado. Sonrío victorioso ante lo que tengo delante.

—Déjame ver. —Dice Sally y se acerca hasta mí. A estas alturas, hasta se le ha olvidado que está completamente desnuda, aunque a mí y a mi polla desde luego no. —¡Dios mío! ¡Es impresionante! —Dice feliz mirando nuestra obra junto a mí. Estoy tan orgulloso de lo que veo... jamás en mi vida me había sentido igual. Miro a Sally y su sonrisa me llena. —Creo que puedo seguir ayudándote si eres capaz de sacarme así. ¡Parezco una... no sé! ¡Pero me encanta! Aunque ni una palabra de esto a David. —Me amenaza. Ni mucho menos entraba en mis planes hablar de esto con David.

—Eres mucho más bonita en la realidad. —¿A qué cojones ha venido eso? Me aclaro la voz y sacudo la cabeza. Sally no dice nada. —Voy a darme una jodida ducha fría. Hazme el favor de vestirte de una vez. —Me dirijo hacia el baño. —Te sugiero que no entres si no quieres pillarme en mitad de la faena. —Le grito antes de cerrar. Necesito masturbarme y destensarme de tanta excitación de una maldita vez.

Alice

Es viernes al fin. El miércoles, cuando me llamó David para comunicarme que Sally por fin había vuelto y que parecía que sólo había sido una pataleta para reivindicar su lugar en el apartamento de mi hermano, pensé que mi aventura con David había llegado a su fin. Pero por lo visto aún no se ha aburrido de mí y me ha insistido en que esta noche nos veamos. Tengo la sensación de que se ha estado acostando conmigo porque se siente en deuda conmigo por haber estado a su lado ayudándolo y apoyándolo, y eso me concome por dentro. Aunque, la cita de esta noche puede significar que no es así.

Ha sido todo un galán conmigo trayéndome al instituto el lunes y el martes y recogéndome después para llevarme a casa de mi madre. Nos hemos enrollado en su coche, en un lugar poco visible, y hasta lo hemos hecho en su coche a plena luz del día cuando nos calentamos tanto que no pudimos evitarlo. Eso pasó el martes. Disfruté mucho, pero ahora no dejo de sentirme culpable. Si algún vecino me hubiera visto, o mi propia madre, habría sido un desastre.

Mi madre ya lo está pasando suficientemente mal porque sabe que he recuperado el contacto con mi hermano Nick y él ni siquiera se ha dignado a aparecer por casa y hablar con ella. Me ha suplicado llorando que lo convenza, que sólo quiere hablar con él un poco, que sólo quiere ver a su hijo. Dentro de una semana es el cumpleaños de Nick, el 1 de mayo cumplirá los veintitrés y sé lo importante que esa fecha es para mi madre también. No sé qué hacer para convencerlo de que venga a casa, aunque sean diez minutos. Cada vez que le he sacado el tema de mi madre se ha puesto hecho una furia.

—¿Qué te pasa? —Me pregunta Sally mientras estamos tomando el sol tumbadas en el césped del instituto, porque hoy el profesor de ciencias no ha venido.

Me gustaría contárselo todo, pero David me ha prohibido que le cuente a Sally que nos vemos y Nick me ha prohibido que hable de nuestro tema

familiar a cualquier persona de la tierra.

—Nada...

—Vamos, estás hecha una pena. Algo te debe pasar. —Me insiste mi amiga. La miro y resoplo. Ella parece feliz y radiante desde que ha vuelto de su escapada. Ahora, en el instituto, todos hablan de Sally como la chica más sexi. Y es verdad que parece haber cambiado. Antes se vestía como una cría y ahora es bastante más cuidadosa con su apariencia física. —¿Tienes mal de amores? ¿Qué te ha hecho mi hermano ya? —Me dice y me sorprende. Ella aguanta una sonrisita triunfal al ver mi cara que sé que significa “te pillé”. Suspiro y tomo aire antes de hablar.

—Me estoy follando a tu hermano. Ya puedes putearme. —Suelto de golpe mirando al cielo.

—No pienso putearte. ¿Cómo ha sido? —No parece ni siquiera extrañada. La miro y decido que al menos voy a desahogarme de eso.

—En la celebración de tu cumpleaños fue la primera vez, pero él se distanció de mí después. Y, cuando desapareciste, intenté ayudarlo en todo lo posible, porque parecía muy desesperado y Nick también estaba hecho un manojo de nervios. Así que me quedé en el apartamento un par de noches y, bueno, el resto ya te lo imaginarás...

—¿Nick estaba muy nervioso? ¿Por mí?

—No irás a decirme que tú también te follas a mi hermano...

—No. —Pero la sonrisilla de Sally me dice que algo me oculta. Me incorporo y la miro con acritud. —¡No, Alice, te lo contaría! Tú eres mi única amiga. Pero...

—Pero, ¿qué?

—Ahora soy su modelo. —Me dice y se muerde los labios.

—¿Su modelo? ¿Su modelo de qué?

—Pues... poso para él y me pinta y eso...

—Ah. —Me tumbo de nuevo y me relajo. Pero, de repente, se me enciende la bombilla. —Espera, ¿¿desnuda?! —Digo demasiado alto a juzgar por la cara de susto de Sally y su siseo para que baje la voz. Después sonrío y asiento. —¡Ja! ¿Y Nick no se te ha echado encima después? No me lo creo...

—Ese es el trato. Yo poso para él y pongo las condiciones. Le dije que no podría tocarme, ese es mi precio ahora mismo. Y, francamente, es una tortura para los dos, porque a veces desearía que... —Sally se calla en el acto cuando es consciente de que está hablando más de la cuenta.

—¿Estás pensando en follarte a Nick? —Suelto una carcajada. —Vaya...

sí que somos parecidas. Nos encanta complicarnos la vida con los tíos más cabrones del estado.

—¿Por qué dices eso? ¿Es que David te ha tratado mal? —Sueno preocupada, espero que por mí y no por su hermano, porque necesito poder confiar en ella para hablar de esto.

—Con tu hermano no se sabe. Cuando hay sexo es encantador, cautivador, sexi, delicado y a la vez enérgico...

—¡No hace falta que me des tantos detalles! —Sonrío.

—Pero cuando el sexo acaba se distancia de mí y a veces hasta creo que se arrepiente. —Prosigo.

—Mmm, no es típico de David tener remordimientos por sus acciones.

—Creo que la clave es que no quiere que nadie sepa nada, ni siquiera tú. Me prohibió contártelo. Creo que lo que le pasa es que no quiere problemas con Nick.

—Pues... si David supiera las cosas que tu hermano y yo hemos hecho...

—¡¿No me habías dicho que aún seguías virgen?! —Sally suelta una carcajada. Se acerca a mi oído y susurra.

—No hemos follado, pero nos hemos masturbado mutuamente y... jugueteado. —Abro los ojos de par en par.

—Eso me suena tan impropio de Nick... y ¿cuándo piensas levantarle la orden de alejamiento a mi hermano? —Sally suspira y se encoge de hombros.

—Cuando esté segura de que me desea más de lo que haya deseado nada en el mundo. —Esta chica es lista... no como yo que he caído en las redes de David a la primera. Es posible que hasta llevase un letrero en la frente diciendo: ¡Fóllame, David!

—Creo que es una muy buena táctica. Quizá intente ponerla en práctica. —Sonrío al imaginarme a David suplicándome para que le deje tocarme. —Por cierto, ya que parece ser la única persona en este mundo con poder sobre Nicholas Donovan, ¿podrías persuadir al triste de mi hermano de que venga a casa de mi madre el viernes que viene?

—¿Qué pasa el viernes que viene?

—Es su cumpleaños.

—¡Oh! Por eso su tatuaje del 1 de mayo de 1995. —Sally piensa en voz alta. Después me mira y pregunta lo que yo me temía. —¿Qué pasó el 17 de julio...? no importa. —Dice Sally cuando ve que mi cara cambia de color y mis ojos se llenan de lágrimas. —¡Eh! ¿Por qué no te vienes a casa a dormir hoy y nos divertimos un poco poniendo a estos dos cachondos como perros?

—Me propone Sally para distraerme de su metedura de pata y lo consigo.

—¡Qué buenísima idea! Si están los dos no podrán y no querrán tocarnos y nos podemos divertir muchísimo. Había quedado con tu hermano para cenar... le diré que cenaremos en el apartamento de Nick, que quiero ver a mi hermano.

—¡Genial! Yo haré la cena. Me encanta cocinar. Después podríamos pedirles que nos lleven al Club Sixties, a bailar un poco. Ese sitio es la bomba.

—¡Perfecto! Voy a llamar a mi hermano primero. Si él tiene planes o algo por el estilo no podremos hacerlo. —Digo y marco el número de Nick de inmediato. —Creo que estos dos han subestimado a estas “niñatas” — Comento feliz mientras espero a que Nick me conteste. Sally suelta una carcajada. La verdad es que se le ve tan feliz que es hasta contagioso.

—Hola Alice, ¿qué pasa? —Contesta mi hermano y yo le hago una señal a Sally para que pare de reírse.

—Hola hermanito. Quería proponerte pasarme hoy por tu apartamento y visitarte a ti y a Sally, para cenar juntos. Y David, claro está.

—¿Esta noche? Bueno, tengo que pasar por la gallería donde van a exponer mi obra la semana que viene para llevar los últimos cuadros que he hecho, pero espero no llegar muy tarde. ¿Te apetece cenar algo especial?

—No te preocupes, Sally se hará cargo de hacer la cena, se ha ofrecido.

—¿Sally se ha ofrecido? ¡Bueno, pues si sigue de buen humor por mí estupendo! Yo prepararé unos cocteles para después de la cena.

—Podríamos ir luego a bailar un rato... a Sally y a mí nos apetece mucho...

—Ehhh claro... Te veo entonces esta noche. —Cuelgo el teléfono y llamo rápidamente a David. Pero no contesta, sino que me corta la llamada. Miro el teléfono y lo maldigo.

—¿Qué pasa? —Pregunta Sally.

—Tu hermano me ha cortado la llamada.

—Estará trabajando...

—Llámalo tú, Sally. Hazme el favor. —Sally saca su móvil y marca el teléfono de su hermano. Como me temía a ella sí le contesta enseguida.

—Hola David. No, estoy sola. —Miente y le doy las gracias con un gesto. ¡Maldito cabrón! ¡Está con otra, seguro, y por eso no me ha querido contestar a mí! —Acabo de ver a Alice y le he propuesto que cenemos en casa, con Nick, y después queremos que nos llevéis a bailar. Sí, los cuatro. Bueno... porque

ella echa de menos a Nick y yo también tengo ganas de pasar tiempo contigo... ¡no seas aguafiestas y di que sí! Haré de cenar algo especial. ¡Genial! Nos vemos por casa. —Sally cuelga y yo siento unas ganas terribles de llorar. Ella lo nota y me abraza. —Eh, no te preocupes, esta noche haremos lo que tengamos que hacer para que llevemos el control de la situación nosotras, no ellos.

—A veces creo que odio a tu hermano, siento decirte esto, pero es la verdad. —Digo mirando hacia el cielo para evitar que algunas lágrimas se derramen.

—Conozco la sensación. Me pasa continuamente con el tuyo.

—Me imagino... por cierto, Nick dice que esta tarde tiene que ir a la galería a llevar nuevos cuadros. —La cara de Sally se vuelve pálida.

—Tenemos que ir de compras, Alice. Esta noche pienso ser una bomba a punto de explosión. —Me dice con convicción.

—¡Trato!

La verdad es que me alegro muchísimo de haber hablado con Sally de lo de David. Su maravilloso plan me ha hecho recobrar la ilusión y las ganas de rediseñar mi “relación” con David. No me voy a dejar vencer sin luchar.

34

Sally

Nick. Siempre es el gilipollas de Nick el que lo enturbia todo y me descoloca. Pensaba que habían cambiados las tornas cuando volví y accedí a su inmoral proposición de convertirme en su “musa de inspiración”, como él lo llama, porque me cedió el control de nuestros encuentros, porque puedo jugar a seducirlo y volverlo loco sin correr el peligro de caer en sus redes. Me he sentido tan jodidamente poderosa llevándolo hasta el límite de la cordura durante estos tres días que llevo de vuelta, que he olvidado por completo que existe otra persona en todo este juego: la zorra de Claire.

Claire. La causa de todos mis males desde que supe de su existencia. Cuando supe que estaba casada y que esa era la razón por la que Nick no tenía una relación seria con ella mi corazón se partió y comencé a ser consciente de que por primera vez en mi vida me estoy enamorando. El día que salió de casa a verla, después de mi cumpleaños, casi pierdo la cordura. Casi muero por dentro, tanto que por eso me fui. Pero había conseguido medio olvidar aquella sensación desde que volví y distraerme de ese dolor.

A decir verdad, Nick lleva tres días comportándose como una maravilla de hombre conmigo. Siempre atento y conciliador. Llevo tres días posando para él, cuando David no está en casa, y tres días también disfrutando de sus miradas de deseo vertidas en mi cuerpo desnudo. Incluso pensaba que era suficiente toda esta locura para mí, que no necesito nada más de Nick que ser el centro de su inspiración. Pero me he engañado de nuevo.

Anoche, casi me tiro a sus brazos para besarlos cuando terminó el cuadro que me hizo tumbada sobre la mesa del comedor en una postura muy sugerente. Pero tuve que salir corriendo hacia mi habitación cuando escuchamos la puerta de la casa abrirse. David volvía antes de lo que pensábamos que iba a llegar.

Gracias al cielo no lo besé y todavía sigo en pie, sin caer en sus redes, aunque él me provoca con esas miradas y con sus oscuras palabras cada vez que puede. Pero esta batalla la quiero ganar yo. Será decisiva para convertirme en el tipo de mujer que quiero ser y no estoy dispuesta a rendirme.

Por eso me he vestido con un diminuto pijama de pantalones cortísimos y camisa sin mangas de seda rosa claro que me he comprado hoy cuando he ido de compras con Alice. La seda es como una segunda piel, marca mis pezones y es muy sexi. Y es lo que he decidido ponerme mientras comienzo a cocinar la cena de esta noche, ya que David ha salido a arreglar unos asuntos y Nick creo que se está duchando para ir a ver a esa bruja. Aunque no me lo ha dicho, pero se le escapó hablando con Alice.

Cuando sale de su habitación, con el pelo todavía mojado, vestido con unos jeans negros y una camiseta burdeos trato de no mirarlo demasiado y admirar lo asquerosamente bueno que está y finjo concentración en lo que estoy cocinando.

—¡Eh! ¡Esto tiene una pinta de lo más apetitosa! —Me dice y se acerca por detrás a mí.

—Es risotto. Espero que os guste. —Digo seria.

—No me refería a la comida. —Siento su aliento en mi cuello y contengo la respiración. —Mañana te pintaré con este conjuntito tan sexi. —Desliza su dedo por mi espalda. Me vuelvo rápidamente.

—Sabes el precio. No puedes tocar. —Digo muy seria. Sus ojos de un azul verdoso se vuelven más oscuros cuando miran los míos.

—¿Podemos negociar unas nuevas condiciones? Me muero por...

—Ya veremos. —Me giro para prestarle atención a la comida. —Pero por ahora esas son las condiciones.

—Prometo hacer que te corras como jamás habías pensado que podrías correrte. —Vuelve a decir en mi oído.

—Ya te he dicho que no me resulta atractivo ni estimulante comerme las babas de otra. —Suelto de repente. Oigo a Nick suspirar en mi espalda.

—Sally, es estúpido que estés celosa de Claire. Ella no...

—Sí, está casada y toda esa mierda de que no tenéis nada serio. Pero vas a ir a verla a ella y no quiero comerme sus babas. Punto y final. Además, estoy bien como estoy. Estoy conociendo a un chico muy mono del instituto y no quiero estropearlo antes de darle una oportunidad. —Suelto mi dardo envenenado.

Además, es verdad. Charlie, un chico muy mono del instituto ha venido hoy a la salida de clase a preguntarme si me apetecería salir a cenar un día con él y le he dicho que sí sin pensar. Si Nick tiene su vida fuera de estas cuatro paredes y no se acuerda de mí cuando no está aquí yo también puedo. Y creo que debo hacerlo. Necesito conocer gente. Si siento esta atracción tan fuerte

por él es porque estoy condenada a estar siempre con él. Seguro que si le doy la oportunidad a más chicos me olvidaré de él y me ilusionaré con otro tipo de relación pronto.

—¿Estás saliendo con un mocoso del instituto? —Pongo los ojos en blanco. —¡Sally! ¡Contéstame! —Me gira y me obliga a mirarlo de nuevo.

—Ya te lo he dicho. Lo estoy conociendo y quiero darle una oportunidad. No creo que deba pedirte permiso para hacerlo. Tú deberías irte ya, Claire debe estar esperándote. Te veo luego para cenar. —Sonrío y le planto un beso en la mejilla. Me encanta esa cara de enfado. Nick me fulmina con la mirada y se va hacia la puerta de la casa gruñendo. —Pásalo bien con Claire. —Le digo y siento su mirada envenenada sobre mí antes de salir, aunque no lo esté mirando la siento. Sonrío para mí cuando Nick da un portazo atronador al salir.

Aunque la sonrisa me dura dos segundos. Los dos segundos que tardo en recordar que va a ir a verla a ella.

Mi hermano llega justo cuando he terminado todos los preparativos para el risotto. Tiene tan mala cara que ni siquiera se da cuenta de cómo estoy vestida. Se va directo a su habitación diciendo que necesita una ducha.

Llamo a Alice y le digo que se venga a mi apartamento y que nos arreglemos juntas en mi habitación. Ella accede y media hora después está en el apartamento.

David no ha dado señales de vida desde que llegó y me preocupa. Lleva dos días muy raro y pasa casi todo el día fuera.

Alice y yo nos reclinamos en mi habitación. Nos vestimos con nuestros nuevos vestidos. El de Alice es azul oscuro y parece casi un camisón de seda por la caída y por el encaje negro que recorre su escote. El mío es blanco, ceñido y con un escote pronunciado y abierto que deja al descubierto mis hombros. Contrasta con el oscuro de mi melena y con el tono bronceado que ha adquirido mi piel en el rato que hemos tomado el sol Alice y yo en el césped.

Ayudo a Alice a hacerle un recogido muy sensual, aunque su castaño y abundante cabello es precioso, así resalta mucho más esos preciosos ojos que tiene, tan preciosos como los de su hermano. Yo, en cambio, dejo mi negra melena suelta, pero me la lleno de gruesos rizos gracias a unas tenacillas que Alice trae consigo. El resultado es espectacular. Jamás había pasado tantas horas arreglándome como hoy. Por suerte, Alice también es muy buena maquillando y me dejo maquillar por ella. Me encanta cómo me queda la línea que ha pintado en mis párpados, me hace tener una mirada felina y es justo lo

que necesito. Opto por un tono rojo fuego para mis gruesos labios. Tampoco antes me había pintado los labios de un color tan poco discreto. Alice se sombrea los ojos con un tono oscuro, ahumado, que resalta el claro de su iris y se decanta por un gloss labial que le queda muy sexi.

No puedo creer lo que veo cuando nos miramos en el espejo del baño.

Cuando oigo ruido proveniente de la habitación de Nick el corazón se me dispara.

—¡Tu hermano ha llegado! —Le digo a Alice alterada.

—Vamos a tu habitación. Que no nos vea todavía. —Nos vamos de prisa para mi habitación.

—Estoy nerviosa. —Confieso. Alice me mira y sé que ella está igual.

—Vamos a hacerlo bien. Salgamos ya.

—Tengo que terminar de hacer el risotto.

—¡Ni se te ocurra mancharte! Espero que a tu hermano se le haya olvidado ya su enfado conmigo.

—¿Eso era lo que le pasaba? ¿Por qué se ha enfadado?

—Porque tenía otros planes para los dos esta noche. —Alice suelta una carcajada traviesa porque sabe que ha dejado a David con las ganas.

—¡Vamos! ¡No puedo esperar más a ver la cara que ponen estos dos cuando nos vean!

Alice y yo salimos y nos encontramos a David en la cocina. Creo que nunca había visto a mi hermano más guapo que esta noche: con su pelo peinado hacia atrás, camisa y pantalones negros, parece un ángel negro. Y creo que se ha quedado sin palabras al ver a Alice y a mí.

—Hola. —Saluda Alice y finge normalidad divinamente.

—Dime que no vais a salir así. —Murmura pensando en voz alta.

—No somos niñas y saldremos como nos dé la gana, con vosotros o solas.

—¡No vais a ir así solas a ningún sitio!

—Pues iremos con vosotros, para que nos protejáis. —Le guiño a mi hermano y me fulmina con la mirada.

Sé que ya no se atreve a ordenarme lo que debo hacer desde que me escapé unos días, y cómo me alegro de que no lo haga. Me pongo a terminar el risotto y justo cuando estoy probándolo la puerta de la habitación de Nick se abre y mi corazón comienza a latir con fuerza.

Lleva el pelo alborotado, como a mí me gusta. Una camisa azul oscura, con el botón superior desabrochado y las mangas enrolladas en el antebrazo, junto a unos vaqueros también oscuros que son más ceñidos que los que suele

llevar. Sus ojos me miran sorprendidos. Sé que nunca me ha visto tan guapa como ahora mismo. Ni de cerca.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Hannah Montana? —Me dice comiéndome con la mirada.

—Justo para la cena. ¿Me ayudas a poner la mesa? —Finjo que no llevo todo el día imaginándomelo teniendo sexo con Claire.

—A sus órdenes. ¿Abrimos una botella de vino? He traído uno que dicen que es bueno.

La cena es un éxito. El risotto está buenísimo y Alice y yo nos achispamos enseguida con el vino. Ni Nick ni David parecen molestos de vernos beber. De hecho, David no me presta a mí la más mínima atención, ni Nick a su hermana. Hemos conseguido captar cada uno la atención exclusiva de nuestros hombres.

Nick bromea en mi oído sobre si mis bragas son de corazoncitos o de conejitos y yo le respondo que nunca lo sabrá con un aleteo coqueto de pestañas.

Después de cenar, Nick se encarga de preparar margaritas con la ayuda de David. A la segunda margarita comienzo a reírme de todo. Creo que Nick y David también están un poco borrachos, pero es que ellos se han bebido como cinco o seis cada uno.

Pedimos un taxi antes de que se nos vaya de las manos y llegamos al Club Sixties.

Tenemos que esperar un poco en una pequeña cola que hay en la zona de entrada VIP y comienzo a arrepentirme de no llevar algo más de ropa, pues la noche está fresca. Nick se da cuenta en seguida y se pega a mi espalda para frotarme los brazos mientras esperamos a entrar.

En cuanto entramos, la canción de “Blame it on the Boogie” de los Jackson Five me hace dar saltitos emocionada y cojo a Alice de la mano para llevarla hasta el centro de la pista de baile. Comenzamos a bailar con ganas y en seguida tenemos a varios tipos coreándonos y tratando de pegarse a nosotras.

—Piérdete. —Gruñe Nick en la cara de uno que no me deja tranquila. Le sonrío y cojo sus manos para acercarlo a mí y bailar con él. —Eh, recuerda que tu hermano está aquí. —Me dice en el oído cuando comienzo a contonearme todo lo sexi que puedo frente a él.

—¿Y qué? Sólo estoy bailando. ¡Vamos, mueve ese culo y demuestra que sabes moverte! —Le provoco.

—Vamos al cuarto de baño y te demuestro si sé moverme o no. —Me vuelve a decir en el oído.

—Todavía tienes orden de alejamiento, Nick. —Le recuerdo yo también en el oído. —Tendría que estar muy borracha para que se me olvidase eso y los motivos por los cuales no quiero que te acerques más de la cuenta a mí.

—Ahora vengo. —Dice dándose la vuelta y dejándome sola. Le cojo del brazo.

—¿Adónde vas?

—A pedirte una copa. —Sonríe con socarronería y se va directo a la barra.

Cuando miro en dirección a Alice y a mi hermano, veo que mi amiga está bailando con un tipo y David está torpemente intentando competir con ese tipo por la atención de Alice. ¡Bien! Mi amiga tiene su juego bajo control.

Siento una mano acariciar mi brazo y me doy la vuelta sonriente esperando encontrarme a Nick, pero no es él. Es un tipo alto, rubio, de ojazos azules y con una camiseta tres tallas más pequeña que la suya para presumir de músculo.

—Hola preciosa. ¿Bailas?

—Contigo no. —Escucho decir a Nick a mi lado. Me da una copa sin dejar de mirar al tipo que tengo frente a mí. —Largo. Está conmigo. —El tipo pone las manos en alto en actitud de rendición y se larga. Entonces Nick me mira y casi puedo escucharlo gruñir, aunque el volumen de la música me lo impida.

—Gracias por la copa. —Digo y bebo un largo trago.

—¿Por qué cojones te has puesto así? —Lo miro extrañada.

—¿Cómo me he puesto?

—¡Así! —Me señala de arriba abajo.

—Sólo me he arreglado para salir. —Digo con chulería. —¿Vas a dejar de protestar y bailar conmigo o tengo que buscarme otra pareja de baile? —Le reto.

—No vas a buscarte nada. Te voy a decir lo que vas a hacer. —Vuelve a acercarse a mi oído. —Vas a renegociar conmigo las condiciones de nuestro acuerdo.

—Ah, ¿sí? —Me hago la interesante.

—Sí. —Dice rabioso.

—¿Qué condiciones exactamente son las que quieres renegociar?

—No te hagas la imbécil, Sally.

—Si me insultas no hay renegociación de ningún tipo, Nick. —Le advierto.

—Lo siento. —Barrunta. Así está mejor. Sonríe. Esto de tener el poder es genial. —Quiero renegociar el hecho de no poder tocarte. Dime qué quieres a

cambio. —Estoy a punto de decirle que no tiene nada que hacer cuando se me ocurre algo.

—Está bien. —Me mira asombrado. —Hay algo que quiero que hagas. Pero no me tocarás hasta que lo hagas. Si es que accedes.

—Dime qué cojones es y deja de hacerme perder el tiempo.

—El viernes que viene es tu cumpleaños. —Le digo.

—¿Cómo sabes que...?

—Alice quiere que vayas a ver a tu madre. —Nick da dos pasos hacia atrás.

—Sally, no me pidas eso, por favor. —Dice asustado.

—No puede ser tan malo. Necesitas sacar un poco de veneno de esa herida. Sea lo que sea lo que pasara, tienes que aprender a convivir con ello sin renegar de tu pasado ni de tu familia. —Me conmueve verlo así, tan asustado. Y su reacción me confirma aún más que precisamente lo que Nick necesita es reconciliarse con su pasado y avanzar. Pero la mejor forma de cerrar heridas es curándolas, no ignorándolas y dejarlas desangrarse.

—Tú no sabes nada de lo que viví. Sally, te lo suplico, pídemme otra cosa. Pídemme que deje a Claire y lo haré. Ahora mismo. —Saca su teléfono del bolsillo de su pantalón y me quedo de piedra.

—¿La dejarías por mí? ¿O sólo lo dices para llevarme a la cama?

—La llamaré aquí y ahora, frente a ti. Cancelaré la exposición. Ya probaré suerte más adelante. Yo también estoy cansado de estar a su merced. Es lo mejor. Si me sigues ayudando haré más cuadros y...

—No. No lo hagas. —Le digo y empujo la mano en la que sujeta el móvil para que no la llame. —No quiero que la dejes. —Nick me mira perplejo.

—Creí que... ¿ya no te atraigo, Sally? —Otra vez esa pregunta. No sé cómo puede creer algo así.

—Claro que sí. Y yo también quiero que me toques. Pero sigo manteniendo mi precio. —La respiración de Nick se acelera.

—De todas las maneras que podías elegir para vengarte de mí por no poder dejar a Claire ésta es sin duda la más cruel, Sally. Está bien, lo haré por ti y por estas malditas ganas que te tengo. Pero ni se te ocurra echarte atrás después de ir a ver a mi madre o me enfadarás. ¡Mucho!

—Nick, no quiero vengarme de ti. Para eso te diría que dejes a Claire, como tú me has ofrecido, y arruinaría tu maravillosa oportunidad y tu sueño de exponer en un sitio como ese. Lo que quiero es ayudarte. Y sé que será positivo para ti que...

—Deja la charlita ya. He accedido. Has ganado. El viernes que viene iremos tú y yo a ver a mi maravillosa mamá, después te llevaré conmigo a la inauguración de mi exposición y acabarás la noche en la cama de un jodido hotel gritando mi nombre y pidiendo clemencia. —Su tono es duro y trata de amedrentarme, pero no lo hace. ¿Me llevará a la inauguración? Conoceré a Claire... Nick verá a su madre después de cuatro años, por mí.

—¿Sabes? A veces pienso que eres un gilipollas, pero otras veces me vuelves loca, y no en el mal sentido. —Confieso. Creo que se lo ha merecido.

—Baila conmigo. —Nick me aprieta contra su cuerpo y comienza a acariciar mi cuello con su nariz mientras bailamos.

Me alegra mucho ver que David y Alice también bailan, aunque ahora mismo parece que discuten, en un lugar más o menos alejado de donde estamos Nick y yo, así no podrán darse cuenta de que Nick de vez en cuando besuquea mi cuello, poniéndome los vellos de punta e incluso me aprieta del culo para pegarme a él.

Nick

Esta es la noche más rara de mi vida. Primero, cuando fui a ver a Claire y a obligarle a hacerse el maldito test de embarazo frente a mí de una maldita vez se niega y dice que aún hay que esperar más y que sigue sin venirle la regla. A mí esto me empieza a oler raro y acabé discutiendo con ella y amenazándola con que si no se hace la maldita prueba delante de mí me las va a pagar. Me fui de su casa más que indignado, pero mi recompensa llegó al ver a Sally tan increíblemente guapa en casa, preparando una deliciosa cena para los cuatro.

Ahora, en el Club Sixties, no para de provocarme delante de su hermano, porque está borracha. Mi hermana ha flirteado con medio local y yo ni siquiera he hecho nada para impedirlo, porque simplemente no podía separarme de Sally, ni aunque hubiera habido un aviso de bomba. David ha aparecido en mitad de la noche para decirme que estaba hasta los cojones y que se iba a casa, solo. Alice parecía importarle todo una mierda y bailaba sola, feliz y borracha como una cuba en mitad de la pista. No le he quitado el ojo de encima en ningún momento, pero he seguido sin poder separarme de Sally, que también está borracha. Yo también lo estoy un poco, pero ella me gana por goleada. Sin embargo, al rato ha vuelto a aparecer David diciendo que se llevaba a mi hermana a casa, porque estaba dando el espectáculo y no quería poner en riesgo nuestra reputación en ese club.

No he puesto obstáculo, aunque a mí todo esto me huele muy raro.

Pero ahora estoy bailando con Sally, por fin sin sentirme observado ni intimidado por David, de forma acaramelada en mitad de la pista de baile.

—Creo que nuestros hermanos se gustan. —Susurro en su oído con suavidad. Me encanta sentirla así, con sus brazos en mi cuello y su cara apoyada en mi pecho.

—¡Qué observador! —Dice soltando una carcajada. Mierda, ¿esos dos se están liando?

—Sally, ¿qué sabes tú de todo eso? —Le sujeto de la barbilla para que me

mire.

—No es asunto nuestro. —Contesta tan impertinente como siempre.

—¡Sí que lo es! ¡Es mi hermana pequeña!

—¿Y qué vas a hacer tú con la hermana pequeña de David el viernes que viene? Mejor dicho, ¿qué llevas haciendo con ella desde que se fue a vivir contigo? Puedo enumerarte algunas cosas que tú y yo hemos hecho que no te gustaría nada que hicieran Alice y David...

—¡Calla, joder! ¡No quiero imaginarme algo así!

—Déjalos, ya son mayorcitos. —Maldita sea. Tiene razón. Pero David es un puto peligro con las tías. Bueno, y yo... pero lo mío con Sally es diferente.

—Grrrrr. —Gruño y Sally se ríe de mí. —¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú y David. Los dos os olvidasteis que teníais hermanas durante un tiempo y ahora jugáis a ser sus héroes.

—No digas eso. Ni David se ha olvidado nunca de ti ni yo de Alice. Es sólo que, ha sido complicado. Ni éramos los mejores ejemplos a seguir en aquellos momentos.

—¿Y ahora sí?

—Ahora estoy intentándolo al menos. Intento buscarme una forma de ganarme la vida honrada, con mi talento. No sé si lo conseguiré o no, pero al menos voy a intentarlo. —De pronto, Sally se me echa encima y comienza a besarme desafortunadamente. ¿Qué ha pasado? Ah, sí, está borracha como una tonta. Y mañana me va a echar el sermón del siglo por propasarme con ella estando borracha. Como si lo viera... —Sally...

—Bésame, Nick. —Joder, no puedo evitarlo. Echaba de menos sus besos. La beso ansioso y me aferro a su rostro, para hacerlo todo lo largo que puedo. Su respiración se acelera y ¡cómo no! Me empalmo enseguida.

No sé si reír o llorar con esta maldita situación. Hoy he intentado de nuevo cumplir con Claire en la cama y en mitad de la faena mi querido amigo situado en mi entrepierna me ha vuelto a dejar en evidencia. Y ahora viene esta niñata borracha y con un beso de nada me la pone dura como una piedra. Si hay alguien ahí arriba, me está jodiendo bien y se lo está pasando de lo lindo conmigo. ¿Por qué me castigan de esta manera? Siempre me han gustado muchísimo las mujeres y he sido una maldita fiera en la cama. ¡Siempre! Era lo único de lo que estaba completamente seguro de mí y de lo que podía presumir. Ahora, parece que alguien ahí arriba ha decidido que recupere al fin mi inspiración y tenga una oportunidad de alcanzar mis sueños al enviarme a Sally, que por un lado ha cargado todo mi ser de inspiración, y a Claire, que

tiene el poder suficiente para meterme de lleno en el mundo del arte. ¡Con la jodida condición de que sólo me empalmaría de verdad con Sally! ¡Cómo si hubiera vendido mi alma al diablo para conseguir mi sueño y éste fuera mi condena por ello! ¡Odio a Sally Morrison por hacerme tan dependiente de ella! ¡En todos los putos sentidos! ¡La necesito y ella lo sabe!

—Sally, joder, me estás metiendo mano en mitad de un club lleno de gente.
—Le reprendo, aunque no puedo evitar sonreír al verla así, desesperada por mí.

Pero decido apartar su mano de la bragueta de mi pantalón con sutileza. Yo también estoy desesperado por tenerla para mí, pero no lo suficientemente borracho para hacérselo en mitad de una maldita pista de baile abarrotada.

—Creí que querías colarte en mis bragas. —Susurra pegándose a mis labios y por poco me corro en los putos pantalones al verla así.

En estos momentos, es el animal más erótico que he visto en mi vida. Ese vestido blanco en su cuerpo es un pecado, su pelo luce hoy espectacular con esos gruesos rizos que le dan un aspecto felino, y... joder, esos gruesos labios rojos...

—Debería meterte en el baño ahora mismo y follarte como me estás suplicando que lo haga con esa mirada salvaje.

—Pero no lo harás... no te atreves... —Me están entrando ganas de darle unos cuantos azotes por reírse de mí de esta manera y por disfrutar tanto con mi desesperación. —David no está y ni siquiera has intentado meterme mano.

—Sabes bien por qué no lo he hecho ni lo haré esta noche. Estás muy borracha y si me aprovecho de eso sé que mañana me volverás a montar el numerito y hasta puede que me amenaces con irte de nuevo, y no lo puedo permitir.

—Vámonos a casa. —Dice en voz grave y vuelve a besar mis labios y a presionar mi polla con sus manos sobre mis pantalones. Me separo medio mareado de ella y miro en dirección al cielo. ¡Dame fuerzas!

—Vámonos. —Le cojo de la mano y la guío hacia el exterior del club.

En la calle, Sally está muerta de frío y se vuelve a pegar a mí mientras esperamos el taxi. Yo la abrazo para intentar protegerla del frío y ella empieza a jugar con sus deditos, desabrochando uno de los botones de mi camisa y trazando circulitos sobre mis pectorales. Intento no mirarla mucho, porque esa cara de deseo me distrae demasiado.

Creo que estoy empezando a ser consciente de que Sally está jugando conmigo. No puede desearme tanto si todavía no me ha dejado hacerla mía.

Me está llevando al límite de la desesperación sexual.

Creo que Sally es el castigo personificado de todo por lo que habré hecho pasar a las mujeres con las que he tenido relaciones. Pero voy a dejarla castigarme un poco más, porque es el castigo más delicioso, aunque también físicamente doloroso, que he sufrido nunca. Con todas las cosas que me han pasado en mi vida, esto sí que puedo soportarlo. Siempre y cuando siga viviendo conmigo. Siempre y cuando pueda verla cada día de mi vida y de vez en cuando sentirla así, pegada a mí.

En el taxi se queda medio dormida en mi hombro y puedo relajarme un poco. Pero en cuanto el taxi nos deja frente a mi portal y me toca despertarla, la Sally castigadora se reactiva. En el ascensor vuelve a enroscarse a mi cuello y me besa con lujuria. No puedo evitarlo, la beso igual. Y, cuando sus piernas de repente se enroscan en mi cintura, pierdo el control y la saco del ascensor enroscada a mi cuerpo y sujetándole del culo, para atraparla entre la pared junto a la puerta de entrada de mi casa y mi cuerpo. Sally gime con fuerza al notar mi erección presionar su sexo. ¡Dos gemidos más y me corro! Pero, de un momento a otro, recupero un poco la cordura y la suelto en el suelo. Sally me pone una cara de pucheros muy cómica.

—No me mires así. Sabes que las condiciones para poder follarte libremente no son éstas. Tú misma las has puesto. —Ella parpadea como si lo hubiera recordado todo de repente.

—Cierto. —Se baja el vestido y se acerca a la puerta de casa para entrar. Suspiro y abro la puerta. Dentro está todo en silencio. David y Alice habrán llegado hace casi dos horas. Miro al salón y no veo a mi hermana durmiendo allí.

—¡Dónde cojones está Alice! ¡Como se la haya llevado a su cama yo...

—¡Está en mi cama! —Grita Sally desde el umbral de la puerta de su nuevo cuarto.

—Shhh, no grites. —Me acerco a ella. —Veo que ya tienes compañera de cama, fierecilla. —Beso sus labios por última vez, porque sólo dios sabe cuándo me volverá a permitir hacerlo, y me detengo más tiempo de la cuenta en ellos. —Buenas noches, preciosa. Te... te voy a echar de menos en mi cama. —Acabo la frase como puedo.

—Buenas noches, Nick. —Sally vuelve a besarme y esta vez se nos va un poco de las manos.

Me voy introduciendo con ella en su habitación y voy desabrochándole la cremallera de su vestido. Por suerte, mi hermana está tan borracha que duerme

profundamente y no nota que Sally y yo estamos desnudándonos en mitad de su habitación, con ella delante.

Sin separarme de los labios de Sally, la voy conduciendo hacia el baño y del baño a mi habitación. Para cuando llegamos a mi habitación Sally ya sólo tiene las bragas puestas y yo mi bóxer. Y ambos estamos tan excitados que va a ser complicado acabar todo esto en una despedida sin más.

Yo soy quien se separa de sus labios esperando, como siempre, que sea ella quien decida qué hacer. Sally me mira de arriba abajo y se relame. Después se acerca, me empuja con su mano en mi pecho y me dejo caer sobre el colchón de mi cama, sentándome en él. Acto seguido se sube sobre mí, colocando sus rodillas a ambos lados de mis caderas y sentándose encima, de forma que nuestros sexos conectan a través de la fina tela de nuestra ropa interior. Después, las manos de Sally se ciernen en mi cabello y las mías en su trasero, para pegarla a mí todo lo que puedo. Sally besa mi cuello y me tortura moviendo sus caderas en círculos sobre mí.

—Dios, Sally, no puedo más...

—Quiero sentirte... dentro de mí. —Sus palabras me matan. ¡Yo sí que quiero eso! Es más, lo necesito. Y si no lo hago pronto me volveré loco. Pero hoy no.

—Sally, si te follo así de borracha me matarás.

—Por favor... —sigue moviéndose sin piedad sobre mí.

—No me hagas esto, Sally, no me lo perdonarás y no quiero que te vayas. —Sus besos cada vez son más fieros y sus manos aprietan con más fuerza mi cabello. Creo que estoy a punto de correrme.

—Nick, quiero correrme, necesito correrme. —Suplica. La entiendo perfectamente, yo estoy igual.

Así que decido ayudarla y ya haré algo conmigo después. Introduzco mi mano por sus bragas desde su trasero para buscar su sexo. ¡Joder, qué caliente está! Y en cuanto le introduzco un dedo en su interior, Sally aúlla su orgasmo ansiado y yo, al sentir sus fluidos en mi mano, su sexo presionando mi dedo en su interior, su gesto de placer y sus movimientos sobre mi polla, sacudiéndose por los latigazos finales de su orgasmo, me corro como un adolescente en los calzoncillos y muerdo mis labios para no gritar como un loco.

Acto seguido me dejo caer hacia atrás y siento mi cuerpo flotar en una nube. De vez en cuando mi cuerpo sufre un eco del orgasmo. Un puto orgasmo como no he tenido en mi vida. Y es que llevo sin correrme desde la última paja que me hice después de pintar a Sally durante horas y me la hice en su

honor.

36

David

Me levanto de un humor de perros, pues los planes que tenía para ayer se desplomaron frente a mis narices. Siempre supe que mi historia con Alice no podía durar, porque no puedo hacerle esto a Nick y si me pongo en su lugar, yo lo mataría si tocara a mi hermana. Además, llevo unos días viéndome con Lindsay, una chica que conocí en la cafetería de un club selecto de Dallas, en el que puedo entrar porque me he acostado más de una vez con una de las camareras y sigue estando pillada por mí.

Por todo eso, había planeado que ayer sería mi despedida definitiva de Alice en materia sexual. No le voy a negar nunca la palabra, claro está, y mataría a cualquiera que le hiciera algo, como si fuera la mismísima Sally, pues debo decir que Alice se ha convertido en alguien especial para mí. Pero no voy a dejar que se haga ilusiones conmigo. No lo merece. Quizá ésta sea la primera vez en mi vida que pienso si alguien lo merece o no y seguramente sea porque Alice es hermana de quien es. Lo cierto es que me siento fatal cada vez que tengo sexo con ella y justo después de correrme me invade una extraña sensación al pensar que debo dejar de verla así.

Yo tenía planeado llevármela ayer a un hotel, tener un maratón de sexo con Alice durante toda la noche, hasta cansarme de ella, hasta empacharme de Alice, y después decirle que no podemos seguir viéndonos. Ahora que lo pienso, eso suena más que cruel. Pero necesito una última vez entre sus brazos. Como despedida.

Sin embargo, la caprichosa de mi hermana tuvo que cambiarnos los planes y, como ahora todos estamos acojonados porque no queremos que protagonice otra desaparición como la de hace una semana, pues le bailamos el agua a esa niña consentida. ¡Hasta Nick ha dejado de provocarla e insultarla! ¡Incluso le pregunta su opinión cuando hay algo que decidir en casa! Esto es una mierda...

Por culpa de Sally anoche no pude tocar a Alice. Para colmo, se emborrachó y comenzó a flirtear con todos los tíos que se le acercaban. ¡Casi le rompo los dientes a uno! ¡Incluso me fui y la dejé allí! Pero, no me voy a engañar, me fui porque pensé que me seguiría, como todas las mujeres suelen

hacerlo cuando amenazo con desaparecer. ¡Maldita sea, eso siempre funciona! ¡Es una de las reglas básicas de seducción masculina! Te haces el orgulloso y las amenazas con que te van a perder, a ellas les entra el pánico y salen despavoridas a buscarte y suplicarte que no las dejes nunca. Pero Alice no sólo no vino a buscarme, sino que cuando espero casi una hora a que lo haga y vuelvo a entrar en el local, me la encuentro bailando con el tipo al que casi le parto los dientes. ¡Y el puto Nick sin hacer nada! ¡Bailando con la caprichosa de mi hermana, que lo tuvo acaparado como si fuera su esclavo toda la noche! ¡Si yo viera a mi hermana bailando con un tipo como lo estaba haciendo Alice le caería una buena!

El colmo fue cuando le dije que nos fuéramos a casa antes que David y Sally para echar, aunque fuera, un triste polvo y, aunque accedió, al llegar al apartamento de Nick me dijo que estaba muy cansada y que no le apetecía follar. Que se iba a la cama de Sally a dormir. Y allí me dejó, con cara de lelo en mitad del salón, con un calentón del quince y con un enfado de mil demonios.

Tan desconcertado que ahora no sé qué hacer con ella. Me demoro en salir de mi habitación, para que me eche de menos todo el rato que sea posible. Me ducho y me visto con mis vaqueros favoritos y una camiseta blanca ceñida con el cuello de pico. Cojo mi cazadora de cuero y salgo al salón, con paso altanero.

En la cocina veo a Sally vestida con... ¿qué demonios es eso?

—¡Sally, qué cojones haces vestida de furcia! —Le digo y mi hermana me mira con rabia.

—¿Cómo dices? —Se pone los brazos en jarra.

—Pequeña, esos shorts son muy cortos, te marcan todo el culo y esa camiseta los pezones. ¡Joder, Sally, ponte una de mis camisetas!

—Estoy bien así. —Dice ignorándome. Creo que está de mal humor.

—¿Te ha bajado la regla? —Me mira otra vez endemoniada.

—¡No! ¿por? —Levanto las manos en actitud inocente.

—Nada... curiosidad. ¿Dónde está Alice? —Miro a mi alrededor y no la veo. Estará en el baño...

—Se ha ido. —¿Cómo! —Había quedado con Jacob, creo. —Dice Sally como si tal cosa.

—¿Quién coño es ese? —Sally me mira extrañada. Mierda, debería disimular. Pero me la trae floja. Con Sally no corro peligro.

—Un amigo, ¿qué te pasa a ti?

—¡Oh, vamos! ¡No me digas que Alice no te ha dicho nada! —Pongo los ojos en blanco. —Las mujeres sois unas cotillas y seguro que no ha podido evitar contártelo.

—¿Contarme qué? —Se pone en modo madre. O Sally es muy buena actriz o es verdad que Alice no le ha dicho nada de mí. Siento un poco de desilusión.

—Hemos quedado alguna vez. Nada serio. —Digo encogiéndome de hombros. —Pero no le digas nada a Nick. —Le advierto con mi dedo. —Por cierto, ¿dónde está él?

—Está recluido en su nuevo estudio y no quiere salir de allí ni que nadie entre. —Me informa Sally con cara de aburrimiento. Creo que prefiere la tortuosa compañía de Nick antes que pasar el tiempo sola en casa. —Qué curioso —añade pensando en voz alta —no me había dado cuenta de que le gustaras a Alice.

—Es obvio que sí le gusto. —Asevero.

—¿Obvio? Bueno ha quedado hoy con Jacob que es... nada déjalo.

—¿Que es qué? ¡Suéltalo, Sally! —La sujeto de los hombros.

—Su ex... —¡Me cago en Alice! —¿te gusta de verdad Alice? —Mi hermana parece desorientada.

—¡Qué tontería! —Intento convencerla y convencerme. —Es la hermana pequeña de Nick y no podría gustarme y traicionarlo así. Además, estoy empezando a salir con Lindsay...

—¿Qué? ¿Estás saliendo con dos a la vez? ¡Cómo puedes ser tan cabrón! —Mi hermana me aporrea la cabeza con cara de enfado.

—¡Para! ¡Para! ¡Yo no tenía nada serio con Alice! Y con Lindsay tampoco. Yo no tengo nada serio con nadie. —Me defiendo. Sally me mira visiblemente decepcionada.

—Desde luego Nick y tú hacéis una pareja increíble. Deberíais ser novios. —Gruñe. —Pues si no quieres nada serio con Alice mejor. Porque sé que Jacob sí que quiere y ese tío está muy bueno... ¡qué digo bueno! ¡Es el tío más bueno del instituto! —Me está empezando a caer mal mi hermanita de verdad y decido ir a hablar con Nick y separarme de Sally antes de mandarla a la mierda. Llamo al estudio de Nick y acto seguido intento abrir la puerta, pero está cerrada con llave. —Nick, tío abre. —Le grito. Abre la puerta y cuando voy a entrar, él me corta el paso y decide salir de su estudio él y cerrar la puerta tras de sí.

—¿Qué pasa?

—¡Joder, qué estás haciendo ahí para tanto secretismo! ¿No tendrás

escondida a Claire? —Bromeo, pero no parece hacerle ni puta gracia a Nick que mira en dirección a donde está Sally y luego a mí.

—Déjate de bromitas pesadas. ¿Qué quieres?

—¡Eh! ¿Te pasa algo conmigo?

—¡Dímelo tú! Ayer estabas más acaramelado de la cuenta con mi hermana.
—Mierda.

—No... yo... sólo fue un tonto sin importancia. Ya sabes cómo soy. —
Sonrío.

—No la jodas, David.

—Confía en mí, tío. —Prometo. De todos modos, ha sido su hermanita la que me ha dado la patada. Así que está claro que el jodido soy yo, no Alice.

—Bien, pues dime.

—Voy a salir a comer con Lindsay. Y luego... quiero dar una vuelta por un sitio. ¿Tú tienes planes?

—¿Me estás pidiendo que haga de niño otra vez?

—¡Eh! ¡No os preocupéis por mí, tengo planes para hoy! —Grita Sally sin mirarnos. ¿Cómo lo ha escuchado? Aunque puede que sólo haya intuido mis intenciones. —Pero me llevaré el móvil y contestaré vuestras llamadas acosadoras, tranquilos. —Miro a Nick y me hace una mueca de resignación y de disgusto a la vez.

—La llevaré y la recogeré yo. —Me dice mi amigo.

—Gracias tío.

Lindsay parece una buena chica, está buena y su padre es el dueño de una revista de moda. Por lo tanto, no entiendo por qué demonios llevo pensando en Alice todo el día. Quizá porque es la primera vez en mi vida que una tía me deja así, sin un motivo, sin pataleta, sin nada más que el silencio y su ausencia. Creí que Alice se lo pasaba bien conmigo... que conectábamos...

—David, quiero proponerte algo. —Me dice Lindsay y me obliga a salir de mi distracción. Espero que me proponga de una vez que la lleve a la cama. Llevamos como cinco días viéndonos y no hemos pasado de los toqueteos típicos de los adolescentes.

—Dime. Soy todo oídos. —Le ofrezco mi sonrisa más seductora.

—¿Te gustaría modelar? —Me deja a cuadros.

—¿Qué?

—De verdad, con lo guapo que eres, no sé cómo ninguna marca te ha ofrecido a hacerte un Photo-shoot. Ya sabes que mi padre tiene muchos contactos en el mundo de la publicidad. Puedo hablar con él y que te hagan la

prueba para varias marcas...

—Francamente, pasear en calzoncillos delante de unos tipos que me estén fotografiando no sé si está hecho para mí. —Desestimo su oferta lo más diplomáticamente que puedo.

—¿Sabes cuánta pasta podrías ganar? Hay contratos multimillonarios, si les gustas. —Eso suena mejor. Un trabajo bien remunerado en el que no tenga que depender de nadie suena más que bien. Incluso podría plantearme una vida distinta, una relación...

—¿En serio? Bueno, quizá podría probar...

—¡Genial! Pues, ¿qué te parece si vienes el lunes a la revista de mi padre? Sé que vendrá un amigo fotógrafo que trabaja para Calvin Klein. Puedo presentártelo y pedirle que te haga una prueba.

—Vale. —Sonrío. —Gracias, Lindsay. —Ella sonrío y me acaricia la mano. —Oye... me gustaría agradecértelo como es debido. —Se pone colorada.

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué no nos vamos a tu apartamento y ya sabes, lo celebramos juntos? —Le miro con mi mejor mirada seductora.

—Esto... no es necesario ir tan rápido. —Se mira las manos, nerviosa. ¡No me jodas! ¿Rápido? En fin, quizá sea lo mejor. Porque estoy casi seguro que se lo he dicho para vengarme de Alice porque vete tú a saber lo que estará haciendo con el tal Jacob ese ahora mismo. ¡Ni lo pienses, David! —Aunque... podríamos ir al cine, si te apetece. Hay un documental que me gustaría ver. —Un documental... yuju...

—Como tú quieras. —Disimulo mi aburrimiento.

Después de ver el dichoso documental, decido llevar a Lindsay a su casa. Lo que menos me iba a imaginar es que se me echaría encima en mi coche, cuando aparco frente a su casa. Comienza a besarme como una loca y a desabrocharme la bragueta. ¡Otra exhibicionista! ¿Las atraigo o qué? Porque podría pedirme que subiera a su casa y remataríamos la faena allí...

—Lindsay... estamos en mitad de la calle. —Le digo y me mira roja como un tomate. A continuación, se sienta en su asiento, poniendo distancia entre los dos.

—Perdona, jamás había hecho algo así, pero pensé que tú...

—No tienes que pedirme perdón. —Le doy un tierno beso en los labios y le dedico una sonrisa. —Pero preferiría hacerlo en tu casa o en algún sitio privado. —La verdad es que preferiría no tener que hacerlo. Lindsay y yo

somos el día y la noche y, por muy buena que esté, no me pone nada cachondo.

—Vale, ¿quieres subir? —Pregunta más contenta. Suspiro. Debería subir.

—¿Te importa que lo dejemos para otro momento? —Me sorprendo a mí mismo diciendo esto. —He dormido muy mal esta noche y me está empezando a doler un huevo la cabeza. —¡Y ahora parezco una tía con sus típicas terribles excusas! ¿Qué será lo próximo? ¿Que me ha bajado la regla?

—Sí, tienes mala cara hoy, se te ve. ¿Te veré mañana otra vez?

—Mmm, mañana tengo que ayudar a mi compi de piso a montar una pared de cristal. —No es mentira del todo, aunque no la vamos a montar nosotros. —Es que mi hermana Sally se ha mudado recientemente al apartamento que compartimos mi amigo y yo y hemos tenido que sacar el gimnasio de donde estaba para cederle a Sally una habitación.

—Ah, vale. Pues llámame cuando tengas un rato libre el domingo. O si no, nos vemos en la revista de mi padre el lunes.

—El lunes sin falta. —Le doy un beso de película de los que les gustan a las tías y Lindsay sale sonriente de mi coche.

Media hora después estoy merodeando con mi coche por los alrededores de la casa de la madre de Nick, deseando encontrarme con esa víbora de Alice y su nuevo entretenimiento llamado Jacob. Si veo al tipo ese le voy a partir la cara. ¡Me importa una mierda si él no tiene culpa ninguna!

Cuando llevo cuarenta minutos dando vueltas y ya empieza a anochecer, todavía sin señales de Alice, decido que voy a llamarla. Ya que estoy por aquí, me esperaré a que venga para decirle cuatro cosas a la cara. Pero, justo cuando saco mi teléfono del bolsillo, como por arte de magia, la veo salir de un coche rojo. Sonriente se agacha y se despide de quien quiera que estuviera dentro de ese coche y el coche se va.

Yo, sin pensarlo dos veces, salgo de mi coche, tras cerrarlo con un portazo y me dirijo con paso firme hacia ella, que no me ha visto y está distraída buscando algo en su bolso.

—¡Eh! ¡Quién cojones era ese! —Le grito como un energúmeno. Alice se pone pálida y da un paso atrás cuando me ve.

—¿Qué haces tú aquí?

—¡Tú y yo tenemos que hablar! —Le ordeno apuntándole con el dedo. Está demasiado guapa para llevar sólo unos vaqueros ceñidos y una camiseta blanca con cerezas rojas.

—Tienes mi número de teléfono, ¿no? Yo contesto las llamadas, aunque esté con otro, no como tú. —Se defiende y enseguida recuerdo que el otro día

le colgué la llamada cuando estaba liándome con Lindsay en un parque.

—Prefiero que hablemos cara a cara. —Le digo y me pongo serio.

—Pues suéltalo. ¿Qué quieres? —Se cruza de brazos y me mira desafiante.

—¿Por qué te has ido de casa sin decir nada?

—Porque no tenía nada que decir. ¿Qué te pasa? ¿Tu nuevo ligue no folla bien? —Dice la muy descarada.

—Yo no tengo ningún ligue. —Miento.

—¡Ja! Bueno, si has venido hasta aquí para mentirme en mi cara vete por dónde has venido. —Se gira dándome la espalda y andando en dirección opuesta a donde estoy yo. La sigo y la detengo asiéndola del brazo.

—¡Alice! ¡Para! —Se gira y parece que está decidida a mandarme a la mierda. —Yo...

—Tú, ¿qué? Ya hemos follado, David. Te has divertido, ha estado bien y has salido a la caza de tu nueva víctima. ¿Qué más quieres de mí? —Un momento, ¿qué sabe ella? ¿Le ha contado algo Nick?

—No es así. Tengo un proyecto de trabajo interesante entre manos, pero no puedo hablar de ello con nadie. —Eso también puede convertirse en una media verdad. —Anoche... quería estar contigo... y hoy también. —Me estoy volviendo un blando. ¿Desde cuándo enseño mis cartas yo primero? Alice me mira y suspira.

—Creo que es mejor que dejemos este juego, David. —Mierda, no...

—No... Alice, escucha. Oye, no quiero prometerte algo que no pueda cumplir, pero tú... me gustas.

—¿Qué quieres, David? ¿Una relación? —Vaya, directa al grano. Me paso la mano por el pelo. No sé qué decir.

—Ni siquiera sé si podemos permitirnos eso. —¿Cómo he acabado planteándome una relación con Alice si lo que quería era terminar con ella? —Tu hermano me rompería los huevos.

—Entonces, ¿a qué has venido?

—Quiero conocerte, Alice. No sé, creo que encajamos bien y estoy empezando a plantearme las cosas de otra manera. Si lo de mi trabajo sale, quizá podría dejar de tener que compartir piso con tu hermano y, poco a poco, ir viendo si lo nuestro puede funcionar o no. —Alice me mira con esos increíbles ojos muy abiertos. —Pero, por ahora, tendremos que mantener esto en secreto. Digo, si me das la oportunidad. Di algo...

—Vale, pero, no somos novios. Sólo nos estamos conociendo. —Dice y se me escapa una sonrisa traicionera.

—Y también nos estamos follando. —Bromeo, aunque no es tan broma. Menos mal que Alice lleva bien mis bromas pesadas, porque es la hermana de quién es y se ríe de mis gilipolleces. —Ven aquí. —Le digo y la cojo de las manos para atraerla hacia mí. Acuno su rostro en mis manos y siento como la calma se apodera de mí cuando beso sus labios y ella se deja. —Eres muy difícil.

—Y tú eres un peligro.

—Prometo ser bueno, nena. Al menos lo intentaré.

—Eso ya lo veremos. Adiós, nos vemos pronto. —Vuelve a besarme y yo la aprieto contra mí para que no se vaya.

—Quédate un ratito conmigo... anoche me pusiste muy cachondo y no me dejaste ni tocarte. —Intento subirle la temperatura con mis besos.

—No vamos a follar otra vez en tu coche en mi vecindario, David. —Sonrío y asiento.

—Vale, pero un poco de toqueteo no es tan malo. —Tiro de ella para llevarla a mi coche.

—¡David!

—¡Vamos! ¡Es lo que a las colegialas malas como tú os gusta hacer con sus víctimas!

Al fin la convengo y entra en mi coche. Pero como no quiero que se sienta incómoda, acabo conduciendo el coche hasta llegar a un descampado cercano en donde poder hacer todo lo que ella me deje hacer.

Empezamos con un simple toqueteo, pero, como no, se nos va de las manos y acabamos follando como locos y sin condón. ¡Esta mujer acaba con mi autocontrol!

Sally

No sé qué narices le pasa a Nick ni por qué me evita. Lleva todo el día encerrado en su nuevo estudio y no ha querido salir ni a comer. Y yo dando vueltas con un modelito que no me habría atrevido a lucir hace tan sólo unas semanas atrás, que hasta ha hecho que a mi hermano se le disparen las alarmas.

Le mando un mensaje a Charlie, el chico mono que me dijo si podíamos salir algún día, y le propongo ir al cine o algo. Me contesta que no puede hoy, que está de viaje con sus padres. Menudo pringado... Pero me promete que quedaremos la semana que viene.

Así que me quedo viendo una película con la única compañía de una tarrina de chocolate en el sofá del salón.

Cuando la película lleva unos quince minutos empezada, veo aparecer a Nick con sus sexis pantalones de pintar. Se acerca a la nevera, saca un trozo de empanada que he hecho y se acerca hasta donde estoy yo. Intento no mirarlo mucho. No sé de qué humor está y no tengo ganas de quebraderos de cabeza.

—¿No vas a salir al final? —Me pregunta y se sienta a mi lado en el sofá. Yo niego con la cabeza mientras chupeteo la cuchara llena de helado. —¿Te apetece hacer algo? —Lo miro con curiosidad.

—¿Algo como qué? —Esa sonrisa tan cautivadora debería ser delito.

—No sé, ir al cine, pasear...

—Me apetece patinar. Hace mucho que no lo hago. —Confieso con nostalgia.

—¡Vamos! Conozco un sitio estupendo para pasear, seguro que te gusta. — Estoy de lo más descolocada. —¿Qué? —Pregunta al ver mi cara.

—Nada, pensaba que hoy tocaba evitarme.

—No sabía si estabas enfadada tras lo de anoche... y no me atrevía a preguntarte y ponerte peor.

—Nick, lo de anoche fue culpa mía. Tú trataste de impedirlo. Soy yo quien debería disculparse. —Digo sintiéndome estúpida al recordar el modo en que

le supliqué que me follara y él me decía una y otra vez que no.

—Fue increíble. No deberías disculparte por nada del mundo. —Me dice sin mirarme. —Joder, esta empanada es lo mejor que has hecho en tu vida. —Comenta mientras engulle. —¿Qué lleva?

—Un poco de todo. ¡Es empanada Sally! —Me sonrío mientras mastica.

—Empanada Sally... mi nueva comida favorita. Deberías dedicarte a esto. Es tu forma de hacer arte. —Sigue comiendo con ganas. Me encanta esa cara de disfrute.

—¿Por eso es entonces por lo que llevas todo el día evitándome? ¿Por eso no me has pedido hoy que modele para ti? —Pregunto con miedo de escuchar la respuesta. A lo mejor ya tuvo suficiente diversión conmigo anoche y se ha aburrido de mí.

—La verdad es que, hasta que llegue el viernes y pueda disfrutarte como es debido, estoy intentando evitar un dolor de huevos tan gigante como el que he sufrido esta semana viéndote desnuda sin poder tocarte, Sally. Y gracias a tu ayuda, ya tengo cuadros para hacer tres exposiciones. —Dice tan franco y claro como siempre. No puedo evitar soltar una carcajada. Nick al principio gruñe y después acaba riéndose conmigo. —Ríe mientras puedes, niñata asquerosa. —Me provoca con esa maravillosa sonrisa en la boca mientras sigue comiendo como un cerdo.

—Entonces, ¿vamos a patinar un rato? —Me levanto del sofá entusiasmada. Nick me hace un repaso con la mirada y se da cuenta por fin del modelito que llevo. Casi se atraganta con la empanada. —Por cierto, ¿tú tienes patines?

—No, pero tú tienes un patinete eléctrico que me podrías dejar.

—¡Cierto! ¿Vamos? Voy a vestirme.

—Sí, mejor será. Deja que me dé una ducha antes, estoy lleno de pintura.

Volver a coger los patines me da una sensación de libertad que me encanta. Nick también parece disfrutar como un niño pequeño con el patín eléctrico y hacemos varias carreras. El parque al que me lleva es precioso y la temperatura hoy es maravillosa. Pasamos un rato de lo más divertido juntos y, de vuelta a casa, nos compramos un helado y nos lo vamos comiendo mientras patinamos uno al lado del otro.

—Ha sido un rato estupendo. —Le digo en el ascensor mientras le miro sonriente.

—Ha estado genial. Estás muy sexi en patines. —Comenta y al fin me dice algo que demuestre que sigo atrayéndolo. Cuando le sonrío pícaramente se

anima y sigue diciéndome cosas. —Te imagino sólo en patines y uff.

—Podría posar con ellos. —Casi no me da tiempo a terminar la frase cuando ya tengo a Nick sobre mí besándome con ansias. —Nick... para...

—¡Joder! ¡Has sido tú quién me ha provocado! —Se separa de mí alterado.

Salimos del ascensor y me quito los patines antes de entrar en casa. Nick guarda mi patinete eléctrico en mi habitación y yo los patines.

Nos quedamos mirándonos antes de salir de la habitación y veo a Nick mirar mi cama de soslayo.

—¿En qué piensas?

—Joder, Sally, que no puedo esperar hasta el viernes. —Se pasa la mano por el pelo y yo me acerco a él. Yo tampoco puedo. Pero quiero que siga deseándome. Más y más. Incluso puede que llegue a desearme tanto como yo a él.

—No tienes que esperar si no quieres. —Nick abre los ojos sorprendido y da un paso hacia a mí. —Me refiero a que tienes a Claire...

—¡Maldita sea, Sally! ¡La aborrezco! ¡No tienes ni idea de lo poco que deseo a esa mujer! Es absurdo que sientas celos de ella cuando es en ti en quien pienso a todas horas. Cuando eres la única que ocupa mi mente. —Sé que me dice esas cosas para conseguir de mí lo que quiere, pero parece tan sincero...

—No digas eso. No es verdad.

—Sally, no puedes decirme que no lo ves. No puedes ser tan ciega. —Se pone justo frente a mí, tan cerca que lo respiro a él. —No es posible que no veas que te has convertido en el puto eje sobre el que gira todo en mí. Lo sabes y usas tu poder conmigo a tu antojo. Y está bien, lo tolero porque no puedo hacer otra cosa. Jamás pensé que una mujer podría ser tan importante para mí que acabaría a su merced como estoy contigo.

—Sólo dices eso para llevarme a la cama. Para ti sólo soy una niñata que te cabrea y a la que quieres someter y arrebatarse su virginidad, como un trofeo más. —Parece que mis palabras lo hieren y Nick se separa de mí, enfadado, dándome la espalda.

—Si de verdad piensas eso no quiero hacer nada contigo. No tiene ningún sentido para mí hacer algo que sientas como un castigo y no como una liberación de todo esto que estamos viviendo, de todo lo que nos está pasando. —Me acerco a él por la espalda y me debato entre abrazarlo o no. —Sabes que podría haberte follado ayer mismo si hubiera querido. Sabes que estoy

aguantando por ti, porque yo también quiero que desees tenerme entre tus brazos. —Se gira y me encara de nuevo. —Puede que no me creas porque es la primera vez en mi vida que pienso más en lo que necesita otra persona antes que lo que yo mismo necesito. Y seguramente soy un completo inútil a la hora de ser complaciente y paciente, porque no lo he sido nunca y no sé serlo. Pero no te estoy utilizando, Sally. Siento una atracción tan fuerte por ti que me quema por dentro con solo mirarte. No sabes el miedo que siento cada vez que alguien nombra a Claire contigo delante, porque sé que sólo con oír su nombre tú das cinco pasos atrás en nuestro acercamiento. Pero te deseo a ti, sólo a ti. Y te deseo tanto que me da igual hasta tu hermano, mi exposición, Claire, todo. —Me quedo muda ante su arrebatado de sinceridad.

¿Puede que haya conseguido lo que quería conseguir de Nick? Que me desee más que a nada. Y si no lo he conseguido del todo, nunca he estado más cerca de lo que lo estoy ahora mismo. Nick me mira con esos increíbles ojos y me traspasa. Quiero a este hombre. Me he enamorado hasta la médula. Y lo deseo ahora más que nunca. Todo, lo deseo todo de él.

Nick no se mueve ni dice nada cuando me ve acercarme a la puerta y cerrarla con pestillo, por si viene mi hermano y decide entrar. Me vuelvo de nuevo y me pongo frente a Nick, desnudándome sin dejar de mirarlo. Su respiración se acelera, pero no dice nada. Sólo me mira paciente, esperando las instrucciones. Yo tampoco digo nada todavía. Simplemente, cuando ya estoy completamente desnuda, me acerco a él y comienzo a quitarle la camiseta primero y cubro su pecho de besos. Cuando lo miro, tiene los ojos cerrados y se lame el labio inferior. Es lo más sexi que he visto nunca. Prosigo desabrochándole los pantalones y bajándoselos, junto a su ropa interior, quedándome de rodillas frente a él. El tamaño de su erección me deja sin palabras y, atraída por su dureza la beso y la introduzco en mi boca. Nick gime con fuerza y me sujeta de la cabeza con sus grandes manos pronunciando mi nombre como una súplica. Es él quien impone el ritmo de sus embestidas a mi boca, porque yo no tengo experiencia alguna. Siento una pequeña arcada y Nick se separa de mí, me mira y evalúa mi reacción.

—Lo siento...

—Nick, quiero que me toques. —Le pido poniéndome en pie de nuevo. Suspira.

—Vas a tener que ser más explícita. ¿Qué puedo hacerte, Sally? —Su obediencia me desarma.

—Lo que tú quieras. —Pronuncio como una promesa.

Nick ladea la cabeza, examinando mi expresión, por si hay alguna muestra de duda en mí. No parece encontrar vacilación y entonces es cuando se abalanza sobre mí y me besa con el hambre de tres semanas de tortura sexual y psicológica poseyendo su cuerpo. Consigue salir de sus pantalones con torpeza y entre besos me lleva a la cama y me tumba sobre ella, tumbándose sobre mí.

—Mierda, el condón. —Se levanta un momento dejando mi boca y mi cuerpo desamparados.

Rebusca rápidamente entre los bolsillos de su pantalón y vuelve rápidamente a mí. Me devora la pasión desde dentro y me enrosco en él con tanto ímpetu que consigo subirme a su cuerpo. Comienzo a frotarme contra él y gimo como una loca al sentir su cuerpo, piel contra piel, frotarse con el mío. Me separo un momento de sus labios cuando veo que intenta ponerse el condón, pero mis besos desesperados no le dejan hacerlo con rapidez. Observo como desliza sus dedos desde la punta de su miembro hasta la base y la impaciencia por sentirlo dentro de mí me enloquece. Con el condón ya puesto, me vuelvo a situar sobre él y agarro su miembro para conducirlo a la entrada de mi sexo. Nick me mira asombrado o asustado, no lo sé.

—Estoy preparada, Nick. —Le digo sentada a horcajadas sobre él con su polla en mi puño. —De verdad.

—Sally, nena, eres virgen, así te va a doler. —Me informa.

—Ah. —Me separo en el acto. Nick me abraza y nos hace girar a los dos, posicionándose de nuevo sobre mí.

—Así mejor para tu primera vez. Déjame controlarlo a mí. —Me sentiría estúpida si no fuera por la ternura con la que lo dice y esa mirada de ardiente pasión con la que me premia. —Iré poco a poco. Dime si quiere que pare, ¿vale? —Asiento y aguanto la respiración. Aprieto los ojos y espero y espero, pero Nick no hace nada. —Eh, no tengas miedo. Mírame. —Lo miro. —Somos uno ahora mismo. Relájate. —Lo beso con todas mis fuerzas.

Somos uno. No podría haber elegido unas palabras más bonitas para mi primera vez. Nick gime por mis besos y desliza su sexo por el mío unas cuantas veces antes de introducirla un poco. No duele. Al contrario. Es maravilloso. Sentir a Nick en mi interior es glorioso. Sale de mí y vuelve a deslizar su sexo por la zona externa de mi sexo, provocando oleadas de calor en mi cuerpo y elevando el nivel de deseo y de placer. Haciendo que me olvide de mi miedo. Vuelve a entrar, esta vez un poco más y esta vez también siento una pequeña punzada en mi interior. Pero el dolor es sustituido por

placer en décimas de segundo. Nick me mira con sus increíbles ojos y yo no puedo dejar de mirarlo mientras, poco a poco, va alcanzando un punto más profundo de mí, tan profundo que se cuele en mi alma, y comienza a subir el ritmo en mi interior mientras me besa como jamás en mi vida me han besado.

—Nick...

—¿Estás bien? —Pregunta en un gemido.

—Sí... estoy... estoy...

—Estás cerca, lo noto. —Asiento con la cabeza mientras me dejo llevar aferrándome a sus fuertes brazos y echando mi cabeza hacia atrás. —Mírame, por favor. —Vuelvo a mirarlo y muerdo mis labios para tratar de controlar mis gritos de placer. No puedo evitar pensar que David puede llegar a casa en cualquier momento. —Joder, qué sexi eres. Eres la cosa más sexi que he tenido en mi vida. Sally, no aguanto más. —Sus palabras me aceleran aún más y vuelvo a buscar sus labios para gemir en ellos mientras siento que mi cuerpo combustiona y convulsiona bajo el cuerpo de Nick. Le escucho maldecir en mis labios cuando es consciente de que he llegado al orgasmo y acto seguido me sacude con una embestida final bastante más dura que el resto.

—Dios Nick. —Me separo de sus labios y me dejo caer sobre el colchón.

—Sí, joder... al fin te has apiadado de mí. —Se deja caer a mi lado. ¿Habrá sido tan maravilloso para él como para mí? Lo miro y me lo encuentro mirándome y sonriéndome. —Eres increíble. —Dice y me besa. Después me abraza y me coloca la cabeza en su pecho. Escucho su respiración aún alterada. Después deshace el abrazo para quitarse el condón, hacerle un nudo y lo tira al suelo. Me fijo en que está teñido con un poco de sangre, no demasiada. —No me hagas sufrir tanto para la próxima vez. —¿Quiere más? Sonrío, vuelvo a encaramarme en su pecho y siento sus manos acariciar mi espalda. Me siento llena, plena, feliz.

—¡Un momento! ¿Sigue en pie lo del viertes? —Pregunto alarmada cuando soy consciente de que yo solita me acabo de sabotear mi posición de poder frente a Nick.

—Ehhh, sí, te llevaré a la exposición y eso. —Me incorporo.

—¡Nick! ¡Sabes que hablo de que vas a ir a ver a tu madre! —Pongo el gesto más amenazador que puedo. Nick suspira. —Ni se te ocurra decir que no porque haya accedido a hacerlo hoy contigo.

—¿Accedido? ¡Nena, lo estabas deseando tanto como yo!

—Bueno, pero me diste tú palabra.

—Habrá que volver a renegociar esa parte. —Dice el muy cabrón

echándose sobre mí y atrapándome entre su cuerpo y el colchón, cubriendo mi cuerpo de besitos, y riéndose no tan disimuladamente como cree en mi cuello.

—Eres un gilipollas. —Levanta la cabeza para mirarme y me sonrío. En sus ojos veo un brillo especial.

—¿En serio?

—Sí. —Me cuesta mantener la seriedad del momento cuando me mira así.

—¿Y si vuelvo a hacer que te corras dejaré de ser gilipollas? —Se me acelera el pulso de nuevo. La verdad es que deseo que vuelva a hacérmelo, una y otra vez. Quiero volver a sentir esa mágica conexión con él.

—Puede. —Me encojo de hombros y me hago la interesante. Nick sonrío y se levanta para rebuscar otro condón de sus pantalones. —¿Siempre vas tan preparado para la acción? —Me siento en la cama y le miro molesta. Nick vuelve hacia mí con el nuevo condón en la mano.

—Debes ir preparado cuando vives con un animal sexi y sensual como tú. —Vuelve a echarse sobre mí, haciendo que me tumbe de nuevo en la cama.

—Quiero renegociar lo del viernes antes de hacerlo de nuevo contigo. —Trato de sonar convencida. No quiero que me enrede y que piense que a partir de ahora estoy a su merced.

—Dime entonces, ¿qué puedes ofrecerme para que haga tal sacrificio? —Besuquea de nuevo mi cuello. Intento por todos los medios no perder la concentración. Mierda, no puedo pensar con claridad.

—No tendré sexo con nadie más durante un mes. —Digo. Nick vuelve a mirarme, esta vez con mala cara. ¿Qué? Él tiene a Claire...

—¿Me estás diciendo que tienes deseos de follarte a otro que no soy yo? —Creo que he dado en el clavo.

—Tú serás mi maestro en el sexo. Durante un mes. —No sé si lo que digo lo está excitando o no. Parece excitado y enfadado a partes iguales. —No es que quiera acostarme con todos los chicos del instituto, Nick. Pero tú mismo me has dicho que las relaciones serias no son lo tuyo, y sé que estás con...

—¿Dos meses! —Me corta. —Te quiero dos meses en exclusividad para mí o no hay trato.

—Trato.

—Y harás lo que te pida. Al menos dime que lo intentarás. —Trago saliva. Eso suena peligroso. —¿Sally?

—Lo intentaré. —Nick ladea la cabeza, sorprendido por cómo la balanza del poder se acaba de inclinarse sorprendentemente a su lado. Aunque volveré a hacer que vuelva a inclinarse al mío como sea o estaré perdida.

—¿Por qué es tan importante para mí que vaya a ver a mi madre? —Quiere saber.

—Porque está viva y tú también. —Su gesto se ensombrece. —Yo no tengo esa oportunidad y si la tuviera no la desperdiciaría ni un día más. Cada minuto que la vida nos da es precioso, pero todo puede acabar de un momento a otro, sin que seamos conscientes de ello. Puede que para mí conseguir eso de ti sea como lo último que haré por mi madre, pensando en ella, quiero decir.

—Tienes razón. —¿La tengo? —Y la vida me está concediendo estos preciosos minutos contigo ahora mismo. Ahora, ábrete de piernas porque voy a hacer que grites mi nombre, Señorita Morrison. —Me muerdo el labio y mi cuerpo le obedece casi sin pensar.

Nick gruñe al verme así, dispuesta a recibirlo de nuevo. Sus ojos recorren mi cuerpo y su sexo se yergue de nuevo en el acto. Se pone el condón y se tumba a mi lado.

Nick

Siento su humedad en mi mano cuando acaricio la parte externa de su sexo, sus pupilas se dilatan y me miran con admiración, sin comprender cómo soy capaz de transferirle tanto placer a su cuerpo. Nunca había estado con una tía tan inexperta en la cama y nunca había pensado que podía ser tan estimulante. Es tan receptiva, tan fogosa y tan inocente a la vez... y sé que eso no durará para siempre. Tengo entre mis manos el proyecto de uno de los peligros más potentes para la humanidad. En cuanto esta diosa sea una experta en el sexo, los hombres que pululemos a su alrededor estaremos perdidos. Yo el primero.

Pero, ¿cómo negarse a ser el primero de esta hija de Satanás? ¿Cómo negarse a ser su mentor en el sexo? ¿A moldearla para mí? Sé que la admiración que Sally siente ahora por mí no durará por siempre, pero, con un poco de suerte, nunca olvidará que fui yo quien le hizo sentirse una auténtica mujer por primera vez. Ahora mismo, sólo puedo soñar con eso, con que en su memoria este momento perdure para siempre, hasta que se muera.

La beso lentamente y sigo estimulando su clítoris. Esta vez no voy a ser tan dulce. Espero que se haya acostumbrado un poco a mi tamaño en su interior, porque esta vez quiero que sea memorable, que se convierta en una adicta a mi piel y que ninguno de los cabrones que vengan detrás de mí y que pasen por su cama puedan competir conmigo.

Sally gime y gime y me estoy volviendo loco. Quiero escuchar ese sonidito el resto de mi vida. Así que me concentro en grabarlo en mi cerebro y le muerdo el labio inferior.

—Quiero sentirte ya, Nick. —Suplica enroscando una de sus piernas en mi cintura.

Mi polla busca su hendidura como por impulso, aunque, en esta posición, tumbados uno frente al otro, no podré ser muy intenso. Pero, para empezar, no está mal. Le meto la punta y sigo masajeándole el clítoris con una de mis manos. Como respuesta tengo los besos más eróticos que Sally me ha dado nunca y sus caderas comienzan a moverse de forma sexi y cautivadora. Busca

profundidad. Y yo también la necesito.

Así que me subo sobre ella, cogiendo una de sus piernas y subiéndola a mi hombro. Ella me mira con la respiración entrecortada y, cuando menos se lo espera, la embisto con contundencia. ¡Joder, esto es la gloria! Sus ojos casi se vuelven al sentirme así de profundo y grita con fuerza. Sólo le pido al cielo que a David no se le ocurra venir todavía o, de lo contrario, no habrá forma humana de que no se entere de lo que voy a hacerle a su hermanita. Porque estoy seguro que los gritos de Sally van a escucharse hasta en Alaska.

—Vas a tener que pedirme que pare si es demasiado, porque no pienso hacerlo sólo porque grites. —Rechino entre dientes. Ella asiente con la respiración acelerada.

Su promesa de exclusividad conmigo en la cama durante dos meses ha activado mi libido a niveles astronómicos. ¡Mía! ¡Mía durante dos meses!

Vuelvo a embestirla con fuerza y esta vez grito yo también al sentirla así. Su interior es prieto, caliente y delicioso. La penetro una vez más hasta el fondo, pero creo que ella se encoge un poco de dolor. De modo que vuelvo a estimularle el clítoris para que se relaje y se deje llevar por la pasión. Funciona. Es tan receptiva conmigo que no me creo mi suerte. Incluso, a la décima embestida, comienza a mover sus caderas para responder a mi acercamiento. Estoy en el cielo. Voy a morir de placer. Beso a mi diosa y me embebo del brillo de sus ojos al ser poseída por mí. Es la imagen más maravillosa del mundo.

—Nick...

—Córrete Sally. Vamos nena. —Su boca se abre y su ceño se arruga cuando es víctima de un potentísimo orgasmo y yo me corro enseguida también al verla así y sentir su sexo exprimir el mío. —Sally... nena... dios... —Gimo su nombre. ¡Dios mío, hace siglos que no me corro así ni disfruto tanto un polvo!

Es una sensación tan deliciosa que, automáticamente pienso que tiene fecha de caducidad y un dolor me atraviesa el pecho al pensarlo. Pero desecho como puedo esa idea para seguir disfrutando de mi ansiado momento poscoital.

—¡Joder, David! —Grita ella en el momento en el que escuchamos la puerta de la calle cerrarse.

¡Madre mía, por qué poco nos hemos librado! Sally se levanta rápidamente y comienza a vestirse. Yo me quedo un poco desubicado en la cama.

Estoy sin fuerzas y sin capacidad de reacción. Al fin siento en mi cuerpo la calma que tanto ansiaba.

—Tranquila, Sally. El pestillo está echado. —Le digo sin poder levantarme. Ella mira en mi dirección y su rostro se desenfoca. —¿Qué? —Me incorporo como puedo y me siento sobre su cama. Sus ojos se clavan en el colchón y veo que hay una considerable mancha de sangre. —¡Oh! Cambiaré las sábanas. —Me ofrezco.

—¿Sally? ¿Estás ahí? —David llama a la puerta y Sally palidece. Coge mi ropa del suelo, me la tira a la cara y gesticula un “Vete” con la boca, señalando el baño que comunica su habitación con la mía.

Sonrío por el nerviosismo del momento. Le beso rápidamente y salgo por patas por el baño. Aunque me quedo en el baño escuchando, por si Sally puede estar en apuros con su hermano.

—¡Hola! —Le grita Sally más alto de la cuenta cuando le abre la puerta de su habitación a su hermano.

Yo me quedo quieto tras la puerta, con mi ropa en la mano y... ¡oh, el condón puesto todavía! Me lo quito y lo anudo para tirarlo en la basura del baño. ¡Mierda, el otro condón está en la habitación de Sally!

—¿Puedo entrar? —Pregunta David. —Quiero hablar contigo a solas.

—Esto... es que tengo el cuarto hecho una leonera, David. Vamos al salón y hablamos.

—¿No decías que no tenías la regla? Creo que te ha bajado. —Escucho decir a David y aprieto los ojos. Esto es lo más adolescente que he hecho en mi vida.

—¡Oh, tienes razón! Voy a asearme, ahora te veo en el salón. Hay empanada. Come un poco.

—Vale. ¿Dónde está Nick? ¿Está en casa?

—Eh... sí, creo que sí. Me parece que lo vi entrar en su cuarto.

—Mmmm, qué raro, Nick no se acuesta tan pronto nunca. Bueno, aséate anda, que pareces salida de una película de miedo con las piernas llenas de sangre. —Sonrío.

Qué poco tacto tiene ese imbécil. Lo que parece es completamente una mujer de verdad. Una mujer recién follada por primera vez. Por mí. Siento la puerta del baño en la que estoy apoyado que intenta abrirse y yo me separo. Veo a Sally entrar con cara de ver un fantasma. Cierra la puerta tras de sí y me mira. Aprieta los labios. Creo que tiene ganas de reírse. Cuando lo hago yo veo que ella me secunda.

—Nos hemos librado por los pelos. —Le digo.

—¡Qué locura! —Se tapa la cara.

—Una locura deliciosa. —Le quito las manos de la cara y la beso. —Me he dejado el otro condón en tu habitación. —Sally abre los ojos de par en par. —Dúchate, lo recogeré y cambiaré las sábanas. —Asiente. —No eches el pestillo o no podré salir por mi habitación para no levantar sospechas. —Digo, me pongo los pantalones y me dirijo a la habitación de Sally a eliminar las pruebas del escenario del crimen.

Mis ojos no pueden dejar de mirar esa cama y recrear a Sally gimiendo de placer bajo mi cuerpo. Joder, espero que para ella haya sido tan intenso como para mí. Espero que no pueda olvidarlo nunca.

Cuando termino, entro en el baño para ir hacia mi habitación y Sally ya ha salido de la ducha. Está secando su precioso cuerpo y observándose en el espejo. Yo me acerco a su espalda y la observo también desde ahí.

—Me siento tan rara...

—Te sientes una mujer completa. —Digo y beso su hombro. —La más sexi y seductora que mis ojos hayan visto jamás. Voy a vestirme, te veo en el salón. —Le digo y ella asiente. Nuestra mirada conecta en el espejo y ahora ese gesto tiene una complicidad especial. He sido su primer hombre. Su recuerdo eterno.

Cuando salgo al salón, Sally ya está allí con David, como si nada. Disimula como puede su nerviosismo al notar mi presencia y he de admitir que lo hace bastante bien. Pero yo sé que debe estar dándole vueltas a lo que acabamos de vivir y también sé que todavía debe sentir mi presencia en su interior.

Cojo una cerveza de la nevera y me siento a ver la tele junto a ellos dos, aunque lo que realmente estoy mirando es a Sally. De reojo, para no ser muy descarado, pero es que me encanta lo que veo. Algo ha cambiado en ella. Ya no es la niña asustadiza e ingenua que entró en esta casa no hace ni un mes.

David le comenta algo a Sally de que está arreglando unos papeles para dejarle a ella la casa de sus padres y le dice que lo más inteligente sería que la vendiera y se comprara un apartamento para ella aquí, en Dallas, donde hace ahora su vida. A mí la idea de que Sally se vaya de mi casa me deprime. Nunca antes había tenido tanta distracción aquí ni había sido para mí tan placentero quedarme en casa.

—Todavía no sé a qué universidad voy a ir, David. —Comenta ella.

Joder, es verdad. Va a ir a la universidad. Recuerdo los años que pasé en el campus, en la universidad de aquí, de Dallas y no me quiero imaginar a Sally así, como yo, de fiesta en fiesta y follando con todo bicho viviente. Fue

cuando conocí a David, y nos hicimos inseparables. Dos años después dejé la universidad y le propuse de irnos a vivir juntos para poder mantener entre los dos los gastos de este lujoso apartamento con “nuestros negocios”.

—La universidad de Dallas está muy bien, y así no tendrás que estar lejos de Alice ni de mí. Creo que Alice quiere ir a esa universidad, ¿verdad Nick?
—David decide que es una buena idea meterme a mí en la conversación.

—Ajá. —Contesto fingiendo indiferencia. —Si te quedas aquí no tendrás que mudarte al campus, si no quieres. —Intento que mi ofrecimiento de que se quede en mi apartamento suene despreocupado, pero David y Sally me miran como si hubiera perdido la cabeza.

—¡Esto está a tomar por culo del campus, Nick! ¡Sally no tiene coche y, aunque lo tuviera, tendría que conducir una hora todos los días! —Por qué... ¡Por qué me tienen que joder los hermanos Morrison un momento tan bueno y relajante como éste, después de haberme follado por fin a Sally! ¡POR QUÉ! Me levanto y me voy a mi habitación. No tengo ganas de que me sigan jodiendo.

—Pues si no quieres que diga nada no preguntes. —Bufo en dirección a mi cuarto y cierro con un portazo.

Tiro mi ropa al suelo y le doy varias patadas. Pero luego me consuelo pensando que todavía faltan varios meses para que Sally se vaya a la universidad. Además, la tengo para mí en exclusiva durante dos jodidos meses y, si juego bien mis cartas, puede que consiga tenerla para mí un poco más, hasta que se vaya a la jodida universidad.

Me tumbo en la cama y miro al techo. Sin embargo, me quedo dormido casi en el acto. Estoy al fin relajado y consigo alegrarme por la proeza de hoy: ¡Me he follado a Sally! ¡La he desvirgado yo!

Y con una enorme sonrisa recordando esos momentos caigo en los brazos de Morfeo.

Cuando abro los ojos todavía no es de día. Me he despertado por culpa de un sueño (o más bien una pesadilla) desquiciante; Claire venía a casa buscándome, Sally le abría la puerta sonriente y Claire le mostraba una enorme barriga y le decía a Sally que estaba esperando un hijo mío. ¡Joder! Tengo que solucionar esa mierda como sea. Claire se va a hacer la puta prueba hoy, conmigo delante. No puede estar embarazada. No... pero... si lo está... ¡Mierda puta! Eso sería un desastre. Sally me mataría y no me permitiría que me acercase a ella nunca más.

Con el miedo en el cuerpo me levanto, cojo un condón y me dirijo hacia la

habitación de Sally a través del baño. Ella está dormida, plácidamente. Es tan preciosa... quiero follármela otra vez. Que no se le pase el efecto de sentirme a mí en su interior.

Entro en su cama y me tumbo a su espalda. La destapo con cuidado y veo que lleva puesto un camisón de seda blanco que está enrollado en la parte alta de sus muslos. Acaricio sus piernas y beso su hombro mientras mi mano asciende por la curva de su cadera y su cintura, hasta alcanzar una de sus tetas. Ella gime en sueños. Ese sonido hace que mi polla se sacuda de placer y me bajo los calzoncillos para deslizarla por su espalda.

—¿Nick? —Pregunta soñolienta al despertarse.

—Hola. —Susurro en su oído. —Te echaba de menos. Dime que tú también a mí. —Giro su cara con mi mano para besarla e introducirle la lengua hasta el fondo.

—Eres insaciable. —Sonríe con esa preciosa cara de recién levantada.

—Quiero sentirte. —Mi mano desciende por su estómago hasta colarse por sus braguitas. Ella abre las piernas para recibirla. ¡Oh, sí, me desea! Está comenzando a ponerse húmeda en cuanto le acaricio. —¿Estás muy dolorida? —Su respuesta es un gemido grave y seco en mis labios cuando introduzco un dedo en su interior. —Joder, Sally, me la pones tan dura sólo con tocarte...

—No me dijiste que el nuevo trato era que me iba a convertir en tu esclava sexual las veinticuatro horas del día durante dos meses. —Susurra, pero la muy golfa pega su culo a mi polla en busca de ponerme aún más cachondo.

—Pobre esclava... —Vuelvo a besuquear su hombro —Debes estar pasándolo realmente mal. —Abro el condón que he traído conmigo y me lo pongo. —Quédate calladita. —Digo tanteando el terreno desde su espalda e introduciéndole lentamente la punta y poco a poco todo lo demás. Sally gime fuerte. —Shhh —Tapo su boca con mi mano. —No hagas tanto ruido.

—¡Ah, no tan rápido! —Suplica como puede con mis dedos taponando su boca.

—¿Te duele?

—Sí...

—Vale, pararé. —Me separo de ella con todo el dolor del mundo, pero ella gira el rostro para ponerme una cara de tragedia que no tiene precio.

—No te he dicho que pares. Te he dicho que más despacio. —Y ella solita me agarra la polla para volver a metérsela. No puedo evitar reírme.

—¿Quién de los dos es el insaciable ahora? —Prosigo con la tarea, pero ahora con más cuidado.

Pausadamente vuelvo a hacerla mía y le acaricio y le venero con mis ojos y mis manos. Aunque poco a poco ella va demandando más de mí, apretándose contra mí, buscando más profundidad. Con mucho gusto la contento subiendo poco a poco la intensidad hasta que ambos nos corremos a la vez y vuelvo a quedarme dormido con la mente totalmente despejada de problemas. No existen problemas en el mundo que Sally y su pasión no haga desaparecer de un solo plumazo.

Sally

Estos días han sido un sueño hecho realidad. Nick no ha parado de buscarme en cada oportunidad que teníamos en casa solos, sin David. Me pedía que posara para él primero y acabábamos haciéndolo como locos sobre la mesa donde tiene todas sus pinturas primero y en el jacuzzi después, para quitarnos toda la pintura que cubría nuestros cuerpos después del desastre.

Ayer incluso me abordó en la cocina cuando David se fue a no sé dónde de unas fotos que le iban a hacer para una revista. Cuando estaba cocinando, Nick vino y, sin mediar palabra, me bajó los shorts y las bragas que llevaba, me hizo agacharme hasta que mi cuerpo quedó en L sobre la encimera de la cocina y me invadió con un deseo y una pasión descomunal. Fue muy erótico y cada vez lo disfruto más. Cuanta más experiencia tengo en el sexo, gracias a él, más placentero me parece. Aunque este hombre es insaciable.

Además, la tal Claire por lo visto ha desaparecido del mapa por unos días porque tenía que hacer un viaje a París con su marido y Nick parece que no la echa nada de menos. Eso me consuela. Aunque, hace dos días, espí una conversación telefónica que tuvo con ella en la que le decía que tenía que hablar seriamente de un asunto con ella y que ella no podía seguir ignorándolo más, que necesitaban poner solución a lo que fuera, si algo realmente pasaba. No sé qué será. Sólo sé que hoy es su cumpleaños, le he cocinado una deliciosa tarta de chocolate y que hoy verá a su madre después de cuatro años y a Claire después de una semana en la que yo he sido la única mujer con la que Nick ha estado.

Guardo la tarta cuando la he terminado, antes de que Nick salga de su habitación. Está demorándose más de la cuenta duchándose y arreglándose para ir a ver a su madre. No le hace la más mínima ilusión. Y me pregunto qué será lo que pasaría entre él y su familia para que exista una fisura de tan enormes dimensiones.

Me meto yo también en mi habitación para arreglarme acorde a las circunstancias. Me pongo un vestido nuevo que es bastante discreto y elegante,

pues vamos a ir a casa de la madre de Nick y después a la inauguración de la exposición en la que Nick es uno de los artistas que expone, al parecer, junto a dos grandes artistas del momento. Estoy orgullosa de él. Sé que ha aprovechado el jueguito que se trae con Claire para llegar hasta ahí, pero si el padre de Claire (que es el dueño de la galería) ha accedido a exponer su obra junto a esos dos figuras, es porque Nick debe ser muy bueno. Yo no entiendo de pintura, pero sí de belleza, y los cuadros de Nick lo son, son bellísimos. Sólo espero no encontrarme ninguno mío en la exposición en donde salga desnuda. Aunque, la verdad, si tengo que conocer a Claire hoy, prefiero que no se piense que puede tener alguna posición de favor con Nick frente a mí.

Sí, sé que estoy siendo una ingenua al pensar que Nick y yo alguna vez tendremos algo serio. Pero no puedo evitar soñar. Esta semana ha sido tan mágica y bonita que no quiero que todo acabe dentro de menos de dos meses.

Sonríó al mirarme al espejo para colocarme los pendientes y recordar cómo, al despertarme de nuevo hoy, me encontré a Nick durmiendo en mi cama. Se coló en mi habitación en mitad de la noche sólo para dormir conmigo.

Cuando salgo al salón, Nick todavía no da señales de vida. Decido llamar a la puerta de su habitación y no entrar como lo hace él por el baño sin pedir permiso.

—¿Nick? Es tarde, tenemos que irnos. —Nick abre la puerta y me lo encuentro con una mirada de lo más siniestra. Vestido todo de negro y con el pelo mojado hacia atrás. Pareciera que va a un entierro. —¿Estás listo? —Inspira con fuerza.

—No. Pero, no tengo alternativa, ¿verdad? —Le doy un beso en los labios y noto como expulsa el aire de los pulmones. —Sabes que esto lo hago única y exclusivamente por ti.

—Y tú sabes que yo lo hago por ti. —Frunce el ceño. —Porque sé que necesitas cerrar heridas y avanzar.

—Lo haces por Alice. Ella te lo ha pedido. Da igual —dice separándose de mí y dirigiéndose a la puerta —pienso cobrarme en el hotel contigo esta noche todo por lo que me hagas pasar esta tarde. Y esta vez me dará igual que supliques clemencia. —Abre la puerta de la casa y me indica con la mano que salga.

A veces se me olvida que no estamos saliendo, que sólo tenemos un pacto que lo único que incluye es sexo. Muy buen sexo, pero sólo sexo, al fin y al

cabo. Tomo aire y salgo sin mirarlo de casa. Me sitúo frente al ascensor, esperando que acuda a nuestra llamada.

—David ha dicho que vendrá cuando termine lo de las fotos. —Digo sin mirarlo una vez en el ascensor.

—¿Va a venir también él a casa de mi madre?

—Sí, Alice también ha insistido en que vaya.

—Joder. ¿Y desde cuándo hace David lo que una mujer le pida? Al menos yo saco de ti algo de placer por ir a esa mierda de casa. —Me encojo de hombros y salgo del ascensor. Hoy parece que ha vuelto el Nick gilipollas. Le diría cuatro cosas si no fuera porque ahora mismo necesito que siga las instrucciones. Nick me abre la puerta del portal para que salga y cruzamos la calle en silencio, hasta que entramos en su coche. —Estás muy guapa. —Dice cuando percibe que estoy molesta por algo.

—Gracias. —Contesto mirando al frente.

—¿Qué te pasa ahora? Soy yo el que va a vivir el peor momento de su vida, no tú. Supongo que deberías estar satisfecha y no molesta por salirte con la tuya, como siempre haces conmigo. —Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Si no quieres ir no iremos. —Al fin lo miro y digo rendida. Cuando se pone así de difícil no lo soporto.

—¿De verdad? —Pregunta ilusionado.

—De verdad. Pero aquí y ahora acaba nuestro trato, Nick. —Respondo con una serenidad que no siento. —Lo digo en serio. No me tocarás más.

Él evalúa mi rostro para ver si lo digo convencida. ¡Oh, sí, Nick, lo tengo clarísimo! Me giro para salir del coche y volver a casa, pero en ese momento Nick bloquea las puertas y pone el coche en marcha. Lo escucho mascullar varias maldiciones mientras conduce y no se digna ni a mirarme. Yo aguanto la risa. Verlo tan enfadado a veces me encanta por lo sexi que está cuando se le tensa ese musculito en su mandíbula. Supongo que luego me lo hará pagar en el hotel, como él dice, pero supongo también que eso no está tan mal.

Veinte minutos después Nick aparca el coche frente a una increíble mansión que me deja en shock. ¿Aquí se ha criado él? ¡Vaya!

Sale del coche y viene hacia mi puerta para abrírmela y ayudarme a salir.

—Hazme el favor de no babear como un jodido perro. Sólo es una puta casa. —Me dice y me obliga a cerrar la boca.

—¡Nick! ¡Has venido! —Alice aparece tras la puerta principal y viene corriendo hacia su hermano, para estrecharlo con fuerza.

Sonrío al ver la escena.

Cuando mis ojos se dirigen de nuevo a la puerta veo a una mujer de unos cincuenta años morena, delgada y muy elegante conteniendo el llanto en su mano. No puede creer lo que ve. Nick también la ve, traga saliva y se acerca poco a poco a ella.

—Hola, mamá.

—¡Nick, hijo! —La mujer se abraza a él y comienza a llorar con fuerzas. Yo también tengo muchas ganas de llorar. Ojalá pudiera abrazar a mi madre así, tan fuerte, una sola vez más. —¡Qué guapísimo estás! Te pareces tanto a él...

—Mamá, no. —Le dice Alice y veo que Nick se tensa de arriba abajo. ¿A él? ¿Habla de su padre?

—Hola, soy Sally. —Me presento, con un nudo de nervios en mi estómago. —Amiga de Alice y de Nick.

—Hola, Sally. Soy, Carol. Perdona la escenita. —Le tiendo la mano a la mujer y me sorprende abrazándome con fuerza. —Gracias. Te debo la vida. —Susurra en mi oído y sé que se refiere a que gracias a mí Nick está aquí, al fin. Aunque en realidad se debe más bien a la obsesión sexual de su hijo por mí y a que he sabido jugar mi ventaja con él para hacer que Nick dé este paso. —Vamos, entrad. He comprado una tarta de chocolate, como a ti te gusta. —Vaya, seguro que será mucho más rica que la que yo tengo en casa para él y que no sé cuándo podré darle. Pero bueno, no pasa nada.

Esta casa parece sacada de las revistas de gente de alta sociedad. Muebles de caoba, lámpara de cristales de araña, candelabros de plata, un reloj impresionante en el salón, una chimenea aún más impresionante de granito rojo... ¡Guau!

Carol nos indica dónde tenemos que sentarnos cada uno y se disculpa para ir a la cocina a por las cosas. Nick se sienta a mi lado y se acaricia los muslos, nervioso. Yo le doy la mano por debajo de la mesa, para infundirle ánimos. Me sonrío y me la aprieta con fuerza. Está sudando. Dios, no lo había visto así nunca.

Carol aparece con una enorme tarta y con una botella de champán.

—Estoy tan feliz de que hayas venido al fin, hijo. —Nick hace una mueca parecida a una sonrisa. —¿Cómo te va todo? Sé que Alice y tú os habéis estado viendo últimamente, pero no me quiere contar nada de ti. ¿Estás trabajando?

—Sí, algo así. —Dice él sin mirar a su madre.

—Van a exponer sus cuadros en el Golden Gallery, mamá. —Dice Alice y

Nick la fulmina con la mirada.

—¿De veras? ¿Estás pintando? —Su madre parece más que sorprendida. —Espero que al menos te sientas bien y no te dé por beber. —¿Beber? Nick no bebe más de lo que cualquier hombre joven de su edad lo hace.

—Me gustaría hablar de otra cosa. —Refunfuña Nick.

—Vale. —Consiente su madre. —¿Y tú, Sally? ¿Qué tal te va a ti? —¿En serio quiere hablar de mí después de cuatro años sin ver a su hijo? No sé, yo esperaba más efusividad. Menos formalismo y más emotividad en el reencuentro de una madre y su único hijo varón.

—Muy bien. Estoy planteándome hacer un curso de alta cocina. —Digo mis intenciones por primera vez en voz alta, porque no sé de qué otra cosa hablar. La verdad es que es lo que me apasiona, cocinar. He pensado mucho sobre ello últimamente. Y, si vendo la casa de mis padres por un buen precio, a lo mejor podré montar con ese dinero un pequeño restaurante. Aunque puede que sólo esté soñando en voz alta...

—¡Eso es genial! —Me sorprende Nick.

—¿En serio? Pensé que sería una tontería. Que quizá debería ir a la universidad y...

—Tienes que hacer lo que te guste hacer y a ti te encanta cocinar. Además, eres una artista de la cocina. —Le sonrío más que agradecida por sus palabras de apoyo.

—Oh, supongo que cocinar está bien. Yo soy un desastre en la cocina. —Dice Carol y entonces me siento fuera de lugar. Esta mujer es de clase alta y se nota. Seguro que piensa que soy una donnadie por querer estudiar cocina. —Alice irá a la universidad y hará Márquetin.

—Alice hará lo que ella quiera hacer. —Suelta Nick y su madre y él se miran con tensión.

—Sí, claro. —Accede la mujer al final. Comemos tarta en un silencio incómodo cuando oímos el timbre de la puerta.

—Yo voy. Será David. —Dice Nick y se levanta de la mesa.

—Siempre ha sido un bruto. No te sientas incómoda por él. —Dice Carol refiriéndose a su hijo y me siento molesta.

—Nick es encantador cuando lo tratan con cariño. —Lo defiende. Carol abre los ojos.

—Desde luego no estamos hablando del mismo Nick, querida. Yo sé quién es mi hijo.

—¡Mamá! —Grita Alice. Carol nos dedica una sonrisa falsa a las dos y

sigue comiendo.

—¿Podría ir al baño? —Pido y me levanto de la silla.

—Sí, claro. Arriba, la segunda puerta de la izquierda es el baño de los invitados. —Me informa Carol. Baño de los invitados... qué pija.

Me cruzo con mi hermano y con Nick que entran en el salón. David me da un beso y entra en el salón para presentarse a la madre de Nick.

—¿Adónde vas? —Me pregunta Nick histérico.

—Al baño, ahora vengo. —Le acaricio la mano disimuladamente y Nick la aprieta con fuerza, sin dejar de mirarme.

—No tardes, por favor.

Subo las escaleras con rapidez y abro la primera puerta a la izquierda. Me he equivocado, esta es una habitación. Pero espera... hay fotos de Nick por todos lados... Desde que era pequeño hasta los dieciséis años más o menos. Hay también un busto de arcilla de él. Y un retrato... está muy bien logrado, se nota que es él con unos catorce o quince años. ¡Qué guapo! ¿Lo habrá hecho él de sí mismo? Se ve tan joven con una sonrisa que me parece tan extraña... no parece su sonrisa que, aunque la muestra poco, es preciosa. Supongo que lo que fuera que le pasara con su madre le hizo perder su sonrisa natural. Pero se ve que esa mujer lo adora si tiene todo este santuario de su hijo.

Cuando voy a salir, una foto llama mi atención especialmente. Está enmarcada en un marco pequeño, pero es increíble. En ella, un Nick de unos dieciséis o diecisiete años aparece sonriendo a la cámara con esos increíbles ojos brillando más que nunca. No he visto en mi vida un rostro más bello que ese. Bueno, ahora sigue igual de guapo, pero lo está mucho más sonriendo así. Decido llevarla conmigo para enseñársela a él y que vea que su madre aún lo quiere, a lo mejor también le recuerdo a esa estirada lo mucho que debe de querer a su hijo para tener una habitación entera de recuerdos de él.

Cuando salgo del baño, bajo las escaleras con una sonrisa y contemplando ensimismada la foto. Quiero verlo así, con esa expresión, pero en la vida real, no en una foto.

Al entrar en el salón, Nick me sonrío y parece aliviado.

—¿Quieres un café, Sally? —Pregunta su madre.

—Sí, gracias, Carol. Mira lo que he encontrado por accidente arriba. —Le enseño la foto de su hijo. Ella parece ver a un fantasma. Nick también palidece. Incluso Alice. ¿Qué pasa? —Lo... lo siento. No he debido tocar lo que no es mío. Es que estás tan guapo aquí, Nick... y tan sonriente... que pensé que te gustaría verla.

—Esa foto es preciosa. —Dice Carol con los ojos llenos de lágrimas. La coge y la besa. —Mi pequeño se me hacía mayor. Él quería estudiar medicina como su padre, ¿sabes?

—¿Nick quería estudiar medicina? Vaya...

—No, Sally, ese no soy yo. —Dice Nick acercándose y cogiendo la foto de las manos de su madre. ¿Cómo dice? ¡Claro que es él! ¡No estoy ciega! Nick me mira y sus ojos están de repente llenos de lágrimas. ¿Nick llorando? ¡Debo estar alucinando! —Era Mike, mi hermano gemelo. —¿Era? No... no... Casi no le sale la voz del cuerpo. Se me abre el pecho en canal, como si me hubieran rajado las entrañas con un puñal.

—¿Cómo dices? —Carol comienza a llorar y Alice acude al encuentro de su madre para consolarla. Se la lleva un momento a la cocina y yo estoy en estado de shock. Estoy patidifusa. —Yo... yo... lo siento tanto. —No sé qué más decir y miro a Nick a los ojos suplicando su perdón.

—Tú no sabías nada. —Sonríe con tristeza y consigue no derramar ni una lágrima a pesar que sus ojos están llenos de ellas. —Murió en un accidente de tráfico. Mi padre nos dejó coger su coche aquella noche, a escondidas de mi madre, para que pudiéramos ir a una fiesta —dice acariciando la foto —le prometí que esa noche no bebería para traerme yo el coche de vuelta, pero no cumplí mi promesa. —¡Oh, no! ¡Por favor, que no fuera él el que conducía y provocara el accidente! ¡Por favor, que no sea esa inmensa culpa la que le hace ser como es y vivir un martirio y una condena constante! —Yo era quien llevaba el coche, no recuerdo qué pasó, me quedé dormido y nos estrellamos contra un árbol.

—Nick, tío, deja esa mierda ya. —Le dice mi hermano palmeando su espalda para darle su apoyo.

—Dicen que murió en el acto. Que no sufrió. —Me dice y dos lágrimas se escapan de sus ojos. Siento su dolor como si fuera mío, como si me estuviera desangrando por dentro.

—Nick, para, fue un accidente. —Insiste mi hermano.

—La verdad es que quería que tu hermana lo supiera. —Le dice a David, pero mirándome a mí. —Necesitaba contártelo, pero nunca sé cómo hablar de este tema, Sally. Perdóname tú a mí. No debería haberte traído aquí sin contártelo primero. Mi madre no va a perdonarme nunca eso. Ni yo tampoco me lo perdonaré.

—¡Eh! ¡Para! —Le dice David. Ahora mismo desearía que no estuviera David aquí para poder consolarlo como realmente quiero hacerlo. Y de paso

arrodillarme y suplicarle que me perdone por haberle reabierto esa herida.

—Todos hemos cometido temeridades alguna vez de adolescentes pensando que no pasaría nada. —Le digo tratando de aportar algo de paz a su ánimo. —David también me ha llevado en el coche borracho más de una vez. —Le digo y si las miradas matasen, Nick habría acribillado a mi hermano con la suya.

—¡Eh! ¡No pasó nada! —Se defiende David.

—Pero podría haber pasado. —Digo y le cojo la mano a Nick. —Las personas de nuestra vida aparecen y desaparecen, Nick, pero debemos alegrarnos de haber conocido y compartido nuestro tiempo con ellas el tiempo que están presentes en nuestra vida, a pesar de la dureza de la despedida. —Nick me dedica una triste sonrisa.

—Vámonos, por favor. —Me suplica.

—¿Los dos? ¿Adónde? —Interviene David.

—A su inauguración. —Le digo y saco a Nick de allí del brazo.

—¿Y por qué yo no estoy invitado? —Refunfuña David a nuestra espalda cuando nos dirigimos a la puerta principal de la casa.

—David, por favor, ahora no. —Le regaño. Mi hermano asiente.

—Cúdalos, Sally. Yo creo que saldré con Alice y unos amigos suyos al club Sixties, pero si me necesitas, Nick...

—Estoy bien. —Dice Nick tirando de mí brazo.

Antes de salir nos encontramos con Alice y su madre, que se está limpiando los manchurrónes de máscara de pestaña de alrededor de sus ojos.

—¿Te vas? —Pregunta Carol descompuesta. Siento lástima por esta mujer, pero mucha más por Nick.

—Mamá, tengo la inauguración de mi exposición, ya te lo he dicho. Es importante.

—Dime que volveré a verte, Nick. Sé que no soy la madre perfecta, pero soy la única que tienes.

—Te veré, mamá. Pero no aquí. —Nick suspira y mira hacia las escaleras, en dirección al piso superior. —Hay demasiados recuerdos dolorosos en esta casa. —Se me parte el alma.

—Dónde tú me digas, hijo. Cúdate. —Le da un beso en la mejilla a su hijo, mostrando al fin un poco de amor hacia él. —Te quiero, aunque no lo creas. —Acaricia la cara de Nick y vuelve a llorar. —Oh, te pareces tanto a él...

—Pero no soy él. Tu perfecto hijo Mike ya no está mamá. Ahora sólo estoy

yo y Alice. —No es justo. No debería mencionarle su parecido con Mike. Tiro de Nick y le indico que nos vayamos. Esto no puede ser positivo para él. Nick tenía razón.

—Adiós, Sally. Eres bienvenida a esta casa cuando quieras. —Carol me besa.

—Gracias. Ahora nos vamos. —Vuelvo a tirar de Nick. —Me muero por ver la maravillosa exposición de su maravilloso hijo, Nick. —Digo y no me arrepiento si suena demasiado incisivo. Pero creo que Carol debería haber aprovechado mejor la oportunidad de estar cerca de Nick, que sigue vivo, en lugar de recordarle una y otra vez aquella fatídica noche.

En el coche, Nick está aguantando el llanto haciendo un esfuerzo titánico. Todavía no ha arrancado el motor y llevamos como cinco minutos dentro.

—¿Puedes conducir tú? —Me pide al fin.

—¡Claro! —Le digo y salgo del coche rápidamente para ocupar el asiento del conductor. Cuando Nick sale, se queda de pie frente a mí y me mira sin saber qué decir. Tengo que ayudarle con esto.

—Lo siento. Yo...

—Tú no tienes que sentir nada. Tú no lo mataste, lo maté yo.

—Nick, no seas tan duro contigo. Fue un accidente. —Le sujeto del rostro y me acerco para besar sus ojos que vuelven a estar llenos de lágrimas. —Tú lo querías. Y seguro que él a ti también. —Beso sus labios y Nick me abraza con fuerza. Creo que comienza a llorar, pero no me deja separarme de él para comprobarlo.

—Lo echo tanto de menos... ese cabrón a veces se hacía pasar por mí para liarse con las tías con las que yo salía, porque decía que era injusto que yo ligara más que él si él era el listo. —Creo que está riendo y llorando a la vez, igual que yo, que he comenzado a llorar, pero su recuerdo me ha arrebatado una sonrisa. —Si Mike estuviera vivo, estoy seguro de que habría intentado joderme contigo también. Sí, sin duda se habría encaprichado de ti... —Se separa al fin y se seca las lágrimas con las palmas de las manos, pero sonrío al recordarlo.

—Yo no te habría confundido con nadie. Tú eres único. —Le digo y sonrío también.

—Él no sería tan capullo contigo como yo... él se merecería a alguien como tú.

—¿De verdad crees que te dejaría hacer todo lo que me haces si fueras un capullo conmigo?

—Supongo que me dejas porque soy un dios en la cama. —Está luchando por recomponerse y lo admiro por ello. Después de lo que acabo de descubrir, entendería que estuviera hecho un alma en pena. Aunque llevará mucho tiempo tratando de convivir con ese dolor que ya sabrá como enmascararlo.

—Y por eso no te pienso cambiar por nadie, por ahora.

—¿Por ahora? —Ahora parece distraído del tema de Mike por completo.

—Sí, por ahora. Cuando me aburra de ti será otra historia.

—¡Escúcheme bien, señorita Morrison! ¡Usted no va a ser capaz nunca de sentir por ningún desgraciado lo que siente cuando yo estoy dentro de sus piernas! —Me advierte con el dedo y yo se lo chupo con chulería para ponerle más humor a la situación. —Grrr, entra en el coche o te follaré aquí mismo por impertinente.

Entro y conduzco el precioso coche de Nick siguiendo sus instrucciones hasta el Golden Gallery. Por el camino me pone de lo más nerviosa. Que si pise más el acelerador, que si meta una marcha más larga, que si le pite a uno que va muy lento...

—¡Te quieres callar ya! —Le grito en un semáforo desesperada. —¡Estás insoportable!

—Te dije que me pondría hecho una furia tras ver a mi madre y que tendrías que padecerme después. —Me dice en un gruñido.

—¡Pero yo pensé que te referías a que tendríamos sexo del bueno, no a esto! —Nick me mira con la boca abierta.

—¡Repíte eso!

—¿Por qué? ¿Qué he dicho? —Digo y me pongo en marcha otra vez cuando el semáforo se pone en verde.

—¿Sexo de verdad? ¡No me jodas! ¡Te he follado como a una reina durante una jodida semana entera! ¡Día y noche! ¡Te he dedicado mis mejores polvos! ¿Qué clase de víbora insensible eres? —Liberó una carcajada que me sabe a gloria. Por fin algo de diversión hoy. —¡No tiene ni puta gracia, Sally!

—Nick... está claro que estoy más que satisfecha... sólo lo decía porque...

—¡Hoy te vas a enterar! Gira aquí a la derecha. Es aquí. —Giro donde Nick me indica y vemos el Golden Gallery a nuestra derecha. —Aparca ahí. —Me señala un parquin libre.

—Sí, amo. —Al fin Nick me sonrío y parece un poco más relajado. Cuando aparco, se quita el cinturón y me sorprende dándome un beso de película.

—Por favor, no te pongas mal cuando aparezca. Vengo contigo, recuérdalo.
—¿Cómo? Ah, sí, Claire...

—No le diré nada que no deba decir para no ponerte en una situación incómoda. Pero si ella se pasa conmigo, le escupiré dentro de su copa sin que lo note. —Le digo y Nick sonrío al fin plenamente.

—Tengo unas ganas de comerte el...

—¡Calla! ¡Degenerado! —Me tapo los oídos y salgo del coche. Nick sale liberando una carcajada sonora. Sí, me gusta verlo así, pero ojalá no fuera a mi costa y desquiciándome.

Nick

Después de que Sally haya descubierto al final que soy el asesino de mi hermano gemelo me he relajado al ver que sigue viéndome igual que siempre. Quizá porque sólo quiere de mí lo que quiere, pero a lo mejor con el tiempo se dé cuenta de que estamos mucho mejor follando que peleándonos. Es mi alma gemela en la cama y hasta puedo decir que Sally es el antídoto a todas mis depresiones.

Entramos a la Golden Gallery cogidos de la mano y no me importa una mierda si Claire nos ve así o no. Ya me tiene hartos con sus gilipolleces y comienzo a pensar que lo del embarazo es una patética artimaña suya para mantenerme a su lado a toda costa. Porque cualquiera en su sano juicio se habría hecho ya la maldita prueba de embarazo y no se hubiera ido con el marido a París una semana ignorando tal hecho. Así que me alegro de no haberle hecho demasiado caso con ese tema.

Tampoco me importa si me ve entrar con Sally así y decide mandarme a la mierda. Mi obra ya está en la jodida galería y tendría que dar muchas explicaciones a su padre y a su familia si decidiera quitarla sin más.

Cuando entramos hay ya un montón de gente dentro. Le doy un beso en la mano a Sally y le pido que espere donde está, que iré al catering a por una copa de vino para cada uno. Ella me sonrío con esos ojitos tan vivos y asiente.

—Hola, Nick. —Me encuentro con Claire de frente cuando me giro con dos copas de vino en la mano. Claire me mira extrañada. —¿Cómo estás? ¿Vienes con alguien?

—Hola, Claire. —Le doy un beso en la mejilla. —Sí, vengo con... una amiga. —Eso es Sally, ¿no? —Sally.

—¡Oh! ¡Preséntamela! Me muero de la curiosidad. —Dice sonriente.

—Oye, tú y yo tenemos que hablar. —Susurro mirando a mi alrededor, asegurándome de que nadie nos escuche.

—La verdad es que sí. Pero ya hablaremos mañana. Ven a la una a mi casa. Mi marido no está, sigue en París. Tengo algo que mostrarte, Nick. Pero

disfruta hoy, mientras puedas. —Sus palabras suenan a amenaza. Suspiro y me separo de ella.

—Descuida, eso haré. —La dejo en su sitio y me voy en busca de Sally.

¿Dónde cojones está? Le dije que me esperara en la entrada. ¿Me habrá visto hablando con Claire y se habrá ido enfadada? Joder, espero que no. Sally enfadada es peor que enfrentarse a un toro bravo. Comienzo a dar vueltas y al fin la veo. Está boquiabierta frente a un cuadro de los míos. Uno que hice de una foto que le tomé a escondidas cuando cocinaba en mi apartamento.

Me pongo a su lado y tarda un rato en darse cuenta de mi presencia.

—¡Eh! ¿Cuándo lo hiciste? —Me pregunta tomando su copa de vino.

—Creo que el segundo o el tercer día que llegaste a casa. —Contesto mirando el cuadro.

No está mal. Sale guapa, como es ella. Sally se dirige entonces a otro lado de la sala y yo la sigo.

Está viendo un cuadro que hice de una foto que tengo de Alice de cuando era niña. Me gusta esa foto porque sale con esos ojos tan abiertos y la boca llena de chocolate. El cuadro es todavía más expresivo que la foto.

—¿Es Alice? —Pregunta con curiosidad.

—Sí, tenía cinco años ahí. —Digo y bebo de mi copa.

Sally continúa paseando por la parte de la galería en donde están mis cuadros y se detiene delante de otro que le hice a ella riéndose con ganas sobre el sofá. Ese día se reía porque David había puesto una lavadora de ropa blanca y había metido sin querer unas bragas rojas de Sally. Toda su ropa salió rosa. Fue más que divertido. Sobre todo, porque la risa contagiosa de Sally era de lo más cruel y convirtió el momento en memorable.

Después se detiene sobre otro que le hice hace casi una semana, cuando me desperté a su lado y decidí retratarla. En él solo se ve su rostro medio escondido por las sábanas, pero con sus ojos y su mirada lo llena todo. Este cuadro lo traje hace sólo unos días porque decidí meterlo en el último momento en la exposición.

Sólo he sido capaz de meter uno de ella desnuda. Pero porque está de espaldas y no se le reconoce. Todavía no me siento convencido de exponer el cuerpo de Sally a todo el mundo.

—Son preciosos, Nick. No sabía que habías pintado tantos. —Me dice y parece orgullosa de mí.

—Ya te dije que me has devuelto la inspiración. —Sonrío yo también.

—¡Hola! —La voz de Claire me daña los oídos. Me vuelvo y la veo,

embutida en un vestido caro y pintada como una puerta. —Sally, ¿verdad? — Le tiende la mano a Sally. Yo me tenso. Sally la mira sin comprender. —Soy Claire. Encantada de conocerte. —Sally le estrecha la mano visiblemente tensa. —Los amigos de Nick son mis amigos. —Dice y me coloca la mano en el hombro, como tratando de marcar su terreno contigo. —Espero que te guste la exposición. Para mí es un honor poder hacer de Nick un artista de nombre. —Claire me sonrío y yo no soy capaz de devolverle la sonrisa. Sé que lo dice para que Sally se sienta incómoda, para que se sienta insignificante conmigo frente a ella.

—Creo que el mérito es todo de él. —Contraataca Sally. Le dedico una sonrisa de complicidad.

—Un momento... ¿tú eres la que sale en todos esos cuadros? —Parece que Claire al fin se da cuenta de que Sally le va ganando por goleada. Sally me mira, pidiendo permiso para contestar.

—Sí. —Lo hago yo por ella. —Sally vive conmigo, en casa, y es mi musa la mayoría del tiempo. Me inspira. —Le informo a Claire mientras bebo de mi copa, con toda la frialdad del mundo. La cara de Claire no tiene precio.

En ese momento, un montón de personas se acercan a Sally, tras reconocerla y comienzan a hacerle preguntas acerca del autor. Sally les habla a todos de mí, elogiando mi trabajo y Claire no se separa de mi lado. Me presenta a varios periodistas, empresarios y varias personas importantes del mundo del cine. Aunque no tengo ni idea de quienes son. Pero, de un momento a otro, estamos rodeados de personas que preguntan de todo y parecen de lo más interesados en mí.

Claire me reclama durante un momento, dice que un periodista quiere hacerme una pequeña entrevista para su revista y yo me acerco a Sally, antes de nada.

—Sally, oye, un periodista quiere hacerme unas preguntas para su revista. No tardo, ¿vale? —Le digo.

—¡Eso es genial! Tranquilo, estaré por aquí. —Me contesta sonriente.

—Gracias. —Beso su mano y me voy con Claire a donde ella me indica.

Me lleva a una sala pequeña a la que sólo tiene acceso el personal, pero no hay rastro del periodista por ningún lado. Me vuelvo y la miro serio.

—No me mires así, ahora viene. Pero quería hablar un momento contigo a solas, antes de nada. —Me aclara.

—Genial, porque yo también quería hablar contigo. Mira Claire, creo que has llegado muy lejos inventándote lo de un posible embarazo y... ¿qué es

esto? —Digo mirando un artefacto que deposita en mis manos.

—Un predictor. Estoy embarazada de cuatro semanas. Puedes verlo con tus propios ojos. —El mundo se me viene abajo.

—No puede ser...

—¡Lo es! —La miro y miro el artefacto. ¡Esto es una broma macabra!

—Claire yo...

—Tú vas a ser padre, sí. —Trago saliva.

—¿Cómo estás segura que es mío? Tu marido...

—Es tuyo Nick. Lo sé. —Dice seria. Mierda.

—Oye, tenemos que hablar. No puedes tenerlo. Yo no... no estoy preparado para esto. ¡Joder, siempre usé el puto condón!

—Sabes que se nos rompió un par de veces. Oye, Nick, sé que estás asustado. —Ahora se acerca a mí y me abraza por el cuello. Yo estoy inmóvil, sin capacidad de reacción. Esto es una jodida mierda. —Yo también lo estoy. Pero te quiero y quiero dejar a mi marido, por ti. Después de hoy serás un pintor de renombre y podremos vivir cómodamente y criar a nuestro hijo, juntos. —Doy dos pasos atrás, me siento mareado. Necesito una puta copa.

—Yo no voy a estar contigo, Claire. Olvídalo. —Me mira herida.

—Pero... el niño...

—¡Calla! ¡No es verdad! ¡Me estás jodiendo y lo sabes!

—¿Es por esa niña? ¿Te estás follando a esa lolita y no quieres renunciar a ella? —Dice con ojos llorosos refiriéndose a Sally.

—Ni se te ocurra nombrarla. Tú no eres nadie para hablar de ella. ¿Me oyes? —Le amenazo.

—Oye, piénsalo bien. Estás nervioso. Acabas de enterarte que vamos a ser padres, lo entiendo. Pero no digas nada hasta que no pienses bien las cosas y... en la felicidad de nuestro hijo. —Estoy a punto de mandarla a la mierda, pero en ese momento aparece el dichoso periodista y Claire sale disparada de la sala, dejándome con el tipo ese y con un tremendo dolor de cabeza.

Despacho a ese tipo lo más rápido que puedo y salgo de la sala en busca de Sally. La necesito a mi lado ahora mismo. Mierda, necesito abrazarla. Pero antes, me bebo dos copas de vino de una sentada.

Cuando veo a Sally está hablando con un tipo que parece encandilado de ella.

—¡Eh! ¿Puedo recuperar a mi chica? —Le digo al tipo con una falsa sonrisa. Sally me mira como si me hubieran salido tres cabezas.

—¿Tu chica? —Pregunta ella alucinando.

—Sí. MI chica. —Digo y la beso en los labios. Sally apenas responde a mi beso.

—Lo siento. —Se disculpa el tipo y se va.

—¿Qué te pasa? ¿Estás borracho? —Pregunta Sally preocupada.

—Vámonos al puto hotel. —Le digo y la saco de la galería tirando de ella del brazo.

—¡Oye! ¡Qué pasa! —Pregunta Sally sin comprender mi reacción. —¿Por qué te vas así de tu exposición? ¿Te ha dicho algo esa...

—¡No nombres a esa zorra! —Grito poniéndome delante de Sally para callarla. —¡Claire ya es historia! ¡Que le jodan! ¡No pienso tocarla nunca más! —Sally abre la boca y los ojos.

—¿Qué ha pasado? ¿Te ha dejado?

—¡Ja! ¿Esa loca? ¡La dejo yo! ¡No pienso permitir que me aleje de ti esa puta majara! Joder, vámonos ya al puto hotel, no quiero estar aquí ni un minuto más. —Vuelvo a tirar de ella en dirección al coche y Sally me sigue sin comprender una mierda.

—Dame las llaves, yo conduzco. —Me ordena.

—No. Sube al puto coche.

—Sólo si conduzco yo. —Vuelve a insistir y le doy las malditas llaves poniendo los ojos en blanco.

En el coche, miro a Sally y me maldigo por ser un jodido imbécil que siempre lo acaba jodiendo todo. ¡Todo! Para una vez que la vida me estaba empezando a sonreír... ahora me viene Claire con esta puta mierda. Sally está muy callada y seguro que se huele que algo jodido pasa. Pero también sabe que no es momento de preguntitas.

Le indico cómo llegar al hotel que he reservado para nosotros y son las únicas palabras que cruzamos por el camino.

Cuando aparca el coche en el parquin del hotel me lanzo a sus labios y le beso con rabia, impaciencia y violencia. Ella se deja, pero creo que más porque está asustada que por otra cosa.

—Vamos a la puta habitación. —Gruño y salgo del coche. Ella me sigue en silencio.

En la recepción doy mi nombre y me dan las llaves de la habitación. Ni siquiera espero a que me digan cómo llegar hasta ella. Vuelvo a tirar de Sally y nos metemos en el ascensor. Me aprieta el cuello de la camisa y me la desabrocho.

—¿Qué te pasa? Me das miedo...

—No voy a comerte, Sally, sólo a follarte.

—Deja de hablarme así.

—¿Así cómo?

—Tan duro. ¿Por qué has dicho que no vas a consentir que Claire te separe de mí? —Joder, no preguntes ahora...

—Nadie va a separarnos, Sally. —Le digo tratando de no mostrar sentimiento alguno, para no mostrar mis debilidades tampoco.

—Pero si no estamos juntos... —Parece más una pregunta que una afirmación. La saco del ascensor cuando llegamos a la planta donde está nuestra habitación y la llevo de la mano hasta la puerta de nuestra habitación. Sally me sigue mirando esperando una respuesta. —No estamos juntos, ¿verdad, Nick? —Abro la puerta y le indico con la mano que entre. —Contesta.

—Joder, Sally, entra y hablamos dentro.

—No quieres que entre para hablar. —Se cruza de brazos. ¡Maldita sea!

—Déjame que te folle y luego hablamos.

—No. —¿Cómo? Grrr

—Sally, la respuesta es no. No estamos juntos. Porque no podemos estarlo. Ahora entra.

—¿Por qué no podemos estarlo? —Y otra preguntita.

—Bueno, para empezar, porque para estar juntos deberíamos hablar primero de ello y llegar a un acuerdo los dos, ¿no te parece?

—¿Un acuerdo? Creo que tenemos una especie de acuerdo. ¿Es a eso lo que tú llamas estar juntos?

—¡Claro que no! Ese acuerdo habla sólo de sexo. ¿Puedes hacerme el maldito favor de entrar y aclaramos dentro todo lo que tengamos que aclarar?

—¿Y tú quieres algo más que sexo conmigo? —¡Por el amor de dios! ¡Por qué ahora! Ahora el que se cruza de brazos desesperado soy yo. —¡Está bien! ¡Entraré! —Farfulla y entra al fin en la habitación.

La sigo y cierro la puerta. En cuanto entro comienzo a quitarme la ropa y los zapatos. Sally me observa paralizada, abrazándose el cuerpo con las manos, como tratando de consolar su miedo. Me acerco a ella lentamente cuando estoy completamente desnudo.

—Oye, no voy a comerte. —Le acaricio el rostro. —Soy yo, Sally. No me temas, te lo ruego.

—Dime entonces qué te pasa, por favor. —La beso con dulzura.

—Prometo decirte lo que me pasa. Pero después de tenerte en mis brazos.

Por favor, te necesito. Más que nunca. Más que a nadie. —Su mirada me traspasa y cuando vuelvo a besarla al fin la escucho gemir mi nombre y comienza a desabrocharse el vestido. ¡Sí! Le ayudo y cuando está completamente desnuda comienzo a besar todo su cuerpo, hasta ponerme de rodillas frente a ella. Abrazo su cintura y me recreo en el olor de su sexo, que me imagino que está palpitante, deseoso de mí. Lo beso con delicadeza primero y después introduzco mi lengua entre sus piernas con ganas. Sally gime con fuerza y echa la cabeza hacia atrás.

—¡Dios, Nick!

—Grita. Hoy puedes gritar todo lo que quieras, Sally. Quiero que sientas toda la pasión que sólo yo puedo darte con toda su intensidad. —Le pido y vuelvo a introducir mi lengua en su sexo.

Ella hinca sus uñas en mis hombros y poco a poco siento como se humedece y se va tensando, clamando mi nombre una y otra vez. Hasta que finalmente se corre liberando un alarido de intenso placer. Es entonces cuando me pongo en pie y la levanto entre mis brazos para llevarla hasta la cama. Mi polla resbala por su sexo impaciente.

—Nick... el condón...

—¿Confías en mí? —Le pido. Hoy necesito evitar esa barrera de plástico entre los dos. Lo necesito para hacer lo que voy a hacer después. —No voy a correrme dentro, Sally, te lo prometo.

—Pero...

—Está bien. —Me levanto resignado, pero Sally me sujeta con sus piernas alrededor de mi cintura para impedirme separarme.

—Confío en ti. —Me dice. Lleno de aire mis pulmones y vuelvo a tomar posición sobre ella.

—Pues tienes que hacerme caso para que esto salga bien. ¿Vale? —Ella asiente. —Ahora tienes que chupármela un poco, y limpiar toda clase de fluido que salga de ella. —Le pido haciéndola girar y colocándola sobre mí. Sally descende hasta introducirse mi polla en su boca. ¡Oh, su cálida lengua es una delicia! —¡Ya! ¡Para! —Tiro de ella hasta colocar su boca sobre la mía. —¿Estás lista?

—Sí.

—Necesito tanto sentirte. —Susurro mientras me introduzco en ella lentamente. ¡Dios! ¡Es la puta mejor sensación del mundo! Jamás había sentido a alguien así. Jamás el sexo fue algo tan íntimo. —Míranos —susurro apartando un mechón de pelo de su cara, para poder conectar con su mirada —

ahora somos más uno que nunca.

—Nick... te deseo.

—Te quiero, Sally. Eso es lo que me pasa. —Confieso al fin y le beso para evitar que pregunte.

No he encontrado mejor forma de confesar lo que sé desde hace tiempo. Desde que se fue durante varios días y pensé que la había perdido para siempre. Aunque cada día que ha pasado la he amado más y más.

Siento su quejido en mis labios y sé que quiere hablar. Pero no necesito que me diga nada. No quiero que me diga que ella también me quiere hasta que no pueda arreglar esta mierda para estar seguro de que no la defraudaré. Y tampoco quiero oírlo si ella no siente lo mismo. Me dolería demasiado. Necesito su amor.

—Nick... —Se separa y busca mi mirada. Sus ojos están vidriosos. Creo que sé lo que quiere decirme.

—No digas nada, Sally. Sólo déjame sentirte. Deja que te haga el amor. —Vuelvo a girar sobre ella, para colocarme encima, y logro hacerlo sin separar nuestra unión.

Entro y salgo de Sally con fuerza y con contundencia y tengo que concentrarme un huevo cuando siento que ella llega al orgasmo de nuevo. Todavía no, Nick, este polvo tiene que ser tan intenso como lo que sientes por ella. Cuando Sally ha recuperado un poco el aliento vuelvo a avivar el ritmo en su interior. Sally me araña la espalda yo muerdo su hombro, nos devoramos los labios y nos decimos todo lo que no nos hemos atrevido a decirnos en palabras con nuestros cuerpos. Y, si de algo estoy seguro en este momento, es que no habrá jamás nadie como ella. No habrá nadie para mí como Sally.

Cuando siento que estoy muy cerca me separo de ella, con todo el dolor de mi corazón. Pero Sally me sorprende dándose la vuelta y mostrándome ese maravilloso culo que tiene.

—¿Estás segura? —Ella me mira con sus ojos brillantes.

—Sí.

—Dime si te duele o algo. En serio. —Le digo. Acto seguido la comienzo a penetrar por ese culito tan lindo y gruño de placer. Ella no se queja y para ayudarla un poco más, deslizo una de mis manos por su sexo.

Cuando comienza a gemir de placer doy rienda suelta a la pasión y acabamos llegando a un orgasmo descomunal los dos a la vez. ¡Joder, correrme en el culo de Sally puede catalogarse como la fantasía sexual más apetecible para un hombre! Después me desplomo sobre el colchón y Sally

acude a mi pecho rápidamente.

—Yo también. —Dice sólo y me besa la muñeca, justo donde tengo tatuada la fecha del accidente en el que falleció mi hermano gemelo. Se ha dado cuenta... me conoce ya demasiado. Y... ella también me quiere... sí... eso debería ser suficiente.

Miro al techo de esta habitación de hotel rogando en silencio para que lo sea, para que sea suficiente. Haré lo que sea, pero necesito a Sally Morrison de algún modo en mi vida.

Un pitido en su móvil la distrae de seguir haciendo circulitos en mi pecho, cosa que se ha convertido en una tontería demasiado placentera después de que echemos un polvo. Me encantan sentir sus jóvenes deditos en mi piel y la forma en que me demuestran adoración.

—¿Quién coño te escribe a estas horas? —Le increpo.

—Es David. —Me dice con una risita burlona.

—Ah —me relajo —¿Qué quiere ese pesado?

—Dice que no va a dormir hoy en casa. Podemos quedarnos toda la noche aquí. —Dice con mirada coqueta. Sonrío. ¡Bien! ¡Una noche entera con Sally a mi disposición! ¡Sin el jodido de David pululando alrededor y sin tener que taparle la boca cuando gima mi nombre!

—¿Quieres aprovecharte de mí toda la noche? Eres una abusadora. —La cojo por las axilas para subirla sobre mí, la abrazo con fuerza y la beso cuando se sube. —¡Un momento! ¿Con quién va a pasar la noche? —Los besos de Sally casi consiguen distraerme de la idea de que David está con mi hermana Alice esta noche. La única hermana que me queda con vida y que he tomado la decisión de protegerla con todas mis fuerzas. A ella y a Sally.

—¿Desde cuándo eres tú tan cotilla? —Sally me besa para distraerme de nuevo, pero esta vez no funciona.

—¡Como esté con Alice le voy a partir la cara a ese imbécil! —Grito y Sally se incorpora quedándose sentada sobre mí y dedicándome una mirada llena de reprobación, creo. No estoy seguro, porque mis ojos se quedan clavados en sus tetas. Desde aquí se ven más perfectas todavía...

—¡No puedes ser tan falso! —Me dice. ¿Cómo?

—¡Oye, no te pases! Pensaba que la época de insultos ya se había pasado entre tú y yo. Y no te creas ni por un segundo que porque me pongas tan cachondo con todo lo que haces te voy a dejar que me insultes. —Ella pone las manos en jarra.

—¡Tú acabas de follarte a la hermana de David! —Defiende a su sangre

con vehemencia. —¡Y sin condón! —Sally acaba de meterme un gol por toda la escuadra.

—Pero es distinto.

—Distinto, ¿en qué?

—¡Porque yo te quiero y toda esa mierda! —¿Es que no lo ve la muy idiota? Haría lo que fuera por ella. Pero David no. David es como... como.... Como yo era antes de ella.

—¿Y toda esa mierda? —Refunfuña. —Acabas de joder el primer “te quiero” de mi vida, Nicholas Donovan. —Y ahora se pone en plan madre regañona.

—Sí, Sally, y toda esa mierda. —Me siento yo también para mirarla fijamente a los ojos y tratar de demostrarle que, por mucho que esté encandilado con ella, no voy a dejar de ser quien soy. —Ya te he dicho lo que siento, pero no me pidas que me ponga de rodillas ni te regale flores ni cosas de esas. Yo no he tenido una relación en mi vida y no sé de esas cosas. — Parece contrariada. ¿Qué le pasa? ¿No tiene bastante con tener todo mi amor para ella solita?

—¿Eso quiere decir que vamos a seguir siendo sólo amantes? —Susurra.

¿Qué se supone que debo responder a eso? Ahora mismo, con todo el peso que llevo sobre mis hombros, ¿estoy en situación de poder prometerle algo más? Lo dudo, y hacerlo sólo provocaría que la decepcionara mucho más de lo que hasta la fecha ya lo he hecho. Haría que me odiara más de lo que me ama. Y yo no quiero eso.

—¿De verdad quieres una relación con alguien como yo, Sally? —Le paso la patata caliente a ella. Me mira y no sabe qué responder. —No digo que no podamos intentarlo más adelante. Pero, sabes cómo reaccionaría tu hermano si se enterara. Sabes que se complicaría la convivencia en casa. —Sally agacha la mirada, pero le sostengo la barbilla para que vuelva a mirarme. —No puedo permitirlo, te necesito conmigo, en mi casa. Y, sobre todo, sabes que yo no tengo nada que ofrecerte ahora mismo. —Sus ojos me miran incrédulos.

—¿Nada que ofrecerme?

—Llevo mucho tiempo sin una fuente de ingresos fiable, Sally. Ojalá me salga bien todo esto de la exposición, pero ahora mismo dependo de tu hermano para poder mantener mi apartamento y todos los gastos que conlleva. Tú tienes que estudiar y hacerte con un futuro, necesitas ahora mismo a tu hermano para eso. Igual que yo lo necesito. Y, aunque no lo necesitáramos, tampoco puedo dejarlo a él en la calle, después de todo lo que hemos vivido

juntos. Yo le debo la vida a ese majara. Y puede que Mike ya no esté para poder resarcirme con mi hermano de sangre, pero David sí, y cumpliré mi promesa de ayudarlo en lo que pueda. No voy a entrar en guerra con tu hermano, Sally.

—No quiero eso... Pero David se enterará tarde o temprano. ¿O piensas esconderme entre las cuatro paredes de tu apartamento para siempre? ¿Crees que me conformaré con un amor que sólo te compromete a mí dentro de tu fortaleza? No quiero que, cada vez que salgas, se te olvide a quién dejas atrás.

—¿Cómo puedes ser tan tonta? —La beso con dulzura. —No habrá otra. Nunca. Jamás. Siempre serás tú, Sally Morrison.

Creo que al fin se tranquiliza y me deja volver a besarla sin más interrupciones. Cuando se relaja del todo vuelvo a hacerle el amor. Pero esta vez con condón. Ya he corrido demasiados riesgos por hoy.

Aunque no me arrepiento. Lo volvería a hacer, aunque sea una completa locura. Necesitaba sentirla, fundirme con ella, calmar de algún modo este miedo que siento en mi pecho. No puedo permitir que nadie me la arrebatte. La necesito demasiado.

41

Sally

Un grito me despierta de repente. Es Nick gritando el nombre de Mike a pleno pulmón. Se despierta de golpe y se incorpora en la cama del hotel en el que estamos durmiendo.

—¡Nick, tranquilo, ha sido sólo un sueño! —Le acaricio el rostro y le llevo de nuevo a la cama para besarlo con dulzura.

Sus pupilas están dilatadas, pero poco a poco recuperan su tamaño normal mientras conecta con mis ojos. Se me parte el alma. Odio que sufra tanto. Me encantaría poder arrebatarle parte de tanto dolor y guardarlo en mi pecho, para que pudiera compartirlo conmigo.

—Estoy bien. —Me sonrío sin ganas. —Hacía mucho que no soñaba con mi hermano. Ufff —Se pasa las manos por la cara.

—¿Quieres que te pida un té o algo? —Ofrezco.

—Pídemme mejor un whiskey, doble. —Lo miro esperando a que me diga que es una broma, pero no lo hace.

—Está bien. —No quiero que beba, pero tampoco que sufra. Ahora mismo quizá sólo necesita pasar un rato distendido hasta que vuelva a relajarse. Hasta que se olvide de las amargas imágenes que habrá vuelto a revivir. —Hola, dos whiskeys dobles para la habitación 408, por favor. —Pido a la recepción a través del teléfono de la habitación y Nick me mira alzando una ceja. —¿Qué pasa?

—Nada... que no te imagino tomando alcohol del duro.

—Si vas a beber, yo también lo haré contigo. —Digo y me tumbo a su lado.

—Creo que soy una mala influencia para ti. —Nick me besa tiernamente la punta de la nariz.

—Me encantan los chicos malotes. Pero no se lo digas a nadie. —Sonríe y llaman a la puerta. —¡Qué rápidos! ¡Voy yo! —Me levanto y me pongo rápidamente mi vestido que está en el suelo. Nick me contempla risueño sentado en la cama y con las manos acomodadas tras su cabeza. —Hola, gracias. —Le digo a la camarera que hay tras la puerta con nuestras copas en la mano.

—Coge algo de mi cartera para darle propina, Sally. —Oigo gritar a Nick desde la cama.

—Ups, sí, perdón. —Ofrezco una sonrisa de disculpa a la camarera que me mira como diciendo que no importa. Me vuelvo y rebusco en la cartera de Nick. Cinco dólares está bien, ¿no? No lo sé. Pero me vuelvo con ellos en la mano y se los tiendo. —Aquí tiene, gracias. —Ella los coge y me tiende las dos copas.

—Gracias, buenas noches. —Dice.

En ese momento escucho unas risas que me resultan muy conocidas provenientes del ascensor que se está abriendo. ¡Joder, Alice y David! ¡No puede ser, qué casualidad! Cierro la puerta de golpe, pero miro a través de la mirilla. ¡Sí, son ellos! ¡Mierda, mierda!

—¡Eh, vuelve a la cama! —Me grita Nick.

—¡Voy! —Pero sigo mirando y me alegra perderlos de vista por el pasillo. Significa que no están en la habitación contigua... menos mal.

—¡Ven aquí o voy a pensar que estás envenenando mi copa!

—¡Ya estoy aquí, impaciente! —Le tiendo su copa a Nick que bebe un largo trago mientras me mira. Yo decido hacer lo mismo. Pero me arde la

garganta cuando lo hago.

—No te atrevas a decirme que te ha gustado. Tu cara lo ha dicho todo por ti. —Dice soltando una carcajada.

—¡Está asqueroso! —Me quejo, aunque acabo dando otro trago.

—Anda ven aquí. —Nick palmea el colchón a su lado para que me siente junto a él. Le obedezco encantada. Sentada a su lado vuelvo a dar otro trago y me sigue pareciendo igual de asqueroso. Arrugo la nariz y trago. Nick también bebe de su copa intentando no escupir el líquido a causa de la risa que le da verme así. —¿Por qué sigues bebiendo si no te gusta? —Me pregunta.

—Porque no quiero que bebas solo. Así es más divertido. —Hago chocar nuestros vasos.

—Quieres decir que así no es tan triste, ¿no?

—No he dicho eso, he dicho...

—Has dicho lo mismo con otras palabras. Ahora te doy pena. ¡Qué bien! —Da un largo trago y casi se termina la copa. ¡Qué asco! ¡Cómo puede beber así, sin que se le arrugue la nariz! —Ya mismo dejaré de darte morbo y no querrás ni que me acerque a ti. —Vuelve a beber. ¿Por qué dice esas tonterías? ¿Es que está auto fustigándose como puede por lo de su hermano? ¿Es por eso que se le agría el carácter de vez en cuando y acaba jodiéndolo todo? ¿Porque piensa que no merece nada bueno?

—Nick, deja de decir gilipolleces.

—No lo es. No es una gilipollez. Pensaba que tú me culparías como mi madre por haber matado a Mike, pero no. Me has comprendido y apoyado en mi sufrimiento perfectamente. Y ahora veo por qué. La lástima te invade cuando me miras. Y la lástima es el sentimiento más anti morbo del mundo. Así que no es una gilipollez. Ya mismo no te apetecerá que te toque. —Dice como si le diera igual y se termina su copa.

—¿Sabes una cosa? —Lo miro cabreada y me bebo lo que puedo de mi vaso. Nick levanta las cejas esperando mi respuesta. —¡Eres un gilipollas! —Grito. Parece sorprendido con mi reacción. —¡Sí, eso es lo que eres! Te gusta joderlo todo por amor al arte. Siempre tienes que acabar jorobándome mi momento. ¿Te crees que me das pena? ¡Te equivocas! ¡No me das ni un poco! Pero me gusta cuando sonríes, cuando ríes, cuando me tocas con pasión, ¡hasta cuando me dices guarradas! No eres un regalito, ¡joder, eso lo sé desde el momento que te conocí! Pero yo tampoco. Yo soy una niña que sus padres nunca supieron querer, porque no se supieron querer ni ellos mismos. He presenciado cosas, Nick, que ni te imaginas. Ojalá supieras cómo murió mi

madre, porque...

—¡Eh! ¡Calla! —Nick me abraza y besa mis labios para silenciarme. —Sí lo sé. Lo sé todo. —Dice apoyando su frente en la mía. —Lo siento, nena. Tienes razón. Soy un gilipollas. Y este gilipollas te quiere tanto...

—Eres MI gilipollas. —Le beso con dulzura. Nick me quita el vaso de la mano y lo coloca en la mesita de noche, para luego tirarse sobre mí y besuquearme por todos lados. Éste es el Nick que me gusta y me vuelve loca.

La cosa ha cambiado radicalmente entre Nick y yo desde que confesó que me quería. Yo aún sigo pensando que lo dijo en tono paternalista, como otra especie de hermano mayor, pero a veces trato de convencerme de que ese alocado, chulo, frío y gilipollas de Nick también tiene sentimientos, como cualquier ser humano.

Lo ha pasado mal. Y en eso está la razón de todo su extraño comportamiento y su aislamiento del mundo exterior. Sólo ha dejado a David llegar a él. Y ahora creo saber el motivo: David y él son dos gotas de agua en cuanto a manera de ser. Ha buscado en mi hermano el sustituto perfecto para no echar tanto de menos a Mike, su gemelo.

¿Sabes eso que dicen que los gemelos tienen un vínculo especial entre ellos? ¿Que saben lo que el otro está sintiendo e incluso lo sienten ellos mismos cuando algo le pasa a su igual? Pues, ahora me da por pensar que no son sólo leyendas urbanas, que Nick tenía esa clase de conexión con Mike y vive perdido e incompleto desde que su otra mitad se fue. Además, hay que añadir el peso de la culpa. En resumidas cuentas: Nick vive una auténtica tortura en su interior.

Y no sólo por eso llevo unos días más dócil de la cuenta con él. También porque lo amo con todas mis fuerzas. Él se ha convertido en el centro de todo: de mis preocupaciones, de mis decisiones, de mis emociones. Todo en mi vida gira en torno a él.

La trágica pérdida de mis padres debería haberme unido mucho más a David, pero no ha sido así. Mi hermano vive ahora su primer idilio amoroso, y justo da la casualidad que es con la hermana de Nick y mi única y mejor amiga aquí, en Dallas.

La noche que dormimos en el hotel para evitar que David arruinara los planes que Nick tenía conmigo, casi me da un infarto cuando me percaté que mi hermano y Alice habían tomado exactamente la misma decisión. Cuando

Nick calló en un profundo sueño tras tener otra vez sexo, le escribí a Alice para avisarle de que estábamos alojados justo en el mismo hotel. De modo que nos pusimos de acuerdo para salir a horas distintas y no encontrarnos en mitad de los pasillos, o eso hubiera detonado en la Tercera Guerra Mundial como mínimo.

Me encantó la cara que puso al volver a casa y ver mi pequeño e inocente regalo de cumpleaños: la tarta de chocolate que le hice. Pero, por la noche, cuando David dormía derrotado por la noche de pasión que él también había vivido con Alice, Nick hizo de mi regalo algo diferente. Esparció trocitos de tarta sobre mi cuerpo desnudo que yacía sobre mi cama y se los fue comiendo con toda la sensualidad del mundo y esa mirada ardiente que tanto me gusta de él.

Al volver a casa, Nick y yo hemos seguido manteniendo esta especie de “relación” en clandestinidad. Él sigue pintándome desnuda cuando David no está (cosa que me sorprende que haga porque no ha expuesto ni uno de esos cuadros en los que aparezco desnuda en su exposición). Después de cada sesión, acaba lanzándose sobre mí y regalándome sesiones de sexo de alto nivel. Me preocupa que se canse de mí, pero eso no parece estar pasando, sino más bien lo contrario. Cada vez quiere más y las cosas sucias que me propone hacer son de lo más excitantes. Como por ejemplo el otro día que posé desnuda para él sobre un colchón que ha puesto en mitad de su estudio para que yo pose y me pidió que me abriera de piernas y me masturbase para él mientras me pintaba. No sólo eso, sino que además usó una vela (que según él derrama aceite de masaje y no cera) y derramó aceite por todo mi cuerpo mientras yo estaba allí, tumbada, abierta y expuesta para él.

—Joder nena, verte así... con tu perfecta piel embadurnada en aceite y mirándome de esa manera... me va a explotar la polla. —Susurró mientras me estudiaba con sus ojos y me pintaba.

Nick me hace replantearme si en realidad no es tan malo hacer lo que hacemos. Quiero decir, soy joven, lo sé, es mi primera experiencia sexual, no tenemos nada serio, y todo eso debería hacer que saltasen las alarmas en mi interior para mantenerme alejada de este oscuro deseo. Pero, por otro lado, no he vivido en mi vida una sensación más placentera en mi vida, ni me he sentido mejor conmigo misma y con mi cuerpo (a pesar del tinte pecaminoso de todo), o más deseada y necesitada, ni he amado jamás antes con tanta intensidad.

Por lo tanto, no puede ser malo.

Sin embargo, hay algo en él que me preocupa. Durante el día no se ve, porque es el Nick simpático, alegre y vivo de las últimas semanas. Me recoge del instituto por sorpresa cada vez que puede, me lleva a comer a sitios maravillosos, paseamos, tenemos sexo cargado de conexión, caricias y besos... Pero por la noche todo cambia. A veces sale de casa y dice que es para dar un paseo y cuando regresa tiene los ojos vidriosos y su aliento apesta a alcohol. No ha querido ir a visitar su exposición y ver cómo va en toda esta semana, a pesar de que es su sueño y debería estar emocionado de cumplirlo. Y, lo más llamativo, ya no se queda a dormir en mi cama después de que hagamos el amor, como solía hacerlo, alegando que teme que David nos pille y nos encontremos entonces con serios problemas. Tampoco responde a mis preguntas de por qué ha bebido cuando noto que lo ha hecho, simplemente me ignora y resopla.

Hoy jueves estoy con Alice tumbada en el césped de los jardines del instituto. Ya sólo quedan dos semanas para que acabe el curso y para la dichosa Prom (o baile de promoción). Ella insiste que tenemos que acudir, que es un evento especial que se vive sólo una vez en la vida y que no nos perdonaríamos perdérsela. Quizá tiene razón.

Ella también lleva en clandestinidad su relación con David, y está de lo más enamorada, como yo de su hermano. Somos las únicas que sabemos qué se cuece del lado contrario, porque nuestra amistad y confianza de la una en la otra es plena y porque necesitamos de un poco de consejo. No somos expertas en amor ni en sexo y hemos dado justo a parar con los peores ejemplos de ello.

—¡Vamos al baile! Será divertido —Me dice Alice —Yo iré con Jacob que ha vuelto a babear por mí desde que tu hermano me tiene más que bien satisfecha y tú puedes ir con Charlie, que suspira por ti por los rincones. —La miro y me río, ella se carcajea. —En realidad tienes a medio instituto suspirando por ti, cuñada. —Me guiña.

—Sí que eres exagerada. ¡Sólo he tenido tres invitaciones para ir al baile! A ti te han pedido como mínimo cinco. —Alice sonrío con orgullo.

—Sehhh... la verdad es que hacemos un buen equipo.

—¿Las rompecorazones? —Bromeo.

—¡Las rompebraguetas! —La carcajada que libero al escuchar eso es tremebunda y Alice me acompaña. —Me va a encantar la cara de entierro que pondrá tu hermano cuando le diga que voy al baile y acompañada por otro.

—Eres demasiado cruel con David...

—¡Se lo merece! Está demasiado confiado de su encanto personal y de su poder de seducción. ¡Nick también necesita que le vacunen un poco contra tanto engreimiento!

—Tu hermano está un poco raro, Alice. Me preocupa.

—¿Y eso?

—Desde que fuimos a casa de tu madre bebe algunas noches, he visto que ha tenido pesadillas con Mike y, no sé, me preocupa.

—Mi madre es una víbora. Desde que Mike nos dejó no ha dejado de comparar a Nick con él. De hacerle sentir culpable por todo. Hasta del suicidio de mi padre...

—Joder... Perdona mi curiosidad, pero me gustaría saber por qué hizo eso tu padre.

—Pues porque mi madre no volvió a ser la misma. Sólo lloraba y lloraba y le preguntaba sin cesar por qué le dejó aquella noche el coche a mis hermanos. También le martirizaba ver a Nick así, tan destruido. Su único hijo varón con vida era un fantasma del niño risueño y alegre que fue. Un día vino a casa y parecía distinto, parecía feliz. Le dijo a Nick que tenía un regalo para él. Depositó en su mano las llaves de un apartamento, el apartamento de Nick, y le dijo que sería para él, para que pudiera escapar de esa cárcel de sufrimiento y tortura en la que se había convertido nuestra casa. Nick estaba a punto de comenzar la universidad, lo recuerdo, y no comprendía nada. Cuando Nick se mudó al campus, para estudiar el grado en Arte, parecía que mi hermano había vuelto a resucitar, al estar lejos del foco de mierda de mi madre. Mi padre también estaba mejor, porque llevaba meses separado de mi madre y viviendo en su nuevo apartamento. Pero un día que Nick vino de visita y mi padre nos acompañó en una cena en familia, mi madre y mi padre comenzaron a discutir de nuevo por lo mismo: Mike. Nick gritaba desconsolado “¡Parad ya! ¡Por lo que más queráis, tenemos que parar!” Pero la cosa subió de nivel y se descontroló. Nick rompió todos los cuadros de Mike que había en el salón, por eso mi madre los guarda todos ahora en lo que fue su habitación, y mi padre se fue para no volver nunca más. A la mañana siguiente se lo encontraron ahorcado en su apartamento y junto al cadáver una carta diciéndole a Nick que se fuera, que viviera, que no dejase que nadie le arrebatara lo máspreciado: su vida.

Ese relato me estremece de una manera inimaginable. Joder, Nick... ahora no puedo decir que sea un gilipollas. Ahora sé que está hundido, podrido por el dolor. Lo intentó, intentó salir de toda esa mierda y su madre no le dejó.

Ahora me culpo por haberle hecho ir a ver a esa bruja despiadada y cruel.

—Vaya... —Digo ahogada por la densidad de la tristeza que siento y me limpio las lágrimas disimuladamente.

—No llores, Sally. Mi hermano está volviendo a ver la luz contigo.

—¿Conmigo?

—Sí. Te confieso otra cosa. Yo llevo siguiendo a mi hermano y al tuyo en la penumbra desde hace un año o así. Al principio sólo por interés por mi hermano, después por los dos. —Confiesa Alice encogiéndose de hombros y de forma despreocupada. —Y siempre se le veía tan serio, tan oscuro... ahora cuando lo veo hablar contigo es otra persona. Casi no lo podía creer el día que conocí oficialmente a tu hermano y fuimos a comer sushi, ¿recuerdas? —Asiento y aguardo a ver a dónde quiere llegar. —Cuando lo vi riendo así, bromeando contigo y metiéndote todas esas piezas de sushi en la boca, cuando lo vi mirándote así... supe que había resucitado o que al menos estaba en el camino.

—Hola, Sally. —Una voz nos interrumpe en ese momento. Es Charlie. Llevo evitándolo desde la noche que Nick me dijo que me quería y cada vez que me ha propuesto ir a hacer algo juntos le he dicho que tenía que estudiar.

—Hola, Charlie. ¿Qué tal? —Toma asiento junto a mí y me mira tímidamente. Sus azules ojos parecen limpios e inocentes. Nada que ver con la intensidad de los de Nick. —¿Qué te trae por aquí? —Pregunto.

—Quiero que... en fin... me gustaría pedirte que vinieras al baile de graduación conmigo.

—Amm... yo...

—¡Claro que irá! —Alice contesta por mí y yo le miro con reprobación. —Estaba deseando que se lo pidieses.

—¡¿Sí?! ¡Genial! Pues, entonces os dejo ya tranquilo que habléis de vuestras cosas, chicas. —Charlie se acerca a mí y me deja un tierno beso en la mejilla. Yo sonrío con cara rara. —Hablamos para ultimar los detalles y eso. Gracias, Sally, seré el perfecto compañero para ti. —Mierda...

—Seguro. —Respondo intentando no sonar sarcástica. Charlie desaparece con una sonrisa radiante en su rostro y yo giro la cabeza en dirección a Alice, como la mismísima niña del exorcista. —¿A qué coño ha venido eso, Alice?

—Nena, te he ayudado a tener una buena compañía para el baile. ¿O pensabas ir sola?

—Alice, no quiero hacerle eso a tu hermano, yo... —No quiero decirle que tenemos un pacto en el que seré suya durante dos meses en exclusividad y

pienso cumplir mi palabra.

—¿Acaso vais en serio?

—Emmm, no, pero...

—¿Y quién te dice que ese loco no está haciendo de las suyas por ahí a tus espaldas? Deberías darle un poco de miedo a perderte para que reaccione. ¡A mí me funcionó con David! Sally, quiero mucho a Nick, pero ¡no tienes ni idea de lo asquerosamente seductor que es! ¡Durante este último año lo he visto hacer...

—¡Calla! —Me tiro hacia ella y le tapo la boca. —¡Cállate! ¡Serás guarra!

—¡Eh! ¿Qué hacéis, par de brujas? —Su voz grave es inconfundible. Me giro y lo veo.

—Nick. —Mi pecho se llena de amor y pasión al ver sus preciosos ojos y esa sonrisa.

—¡Hermanito! ¿Qué haces aquí? ¿Has venido a verme? —Ya está otra vez la provocadora de Alice.

—He venido a llevaros a casa, porque he visto que estabais sin escoba.

—¡Genial! —Alice se levanta en el acto y Nick me tiende la mano para ayudarme a mí. —Estas brujas estaban esperando que Lucifer nos mandase un demonio para hacernos de chófer. ¡Vamos!

En el coche, camino a casa de Alice para dejarla a ella primero, tengo que bloquear como puedo la conversación de Alice acerca del baile de promoción. No quiero que Nick se entere de que voy a ir acompañada porque no quiero enfadarlo. Así que desvío la conversación y le pregunto sobre cómo va su exposición.

—No he pasado por allí, pero... tengo noticias. Una galería de prestigio de París y otra de Nueva York quiere exponer mis cuadros. —Dice como si nada.

—¿En serio? ¡Eso es genial! —Le doy un efusivo beso en la mejilla y Alice comienza a saltar y palmear desde el asiento trasero del coche. Nick me mira ilusionado.

—Sí... es genial y, te lo debo a ti. —Dice sin importarle que su hermana esté presente. Suspiro emocionada y ambos nos sonreímos. —Pero... —se para un instante.

—Pero, ¿qué?

—¡Hemos llegado! —Grita Nick cuando estamos cerca de la casa de su madre. No ha querido aparcar frente a su antigua casa y no le culpo por ello.

—¡Mañana voy a tu apartamento y me cuentas más! —Grita Alice y besa a

su hermano. Éste le sonríe y asiente. —Adiós, hermanito querido. —Veo a Nick inflar su pecho de aire cargado de emoción ante las hermosas palabras de su hermana. ¡Joder, lo quiero tanto! Quiero que sea feliz, al fin. Más que nada en el mundo.

—¿Qué ibas a decir? —Pregunto cuando ya estamos solos. Nick me mira serio y no sabe cómo responder a mi pregunta.

—Claire es quien me ha conseguido esos contactos. —Dice al fin. —Se ha tomado la libertad de actuar como mi representante a mis espaldas. —Masculla.

—¡Oh! —Exclamo y proceso la información en mi cerebro. Parece que quiere darme explicaciones, a pesar de que lo nuestro no es serio ni él desea que lo sea. —Pensé que ya no hablabas con ella...

—Y no hablo. Lleva casi dos semanas friéndome el móvil a llamadas y mensajes y no paro de ignorarlos. —Todavía no entiendo por qué está tan enfadado con esa tipa, pero si lo está mejor. Prefiero no preguntar y que descubra que está exagerando con ella. Prefiero que siga distante con esa tipa. Aunque, si ahora va a ser su representante... —Pero me ha llamado hoy su padre para darme la noticia y no he podido ignorar esa llamada. El padre de Claire es el dueño de la galería. Todavía estarán mis cuadros allí dos semanas más y...

—No tienes que excusarte. Yo lo entiendo. —Digo posando mi mano en su pierna. Nick mira mi mano y vuelve a mirarme con cara rara. —¿Qué?

—Esto se parece cada día más a una relación, Sally. —Separo mi mano de su pierna preocupada, por si lo estoy agobiando con tanta carga emocional en mis gestos. Pero Nick sujeta mi mano y vuelve a colocarla en su pierna. —Quería proponerte algo. —Dice después.

—¿Qué cosa?

—Si esto sale bien, si consigo hacer dinero con los cuadros yo...

—Tú, ¿qué? —le animo.

—Podríamos irnos, lejos de aquí y de toda esta mierda. Solos tú y yo. Empezaría de nuevo y trataría de ser algo parecido a lo que tú mereces, Sally. —Se me corta la respiración.

—¿En serio? —Nick inspira con fuerza y asiente mirándome a los ojos con intensidad. —Joder, Nick, yo...

—David estará bien, Sally. Él no te necesita tanto como yo. —Sus palabras me dejan de piedra.

—Nick, esto no es una competición entre David y tú por mí.

—No he querido decir eso. Yo...

—Ni deberías tenerle tanto miedo a que sepa de lo nuestro. David te conoce, sabe quién eres, como yo. Eres un hombre increíble que lucha con todas sus fuerzas por levantarte ante todo lo que...

—David no puede saberlo. —Sentencia sin mirarme.

—¿Por qué no? Si quieres algo serio conmigo y le demuestras que no estás intentando aprovecharte sexualmente de mí, sino que hay algo más, él lo entenderá. Tendrá que entenderlo. Ya no soy una niña y tengo derecho a hacer mi vida...

—Sally, yo no he dicho que vayamos a tener nada serio. —Responde con frialdad y yo me paralizó.

—¿Cómo? Me estás pidiendo que me vaya a vivir contigo...

—Te he pedido eso, porque te necesito. Pero tú no me necesitas a mí. Intentaré que seas feliz y te quedes a mi lado el máximo tiempo posible, pero ambos sabemos que esto acabará un día y tendremos que olvidarnos el uno del otro.

—Nick, ¿cómo puedes plantearte las cosas de esa manera?

—¿Qué manera? —Pregunta sin comprender.

—Si no tienes ilusión por que lo nuestro dure, ¿entonces para qué intentarlo?

—Porque no tengo otra opción. —Responde como si fuese lo más lógico del mundo. —Eres lo más importante que tengo ahora mismo. Pero, Sally, a veces eres demasiado infantil e ilusa con todo esto. —Su bofetada me deja sin palabras. —Vamos, ¡tú lo has visto con tus propios ojos con tus padres! El amor no dura. Y si dura, lo mismo da. Nunca seremos más felices juntos de lo que lo somos ahora, en el comienzo, cuando todo es prohibido y un juego de seducción emocionante. Algún día te levantarás y me dirás que te duele la cabeza cuando yo busque un acercamiento, te aburrirás de mí, o puede que no. Pero simplemente, un día uno de los dos ya no vivirá y será igual o peor que una ruptura.

—¿Y después de ese alegato pretendes que me vaya a vivir contigo? — Consigo decir tras oír su discurso.

—Sí. Y no quiero que hables con David de lo nuestro.

—Nick, yo... no sé. —Me pellizco la base de la nariz y me siento hasta mareada con todo lo que Nick ha dicho.

—Sally, escúchame. —Dice cuando aparca el coche cerca de su apartamento. Se vuelve hacia mí y me sujeta del rostro para que lo mire. —

Todavía nos queda mucho por disfrutar juntos. Todavía siento que tengo cosas que ofrecerte. Aún no puedo... dejarte ir. —Estoy muy confundida y mirarlo a los ojos no me está ayudando a ser objetiva con todo esto. —Haré lo que me pidas si vienes conmigo, Sally. Haré que esto parezca una relación de verdad, si te quedas un rato más, conmigo, en mi vida.

—Nick, me estás pidiendo que viva una mentira a tu lado para luego dejarme, vacía, inerte.

—No, Sally, seré yo quien se sienta así. Estoy más que seguro de eso. Pero me voy a arriesgar, por ti. Y te haré la mujer más feliz de la tierra mientras me dejes. Al menos lo intentaré. No digas nada aún. Cuando vuelva de París te preguntaré de nuevo y esperaré tu respuesta.

—¿Vas a ir a París con Claire? —Mierda. Eso sí que es una prueba de fuego.

—Sally, no pienso tocarla. Ni a ella ni a nadie que no seas tú.

Nick

Hemos llegado a casa y Sally ha disimulado como ha podido su desconcierto ante mi proposición frente a su hermano. Sé que no entiende mis motivos, pero necesito mantenerla alejada de Claire y de David para poder disfrutar un poco más de tiempo del único regalo que la vida me ha dado: ella.

No tiene ni idea de cuánto la amo y que daría mi vida por ella. Hasta ha conseguido que me alegre de ser yo quien sobreviviera al fatídico accidente en el que Mike falleció, sólo por haber conseguido conocerla a ella y vivir este sueño a su lado. Y eso hace que me sienta más culpable todavía cuando pienso en Mike. Porque, seguramente, si él estuviera vivo, él sería de los dos quien se merecería un regalo como Sally.

Sally se mete en la cocina a cocinar una de sus obras de arte, su segundo hobby favorito. Porque su hobby favorito es desquiciarme, encenderme y ponerme cachondo como un perro para que le haga todas las guarradas del mundo en la cama. Aunque se haga la inocente, yo soy la única persona en la tierra que la conoce en ese ámbito. Y me encanta. Me siento poderoso.

Me acerco por su espalda mientras ella remueve una especie de salsa en una cacerola. David está frente a nosotros, en el salón viendo la tele. Eso lo hace más morboso. Me asomo por su cuello y finjo mirar a lo que está cocinando, pero en realidad estoy mirando sus tetas, que desde aquí arriba se ven preciosas con ese indecente escote que lleva. Bueno, no tan indecente, pero para mí es demasiado exquisita.

—Mmm, esto tiene una pinta de lo más apetecible. —Digo colando una mano por debajo de su falda, por su trasero y deslizando un dedo bajo sus bragas. Ella da un respingo al sentirme, mira en dirección a su hermano colorada como un tomate y se aclara la voz.

—Es el relleno para una lasaña. —Dice con un tono más alto de la cuenta, tratando de disimular su nerviosismo de forma poco exitosa.

—Me muero de hambre. —Meto el dedo en su hendidura que se ha humedecido en décimas de segundo.

—Nick... —susurra bajito para que su hermano no nos oiga. Yo sonrío en su cuello.

—Mi musa... estás cachonda, como a mí me gusta —le digo en su oído.

—¡Nick! —dice un poco más alto y me golpea con su trasero para que me aparte de ella. Pero, al hacerlo, topa con mi erección y yo la presiono contra ella.

—¿Le queda mucho? ¡Estoy muerto de hambre! —Grita David sin percatarse de la escena.

—¡No! Ya está... —Sally se frena en seco cuando le introduzco dos dedos. Se tapa la boca con una mano e intenta amagar un gemido. Pero creo que David se ha percatado. Mierda. Me separo de ella y disimulo abriendo la nevera para coger una cerveza.

—¿Qué pasa?

—Nada. Me he quemado. —Gruñe Sally. Disimulo mi sonrisa. Sí, está en llamas ahora mismo.

Le sonrío mientras doy un largo trago a mi cerveza y ella gesticula con sus labios la palabra “gilipollas”. Nunca me ha gustado tanto que alguien me llame así. A decir verdad, siempre perdía los estribos cuando alguien me insultaba, porque ya bastante me insulto yo a mí mismo en mis adentros. Pero me encanta, me vuelve loco, cuando Sally lo hace. Todo en ella me vuelve loco.

Noto una vibración en mis pantalones. Saco el móvil y veo que Claire me está llamando. Mierda, otra vez esa pesada. Pero ahora, sabiendo lo de París y Nueva York, no puedo seguir ignorándola.

—Ya vengo. —Digo y me voy a mi cuarto. Sally me mira durante el trayecto con mala cara, puede que haya visto su nombre. —Hola. —Le contesto con voz cortante. —¿Qué quieres?

—¿Qué quiero? ¡Joder, Nick, jamás pensé que podías ser tan inmaduro! ¡Voy a tener un jodido hijo tuyo y llevas dos semanas evitándome! ¡Ni siquiera has aparecido más por la galería! —Claire comienza a llorar y yo pongo los ojos en blanco mientras bebo de mi botella de cerveza.

—Yo no quiero ningún hijo tuyo ni de nadie. Hablaremos, te daré el dinero que acordemos que es justo y listo. Tú sabrás lo que te haces, pero yo seguiré mi camino y tú el tuyo. Y si no querías un inmaduro en tu vida, haberlo pensado mejor cuando te metiste en la cama con un tipo trece años menor que tú.

—¿En serio vas a desaparecer? ¿Por qué? Pensé que... pensé que si...

—¿Qué pensaste! ¿¿Que jugándomela de esta manera me tendrías bebiendo

de tu mano?! ¡Te equivocas! ¡No sé cómo has conseguido quedarte embarazada de mí! ¡Ni siquiera sé si ese niño es mío y francamente, no quiero saberlo! ¡Pero lo que sí estoy seguro es que esta artimaña la has hecho sólo para joderme la vida porque pensabas que así me esclavizarías a tu lado! ¡Óyeme bien, Claire, yo no le pertenezco a nadie! ¡No voy a permitir que te creas con derecho a quitarme lo único bueno que he tenido en mi vida por un niño que yo no he pedido! ¡Estás casada, joder, Claire! ¡Tú y yo sólo teníamos una maldita aventura!

—¿Una maldita aventura? ¡Eres un miserable! ¿Cuántas veces te di dinero? ¿Cuántos regalos caros te he hecho? ¡Hasta te he abierto las puertas al mundo del arte! ¿Y así me lo pagas? ¿Dejándome sola con un hijo tuyo en mi vientre? —Siento ganas de vomitar.

—No te he pedido ninguna de esas mierdas. Y, de todos modos, yo he pagado con creces mi deuda contigo. He tenido que fingir que te deseaba cuando no era así, te he dado el mayor de los placeres porque tu matrimonio es tan monótono y aburrido que te desespera la idea de follar con tu marido. Y créeme, estás consiguiendo amargarme el único momento feliz de mi vida. Así que considero que es suficiente precio para compensarte por tu super embarazo, el cuál estoy seguro que has planeado como la bruja que eres.

—Nick...

—¡Nick, qué! ¡Qué quieres de mí!

—¿Es por esa niñita? ¿Te has enamorado de ella?

—¡Claire, ni se te ocurra meter a Sally en esto! ¡¿me oyes?! ¡Si se te ocurre acercarte a ella lo más mínimo... si se te pasa por esa maldita cabeza la idea de decirle algo de esta mierda, te aseguro que será lo último que hagas! —Vuelve a llorar y yo inhalo con fuerza para tratar de serenarme.

—Si aborto, ¿volverías a tocarme? —Mis ojos se abren de par en par. ¿Está proponiendo lo que está proponiendo?

—Claire... —Mi voz suena ahora más suave. Eso sería la solución.

—Por favor, por favor, Nick. Una última vez. Te lo suplico. Una despedida en tus brazos. Sintiendo tus besos, tu piel...

—Una vez y... ¿abortarías?

—Sí, te lo prometo. No tiene sentido seguir adelante si tú no vas a estar a mi lado. —Vuelve a llorar. —No dejaría a mi marido, no te complicaría más la vida. Podríamos trabajar juntos y... con el tiempo...

—¡Una maldita vez, Claire! No me vas a chantajear para que me acueste contigo nunca más.

—Vale, está bien. Pero tendrá que ser memorable. —Ahora trata de ponerse digna. Como si lo fuera a disfrutar dadas las circunstancias. ¡Está loca!

—Mañana mismo iremos a la clínica. Yo iré contigo.

—No. Mañana no estaré por aquí. Tengo un viaje programado con mi padre para visitar la galería que quiere exponer tus cuadros en Nueva York. Después, cuando vuelva, nos iremos a París, a finales de la semana que viene, contigo. Te prometo que será a la vuelta. Tienes mi palabra, Nick.

—Descuida. Acabo de grabar esta conversación. —Miento. —Si decides joderme al final, te llevaré a los tribunales por coacción. Adiós, Claire. — Cuelgo y suspiro mirando al techo.

Joder, por fin podré librarme de esa mierda. Tendré que cumplir sólo una vez más con Claire y después será historia. Historia para siempre. Porque no pienso dejarla que se ocupe de mis negocios ni darle la más mínima posibilidad de que se acerque a Sally y le vaya con el cuento.

Miro en dirección a mi mesita de noche y veo la foto que guardo como un tesoro de Mike, mi padre y yo. A ellos los perdí para siempre, pero a Sally no. Si paro la mierda del embarazo de Claire puede que Sally nunca se entere. Ahora más que nunca necesito que se venga a vivir conmigo. Lejos de aquí. También de David.

Él nunca dejaría que Sally estuviese libremente conmigo sin contarle antes “nuestra historia” para que ella decidiese con total conocimiento de causa si de verdad soy una opción para ella.

Después, ya sé lo que pasaría; que volvería a hundirme en el boquete del que tanto me ha costado salir cuando ella me dejase. Porque si se entera de todo lo hará, me dejará. No vería más esos ojitos oscuros y brillantes mirarme con pasión, no disfrutaría con los gemiditos que hace cuando le acaricio la nuca, como a ella tanto le gusta, no besaría más esos labios que me hacen perder la cordura y que tan bien saben besar y chupar las partes favoritas de mi cuerpo, ni escucharía más cómo gime mi nombre... No, todavía no estoy preparado para perder todo eso...

Durante la cena, tengo que aguantar la mirada envenenada de Sally y me amargo la existencia pensando en el asco que siento de tener que acercarme una vez más a Claire. Me bebo casi una botella de vino yo solito. Es un mal hábito que he recuperado recientemente, desde que volví a casa de mi madre y los recuerdos y el peso de la culpa se hicieron asfixiantes durante los minutos que estuve allí. No he vuelto a sentirme así después, cuando salí con Sally de

la mano de allí, pero siempre tengo miedo por las noches a que toda esa mierda de mi cabeza vuelva a aflorar. Sin embargo, no sé si será la bebida o los polvazos que le echo a Sally cada noche, pero no he vuelto a tener pesadilla. ¿Será el amor y toda esa mierda de que lo cura todo? Al final va a resultar que una niñata va conseguir que crea que tengo remedio.

—¿No has bebido ya suficiente? —Pregunta Sally mirando a la tele, como si así pudiera parecer menos preocupada por mí y que David no lo note.

—No. ¿Quieres? —Le ofrezco de mi copa. David me fulmina con la mirada.

—¡No, no quiere! ¡Es jueves y mañana tiene que madrugar e ir al instituto!

—Ups, cierto. —Le dedico una extraña sonrisa a los dos hermanos que me miran con cara de entierro. Cuando David se levanta a dejar su plato en la cocina yo le dedico una mirada apasionada a mi musa y acaricio su brazo, pero ella lo retira, se levanta y se encierra en su habitación. ¿Y ahora qué? David también se despide hasta mañana y yo me meto en mi habitación con la única intención de ir a la habitación de Sally y sentirla como necesito sentirla, cerca de mí. Entro por el baño, como siempre, y me la encuentro tumbada en la cama y haciéndose la dormida. ¡Tan infantil mi niña! Sonrío y comienzo a quitarme la ropa frente a ella. Casi me caigo porque el alcohol ha empezado a hacerme efecto. Ella se gira y me mira al oírme maldecir.

—Vete. Hoy no tengo ganas. —Me dice y me deja casi roto por dentro.

—¿Por qué? ¿Qué he hecho? —Digo con voz de niño abandonado.

—¡Estás borracho! ¡Otra vez! —Me quedo en calzoncillos y trepo por la cama hasta ponerme sobre ella y mirarle a los ojos.

—No me habías dicho que no te gustaba verme así. No beberé más si no quieres. —Y así es como Nicholas Donovan pasa de ser un león con las mujeres a un gatito domesticado por Sally Morrison. Sacudo la cabeza para no pensar en eso.

—¿Por qué lo haces? —Pregunta. ¿No le basta con mi promesa de que no lo haré más?

—Por ti. —Confieso antes de procesar mi respuesta.

—¿Por mí? No entiendo...

—Porque así se me olvidan ciertas cosas y no soy un triste amargado. Así no te amargo a ti también con mis gilipolleces. —Le beso la punta de la nariz.

—Yo no estoy a tu lado sólo para follar y divertirme, Nick. —Eso sí que me sorprende. ¿Qué otra cosa puedo aportarle yo?

—Ah, pero yo contigo sí. —Ella sabe que estoy de broma, pero pone un

gesto de escandalizada que hace que libere una carcajada enorme.

—¡Eres un...

—¡Sí! ¡Gilipollas! ¡Gilipollas! ¡Gilipollas! —Repito mientras atrapo sus muñecas en el colchón, evitando así que me dé una bofetada y jugueteo con mi nariz en su cuello. —Pero este gilipollas te ama con locura, leoncita.

—¿Cómo? —¿De qué se sorprende?

—Ya hemos tenido esta conversación, no te hagas la ingenua, lo recuerdo bien. Además, era mucho más placentera, porque te la estaba metiendo hasta...

—¡Vale! —Sonríe. —Pero no era igual. Me dijiste sólo que me querías.

—No veo la diferencia, pequeña. —La miro sin comprender.

—Mi hermano también me quiere. —Dice y aguanto otra carcajada. —¡No te rías! —No puedo evitarlo.

—¿De verdad piensas que te quiero como te querría un hermano? ¿Que disfrutaría tanto follándote si...

—¡Calla, eres un bruto!

—¿No era un gilipollas?

—¡Eso también! —Sonríe y levanta la cabeza para alcanzar mis labios. La beso con toda mi alma.

—Eres muy divertida, niñata.

—¿Qué quería Claire de ti? —Dice seria.

—Lo retiro. Ahora no me pareces nada divertida. —Me quito de encima de ella y me tumbo a su lado. No quiero mirarla a la cara mientras me habla de Claire. La odio, odio a Claire. —Sólo quería decirme que la semana que viene nos iremos a París, nada más. —Me siento miserable por no contarle todo. Pero eso no entra en ninguno de mis planes.

—No quiero que vayas con ella. —Dice en un tono de voz casi inaudible. Giro la cabeza y me encuentro con esos ojazos negros muy abiertos mirándome.

—¿No iras a estar celosilla? —Sally arruga la nariz. —Sally, es absurdo —Apoyo mi cabeza en una mano y me tumbo de lado para mirarla mejor y que vea que soy sincero —es como si una diosa estuviera celosa de la mona Chita. —No dice nada, pero sigue de morros. —No puedo decir que no a esta oportunidad, Sally. Si sale bien, podremos irnos a vivir juntos y...

—No sé cómo puedes pensar que para mí es atractivo irme a vivir contigo para seguir siendo tu simple amante.

—¿Mi simple amante? ¡No digas tonterías! No eres eso...

—¿Y qué soy? —Apoya ella también su cabeza en su mano y me mira con

altanería. ¿Ves? Por esto precisamente tengo que ir a París con Claire, follármela por última vez, asegurarme que aborta y poder volver al lado de Sally y darle el lugar que se merece y que sin duda me está reclamando.

—Si accedes a venirte a vivir conmigo serás “la jodida de mi novia” y yo seré “el gilipollas de tu novio”. —Digo y ella al fin sonrío. Cuando vuelva esa mierda se habrá arreglado, no me cabe duda.

—Voy a ir al baile de graduación. —Cambia el rumbo de la conversación de repente.

—¿Con Alice? —Me tumbo y pongo las manos tras la cabeza. Esas dos son inseparables.

—Con Charlie. —No. No he escuchado bien. La miro y frunzo el ceño. — Es un amigo que...

—¡Ni de coña!

—Nick, sólo es un baile y tú...

—¡No, no, no! —Me siento y le grito.

—¡Calla! David nos va a oír.

—¿De qué coño va esto? ¡Tú no vas a ir con adolescente en celo al puto baile! ¡Olvídalo!

—No podrás impedirlo. Estarás en París con Claire. —No puedo creer que ese dardo envenenado venga de la inocente y dulce Sally. Parpadeo un par de veces para asegurarme que no estoy alucinando. —Pero si me llevas contigo a París lo podemos pasar muy bien con Claire. —Me dice con cara de coqueta. Sally y Claire juntas... me da un escalofrío al pensarlo.

—De acuerdo. Vete con ese imbécil al puto baile. ¡Pero te advierto! —Le señalo con el dedo acusador —Como te toque, te mire o simplemente te dirija la palabra, lo mato. ¡Me oyes! Vas, bailas un rato y te vienes. —Sally se carcajea de mí. Yo me levanto y me voy para mi habitación. Ya no tengo ganas de polvo esta puta noche de mierda.

—¡Eh! ¡No te vayas! ¡Vamos tonto, ven! —Sally me persigue, pero llego a mi habitación y cierro con pestillo. ¡Será posible! ¡Siempre se sale con la suya, joder! —Abre Nick.

—¡No! ¡Quiero dormir solo!

—Nick, no seas infantil. Sabes que jamás te haría nada.

—¡No! ¡No lo sé!

—Mi amor, ábreme la puerta. —¡Será chantajista! ¡Elije justo este momento para llamarme “mi amor”! ¡Como si yo necesitara eso! ¡Ja! —Nene, por favor... no me dejes sin tus besos... —Vale, eso sí que es juego sucio.

Decido abrir la puerta y me lanzo directamente a sus labios, para dejarle claro que sólo yo los besaré de esa forma y, sin mediar palabra, me la llevo entre besos hacia su cama para echarle un polvo de esos que hacen historia.

—¡Mierda, el condón! —Digo cuando ya estoy a punto de metérsela.

—Yo tengo uno. —Me dice alargando la mano hasta su mesita de noche. Me quedo mirándola con cara de asesino. —¡Y es de fresa! —Dice al ver mi expresión de horror.

—¡Qué cojones haces tú con un condón guardado!

—Me lo dieron en clase de ciencias, relájate, bobo. —Me besa y consigue calmarme un poco. Aunque yo, por si las moscas, me esfuerzo más de la cuenta en dejarla muerta de placer para que nunca se le cruce la idea por la cabeza de estar con otro. Porque no habrá otro que le haga sentir como yo.

43

Sally

Hoy se va mi Nick. No... no quiero que se vaya con esa tía. No me fío de ella y bueno, puede que de él tampoco. Nick no sabe lo que es una relación seria y mucho menos lo que es la fidelidad y el compromiso. Pero, no me queda otra opción que confiar en él.

Entre otras cosas porque moriría de dolor de pensarlo con otra, de que me traicionara de esa forma. Yo le he dado todo lo que puedo darle de mí y estoy dispuesta a irme a vivir con él a pesar de sus fantasmas. Porque lo quiero, con toda mi alma. Nick tenía razón cuando dijo eso de nos estábamos haciendo uno, aunque él lo dijo al fundirse con mi cuerpo y se refería a que éramos un solo cuerpo. Pero mi alma también se ha fusionado con la suya y ahora siento que no soy nada sin él.

Cuando llego del instituto Nick no está en casa y David está encerrado en su habitación hablando por teléfono. Mi hermano ahora está siempre ocupado porque una conocida marca de calzoncillos lo ha contratado como modelo y ahora está ganando una pasta con eso. Parece contento, aunque Alice no lo lleva nada bien. Supongo que por eso ha decidido ir al baile de promoción con Jacob, para darle un poco de celos al tonto de mi hermano.

Me hace gracia porque esos dos no pueden estar más enamorados y enganchados, pero, sin embargo, ambos se esfuerzan en aparentar que no lo están, es una guerra que tienen entre ellos.

Nick sigue sin ser consciente de esa relación y no seré yo quien cuente un secreto que no me compete a mí contar.

Pero hoy lo que me ronda en la mente es otra cosa. Me he dado cuenta de que en los dos meses que llevo viviendo aquí y en el tiempo que llevo de “relación” con Nick, nunca he entrado en su habitación. Siempre es él quien viene a la mía y es en mi cama donde duerme prácticamente todas las noches. Siento curiosidad y decido aprovechar que me ha llamado para decirme que se retrasaría para venir a comer, de modo que me aproximo a su habitación convencida de lo que voy a hacer. La puerta externa está cerrada con llave.

Así que pruebo suerte por la puerta de nuestro baño que comunica a su habitación.

Me siento como si fuera una delincuente mientras atravieso el baño en silencio y presiono el pomo de la puerta. ¡Está abierto! ¡Bien! Abro la puerta lentamente y no consigo discernir mucho, pues está oscuro y tiene las persianas cerradas a cal y canto. A tientas busco un interruptor por la pared hasta que finalmente presiono un botón y una tímida luz amarillenta alumbró la estancia.

Presidiendo la habitación, una enorme cama de madera color caoba oscura se encuentra justo en el centro de la habitación. Sobre ésta, veo un cuadro que reconozco perfectamente. Soy yo, en la ventana de mi habitación, desnuda, el día que accedí a posar para él. Muero de amor. ¡Nick! Me acerco lentamente y lo observo con una enorme sonrisa en la cara.

Al bajar la vista, sobre la mesita de noche, una foto llama mi atención. La tomo entre mis manos y se me encoge el corazón al ver a Nick con su hermano Mike y su padre riendo con ganas. Acaricio el cuadro y me giro a un lateral, en donde hay una pequeña vitrina, una guitarra eléctrica y una silla de caoba acomodada de forma particular en mitad de la habitación.

Me aproximo a la guitarra primero y acaricio sus cuerdas. Recuerdo que David contó que antes tocaban juntos por varios clubes de la zona y me doy cuenta de que nunca los he escuchado tocar ni cantar. Eso sería increíble. Después doy un paso hacia la vitrina, observo su interior y veo algunas fotos en ella de su familia y algunos dibujos bastante siniestros. La abro despacio y paso mis dedos por los dibujos. Especialmente uno de ellos me deja paralizada. En él, solo se aprecia una silueta oscura colgada del techo con lo que parece una correa y una silla junto a sus pies. Contrasto la silla de la habitación con la del dibujo y sí, es la misma. Me tapo la boca con la mano y miro al techo. Justo sobre la silla hay una lámpara. ¡Dios mío! ¿Se colgó desde aquí el padre de Nick? Devuelvo el dibujo a su sitio y siento una presión horrible en mi pecho. Hay un papel manuscrito también. Dudo entre cogerlo o no, pero mis dedos ya han tomado la decisión por mí y lo están abriendo frente a mis ojos.

A mi hijo Nick,

Hijo mío, lamento no poder dejarte más que bienes físicos y no un hogar en el que poder crecer ni el calor de una familia que vea realmente lo especial que eres. Creo que Alice sí lo ve. Si tu madre lo permite, ella será tu

gran apoyo, sin duda.

Te dejo a ti para que te encargues de ella. Y para que trates de ser feliz, te dejo este apartamento sólo para ti. Cuando no puedas más en esa casa, como me pasó a mí, piensa que este será tu refugio y que tu hermano Mike y yo estaremos aquí, contigo, protegiéndote de todo ese dolor.

Vive y cumple tus sueños, Nick, tienes un gran talento y un enorme corazón que no debe consumirse solo con haber querido a Mike tanto como lo quisiste y como sé que aún lo quieres. Hay más gente en este mundo que sabrá ver cuánto vales, hijo.

Te quiero y siempre te querré.

Papá

—No me escribió sólo a mí, Alice tiene otra. —Escucho la voz de Nick y doy un brinco. Al mirarlo me seco a toda prisa las lágrimas y dejo el papel donde lo encontré. ¡Mierda, lo he mojado con una lágrima! Trato de secarla, pero ya ha dejado un borrón sobre una de las palabras de su amado padre.

—Yo... lo siento. No debí... ¡joder, la he mojado sin querer! —Titubeo mientras Nick se acerca, cierra la vitrina y tira de mi barbilla para que lo mire. No quiero que me vea así, tan triste. Mi tristeza no es nada comparada con la suya. Pero, sin embargo, me sonrío.

—No pasa nada, así podré hacer brujería. Las lágrimas de brujita son muy preciadas. —Trato de reírme, pero se me escapan más y más lágrimas. Nick besa mis ojos y contengo un intenso gemido cuando lo hace. Yo debería ser quien lo consolara. —No llores, llorona.

—No puedo evitarlo, joder, perdona. —Me limpio una y otra y otra vez las lágrimas que no dejan de salir. Nick me mira nervioso.

—Venga, para ya. Yo no sirvo para consolar. Vamos a tu habitación mejor, aquí toda esta mierda no te dejará despejarte. —Me coge de la mano y me lleva hasta mi habitación. Me siento en mi cama, cabizbaja, y no consigo controlar el llanto. Nick se arrodilla delante de mí, intentando conectar con mis ojos. —Oye, Sally, nena, no quiero que llores más, ¿vale? Me estás poniendo muy nervioso y no soporto verte así. Pequeña, mírame.

—De verdad que lo siento, siento mucho ponerme así, es que no sé cómo parar. —Lo miro al fin a los ojos y no sé qué es peor. Amo tanto a este hombre... que su dolor y todo lo que ha tenido que vivir me parte en dos. —Vale, ya. —Digo cuando creo que lo tengo controlado.

—Mentira, ahí tienes otra lágrima. —Me señala y yo sonrío y me la

limpio.

—Listo.

—Ahora tienes que sonarte los mocos, mocosa. Espera. —Nick se levanta, va al baño a por papel higiénico y vuelve con un trozo. Se arrodilla de nuevo y me observa sonarme los mocos. —Bueno, ahora te pareces más a la cotilla de la que me he encandilado, aunque tienes la nariz roja. —Sonrío.

—No debería haber entrado sin tu permiso, pero sentía curiosidad. Nunca había estado en tu habitación y pensaba que me encontraría calzoncillos por el suelo, revistas de Play Boy, posters de mujeres desnudas por las paredes y bolsas de snaks vacías. —Me burlo de él intentando devolver el buen humor entre ambos, porque seguro que acabo de abrirle la tapa a la caja de los truenos y tormentos de Nick con mis actos.

—Bueno, sí que tengo una tía buena en bolas sobre la cama. —Sonrío. —Supongo que debería deshacerme de toda esa mierda, pero nunca encuentro el valor. —Susurra con la mirada perdida.

—Tan fea no salgo en el cuadro, lo hiciste bien para ser un principiante. —Nick levanta una ceja.

—Nena, ese es el puto mejor cuadro que te harán en tu vida. —Vuelvo a reír. —Porque nadie te hará un puto cuadro en bolas mientras yo esté vivo, para empezar. —Ahora sí que me río con ganas y al fin se me olvida la pena que me atravesaba el corazón hace unos minutos. Bueno, un poco. —Me encanta ese sonido. Tu risa es maravillosa. —Me acerco y le beso tiernamente la punta de la nariz.

—Te amo con todas mis fuerzas, Nicholas Donovan. —Nick gruñe y se tira sobre mí en la cama para besuquearme y manosearme (aunque más bien es como si me hiciera cosquillas) sobre ella. Río como una loca.

—Nunca me lo habías dicho antes. Es la primera vez que me lo dices, Sally. —Comenta con los ojos brillosos.

—Claro que sí, te lo he dicho de muchísimas formas, Nick. La primera de ellas fue convirtiéndote en mi primer hombre. —Nick parece complacido.

—Pero mola un huevo escucharlo, ¿sabes? Así que, si se te vuelve a escapar, aunque sea por pena como ahora, no pasa nada.

—No seas capullo. No te lo he dicho por pena, sino porque te admiro y te respeto más que a nadie.

—¿Cómo? ¿Me admiras? ¿Por qué?

—Porque la vida no te lo ha puesto nada fácil y no te has rendido. Porque sigues vivo, más vivo que nunca, lleno de ilusiones, sueños por cumplir y

dispuesto a amar, aunque signifique perder otra vez. —Nick evalúa lo que he dicho.

—Sí, sigo vivo, más vivo que nunca, lleno de ilusiones y de sueños por cumplir y dispuesto a amar, y todo eso te lo debo a ti. Pero no te pienso perder, Sally Morrison. No te hagas ilusiones con eso.

—Fuiste tú quien dijo que esto alguna vez se acabaría...

—Haré lo que haga falta para que eso no suceda jamás. Cualquier cosa.

Nick

Sally está desnuda, sudorosa, recién follada. Se levanta de su cama y rebusca entre su ropa algo que ponerse. No le da tiempo ni a ducharse porque yo no le he dejado tiempo. De hecho, llegará tarde sin duda al instituto. Pero no me preocupa. Hoy me tengo que ir a París durante una semana y pasar una semana sin verla y sin saber lo que estará haciendo sin mí me estresa y me amarga la vida.

Aparte de eso, está el hecho de que he prometido acostarme con Claire para solucionar toda esta mierda de su embarazo. Siento náuseas al pensarlo. Me duele demasiado hacerle esto a Sally y nunca había conocido esta sensación de vivir lleno de remordimientos por otra cosa que no fuera distinta a Mike. Es como si hubiese vendido mi alma al diablo.

Sally encuentra unas bragas de conejitos rosa entre sus cosas, me las enseña, se las pone y juguetea a posar cual lolita frente a mí. Sonríe con ganas al verla. Es inocente y sexi a rabiar: una mezcla de lo más explosiva. ¿Podré cansarme alguna vez de ella? Lo dudo...

—Sally, nena, no me la pongas otra vez dura o no irás al instituto.

—Nick, tengo el final de historia a segunda hora. —Me advierte mientras se coloca un vestido que le queda como un guante. Suspiro. Hoy va a ser el centro de atención otra vez y no estaré yo para controlar la situación. —En lugar de protestar, vístete y llévame antes de irte al aeropuerto, anda. —Gruño y me levanto de la cama.

Ella no lo sabe, pero las veces que la he recogido del instituto he estado merodeando por el lugar primero y observándola siendo una adolescente relajada y feliz por los jardines del instituto. También he visto como la miran los tíos y ha sido un plato muy duro de digerir. Aunque ella ya no está en la liga de esos tipejos llenos de espinillas y de gallos al hablar, por fortuna. Sally subió de rango automáticamente el día que eligió meterse en la cama de un tío adulto, mujeriego y experto en el sexo, embaucador y controlador del juego de la seducción como yo. Y lo ha hecho tan exquisitamente bien que a

veces parezco yo el aprendiz frente a ella. Ha tenido el mejor de los maestros y lo ha superado incluso con creces. Dios mío, he creado un monstruo.

—Sally, te lo advierto por última vez, deja de mirarme la polla.

—¡Yo no...! ¡Pues vístete de una vez! —Grita colorada como un tomate y se vuelve para ponerse los zapatos.

Sopeso las opciones y me barajo entre llevármela otra vez a la cama o llevarla al instituto. Al final opto por la segunda opción, porque Sally tiene que acabar el dichoso instituto ya y venirse a vivir conmigo de una vez. Lejos de Claire y lejos de David.

Ambos hemos estado mirando escuelas de cocina de renombre para que Sally pueda cumplir sus sueños mientras yo sigo cumpliendo los míos, y de su decisión final dependerá el destino al que nos mudemos. Las opciones finales son Dallas, Nueva York o Los Ángeles. Pero yo no quiero quedarme en Dallas, no me fio. Y ella, para variar, me lleva la contraria porque dice que así al menos estará cerca de su hermano, la única familia que tiene.

Hemos acordado que la decisión final se tomará cuando haya vuelto de París y la tomaremos juntos.

De camino al instituto de Sally, en mi coche, aprovecho cada semáforo en rojo para besuquearla y perderme en sus labios. No entiendo cómo está siendo tan duro para mí alejarme de ella una mísera semana. Cuando la voy a tener para el resto de mi vida. Bueno... nunca he creído en el amor eterno, pero, ¡qué cojones! Vivo más tranquilo si le doy cierta credibilidad ahora mismo.

Llegamos al dichoso instituto y llega la hora de la despedida. Sally me mira y sé que también tiene miedo. Lo veo en sus ojos.

—Por favor, Nick, no...

—¡Sally!

—Sé que no te gusta que te diga lo que tienes que hacer. Sé que todavía esto no es una relación seria, hasta que decida si... vamos a vivir juntos o no. Pero no me gustaría que esa tipa te tocara, Nick. Yo, no te podría ver con los mismos ojos. —Trago saliva.

—¡Sally! ¡Eres mi chica y yo soy tu hombre! No dudes de mí, por favor. No te haría eso. —Siento como la bilis sube por mi garganta mientras digo esto, pero, ¿qué otra cosa puedo decirle ahora mismo? —No te pediría que te fueras a vivir conmigo para hacerte eso. Tú y yo ya hemos sufrido bastante. Somos un apoyo el uno para el otro, no una tortura. —Ella sonrío. —Y lo de vivir juntos ya lo hemos decidido, así que no me vengas con gilipolleces.

—No lo hemos decidido, lo has decidido tú por mí. no entiendo por qué te

ha dado la bulla por irte de tu apartamento y tampoco veo que sea tan grave que David pueda saber que tú y yo estamos juntos.

—Sally Morrison, sólo tú serías capaz de discutir hasta en el momento de la despedida. No quiero que David lo sepa y punto. ¡También hemos hablado de eso!

—Es mi hermano... no quiero tener que distanciarme de él.

—Hay vuelos a diario desde Los Ángeles a Dallas, podrás venir a visitarlo una vez al mes.

—¿Podré? ¿Una vez al mes? Creo que te estás volviendo muy controlador y no estás respetando para nada mis decisiones, Nick.

—Sally, me estás dando dolor de cabeza. Ya hablaremos de esto cuando vuelva de París. Y por cierto, quiero que me mandes una foto o un vídeo o algo de lo que te vas a poner para el dichoso baile. —Le digo enervado. Sally me mira con los ojos muy abiertos.

—Eres un gilipollas. —Dice y sale del coche. Mierda. No quiero despedirme así de ella. Abro la puerta y la llamo.

—¡Sally! ¡Sally, joder, no te vayas así! —Le sujeto del brazo para que me mire. Parece a punto de implosión cuando lo hace. —Nena... no te enfades. Ya sabes que no tengo ni idea de cómo ser un novio competente. —Ella suspira y mira al suelo. —Pero te quiero más que a nada en este mundo. —Al fin me mira y relaja el gesto.

—Yo también a ti. Hablaremos de todo esto cuando vuelvas. —Me besa y al fin me relajo un poco. —Pero llámame cuando aterrices, por favor. Estaré preocupada.

—Por supuesto que te llamaré. Te llamaré cada cinco minutos para saber qué demonios estás haciendo y con quién. —Sally entrecierra los ojos y me saca la lengua. Es un gesto tan infantil y tan delicioso que me provoca mordérsela y lo hago. —Suerte con los exámenes, pequeña. —La abrazo y la beso por última vez, dilatando un poco la despedida embriagándome de su dulce olor en su cuello.

—Suerte con la exposición, nene.

Me quedo como un tonto ahí plantado, observando como la mujer de mis sueños y de mis tormentos entra en el instituto y se aleja de mí.

Es nuestra primera separación desde que hemos creado este pequeño mundo de magia y pasión juntos. Van a pasar muchas cosas en París de las que no me voy a sentir nada orgulloso. Incluso Sally va a ir al jodido baile de graduación de la mano de un tipo que estoy convencido que se muere por

follársela. Toda una prueba de fuego para nosotros.

45

Sally

—¡Nada de nena! ¡Llevas cinco horas en París y no te has dignado a llamarme!

—Sally, joder, me habían perdido la maleta y he estado muy preocupado con eso. He tenido que esperar y esperar en la habitación del hotel hasta que me la han traído y lo primero que he hecho cuando al fin la he recuperado es llamarte. ¿Quieres hacer el favor de calmarte?

—¡Estaba muy preocupada, Nick! —Digo y tengo ganas de llorar de alivio al escuchar al fin su voz.

—¿Estás en casa? —Pregunta cambiando de tema.

—Sí... ¿por?

—¿Estás en tu habitación?

—Ajá. —Creo que ya sé dónde quiere llegar.

—Mmmm, voy a colgar y te hago una vídeollamada. No tardo. —No me da tiempo a replicar. Nick cuelga y pocos segundos después me entra su video llamada. Contesto y me encuentro la mirada ardiente de Nick en la pantalla de mi teléfono. Sonrío como una niña al verlo.

—Hola. —Susurro con voz baja.

—¿Está el grano en el culo de tu hermano en casa? —Asiento.

—Voy a ponerme los auriculares, espera. —Dejo el móvil en la cama un segundo y cojo mis auriculares de la mochila que uso para el colegio. Los conecto y vuelvo a ponerme en su campo de visión. —Ya estoy aquí.

—¿Has ido con esos shorts al instituto? —Pregunta de morros. Tengo ganas de reír. Claro que no, son sólo los que uso para estar por casa, porque sé que a Nick le dan mucho morbo. Pero decido mentir.

—Sí, es que hace un calor... —Digo abanicándome teatralmente con la mano.

—¡Sally! ¡Me cago en la puta! ¡No me hagas esto!

—¡Es mentira, bobo! —Le digo sonriente. Nick suelta un bufido.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Cómo me he reído! Ahora, como castigo, tendrás que

quitártelos. —Le miro con travesura y me muerdo una uña. —Joder, si es sólo con ver esa cara y ya estoy duro como una piedra...

—¡A ver! —Me envalentono. Nick parece sorprendido por mi osadía y acto seguido libera una carcajada.

—Estoy convencido, he creado un monstruo. —Dice, pero me hace caso, deja el móvil sobre una superficie sólida y toma distancia para mostrarme una perspectiva más completa de su escultural cuerpo.

Comienzo a enjugar saliva y siento las paredes de mi sexo contraerse. Ahora mismo está de pie y sólo puedo verlo de cuello para abajo, pero no veo su rostro. Estoy segura de que debe estar riéndose de la cara de desesperada que tengo, aunque al no verla, no tengo en cuenta su expresión. Nick se levanta la camiseta un poco para desabrocharse la bragueta de los vaqueros y sin querer muestra un poco de su escultural vientre. ¡Ay, dios! ¡Quiero que vuelva ya!

—Quítate la camiseta también. —Le ordeno con ansiedad. Veo que Nick asoma la cabeza para que le vea la cara y levanta una ceja, como queriéndome regañar por mi autoritarismo. —¡Vamos! —Le urjo y sonrío. Me hace caso y vuelvo a ver sólo de su cuello para abajo. Se quita la camiseta y libero un gemido al ver ese maravilloso torso desnudo. ¡Madre mía! ¡Por qué tiene que estar tan bueno el cabrón! —Sigue, me ibas a mostrar algo. —Veo sus dedos llegar hasta el botón de la cintura de sus pantalones. Lo desabrocha y baja la cremallera con una lentitud aniquiladora. —Nick... —suplico ansiosa.

—Creo que es justo que yo también pueda disfrutar de mi musa, ¿no crees? —Vuelve a asomar la cabeza por la cámara.

—Está bien. —Digo con la voz grave a causa de la excitación.

Pongo el móvil en la mesita de noche y me tengo que quitar los auriculares. Estoy de rodillas en la cama y sé que Nick puede verme por completo. Me quito la camiseta y los shorts, mostrándole una perfecta visión de mi culo cubierto por unas braguitas de algodón con corazoncitos rojos.

—Joder, lo que te haría, maldita provocadora del infierno. —Me giro y vuelvo a quedar de frente a la cámara del móvil, con mi sujetador y braguitas a juego. —¡Quítatelo todo ahora mismo! —Ordena exasperado.

—Es tu turno. —Pongo cara de inocente.

—Aprovéchate mientras puedas. Cuando vuelvas a tenerme de frente te vas a enterar, mocosa. —Gruñe mientras se baja los pantalones y la ropa interior de golpe. Vuelve a ponerse en pie, mostrando todos sus atributos masculinos. Está completamente erecto y me muerdo el labio inferior al

imaginarme tal grandiosidad en mi interior. —Deja de morderte el labio, Sally, joder... déjame ver ahora, nena, te lo suplico. —Desabrocho mi sujetador y lo dejo caer lentamente por mis brazos. Me acaricio las tetas y froto mis pezones. Jamás había hecho algo así, pero puede que me sienta más valiente sabiendo que Nick no está cerca y no puede doblegarme como siempre hace. —Ufff Sally, maldita sea, eres mala. —Desciendo después mis braguitas y me contoneo frente a la cámara. Nick gruñe y comienza a tocarse. ¡Esto es de lo más morboso! Estoy jadeante y muy muy húmeda. —Túmbate, mastúrbate para mí, Sally. —Me pide. No lo pienses, Sally, sólo hazlo. Me recuesto en la cama y abro las piernas, mostrando todo mi sexo. Veo que la mano de Nick va tomando velocidad sobre su miembro y yo deslizo un dedo por mi humedad, con lentitud. La sensación es deliciosa, aunque no tanto como cuando me toca él. Pero verlo así de excitado ayuda mucho a que yo me vaya encendiendo más y más. —Joder, métete dos dedos, nena, imagíname a mí dentro de ti. —Le hago caso y comienzo a jadear al imaginarlo. Estoy tan caliente que creo que el calor me va a consumir.

—Ah, Nick, estoy cerca...

—Córrete, nena, córrete que yo te vea.

Siento esa sensación, la sensación de mi pulso acelerándose, la sangre agolparse en el centro de mi cuerpo, el calor recorrer mis venas, mi piel llegar al extremo máximo de sensibilidad. De pronto exploto y muerdo mis labios para no gritar. Echo la cabeza hacia atrás y me recreo en el orgasmo que todavía está medio presente en mi cuerpo. Acto seguido oigo un gruñido seco. Miro a mi móvil y veo a Nick eyaculando sobre una de sus manos, con todos sus músculos en tensión y sudoroso. Es lo más sexi que he visto nunca.

—Me gustaría sentir eso sobre mí. —Le provocho y vuelve a gruñir al oírme, mientras sigue descargando cada vez menos intensamente sobre su mano.

—Eres la tortura más maravillosa de la tierra.

—¿Sally? ¿Estás ahí? —Oigo gritarme a mi hermano. —Sal un momento, tengo que decirte una cosa. —Me levanto rápidamente y me dirijo al móvil.

—Tengo que dejarte, nene. Te quiero. Llámame cuando puedas. —Veo a Nick poner una cara de pucheros muy simpática, le mando un beso y corto la llamada. Me levanto de la cama y voy hacia la puerta de mi cuarto.

—¡Eh! —Me saluda David y me mira extrañado al verme con una camiseta de él puesta y sin pantalones ni nada.

—Dime, me iba a dar un baño, me has cogido justo a tiempo.

—Ah, perdona. Sólo quería preguntarte una cosa... ¿Alice está...? Quiero decir, ¿tú y Alice vais a ir juntas al baile? —Ups, parece que Alice ya le ha dicho a mi hermano que va a ir con otro al baile de graduación.

—Vamos a ir, sí, eso ya lo sabes.

—Pero, me refería, ¿vais a ir juntas?

—¿Qué problema tienes, David?

—No, nada, yo... ya sabes que me gusta saber con quién andas y voy a vigilar muy de cerca al capullo que se le ocurra acercarse a mi hermanita. — Mi hermano disimula muy mal. Espero ser mejor que él.

—Yo voy a ir con Charlie. —Le informo.

—¿Y Alice?

—Creí que te preocupaba con quién iría yo. —Levanto una ceja. Vamos, David, demuéstrame que tienes algo de seso y trabájate mejor las excusas.

—Por eso mismo, quiero saber si puedo confiar en ella para que cuide de ti. —Dice muy serio. Vale, no es tan tonto.

—Pues lo siento, ella va con Jacob. Pero tranquilo, ya no somos niñas. — Le doy un beso en la mejilla a mi hermano y me disculpo para darme un baño en el jacuzzi de Nick. Cierro la puerta de mi habitación y lo dejo con una cara de tonto espectacular.

Han pasado cinco días desde que Nick se fue a París con esa zorra y cada día estoy más nerviosa con eso. Tengo un mal presentimiento que me tiene hasta sin apetito. Y, lo peor de todo, no sé ni cocinar. O se me quema la comida, o echo azúcar en lugar de sal, o cualquier desastre de esos a causa de la desconcentración.

He hablado con mi hermano sobre vender la casa de nuestros padres y está conforme. Hemos contactado con una inmobiliaria que se está encargando de la gestión. Me alegra saber que David sigue pensando que el dinero que saquemos de la venta será para mí. Necesito ese dinero. He decidido irme a vivir con Nick y quiero aportar algo al que será nuestro hogar. Además, la escuela de cocina no será nada barata y no quiero que él lo pague. Eso es mi responsabilidad.

Mi hermano al principio ha puesto el grito en el cielo cuando le he dicho que ya tengo decidido que estudiaré cocina y no iré a la universidad, pero después lo he convencido alegando que es mi sueño y que quiero dedicarme a algo que realmente me guste. Sus palabras fueron: “Está bien, haz lo que te dé

la gana, pero sigo pensando que vales mucho más que para ser una simple cocinera.” Eso me dolió en el alma y en el ego y respondí tajante: “No voy a ser una simple cocinera, voy a ser una gran chef y me gustaría contar con el apoyo de la única persona que lleva mi sangre en este mundo.”

Di en el clavo, porque a partir de ese momento David parece incluso tan animado con la idea de que estudie cocina como yo.

Mientras me arreglo para el baile de graduación, escucho la vibración de mi móvil desde el cuarto de baño. Sé que debe ser Nick y voy rápidamente a responder la llamada. Cuando llego veo que es una vídeollamada. Pulso el botón de contestar.

—¡Bonjour! —Le digo poniéndole morritos.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —Pongo los ojos en blanco.

—¡Cada día eres más cariñoso! —Gruño mientras me siento y coloco el móvil de frente a mí para que me vea la expresión. —Esperaba que empezaras diciéndome lo mucho que me echas de menos y cuánto me quieres. —Pongo cara de corderito degollado.

—Eso te lo dije ayer las dos o tres veces que te llamé.

—Fueron ocho veces. Me llamaste ocho veces.

—¡Bueno, eso! —Sé que está de mal humor porque voy a ir al baile de graduación con Charlie, pero ya le he dicho mil veces que sólo somos amigos. —Enséñame qué vas a llevar. —Me pongo de morros.

—No he escuchado la palabra mágica. —Nick resopla.

—Por favor, Señorita Morrison, ¿sería usted tan amable de mostrarle a su desesperado y angustiado novio el modelito que va a lucir durante la velada de esta noche con otro hombre con el que irá al jodido baile de graduación de los cojones?

—Habías empezado muy bien. —Me río y me pongo en pie para mostrarle el vestido. —Mira, no es para tanto. Ni siquiera tiene escote. —Intento animarlo mientras me giro y muestro mi vestido. Es un vestido de punto, sin mangas pero de cuello alto, ceñido y largo hasta los tobillos con una raja nada escandalosa en una de las piernas. Es de color cobre y tiene hilos metálicos que le hacen brillar. —¿Ves? Ni escote ni piernas al aire. Nada del otro mundo.

—Sally, mierda, estás preciosa. Demasiado... nena...

—¡Eh! ¡No seas tonto! —Le pongo mi cara más emotiva. —No tienes nada que temer. Ninguno de los que irá hoy al baile podría competir contigo ni siquiera aunque estuvieras con varicela, con un herpes en el ojo, cojo y

gruñón. —Nick al fin sonrío y sacude la cabeza.

—Pues gruñón estoy. Hoy es un día de mierda...

—¿Ha pasado algo? ¿No ha salido bien la negociación con la galería de Paría?

—Sí, ha salido más que bien. Y también una galería alemana está interesada en exponer mi obra. —Me dice carente de emoción.

—¿Y por qué no estás emocionado? ¡Eso es genial, Nick! Un momento... ¿has tenido algún problema con Claire? —Nick baja la vista y niega, sacudiendo la cabeza.

—No, la verdad es que apenas he tenido que tratarla. Ella se ha encargado de visitar otras galerías de la zona, para intentar abrir más mercado y yo he estado hablando con el dueño de la que ha cerrado ya la próxima exposición.

—¿Ya está cerrada?! ¡Genial! ¡Mi amor! ¡Me alegro tanto!

—Me muero por verte, Sally. No te puedes hacer una idea las ganas que tengo. —Me hago líquido al oírlo y hasta se me escapan unas lagrimillas. —Siempre tan llorona, mi niña.

—No estoy llorando. Es que se me ha metido una pestaña en el ojo. —Nick se ríe de esa forma tan divina.

—Eres pésima mintiendo. —Veo que Nick mira a su espalda. —Me tengo que ir, pequeña. Sé buena y no vuelvas tarde, te llamaré.

—Vale, te quiero.

—Qué maravilla escucharte decir eso. Te adoro, niñata. En dos días estaré ahí y serás mía para siempre.

—Sí, te iba a comentar algo que quizá querrías saber, pero en otra ocasión te lo diré. —Acerco mi dedo a la tecla de colgar.

—¡Espera! ¡Cuéntamelo! Al menos, hazme un resumen.

—He hablado con David y ya le he dicho que me voy de casa el mes que viene, cuando termine el curso. Al principio se ha puesto hecho una furia, pero creo que ahora se alegra de que vaya a cumplir mi sueño y me apoya. También estoy a punto de vender la casa de mis padres y...

—¡Espera! ¿Qué? ¿Te vienes a vivir conmigo? —Parece sorprendido.

—Cómo si no supieras que iba a caer sí o sí...

—Contigo nunca se sabe, Sally. ¡Esto tenemos que celebrarlo como se merece! —Nick vuelve a mirar a su espalda, creo que han llamado a la puerta de su habitación. —Me tengo que ir, preciosa.

—¿Quién...

—Te quiero más que a nada. Recuérdalo. —Y corta la llamada. Me quedo

planchada.

Espero que no fuera Claire la que estuviera llamando insistentemente a su puerta. Sé que comparten hotel y he evitado por todos los medios en ese tema cuando hablo con él. Pero, cuando la ausencia de Nick se hace evidente, no puedo evitar comerme la cabeza con ello.

Termino de arreglarme intentando darle vueltas esta vez. En dos días volverá y estaremos juntos. Juntos de verdad. Ya no será un juego. Además, él me quiere, lo sé. Tengo que confiar en Nick. Se merece que alguien lo haga y yo seré siempre su apoyo.

Nick

Cuando corto la conversación con Sally el infierno se cierne sobre mí. Hoy es la noche que voy a tener que cumplir mi condena por haber sido un cabrón la mayor parte de mi vida sexual con las mujeres.

He postergado este momento todo lo posible, pero tengo que hacerlo si quiero que no se interponga nada entre Sally y yo.

Abro la puerta y Claire entra tapada con una elegante bata de seda blanca. Me acaricia el mentón y me besa tratando de ser sensual, pero a mí la bilis se me acumula en la garganta.

—No te hagas el duro. Quieres tu libertad conmigo y hemos acordado ambos que esta sería la forma, Nick. —Suspiro. Quiero decirle que se desnude de una vez por todas y acabemos con esta porquería de trato, pero ella me silencia con una de sus puntiagudas uñas de gel rosa sobre mis labios. —No digas nada de lo que te puedas arrepentir. Esta noche eres mío.

—Sólo te follaré una vez, Claire. Es lo que hablamos. —Ella sonríe con amargura.

—Cierto. Pero antes de eso quiero que me hagas sentir especial. Seamos honestos, ni tú ni yo vamos a conseguir corrernos si lo hacemos de una forma tan fría e impersonal. Y eso no es lo que quiero. Siéntate, Nick, quiero que negociemos las condiciones.

—¿Condiciones?

—Sí, condiciones. —Trago saliva, me dirijo al minibar de mi habitación y me sirvo una copa de vino. —¿No me vas a ofrecer a mí una? —Intenta ser complaciente, Nick. Convéncela de que no eres su enemigo o jamás te dejará en paz.

Ya sé cómo son esta clase de mujeres: interesadas, orgullosas y dominantes. Le sirvo otra copa de vino a ella y acto seguido me siento en el borde de la cama. Ella se acerca a mí, me obliga a abrir las piernas y se coloca entre ellas. Su perfume empalagoso me resulta ponzoñoso.

—Dime, ¿cuáles son tus condiciones?

—Quiero y necesito ver que tú también lo disfrutas, Nick. Quiero verte excitado y escucharte decirme que me deseas. —Eso último es más fácil, puedo mentir. Pero mi erección o más bien falta de ella me delatará en el aspecto físico. Su mano acaricia mi pelo y aprieto los ojos cuando el rostro de Sally y sus ojitos negros vivos se cruzan por mi mente. —Quiero que me cuentes qué es lo que te pone cachondo últimamente. —Abro los ojos espantado. No quiero hablarle de Sally a esta zorra y arpía de los infiernos. —Es ella, ¿verdad? La chiquita que trajiste a la inauguración de tu exposición. —Vuelvo a tragar saliva. —No me mires con esa cara de asustado. Ella no está. No va a ser testigo de tu traición, Nick.

—¡Calla! —Le agarro con fuerza la muñeca de la mano que tiene en mi pelo para separarla de mí. —Tú me estás obligando. Yo nunca le haría esto a Sally si tuviera opción. —No puedo evitar mostrarle parte de la ira y rabia que siento por Claire con mi mirada. Ella parece que se asusta por un momento.

—Pero soy yo quien espera un hijo tuyo, no ella. —Golpe bajo.

Mis hombros pesan toneladas de un momento a otro y no tengo fuerzas ni para sujetarle la mano más. Ahora debe estar llegando Sally al baile de la mano de un chico joven, apasionado, sin pasado turbio y lleno de futuro que podría hacerla feliz de verdad. Sin mentiras, sin remordimientos.

—Es ella. —Contesto comprendiendo que tengo la batalla perdida con Claire y que, aunque no merezca a Sally, haré lo posible para que nada ni nadie nos separe. Ni siquiera un hijo de mi sangre.

—¿Qué quieres decir?

—Que es ella lo único que me pone cachondo ahora. —Agacho la cabeza, abatido. —No deseo otra cosa entre mis manos ahora mismo. —Claire se frota la frente, como queriendo descubrir la fórmula mágica para hacerme olvidar a la mujer de mis sueños, aunque sea por unas horas. Lo tiene crudo.

—¿Tienes algo de ella? —Pregunta y no entiendo su pregunta. —Me refiero a alguna prenda o algo que huela a ella.

—¡No te voy a dar las bragas de Sally, olvídalo! —Me aparto de ella todo lo que puedo echando hacia atrás mi torso.

—Vamos, Nick, si vas a volver a sus brazos tendrás todas las bragas que quieras de esa colegiala. —Inhalo con fuerza y me levanto, haciendo que Claire se tenga que apartar de mí. Me pongo en pie, frente a ella y la fulmino con la mirada.

—Primer cajón. —Le señalo la cómoda. Ella sonrío victoriosa y se dirige

al cajón. Sus asquerosas uñas rosa sostienen el amuleto que tengo de Sally entre ellos y se carcajea al ver unas simples braguitas de algodón con corazoncitos rojos. La ignoro. —Ponte mi camiseta negra de los Rolling Stones también. —Ella me mira sin comprender. —Huele a ella. —Reconozco abatido y aparto la vista de Claire dándole la espalda mientras se coloca las prendas que le he concedido por esta noche. Aunque, después de hoy, seguramente las quemé y me quemé yo con ellas también.

—Relájate —me dice a mi espalda y siento sus manos sobre la tela de mi camiseta —ahora soy Sally y estoy aquí para amarte, Nick. —Sus manos van al bajo de mi camiseta y la levanta.

Aprieto los ojos imaginándome las manos de Sally en su lugar y levanto los brazos para facilitarle la tarea. Me quita la camiseta y permanezco con los ojos cerrados esperando la siguiente acción. No llega y abro los ojos. Ha apagado la luz, cosa que le agradezco. Así no tendré que ver la cara de esa tortura de mujer.

Veó su sombra acercarse a mí y siento sus manos en mi bragueta. La abre con torpeza, por la escasa luz y después desciende los pantalones y los calzoncillos hasta que llegan a mis tobillos. Lo siguiente que siento es su boca en mi polla, que no ha dado la más mínima señal de estar viva. Intento a ver si agarrándola del pelo funciona, pero no. La aspereza del cabello de Claire nada tiene que ver con la sedosa melena de Sally. De modo que la suelto de inmediato y vuelvo a cerrar los ojos.

Intento recrearme en la primera vez que vi a Sally desnudarse por completo para mí, cuando la pinté durante horas y adoré su cuerpo con mis ojos, estudiando cada milímetro, grabándomelo en mi mente. De alguna manera sabía que necesitaría hacer uso de mi imaginación con ella cuando la perdiera definitivamente. Sabía que acabaría haciendo algo que me condenara a vivir sin ella, como siempre hago. Aunque esta vez es la primera vez que no deseo separarme de alguien a quien hago daño.

Su imagen acude a mi mente con facilidad. Demasiado para la complejidad de la situación en la que me encuentro.

Pero la veo. Veo su sonrisa, sus deditos jugueteando en su boca, sus oscuros y profundos ojos cuando me ven desnudo, su deseo por mí... hasta puedo oírla llamándome gilipollas. Sally está en mi ADN ya y por eso me resulta tan fácil verla.

—Sí... —Casi pierdo la concentración cuando escucho a Claire cantar victoria al ver que he conseguido excitarme. La separo de mí y me dirijo a mis

pantalones. —¿Qué haces?

—Buscar el puto condón.

—Nick, estoy emba...

—¡Calla! ¡Si tengo que fingir que eres Sally tengo que usar uno, joder!

Se calla y lo agradezco. Se acerca a mí de nuevo por la espalda y me ayuda a ponerme el condón. El olor a Sally me sorprende, es la camiseta... pero me hace creer por un instante que es ella quien me abraza. Aprovecho la confusión y me lanzo a ella, tirándola sobre la cama, colocándome entre sus piernas. Aprieto los ojos y me imagino que le estoy haciendo el amor a mi niña. Aguantando las ganas de taponarle la boca a esa zorra para que no me distraiga con sus sucios gemidos. No voy a mirar, o esta mierda no acabará nunca, aunque Claire se remueve bajo mi cuerpo como una culebra. ¿Qué hace?

Ignoro sus movimientos y el olor a Sally vuelve a embriagar mis sentidos. ¡Sí, joder, por fin estoy cerca!

—Ah, Nick, me voy a correr, no pares. —Mi mente está ahora mismo tan concentrada en Sally que hasta creo escucharla a ella.

—Sí, nena, joder, te quiero Sa... —Tapona mi boca con un beso que casi me desconcentra. —Me voy a correr. ¡Sí, joder, por fin! —Me separo en el acto y me tiro en la cama, desconcertado. Acabo de correrme dentro de Sally mientras observaba sus ojitos mirándome muerta de placer...

—Sabía que nuestro hijo nos uniría. —Dice y me entran arcadas. —No te preocupes, pienso cumplir mi palabra. Dios, Nick, de verdad que es ridículo que te hagas ahora el romántico, cuando se nota que lo has disfrutado tanto como yo. —Esa voz... me levanto en el acto y enciendo la luz. La imagen de Claire, con la camiseta mía que a veces se pone Sally y con las bragas de Sally enrolladas en los tobillos me desangra los ojos.

—¡No! —Me acabo de correr con esa zorra. Me he follado a esa puta zorra. Esto es lo más cerca que un hombre puede estar de una violación, estoy seguro.

—Oye, Nick...

—¡Ya se ha acabado, Claire! ¡Ya tienes lo que querías! ¡Ahora vete! Pasado mañana, en cuanto pisemos suelo estadounidense iremos juntos a la clínica y abortarás. Se acabó. —Le digo sin poder mirarla ni mirarme a mi cuerpo, que aún contiene las pruebas de mi traición a Sally. Para mi sorpresa, Claire suelta una risita, se levanta y se quita la camiseta de Sally. La deja sobre la cama y su imagen me atormenta. Claire vuelve a ponerse su bata y

desaparece de mi habitación con un mensaje ponzoñoso antes de salir.

—Te estaré esperando. Cuando todo esto se acabe volverás a mí, porque sabes que puedo hacer que te corras como ella lo hace. Y como puede que ella esté ahora mismo haciendo correrse a otro. —La puerta se cierra y comienzo a llorar como un puto niño.

No he llorado en mi vida por nada que no fuera Mike o mi padre. Jamás por una mujer. Pero ahora mismo el recuerdo de Sally me atraganta y me quema la garganta, haciéndome difícil respirar. Al mirarme y verme con el condón todavía puesto tiro de él con desesperación y lo lanzo con todas mis fuerzas al otro lado de la habitación.

Me tiro del pelo y me dejo caer al suelo. Ya está. Esta mierda con Claire ha llegado al final. Y Sally me quiere y se irá a vivir conmigo. Ella no está traicionándome ahora mismo en ese baile como yo lo acabo de hacer con ella.

Necesito hablar con ella. Necesito oír su voz. necesito decirle cuánto la quiero y que haría cualquier cosa por ella, “Como follarte a Claire” me traiciona la voz de mi cabeza. Grito con fuerza y vuelvo a llorar. Me odio más de lo que me he odiado en mi vida.

Pero, con todas las cosas que ya he vivido, ésta no podrá conmigo. Porque se ha solucionado. Sí. Claire ya es historia. Levántate Nick. Dúchate y quítate toda su esencia. Siento un repelús recorrerme la espina dorsal al imaginarme penetrando a Claire sobre mi cama, vistiendo mi camiseta favorita y usando las bragas de Sally. Me levanto corriendo y llego al inodoro justo a tiempo para vomitar en él todo lo que tengo en mi estómago. Pero las arcadas continúan después de haberme vaciado. Cuando ya se relajan me obligo a levantarme y meterme en la ducha.

Froto con desesperación mi cuerpo bajo el agua. Mi cara, mi boca, mi pelo. Todo.

Al salir me restriego con dureza la toalla por todo el cuerpo y me lavo los dientes.

Al volver a la habitación, la camiseta sigue sobre la cama recordándome lo que acabo de hacer. La tiro al suelo y la pateo como un imbécil o, como diría Sally, como un gilipollas. ¡Sally, joder, menuda mierda nos ha tocado vivir! No tendrías que pasar por esto si yo fuera otro, si yo fuera...

¡Joder! ¡Tengo que llamarla! Debe haber vuelto a casa. Sí. No está con ese tipo pasando la noche y olvidándose de mis besos. Veo mi móvil sobre la cama y lo cojo con el pulso tembloroso. Mis ojos se vuelven a llenar de lágrimas mientras pulso la tecla de llamar a Sally. Ocho putas señales y no

contesta. Vuelvo a intentarlo. Nada... ¡mierda, mierda, noooo! Llamo y llamo una y otra vez y no comprendo... ¿Por qué no me contesta? Vamos, nena, te necesito, más que nunca.

Decido escribirle un mensaje y, cuando entro en su chat, algo me huele mal. “Mensaje eliminado” leo una y otra vez y no doy crédito. ¿Yo le he enviado un mensaje a Sally? ¿Y lo he eliminado? ¿Hace media... hora...? No... no... ¡no, no, no, no, no!

—¡¡¡¡Hija de puta!!!! ¿QUÉ HAS HECHO?

Epílogo

Sally

¡No me puedo creer que Charlie intentase meterme boca hasta en tres ocasiones después de explicarle por activa y por pasiva que tengo novio, que lo amo y que jamás le haría eso a mi Nick!

No. Yo no voy a ser otra más en la lista de las personas que traicionan el amor de Nick. No voy a ser otro de sus seres querido que lo menosprecien y lo infravaloren.

Nick es lo mejor que me ha pasado en la vida. Es mi regalo por todo lo sufrido. Y yo soy el suyo. Somos uno, como él dijo aquella vez que me dijo que me amaba por primera vez. No ha dejado de repetírmelo desde entonces... es una maravilla de hombre. ¿Cómo puede decir que no es bueno para las mujeres? De mí ha hecho la mujer más feliz y completa de la tierra.

Qué ganas tengo de que sea ya pasado mañana y volver a besarlo y a abrazarlo. A hacerlo a escondidas de David por todos los rincones de la casa...

Somos uno.

Sí.

Uno.

Me repito su frase sin cesar mientras abro la puerta de su apartamento y me voy desnudando de camino a la habitación. Sé que David tampoco está. He visto su coche aparcado a las afueras del baile y seguro que se quedará allí hasta comprobar si Alice sale sola o acompañada de él.

¡Joder! ¡Tengo que advertirle a Alice de que David está por allí!

Al llegar a mi habitación rebusco en mi bolso el móvil. ¡Mierda! ¿Me lo he dejado en la fiesta? ¡No puede ser! Rebusco y rebusco y no doy con él. ¡Joder, si Nick me llama y no lo llevo encima se va a poner hecho una auténtica furia! Va a pensar que me he acostado con Charlie... Aunque debería molestarme seriamente que piense que yo soy capaz de hacer algo así.

¡Aquí está! ¡Uff, menos mal! Nick me ha mandado un mensaje de audio. Sonríe como una tonta y pulso el mensaje para oírlo mientras me quito los

zapatos.

- *Ah, Nick, me voy a correr, no pares.*

- *Sí, nena, joder, te quiero. Me voy a correr. ¡Sí, joder, por fin!*

- *Sabía que nuestro hijo nos uniría.*

El corazón se me para al oír la reproducción que acabo de oír. Era su voz... sí... no... le doy a reproducir de nuevo y comienzo a temblar al oírlo claramente. ¡No! Me tapo la boca y un llanto amargo, desolador y aniquilador se escapa de mi boca. Me cuesta reconocer el sonido de mi voz y el sonido de mi dolor.

¿Cómo has podido?

¿Cómo?

Nick... no Nick... por qué, por qué, por qué.

No... por favor, si hay alguien ahí arriba que esto sea una puta y maldita broma. ¡Por favor! ¡Haré lo que sea! ¡No puede ser cierto! Por favor...

Mi móvil comienza a sonar. Reconozco la melodía de “perfectly wrong” de mi móvil y me alejo de su sonido como acto reflejo, quedándome arrinconada en una esquina de mi habitación, abrazándome las piernas y observando con miedo la luz que emana mi teléfono. Cuando la llamada se corta vuelvo a gritar de dolor. Vuelve a sonar. Una vez. Y otra. Y otra. Y otra. ¡Que acabe esta tortura! Entierro mi cabeza entre las piernas y me imagino que no existo. Nada existe. Todo es mentira. Ya no llama... no llama... ahora quiero que llame... llama... Al cabo de unos minutos vuelve a sonar y me levanto dando tumbos. Me siento mareada, pero necesito escuchar su voz. Necesito que me diga que sólo era una puta broma.

—¿Sally? ¡Sally, nena, habla, por favor, por favor! Sally... —llora. Ese malnacido llora. La quiere a ella y van a tener un hijo juntos y llora.

—Nick... te... ¿te la has follado? —Su llanto es su respuesta. —¡Habla, maldita sea!

—Sí... pero no es lo que crees, yo...

—¿Está embarazada, Nick? —Casi no me salen las palabras por culpa del jodido llanto. —Dime, ¿espera un hijo tuyo? ¡Nick, joder, sé sincero por una puta vez en tu miserable conmigo! ¡Me lo debes!

—Sí... —Todo me da vueltas. Todo se derrumba bajo mis pies. Quiero morirme, desaparecer. —Sally...

—Adiós, Nick.

“Florecer primero” es la primera parte de la saga FLORECER cuya continuación es “Florecer otra vez”. ¿Qué pasará entre Sally y Nick? ¿Tendrán oportunidad de arreglar su situación? ¿Se sincerará Nick sobre todo lo referente a su pasado? ¿O será el final de su intensa historia de amor prohibida?

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecerte a ti, en primer lugar, que me estás leyendo y que estás viviendo, sintiendo y sufriendo todo lo que estos personajes tienen que contarte, dándoles vida en tu imaginación.

Gracias de corazón a todos los que hacéis real éste mi sueño de escribir historias desde el corazón. Espero que disfrutéis la saga hasta el final.